



EL HILO DEL PENDULO

David Alvar

Lectulandia

Adrián la Fuente, guardia civil en activo de la Península, está pasando por un bache tanto en su vida personal como en la profesional. Lo que ignora es que todo es susceptible de empeorar. Se empieza a dar cuenta de ello cuando es trasladado a la ciudad de Ríos Verdes y el tren en el que viaja es objeto de un atentado terrorista. Comienza entonces una persecución que le llevará a recorrer toda la Península en pos de atrapar a una sombra: Trav.

Adrián considera que Trav es un asesino despiadado que no duda ni un solo instante en ejecutar sus planes más sanguinarios. El asesino posee un secreto que le ayuda a mantenerse alejado en todo momento de las intenciones de hacer justicia de Adrián, situación que le arrastra a éste al borde de la locura y al extremo de plantearse hacer cualquier cosa para atrapar a su hombre.

El agente de la Benemérita contempla la situación como una lucha entre el bien y mal percatándose, pronto, de que la barrera que separa estas dos opciones no está tan bien definida como él pensaba.

Protagonista y antagonista se enredan en un juego mortal que cambiara el destino de ambos y de parte de la humanidad.

Lectulandia

David Alvar

El hilo del péndulo

ePub r1.1

Titivillus 10.07.15

Título original: *El hilo del péndulo*

David Alvar, 2013

Diseño de cubierta: David Alvar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para vosotras que hacéis salir el sol cada mañana:
Beatriz, Daniela, Cayetana y Julia.

Nota del autor

«*El hilo del péndulo*» es una novela de ficción que se desarrolla en el año 2015. Los hechos que se narran están sacados de la imaginación del autor. Ciertas escenas narradas en la obra están relacionadas con hechos históricos con la única intención de facilitar la comprensión por parte del lector de ciertas situaciones emocionales de los personajes protagonistas y proporcionarle un apoyo real donde ubicar la acción. Evidentemente ninguno de estos hechos puede ser considerado posible o susceptible de haber ocurrido. Para mantener esta distancia entre la historia inventada y los escenarios históricos, decidí ubicar la acción en un país imaginario, con situaciones y localizaciones imaginarias. Cualquier similitud con la realidad es causada por el subconsciente y nunca de manera intencionada.

Espero, querido lector, que disfrutes de «*El hilo del péndulo*» tanto como yo lo hice al escribirlo.

Gracias por dedicarme un rato de tu vida.

Prólogo

Alemania, principios de 1938

Bernard Hirzts dejó resbalar sus gafas redondas hasta la punta de su nariz. Miró por encima de ellas al mural a modo de pizarra que se abría frente a él. Decenas de fórmulas lo cubrían por completo.

Permanecía sentado, balanceándose en su mecedora de pensar, en medio de un revoltijo de pequeños ingenios para demostraciones de teorías físicas que él mismo había fabricado y que estaban diseminados por toda la sala. Sabía que la solución final para todos aquellos cálculos no se presentaría en un momento de inspiración; era consciente de que sólo el trabajo concienzudo y la concentración en lo que estaba tratando de mostrar al mundo serían las armas que le harían ganar la batalla al encerado, empeñado en esconderle la solución.

Oyó el golpear de nudillos en la puerta de su laboratorio de trabajo.

—Adelante —concedió permiso Hirzts conociendo con certeza la identidad de la persona al otro lado del pórtico.

Tras la puerta asomó tímidamente la cabeza del que había sido su criado durante los últimos cinco años: Aleksander Grynszpan.

—Si da usted su permiso. —Aleksander, pese a la confianza adquirida en los últimos años con su señor, siempre se mostraba cauto y extremadamente respetuoso—. No quiero interrumpir su trabajo, profesor.

—No te preocupes, tengo que reconocer que estoy un poco perdido. Quizá si le doy un poco de espacio sea capaz de avanzar algo más en mis investigaciones.

—Acaba de llegar un telegrama para usted. Es de su colega polaco...

Hirzts no dejó a su sirviente que concluyera la frase y se abalanzó hacia el sobre que Alek traía en la mano. Lo abrió con ansiedad, casi destrozando por completo el contenedor de papel, y extrajo el mensaje que guardaba en su interior:

«Financiación aprobada. STOP. Los inversores han dado luz verde al proyecto. STOP. Acaba de nacer der Thread des Pendels. STOP.»

—¿Buenas noticias, señor? —Grynszpan conocía lo suficiente al hombre para el que trabajaba como para interpretar la expresión que adquirieron sus ojos durante la lectura.

—Excelentes, amigo mío. Por fin el dinero que los judíos hemos amasado durante años va a tener un buen destino. —El estudioso daba la impresión de haberse librado de un gran peso que le hubiera estado oprimiendo el ánimo y sonreía ampliamente, hecho que no se producía con frecuencia.

—Me alegro por usted, señor. —El criado miraba al suelo tratando de no cruzar su mirada con la de Bernard—. Pero...

—¿Pero?...

—Me temo que tengo que comunicarle que debo renunciar a seguir prestando mis

servicios en su casa, señor. —Alek parecía sufrir un intenso pesar.

—Supongo que tendrás un buen motivo... ¿He hecho o dicho algo inconveniente? He estado un poco estresado con mis investigaciones, pero este telegrama nos dice que a partir de ahora...

—No es eso, señor. —El sirviente buscaba la mejor forma de explicarse sin ofender a su interlocutor—. Usted ha sido siempre justo conmigo. Me ha tratado mejor que nadie que yo haya conocido.

—¿Entonces?

—La situación está muy difícil en Alemania. Yo soy judío polaco, como usted sabe, y se rumorea que van a retirarnos el permiso de residencia y nos van a expulsar del país.

—No hagas caso de habladurías de viejas, Aleksander. —Hirzts trató de convencerle para reconsiderara su decisión—. Los nazis están un poco nerviosos pero Europa y el mundo no les dejarán hacer tal cosa.

—Lo siento, señor. Ya he hablado con un primo mío que regenta una lavandería en Londres. Mi familia y yo nos mudamos allí. Partimos esta misma noche. —Se notaba que Grynspan estaba pasando un mal rato—. En las islas británicas estaremos a salvo y seguros.

Poco imaginaba Aleksander que moriría dos años después, durante los bombardeos alemanes a la capital de Inglaterra.

—Sea así entonces.

Bernard Hirzts no era conocido por su lado más humano, pero Aleksander estaba seguro de que ocupaba un gran espacio en su corazón. Se fundieron en un largo abrazo, y emocionados se desearon éxito en sus vidas, anhelando reencontrarse en el futuro. El físico alemán nunca sabría del destino de su amigo y sirviente. De haber recibido la noticia de su trágica desaparición, su corazón se habría partido por la mitad.

Unas horas después, mientras los últimos rayos del día desaparecían por el horizonte, Bernard paseaba ensimismado por las calles de Berlín. Fumaba en pipa mientras su ánimo se debatía entre dos vertientes: la alegría del haber recibido financiación y apoyo logístico para sus experimentos y la pena de perder a su hombre de confianza.

Un tumulto llamó su atención. Se acercó y preguntó a una joven bien vestida que cubría su cabeza con una especie de pámela, la cual sujetó para impedir que cayera mientras miraba hacia arriba.

—Perdone, señorita. ¿Ocurre algo?

—Un individuo está a punto de saltar de lo alto del edificio.

Bernard miró en la dirección que le indicó la joven con su mano y logró observar

una cabeza que se balanceaba de un lado a otro en el borde de la cornisa.

—Es un desgraciado —comentó un hombre que tiraba de un burro enganchado a un carro con tinajas de vino—, se pasa las tardes borracho. Un inmigrante como otro cualquiera. Si salta, nadie le echará de menos.

El profesor en física se sintió aterrorizado por la frialdad de las palabras que acababa de escuchar. No entendía como una vida humana podía significar tan poco para algunos de sus congéneres. Decidió que aquello no podía suceder, debía hacer algo.

Bernard entró en el edificio, subió la totalidad de las escaleras, no sin dificultad ya que él no era un hombre que dedicara tiempo a cultivar el cuerpo, y tratando de recuperar la respiración salió a la azotea en busca del suicida.

Escuchó sollozos a su espalda y se dirigió en esa dirección. Un hombre estaba sentado en el borde de la terraza, hablando para sí mismo en un idioma que no lograba comprender.

—No saltes. —A Hirzts no se le ocurrió nada más convincente que decir—. Todo tiene solución. Acércate hasta aquí y hablaremos.

El individuo que trataba de poner fin a su vida se volvió y dejó ver un rostro manchado por la desesperación que trataban de limpiar sus lágrimas.

—No me queda otra salida. —El hombre hablaba con dificultad el alemán. Un marcado acento le delató como nativo del sur de Europa—. Soy un cobarde..., un miserable con el alma negra. Y ésta es la forma en que la basura como yo debe acabar.

—Si me das cinco minutos, te demostraré que sea lo que sea lo que hayas hecho, aquello que crees que no tiene solución puede ser solucionado o compensado.

Bernard Hirzts ofreció su mano al tipo que se balanceaba al borde del abismo. Éste se giró sobre sí mismo y la aceptó.

Capítulo 1

El tren

La Península, primavera de 2015

Su mirada viajaba, repetidamente, desde la ventanilla del tren hasta su reloj de muñeca. Siempre había tenido muy presente que ser meticuloso y puntual, le ayudaba a resolver su trabajo con éxito. Las primeras veces que tuvo que cumplir con su cometido, la ansiedad le había devorado por dentro. Habían sucedido muchas cosas en lo que él había percibido como un breve lapso cronológico, aunque parecieran tan espaciadas en el calendario. El tiempo era tan relativo a veces...

Trav miró su Solvil & Titus una vez más, y le dio cuerda. Adoraba ese reloj. Lo había conseguido en su primera misión y desde entonces era su nexo con la realidad. Los suizos tenían bien ganada su fama como fabricantes de relojes: ni un fallo, ni un retraso, ni un solo amago de problema a pesar de los avatares a los que había estado sometido en su muñeca. Lástima que los designios del destino, a los que ese reloj era ajeno, y los movimientos empresariales, hubieran llevado a la factoría original a Hong-Kong. Le fastidiaba que se perdieran las tradiciones —su propia personalidad siempre había estado atrapada en ellas—, y que la caída inexorable de las hojas del calendario lo cambiara todo..., o casi todo.

El tren demoraba su llegada a la penúltima estación: tres minutos sobre el horario establecido por la compañía ferroviaria, tal como lo había calculado que ocurriría al trazar el plan.

Cuando los altavoces del vagón anunciaron la llegada a la siguiente parada, Trav se levantó de su asiento en clase preferente, tomó su chaqueta del portaequipajes superior y abandonó el vagón dejándolo completamente vacío. Atravesó tres coches hasta que llegó a la abarrotada zona de turista. La crisis había conseguido llenar unos vagones de los trenes de larga distancia y vaciar otros en función del precio del asiento.

Notó como el tren iba perdiendo velocidad, debía apresurar el paso. Atravesó la puerta que unía el cuarto vagón con el de cafetería y se metió en el servicio situado entre los dos coches, justo enfrente de la puerta que daba al acceso exterior. Deslizó un panel del techo, sacó un fardo y una chaqueta que se puso inmediatamente. Cogió el objeto metálico que encontró en el interior del bulto y lo escondió en la parte baja de la espalda, ayudado por su cinturón. Por último, ocultó la americana, que había llevado puesta al subir al tren en el comienzo del trayecto, en el techo y colocó el panel en su sitio.

Notó como el tren se detenía completamente cuando el frenazo final zarandeó su cuerpo dentro del minúsculo servicio. Trav sacó unas gafas circulares del bolsillo interior de la chaqueta, se las puso, y terminó de adecentar su aspecto frente al espejo.

Consultó su reloj y contó hacia atrás: tres, dos, uno... En ese momento, Trav escuchó cómo se abría la puerta del tren que quedaba frente al servicio. Entonces esperó veinte segundos y abandonó el excusado.

A su derecha divisó a un joven rubio, alto y corpulento, que trataba de colocar su equipaje en los maleteros que se encontraban a la entrada del coche.

—Si me permite el caballero, yo acomodaré su equipaje —le dijo Trav al pasajero.

El chico le miró con recelo, pero enseguida suavizó su gesto al identificarle como empleado de la compañía ferroviaria.

—Gracias —susurró el viajero.

—Su asiento es el 7A, ¿cierto? —preguntó Trav.

El pasajero dudó por un momento.

—Exacto, ¿cómo lo sabe?

El falso revisor sonrió con la mayor amplitud que pudo al responderle:

—Es el único que queda libre en el vagón, señor.

—Ah, claro... Obvio entonces.

Trav acopló la maleta en el estante después de haber reordenado varios bultos para hacerle hueco. Todo esto se produjo bajo la atenta mirada del viajero recién llegado. Al estirar los brazos para el alojo del equipaje, Trav dejó al descubierto su joya más preciada.

—Bonito reloj —le comentó el joven, fascinado—. ¿Titus? Eso reza en la esfera, aunque la verdad, no me suena esa marca.

—Sí... Es un recuerdo de familia, lo heredé de mi padre. Fue un regalo que le hizo a él mi abuelo.

—Toda una tradición, ¿eh?

—Eso espero, ojalá no se pierda. —Incómodo por la conversación, Trav intentó cambiar de tema—. ¿Me permite también su bolsa de mano? Yo se la llevaré.

—Gracias, no es necesario —contestó el viajero.

—Insisto, señor. Me gustaría hacerle su viaje lo más cómodo posible.

El pasajero, finalmente, le cedió su bolsa y se dirigió al lugar indicado en el resguardo de su billete.

—Disculpe, señor. ¿Me permite, por favor? —El joven hubo de llamar la atención del hombre medio adormilado que ocupaba la plaza contigua a la suya, la 7B, situada junto al pasillo.

—Sí... Sí... —balbuceó el que iba a ser su compañero de viaje mientras trataba de levantarse. El atolondramiento producido por el sueño le impidió moverse con facilidad en el interior de su habitáculo. Además, su avanzada edad y la obesidad de su cuerpo tampoco le facilitaban la tarea a la hora de incorporarse.

Cuando por fin consiguió su objetivo, el hombre sufrió un pequeño percance: las gafas con las que había estado leyendo el periódico, que en ese momento hacía las veces de sábana, resbalaron por su nariz y cayeron al suelo.

—No se preocupe —dijo el joven recogiendo los binoculares—, han sobrevivido a la caída.

—Menos mal —suspiró aliviado el viajero del 7B—, sin ellas no soy capaz de ver nada.

Cada uno tomó su asiento. Mientras, el falso revisor terminaba de colocar la bolsa de viaje en el maletero superior. Trav giró sobre sí mismo y se dirigió, de nuevo, hacia la salida del vagón por la que había ingresado minutos antes.

—¿No quiere ver mi billete? —Escuchó mientras se alejaba.

—Enseguida pasará mi compañero a revisarlo —contestó girando la cabeza y sin detener su camino.

Trav abandonó el vagón y se quitó la chaqueta. Mientras la enrollaba sobre sí misma distinguió al verdadero revisor, instantes antes de acceder al interior del coche con varios listados en la mano. Decidió entonces coger su móvil y disimular, fingiendo que hablaba por teléfono.

—Si cariño, no te preocupes. Te llamo en cuanto llegue —exclamó en voz alta—. Noooo, que pesada eres —añadió entonces con fingido agobio. En ese momento saludó al trabajador del tren con un movimiento de cabeza. Éste se lo devolvió no sin antes pedirle, con un leve gesto de la mano que bajara el tono de voz. Trav asintió, haciendo ver que accedía a su petición.

El tren arrancó y enfiló los últimos ochenta kilómetros de recorrido. Trav consultó su reloj suizo, una vez más. Estaba empezando a cansarse de vivir ligado al tiempo, pero qué remedio le quedaba...

Asegurándose de que nadie le observaba, encaró la puerta de salida del tren. Extrajo algo que había ocultado en la chaqueta al envolverla, lo combinó con el objeto metálico escondido en la parte trasera de su cinturón, y lo ensambló todo produciendo un leve chasquido.

Comprobó su cronómetro, una última vez. En tres minutos comenzaría la función.

En esos momentos, Trav sólo pensaba en las almas a las que les iba a cambiar el destino para siempre. Las vidas que iba a modificar voluntariamente y los efectos que ello tendría en el futuro. Pensaba en los que iban a morir para que él pudiera llevar a cabo su misión. Sabía que todo aquello era por un bien mayor, pero no podía dejar de preguntarse si estaba bien lo que hacía. Todo podría empeorar y eso era lo que más le preocupaba. Se preguntaba, torturado, si todas las vidas no eran iguales y si priorizar unas sobre otras era lo más apropiado.

El momento había llegado. Trav puso su mano sobre el freno de emergencia situado junto a la puerta de salida del convoy. En la distancia distinguió el coche en el que tenía planeado huir, aparcado justo donde lo había dejado la noche anterior. Tiró del freno y su acción provocó que la serpiente metálica se detuviera, retorciéndose y chillando desde cada uno de sus tornillos, remaches y tuercas.

Los pasajeros que permanecían sentados chocaron entre ellos y contra los asientos. Algunos de los que iban de pie cayeron al suelo, empujados por la inercia.

En ese momento, Trav accionó la palanca de apertura de puertas, las empujó para liberarlas y permitir su salida al exterior. Antes de abandonar el tren, volvió la mirada hacia el interior del departamento de turista, y sus ojos se cruzaron un instante con el joven rubio del asiento 7A. Éste le observaba desde el pasillo, entre los asientos, al tiempo que rebuscaba atropelladamente en el interior de su bolsa de viaje, rodeado de pasajeros que se agolpaban unos sobre otros mientras trataban de retirar los equipajes que habían caído sobre ellos.

Trav se preguntó en ese instante cómo se habría apañado aquel joven para evitar al grueso pasajero del 7B.

—¿Buscas esto? —le advirtió desde la distancia, a voz en grito para hacerse oír por encima del tumulto, mientras le mostraba una pistola cargada y preparada para disparar—. Esta vez no será, Adrián —Entonces Trav tiró hacia atrás de la parte superior del arma para montarla.

Adrián no salía de su asombro. Ignoraba cómo aquel tipo, —el mismo desconocido que se había hecho pasar por revisor minutos atrás—, conocía su nombre. Y lo peor de todo: le había arrebatado la pistola que portaba en su mochila para cargarla después. Él siempre llevaba varios cargadores encima, lejos del cuerpo principal, para evitar ese tipo de posibles problemas. Se agachó a buscar en la correa sujeta a su tobillo, bajo el pantalón, y allí encontró los dos cargadores que había preparado antes de salir de casa.

—Adiós, Adrián —le oyó gritar entre la confusión—. Nos veremos de nuevo.

—¿Quién coño eres? —bramó Adrián con toda la fuerza de sus pulmones.

—Mis amigos me llaman Trav.

Trav saltó entonces del tren. Varios pasajeros que se percataron de su conversación con Adrián salieron tras él. Sin apartar la mirada del coche que le esperaba a escasos cien metros, extendió su brazo y disparó dos veces a la derecha y otra por encima de su hombro izquierdo, consiguiendo abatir a tres hombres que trataban de darle alcance alentados por el pasajero rubio, que maldecía sin parar a Trav. No eran los únicos que habían salido en su captura pero el tiroteo hizo que los demás cejasen en el empeño.

—Hoy no toca que me atrapéis... no es el día oportuno para ello —murmuró entre dientes.

Trav montó en el coche, arrancó el motor y colocó el retrovisor interior tratando de observar a su alrededor. Revolvió en la guantera, entre una montaña de recortes de periódico, hasta que encontró lo que buscaba: un despertador que en ese preciso instante desataba su alarma con estruendo. Alzó la vista hacia el espejo y observó una explosión unos veinticinco metros por delante del tren, justo en las vías. La bola de fuego que se produjo, acompañada de su letal metralla, alcanzó de lleno la cabina del maquinista, atravesando los cristales. El resto del tren se vio sacudido por la deflagración, sin llegar a ser afectado tan dramáticamente como la máquina principal.

Satisfecho, Trav arrancó el coche y emprendió la huida dejando atrás la dantesca

situación que había provocado.

Capítulo 2

Las consecuencias

Trav se miró en el espejo del cuarto de baño. Habían transcurrido ya treinta minutos desde que diera por finalizada su misión con la llamada telefónica pertinente y se disponía a realizar, de nuevo, aquella operación que tanto le fastidiaba. Se hurgó bajo el pelo de la frente hasta encontrar la entrada del postizo, y de un tirón se quitó la peluca que había utilizado para la ocasión. La dejó sobre el borde del lavabo y comenzó a rascarse la cabeza desesperadamente, con las dos manos.

Nunca se acostumbraría a las pelucas. Había afeitado su cabeza tiempo atrás, tras las primeras misiones, creyendo que así evitaría los picores. Nada más alejado de la realidad, aunque sí le resultaba más cómodo ponérselas y sujetárselas con adhesivos a su cabeza. Lo siguiente fue quitarse la dentadura postiza. Ésa, y unas cuantas más, se las habían fabricado a medida y era el elemento menos molesto de todo su disfraz: nariz de látex, lentillas de color y una barba postiza que también le producía un picor en la cara.

Trav era originario de la Región Sur de la *Península*, donde la celebración del carnaval era algo más que una tradición desde hacía siglos. Él, reacio a tales celebraciones desde que tenía uso de razón, recordaba como de pequeño siempre había odiado los disfraces y pintarse el rostro, le agobiaba cubrírselo con cualquier tipo de máscara o careta. Ahora era lo más natural para él, se había convertido en un maestro del disfraz.

Se desvistió y metió sus ropas en una bolsa de basura que dejó junto a la puerta del baño. Se duchó con tranquilidad. El momento en el que dejaba caer el agua sobre él era lo más natural y placentero que podía experimentar en su rutina diaria. No tenía prisa por terminar, por lo que se tomó veinte minutos bajo el chorro revitalizador.

Al salir, Trav se secó someramente y anudó la toalla a su cintura. Se acercó entonces al espejo empañado por el vapor de agua, lo despejó con la toalla de manos y comenzó a rasurar su cara y cabeza. Le gustaba hacerlo así, recién salido de la ducha, porque de ese modo evitaba tener que usar jabón que dejará restos en su piel.

Nunca usaba lociones, cremas, desodorantes o colonias que dejaran aromas en su piel y pudieran permitir que se le relacionara con algún tipo de olor o rastro en los lugares de sus acciones.

Se vistió rápidamente y metió las toallas que había usado en la misma bolsa que la ropa; la anudó y se la llevó consigo hasta el salón.

Tomó el mando a distancia, que estaba cubierto por una funda transparente, y encendió el televisor para ver las noticias. Recorrió varios canales y rápidamente encontró lo que andaba buscando.

Una mujer hablaba mientras se veían imágenes en vivo en un recuadro situado ligeramente por encima de su hombro izquierdo. Trav subió el volumen.

«... hace tres horas se ha producido un atentado contra el tren de larga distancia que une la Capital con la ciudad de Ríos Verdes. El atentado no ha sido aún reivindicado por ningún colectivo terrorista, aunque todo apunta a organizaciones radicales antisistema.

En el convoy viajaban doscientos treinta y dos pasajeros y treinta y cinco tripulantes. Hay que lamentar el fallecimiento de dos personas: el maquinista del tren tras recibir el impacto directo de la explosión y la metralla, y de uno de los pasajeros que se golpeó mortalmente en la cabeza después del pánico desatado tras la explosión. Otras tres personas se encuentran en estado grave debido a impactos de bala; los disparos los ha efectuado uno de los pasajeros en su huida. Este individuo, aún no identificado, accionó la parada de emergencia escasos segundos antes de la detonación, para después huir del lugar del suceso arma en mano. También han resultado heridos de diversa consideración otros cuarenta y cinco ocupantes del tren. La mayoría de los afectados se vieron atropellados al tratar de huir del ferrocarril momentos después de la detonación.

Me dicen por línea interna que tenemos el testimonio de un testigo relevante... Adelante, compañeros.»

La imagen que emitía el noticiario cambió de repente para dar paso a una escena en la que se observaba a un hombre joven alto y rubio, rodeado de cámaras y micrófonos, y que parecía nervioso tratando de huir del acoso mediático.

—¿Es cierto que usted ha capturado al terrorista? —preguntó uno de los reporteros.

—¿Puede contarnos cómo se produjeron los hechos? —Se oía a otro por detrás.

—¿Cómo encontró al hombre que detonó la bomba? —cuestionaba un tercero.

—Discúlpenme, no tengo nada que declarar. No hay hecho alguno que pueda contarles, por favor, necesitamos calma, déjenos tranquilos. Hemos pasado una tarde espantosa y las víctimas necesitan recuperarse. Con este acoso ustedes no nos aportan ninguna ayuda.

Sobre las imágenes, en la parte inferior, se mostraba un cartel con la identidad del pasajero entrevistado.

«Adrián la Fuente. Pasajero del tren de larga distancia atacado. Guardia Civil fuera de servicio»

Trav no pudo evitar que se le dibujara una sonrisa en la cara.

—Sé prudente, Adrián. No te conviene la fama —le dijo a la imagen del televisor.

Rápidamente varios agentes de la Guardia Civil rodearon a su compañero, protegiéndole de los periodistas y guiándole hasta la zona de seguridad acordonada, donde se encontraba el hospital de campaña y los dispositivos de emergencias.

El noticiario comenzó a mostrar entonces diversos gráficos creados digitalmente, tratando de explicar cómo se había producido el suceso. En las imágenes mostraron también el lugar donde había estado aparcado el coche en el que huyó, así como los puntos exactos donde se produjeron los disparos y cayeron las tres personas abatidas.

Trav observaba las imágenes y trataba de encontrar algún fallo; había recorrido el trayecto mil y una veces, mentalmente, cronometrando con precisión los pasos a seguir. Sabía que si hallaba un error en su plan de acción le obligaría a comenzar desde el principio. Finalmente se convenció de que carecía de sentido darle más vueltas; el objetivo principal había sido logrado y, por lo tanto, se podía decir que la operación había sido un éxito absoluto.

La periodista que dirigía el noticiario apareció de nuevo en pantalla:

«Acaban de ver a Adrián la Fuente que, según las últimas informaciones llegadas a nuestra redacción, ha guiado a las fuerzas de seguridad hasta el presunto autor de la explosión...»

Aquella mujer parecía que no iba a terminar de hablar nunca, pero Trav ya había oído suficiente y apagó el televisor usando el mando a distancia.

Programó el despertador de la mesilla para que sonara en dos horas y se durmió plácidamente.

Capítulo 3

Adrián

No era la peor situación que había visto en su vida, pero las situaciones tan dramáticas como aquella y además, con tantos afectados por el suceso, le seguían afectando al ánimo. Se formaba una atmósfera de tristeza y angustia que lo dominaba todo, particularmente a los que se encontraban tocados, de alguna forma, por el drama en cuestión. Gente corriendo de un lado a otro, decenas de rotatorios pertenecientes a los vehículos de emergencias golpeando sus retinas: heridos, muertos, escenas de pánico e histeria.

Adrián trataba de aislarse en el asiento trasero de un coche de la Guardia Civil. El vehículo tenía la puerta abierta y él se encontraba inclinado, con su cuerpo apoyado sobre las rodillas, mientras mantenía los pies fuera del habitáculo. Le habían ofrecido un café bien cargado, que aceptó gustoso para tratar de despejar su mente. Repasaba una y otra vez la escena vivida, tratando de hallar una pista, un detalle dentro de sus recuerdos; algo que le llevase a encontrar a aquel misterioso personaje que se había cruzado en su vida y en la de cientos de personas esa tarde.

Constantemente se le iba la mirada hacia la tela dorada que cubría el cuerpo del maquinista del tren. Allí tirado en el suelo, esperando a ser recogido, mientras el sol se ocultaba tras las montañas del oeste.

La semana no había comenzado demasiado bien para Adrián. La noticia de su traslado le había llegado en el peor momento. Laura y él estaban atravesando una profunda crisis en su relación sentimental y el hecho de tener que alejarse de ella no iba ayudar en nada a solucionar el conflicto. Siempre había pensado, convencido, que el tiempo y la distancia no curaban nada; sólo precipitaban el final. Había tratado de convencerla para que le acompañara, pero Laura, apegada a su trabajo, rechazó de plano la idea. Aún no se había acostumbrado a pasar ni un día lejos de ella y ya tenía otro problema más en el que pensar.

El cambio de destino no fue tampoco motivo de alegría o satisfacción. Las malas relaciones con su superior, al que creía un imbécil integral, y el supuesto fallo cometido por su compañero y él en la última investigación le habían colocado al borde del abismo. Días atrás, Adrián recibió una comunicación interna que le «sugería» considerar la posibilidad de realizar un cambio; algo logístico para así *«poder desarrollar habilidades que habían quedado estancadas»* en el destino que ocupaba en ese momento...

—Una mierda, estancadas —pensó Adrián al leer aquel folio.

Para colmo de males, el delincuente del tren le había robado su pistola, disparando con ella a tres personas. Adrián vislumbraba fácilmente el final de su carrera en el Cuerpo si no conseguía ofrecerles a sus superiores alguna pista que ayudara a solventar aquel puzle.

El agente rebuscaba sin cesar dentro de su memoria: «El tren se detuvo en la estación, yo abrí la puerta y subí al vagón... No vi al tipo aquél hasta que traté de colocar mi maleta en el armario para equipajes. ¿De dónde salió? En el andén no estaba y en los descansillos entre vagones tampoco. ¿Vino de la cafetería? No, habría oído deslizarse la puerta. Entonces, ¿de dónde narices salió?»

Adrián dio un breve sorbo al café y se pasó la mano por la frente, frotándose con fuerza para tratar de estimular su mente. Cerró entonces los ojos con intensidad para evitar que las imágenes escapasen de su memoria y se perdiesen sin remedio.

«Colocó mi maleta. Me pidió la bolsa... Hijo de puta, sabía que allí guardaba mi pistola, ¿cómo lo supo? Mi compañero de asiento perdió sus gafas al levantarse. Ahí fue cuando el tipo aprovechó para sacar el arma de la mochila, seguro. Yo le ofrecí el asiento de la ventana al otro viajero para que durmiera más cómodamente y entonces, mientras nos cambiábamos, sucedió todo... Nada, no hay nada más. ¿Cómo dijo que le llamaban? ¿Trav?... ¿Y cómo supo mi nombre? En las maletas no lo llevo puesto...»

Cada vez parecía comprenderlo todo un poco menos. Si algo tenía claro era la asombrosa precisión con la que todo había sido preparado. El atacante tenía un coche para huir justo en el lugar de la explosión, y se demoró apenas unos segundos dentro del vehículo antes de emprender la fuga. Adrián se preguntaba también si el terrorista habría detonado la bomba desde el automóvil.

Comenzó a notar como dentro de su pantalón algo vibraba con ritmo acompasado. Se palpó y descubrió su teléfono móvil. Había olvidado que lo llevaba ahí, puesto en silencio antes de subir al tren para evitar molestar al resto de los pasajeros en el caso de que recibiera alguna llamada.

Adrián miró el visor y estuvo tentado de no atender la llamada: «*Identidad oculta*». Finalmente deslizó el dedo por la pantalla táctil de su *Smartphone* y contestó con sequedad.

—¿Quién?

—Hola, Adrián. Tenemos que hablar.

El guardia civil despegó el terminal de su oreja para mirar de nuevo la pantalla. No reconocía la voz.

—Perdona, ¿quién eres?

—Trav...

Adrián sintió algo parecido a una descarga eléctrica dentro de su cabeza que hizo que saltara del coche, poniéndose en pie.

—Voy a cogerte, maldito cabrón. No lo dudes ni por un momento. —La ira hablaba por él—. ¿Cómo has conseguido este número y por qué sabes mi nombre?

—Aún no ha llegado el momento de contestar a esas preguntas —replicó su interlocutor.

Adrián buscaba con la mirada, frenéticamente, a alguien que le estuviera prestando atención para contarle que tenía al terrorista al teléfono. Trató de calmarse;

tenía que dejar los sentimientos a un lado y ser tan profesional como pudiera. Al fin y al cabo el trabajo había venido a su encuentro y lo iba a cumplir, tenía ganas de cerrar algunas bocas.

—Está bien —contestó tras respirar profundamente. Se intentó relajar y buscó un tono conciliador que alargara la conversación—. ¿De qué quieres hablar?

—Esa bomba tenía un doble sistema de detonación. Uno por proximidad y otro por control remoto —afirmó el criminal.

—¿Me estás contando cómo matas a gente inocente?

—Más o menos... Pero si vas a estar diciendo tonterías durante todo el tiempo que dure esta conversación, ni tú obtendrás lo que necesitas, ni yo acabaré mi misión. ¿Te importaría escucharme sin interrumpir?

Adrián se mordió los labios para evitar cometer una torpeza que le alejara del asesino. No sabía cuánto tiempo más iba a aguantar la tensión antes de perder el control.

—Continúa... —Claudicó.

—Como ya te he dicho, existían dos sistemas de detonación. El principal, el de proximidad, estaba ajustado para detonarse cuando el tren pasara por el lugar exacto donde estaba situada la bomba. Y el segundo se implementó para suplir un fallo del primero. Ya te habrás imaginado que el tren se detuvo un poco antes de llegar al punto de detonación, por lo que la bomba fue activada mediante un mando a distancia.

—¿Por qué detuviste el tren entonces? O... ¿Fallaste en el cálculo de la frenada?

—Adrián dudó un instante. Si esta segunda opción era la correcta, estaba hablando con alguien que no tenía miedo a morir. Alguien dispuesto a detonar la bomba por proximidad, incluso con riesgo de perder su propia vida al encontrarse él mismo en el tren siniestrado.

—Te he dicho que no es momento de preguntas. Escucha y calla —contestó Trav con una serenidad aterradora—. Estás junto el coche de la Guardia Civil, ¿verdad?

—Sí —contestó Adrián totalmente anonadado. Se preguntó si el delincuente se encontraba allí en ese momento, observándole. La duda le pedía que preguntara, pero la prudencia le sugirió callar y observar.

—No tenemos mucho tiempo. Acércate al vagón en que viajabas —dijo Trav.

—Imposible. Está todo lleno de agentes y equipos de emergencia —contestó Adrián.

—Para ti no será problema, tus compañeros no te harán preguntas.

—No estoy tan seguro de eso.

—Yo, sí... Hazlo, se acaba el tiempo —ordenó Trav mientras comprobaba la cronología de los acontecimientos ayudado por su reloj suizo.

Adrián comenzó a caminar en la dirección indicada por su interlocutor, mientras intentaba encontrar a algún sospechoso, similar al que escapó del tren, que hablara por móvil en los alrededores.

—¿He mencionado que tenemos prisa? Corre...

El agente estaba cada vez más convencido de que Trav le estaba observando desde algún lugar cercano.

Tal como le había mencionado su interlocutor, Adrián pudo acceder al vagón sin que nadie le hiciera una pregunta o se interpusiera en su camino. Sin esperar más instrucciones entró por la misma puerta por la que accedió al tren horas atrás.

—Bien, ahora debes estar dentro —oyó por el auricular—. Abre la puerta que tienes justo enfrente, es un servicio.

—Así que aquí estabas oculto cuando me incorporé al viaje... —murmuró Adrián.

—Nada más entrar, mira en la esquina superior derecha, el panel está suelto. Quítalo y toma la chaqueta que encontraras en su interior —A los pocos segundos el guardia civil examinaba la prenda—. En el bolsillo interior hay un dispositivo electrónico. Sácalo y deshazte de la chaqueta.

Adrián extrajo el ingenio electrónico del bolsillo y cuando iba a tirar la chaqueta pensó que tal vez podría encontrar algo en ella que le llevara al paradero del asesino. Salió del vagón con la americana en una mano y el objeto extraído de ella en la otra.

—Te he dicho que dejes la chaqueta... No te molestes, no vas a encontrar nada en ella que te ayude a localizarme —confirmó Trav.

Adrián la soltó como llevado por la voluntad de otro. La confusión inundaba su mente.

—Enciéndelo, es un rastreador de frecuencias. Está ajustado para llevarte hasta el detonador que activó la bomba. No pierdas el tiempo porque en breve desaparecerá el portador de la señal —contestó antes de cortar la llamada.

—Oye, oye... Mierda.

Adrián metió el móvil en su bolsillo y encendió el rastreador con el que Trav le había obsequiado. En la pantalla, dos líneas de datos le indicaban la frecuencia de rastreo y la intensidad de la señal.

Caminando, con un porte entre sonámbulo y atolondrado, Adrián trataba de hallar la orientación y la dirección correcta que los números le iban indicando. Tardó poco en encontrar el camino hacia la fuente de la frecuencia cotejada y aceleró el paso. Se dirigía, guiado por el dispositivo que sostenía en la mano, hacia la zona del hospital de emergencia.

Junto a una gran tienda de campaña que parecía la enfermería principal, Adrián observó a un grupo de personas sentadas, con aspecto de haber recibido los primeros auxilios, ya que presentaban vendajes en distintas partes y, algunos, restos de sangre en la ropa.

Con discreción paseó con el detector por delante de ellos hasta que la señal fue inequívoca. Un joven trajeado se tocaba intermitentemente, ayudado por una gasa, una brecha en la cabeza que parecía recién suturada. Cada vez que lo hacía revisaba el aspecto de la misma para determinar si sus heridas seguían sangrando o no.

Entonces Adrián se sentó junto a él.

—Buenas, ¿cómo estás? —saludó con cordialidad.

—No muy mal —respondió el herido con cierto aire de resignación por su estado.

—¿Qué te ha pasado?

—Fue después de la explosión. La gente se volvió loca, me atropelló y me golpeé al caer.

—Ya veo. ¿Te han dado puntos?

—Sí, cinco. Me han dicho que espere aquí un rato y si me encuentro bien me puedo marchar.

—¿Sabes qué es esto? —Adrián le mostró el dispositivo que llevaba en la mano.

El muchacho dio un respingo al verlo. Retomó la compostura tratando de disimular.

—La verdad... no, nunca... yo...

—La segunda pregunta es: ¿por qué me ha traído hasta ti?

Los dos se miraron a los ojos durante un instante fugaz, justo antes de que el chico del traje emprendiera una huida desesperada a la carrera.

La huida no fue más allá de una distancia de quince metros. Una masa considerablemente más alta y fornida que la del fugitivo, se le echó encima derribándole al suelo. Sin dejar, siquiera, que se volviera, su captor le inmovilizó y le apretó la cara contra el suelo pedregoso. Por el rabillo del ojo pudo ver el rostro, rabioso, de Adrián.

—¿Quién es el tipo que detuvo el tren? —le gritó al oído.

—No sé de qué me hablas... Aaaayyyy. —No sabía si el dolor era más intenso en su cara, aplastada contra las piedras, o en la herida recién restañada que tenía en la cabeza, ya que era el punto donde el agente La Fuente había decidido ejercer presión.

Notó como las manos de su captor hurgaban en su chaqueta hasta que encontraron lo que andaban buscando.

El agente de la Benemérita extrajo de uno de los bolsillos un pequeño mando de radio control; tenía pinta de pertenecer a un coche teledirigido o algo similar.

—¿Esto es lo que has usado? —preguntó Adrián.

—Déjame, me haces daño —contestó el detenido.

—¿Sabes que has matado a gente con la ayuda de tu amigo?

—Yo no tengo ningún amigo, coño. Quítate de encima.

No hubo tiempo para más, varios miembros de los Cuerpos de Seguridad se le abalanzaron.

—Soy compañero, soy compañero —afirmó Adrián, tratando de explicarse—. Este tipo es el que detonó la bomba y éste es el mando que usó.

Poco después, el sospechoso se encontraba esposado en la parte de atrás de un coche patrulla y Adrián daba explicaciones de lo que había sucedido. Tras una breve conversación quedó con los agentes que se personaría en la central de la Guardia Civil de *Ríos Verdes* para dar más detalles de los hechos. Se alejaba de la multitud

cuando varios periodistas se le abalanzaron micrófono en mano, seguidos de las correspondientes cámaras de televisión.

Capítulo 4

El restaurante de carretera

—Miguel, otra copita de anís, venga... Aún me da tiempo.

—Vamos, Pedales, no me jodas; ya llevas tres... —El camarero dudaba si hacer caso a la demanda o no.

—Tú estás aquí para servir, la cuenta ya la llevo yo.

Miguel tomó con desgana la botella de Castellana de la repisa de las bebidas. Conocía a «El Pedales» desde hacía dos años. Llevaba parando a comer allí dos veces por semana desde que él se hiciera con las riendas de aquel restaurante de carretera. Tras llegar a un acuerdo con la agencia de viajes para servir las comidas de los viajeros en esa ruta se veían con frecuencia.

Pedales era un conductor más de los que frecuentaban el local, pero le preocupaba especialmente por la relación de amistad que había entablado con él y porque detestaba verle beber, era algo que no soportaba: primero, porque el chofer ya había mostrado problemas de alcoholismo en alguna ocasión y sólo gracias a su ayuda y a la de su familia había conseguido salir de ese infierno; y segundo, porque Pedales conducía autobuses turísticos.

Siempre andaba de arriba para abajo con un montón de guiris de la tercera edad. Les llevaba a recorrer la costa este de la *Península*, de playa en playa, haciendo parada en algún que otro monumento histórico. Nunca había tenido un problema al volante, pero Miguel no creía que fuera bueno tentar a la suerte de aquella manera. No le hubiese resultado agradable ver en las noticias que un montón de extranjeros habían muerto al despeñarse por un terraplén de una carretera costera con el autobús que conducía su amigo.

—Te pongo ésta y ni una más —le dijo Miguel entre susurros para que nadie le oyese—. ¿Hasta qué hora dura la parada de avituallamiento?

—Sí, hombre, no te preocupes, aún queda una hora y media. Suficiente para echarme un sueñecito en el autobús. Deja a los ancianos que llenen tu caja de caudales, je, je, je.

Pedales se acabó la copa, recogió sus cosas de la barra y se dirigió hacia la salida del restaurante. Al salir, se detuvo un momento en la puerta para estirarse un poco. Se bajó las gafas de sol que llevaba en la cabeza, abrió la puerta del autobús y se perdió en su interior. Miguel le observaba desde detrás del mostrador, a través de las cristaleras, para asegurarse que el conductor cumplía con lo acordado y no se marchaba a ningún local de los alrededores. El chofer era asiduo de un club de alterne cercano. La mayoría de las veces dejaba el autobús allí y se marchaba a pie hasta el lupanar. Siempre que Pedales lo hacía, el hostelero sentía como se retorcían sus tripas al pensar en la esposa del conductor. Seguro que ella ignoraba que su marido disfrutaba más en compañía de prostitutas que en el lecho matrimonial con la mujer

que le había entregado su vida durante veinte largos años.

Los turistas fueron abandonando el salón de comidas del restaurante a medida que acababan con sus viandas, pasando a invadir una pequeña tienda de souvenirs y productos típicos que Miguel había montado en un rincón de su local. Aquellas cuatro chorradas le dejaban una nada despreciable suma de dinero.

Miguel se encontraba en la parte de atrás de su negocio, colocando las cajas de botellines vacías y retirando del interior del local los sacos de basura, cuando sintió cierto alboroto en el bar. Se asomó un instante y observó como los visitantes extranjeros parecían protestar entre aspavientos. Unos hablaban en voz muy alta, mientras otros asentían con la cabeza validando el discurso de los primeros. Todos miraban por los ventanales, al parecer buscando algo. El hostelero llamó entonces a la guía que acompañaba al grupo para interesarse por los motivos de las protestas.

—Parece que el conductor no atiende las llamadas, no sabemos si está en el autobús. Hemos golpeado la puerta, he utilizado el móvil y... nada.

Miguel miró su reloj y descubrió que habían pasado más de dos horas desde que su amigo abandonara el local para procurarse un sueño reparador.

—No se preocupe —le dijo a la joven—, yo me encargo de avisarle.

Miguel se quitó el mandil, muy enojado, ordenó a uno de sus empleados que se hiciera cargo de todo hasta que él volviera y salió camino del club favorito de su amigo... Bueno, examigo, pensó en ese momento, porque iba a terminar con cualquier intento de explicación infructuosa que el conductor tratara de darle, y le iba a sacar a patadas de allí.

Al otro lado de la autopista de peaje, entre las montañas, Trav observaba la escena con unos prismáticos. Apreció como Miguel, con paso firme, recorría los doscientos metros que separaban su negocio del «Club Paraíso». Vio como entraba, sin siquiera saludar al matón de la puerta, y se esperó a verle salir de regreso, con las manos vacías, casi a la carrera. Sabía que había llegado el momento de marcharse. En breve descubrirían el fin de la misión que acababa de llevar a cabo.

Habían transcurrido más de cinco meses desde que hiciera el trabajo del tren. La misma tarde en la que apareció por última vez recibió una llamada con nuevas instrucciones, nada más despertarse de su siesta. Le indicaron que debía esconderse en el lugar habitual durante dos semanas antes de emprender de nuevo viaje para preparar el siguiente encargo. Bajó con tranquilidad, se montó en el coche que le habían proporcionado para la ocasión y se marchó de allí con la firme seguridad de que todo acabaría sucediendo según lo previsto.

La guía turística salió al encuentro de Miguel para preguntarle si había dado con el conductor. Él negó con la cabeza y sin detenerse, se dirigió al aparcamiento dónde estaba estacionado el autobús. Comenzó por aporrear la puerta; al no obtener respuesta tomó un adoquín suelto del bordillo y lo arrojó con todas sus fuerzas contra el cristal de la puerta delantera del vehículo. El primer impacto sólo agrietó levemente el centro de la luna, así que en su segundo intento trató de no escatimar

fuerzas en su empeño por atravesar el cristal. Miguel tomó carrerilla y lo lanzó. Esta vez el proyectil atravesó de lado a lado el vehículo y acabó alojado en el asiento del conductor, rodeado por los trozos del material que acababa de descomponer.

Varios viajeros y distintos clientes del restaurante se aproximaron alertados por los golpes, pero Miguel no esperó a nadie y saltó, no sin dificultad, dentro del autobús. Al aterrizar fue a plantar su mano derecha sobre un montón de cristales que se introdujeron en su piel. Dolorido, se sacó los trozos de las heridas y envolvió su mano en un pañuelo que llevaba en el bolsillo. Lo primero que llamó su atención fue cierto olor a quemado, similar al originado por la pólvora en las fiestas. El hostelero recorrió el pasillo mirando a un lado y a otro, tratando de encontrar a su amigo. Finalmente, al alzar la cabeza, apreció como el brazo de una persona colgaba de los asientos del fondo. Se aproximó, convencido de que el anís había dejado fuera de combate al Pedales.

Miguel se empeñó en llamarle a voz en grito para tratar de sobresaltarle, a modo de venganza por el numerito que le había obligado a realizar. Su corazón se empezó a acelerar al no obtener respuesta ni detectar movimiento alguno en su cuerpo. Nubes de tormenta empezaron a ceñirse sobre su ánimo; su instinto le decía que aquello no era normal, algo tenía que haberle ocurrido. Miguel recordó entonces los excesos cometidos por el conductor y se preguntó si su castigado corazón habría dicho «*basta*» mientras dormía.

Antes de descubrir su cabeza reventada ya había visto salpicaduras y restos de sangre en la luna trasera y en los asientos más próximos. Alguien le había volado los sesos al pobre desgraciado...

Capítulo 5

La sospecha

Hacía un par de semanas que había concluido la investigación del atentado al tren. Basándose en las declaraciones del sujeto apresado la noche del suceso, las autoridades habían logrado localizar a un grupo de activistas denominado «*Por la democracia real*», el mismo que había planeado el acto criminal comunicándose a través de foros y redes sociales. En total, el número de detenidos desde el comienzo de las investigaciones cinco meses atrás había sido de doce personas, vinculadas al acto de distintas formas. Unos fueron los autores intelectuales del atentado, otros consiguieron y montaron el aparato logístico; aparte estaban las personas que les habían facilitado la información necesaria para ligar todo el entramado criminal y por supuesto, el ejecutor final del plan.

En los medios de comunicación los cargos políticos de turno aparecían dándose palmadas en la espalda y se congratulaban del trabajo bien hecho desde sus oficinas y desde los mandos de los Cuerpos de Seguridad. Ningún comentario ni imagen se había filtrado, oficialmente, sobre el agente que había facilitado la detención del terrorista que detonó la bomba.

Desde su puesto en el nuevo destino al que había sido asignado, Adrián observó el desenlace de los acontecimientos, y se repetía a sí mismo una y otra vez, que el trabajo no estaba terminado, que aún quedaba una persona directamente implicada en el suceso por detener. Los medios de comunicación habían difundido la teoría de que el terrorista detenido horas después del atentado había sido el responsable de frenar el tren y de detonar el artefacto explosivo, que sólo la fortuna había hecho que no acertara el lugar exacto por unos metros. Pero él sabía que ésa no era la verdad. Trav existía y tenía algo que ver con todo aquello. Aunque le había ayudado a capturar al principal implicado; accionó la parada de emergencia del tren y realizó disparos sobre tres personas, una de las cuales no volvería a andar nunca. Le hacía sentirse despreciable saber que gracias a la ayuda recibida del terrorista, había suavizado la reprimenda de sus superiores por no lograr impedir el robo de su arma.

Todos los días buscaba en las páginas de los periódicos de la *Península* algún detalle, por pequeño que fuera, que le pudiera llevar a recuperar la pista de su enemigo. Seis meses de infructuosa búsqueda estaban haciendo mella en él. Estaba por abandonar cuando recibió una llamada de teléfono, cierto día por la mañana nada más llegar a su puesto de trabajo.

—La Fuente al habla, dígame —contestó el agente antes de escuchar lo que tenía que decirle su interlocutor—. No, acabo de llegar. Aún no he encendido ni el ordenador... ¿Cómo? Gracias, echaré un vistazo.

Adrián se apresuró a arrancar el PC que tenía en su mesa de trabajo y, enseguida, buscar la página que le habían indicado en la llamada recibida. En la sección de

sucesos de un diario de *Levante* se hablaba del asesinato de un chofer de autobús, en el aparcamiento de un restaurante de la autopista de peaje de la costa. Por lo que se podía leer en la noticia, alguien había disparado al conductor a quemarropa, en pleno cráneo, mientras se echaba la siesta en el interior del vehículo. No había sospechosos, nadie había visto nada y se desconocían las causas del asalto, ya que se descartaba el robo o el ajuste de cuentas de algún tipo.

Adrián ignoraba por qué su compañero le había llamado para destacar esa noticia. Estaba seguro de que los agentes en la zona ya estaban manos a la obra y era difícil que él pudiera aportar nada relevante al caso desde la distancia.

El teléfono de su mesa volvió a sonar y entonces empezó a intuir que sus dudas iban a aclararse en breve.

Una hora escasa después se encontraba en el despacho del teniente del cuartel de *Ríos Verdes*. Su superior al mando estaba acompañado de un sargento y un hombre trajeado del Ministerio del Interior.

—Se preguntará por qué le hemos convocado aquí esta mañana —comenzó diciendo el alto cargo.

—Sí, señor.

—¿Conoce la noticia del asesinato de un conductor de aut...? —Adrián no le dejó terminar.

—La conozco, señor. Le agradecería que fuera al grano.

—No sea insolente, La Fuente —le reprendió su teniente.

—Lo siento, señor, pero la inquietud me devora —contestó Adrián.

—Entonces iremos al grano —afirmó el representante del Ministerio—. El hombre ha sido asesinado de un disparo en la cabeza. Los forenses han recuperado la bala de nueve milímetros del interior de su cráneo.

Al oír la medida de la bala, el corazón se le subió a Adrián hasta la garganta, impidiéndole articular palabra. Ahora sí sabía, o sospechaba al menos, por qué estaba allí.

—Como su cerebro ya estará barruntando —el tipo del Ministerio prosiguió su exposición—, el proyectil fue disparado por una SIG SP 2009, que es el arma que usan ustedes para su trabajo si no me equivoco. En este caso no nos cabe duda alguna después de que balística lo haya cotejado con los proyectiles recogidos del escenario del atentado al tren: el asesino utilizó el arma reglamentaria que le fue sustraída a usted hace seis meses.

—Ya comuniqué, a mi mando aquí presente en varias ocasiones, que quedaba una persona por detener, alguien vinculado al atentado en el que me vi envuelto. Recalqué que un hombre se había dado a la fuga y todavía no había sido localizado.

—¡¡¡Agente!!!! —gritó el teniente con todas sus fuerzas—. Esa información es reservada. Sargento, —se dirigió entonces al otro hombre que aún no había intervenido en la conversación—, ¿puede dejarnos un momento? —El guardia civil abandonó la sala sin rechistar—. Cabo La Fuente, se le ha advertido en varias

ocasiones de las consecuencias de utilizar esa información fuera de los foros pertinentes.

—Disculpe, mi teniente, pensé que éste era uno de esos foros —replicó Adrián.

—No me queda más remedio que invitarle a que se tome unas vacaciones...

—Pero señor... yo...

—Vacaciones de un par de días..., que estoy seguro podrá pasar en la costa levantina —prosiguió el oficial al mando.

—Por supuesto, mi teniente. Siempre a sus órdenes.

—No hace falta que le recuerde que ese tal Trav no existe a los ojos de las personas que no se encuentran en esta sala.

Adrián abandonó el despacho sin mediar una sola palabra más, habiendo entendido el mensaje de su superior. Iría a ese restaurante y a sus inmediaciones en busca de alguna pista.

Dos días después de que se encontrara el cuerpo sin vida del conductor del autobús turístico, Adrián llegó al lugar en cuestión. El sol caía a plomo en ese tramo de la autopista de peaje que transcurría paralela a la costa oriental de la *Península*.

La Fuente, vestido de paisano, aparcó su coche junto al autobús en el que se había producido el asesinato. El juez aún no había autorizado la retirada del mismo, atendiendo a las sugerencias que le habían llegado desde altas instancias del Ministerio de Justicia.

Huyendo del sol abrasador que castigaba el aparcamiento en ese momento del día, Adrián decidió refugiarse en el interior del restaurante colindante. Al traspasar la puerta notó que el lugar destilaba tristeza. Como ya sintiera en el atentado al convoy de *Ríos Verdes*, ese tipo de acontecimientos siempre dejaba marcados los lugares en los que transcurrían, y siendo tan reciente el suceso, mayor era la pena que se podía respirar en el interior del local.

—Buenas tardes —saludó, quitándose las gafas de sol—. Me gustaría tomar un poco de agua bien fría y algo de comer.

—Si desea menú —le contestó el hombre que se encontraba tras la barra—, puede pasar al comedor.

—Estaba pensando en algo más rápido, que pueda comer aquí en la barra.

—Tenga. —El camarero le ofreció entonces una pequeña carta plastificada—. Ahí tiene bocadillos, fríos y calientes, y algún plato combinado.

La Fuente se tomó unos segundos para estudiar el folleto que le acababan de ofrecer. Si bien era cierto que tenía hambre para comerse un buey después del largo viaje en coche realizado, tampoco pretendía demorarse demasiado; lo que realmente le había movido a entrar allí era tratar de obtener información sobre el suceso.

Pidió un combinado con filete de ternera, patatas y ensalada, además de agua sin gas, muy fría. El servicio fue rápido y Adrián comenzó a devorar las viandas recién servidas.

—Muy buena la carne —se permitió observarle al camarero.

—Gracias. Esta remesa nos la han traído hoy. Es usted el primero en probarla, me alegra saber que el género es de buena calidad.

—No lo dude —contestó el agente antes de hacer una pausa. Pensó que había llegado el momento de redirigir la conversación al tema que le había llevado allí—. ¿Es usted el dueño?

—Sí, señor.

—Le felicito, un lugar muy agradable.

—Gracias.

—Aunque lo veo un poco tranquilo. Pensé que a esta hora, y en una carretera tan transitada como ésta, la afluencia de público sería mayor.

—Hemos tenido unos días un poco difíciles...

—¿Difíciles?

—Sí. Un dramático suceso ocurrido en nuestras instalaciones ha ahuyentado, temporalmente, a parte de nuestra clientela.

—Mmmm... —murmuró La Fuente—. Ya me parecía familiar el autobús de ahí fuera. ¿Es aquí donde sucedió lo que cuentan las noticias?

—Lamentablemente, así es...

—Lo siento. Siempre es duro que algo así pase en tu casa.

—Más cuando se trata de un amigo.

—Ufff... Peor aún entonces. Le acompaño en el sentimiento. ¿Qué se le puede pasar por la cabeza a una persona para hacerle eso a otra?

—Ni idea. Pedales no tenía enemigos, salvo su propia conciencia...

—¿Y alguien subió al autobús, porque sí, y le disparó de esa manera?

El camarero calló, aparentemente incómodo por la pregunta.

—Disculpe. —Adrián reculó—. No quería molestarle, ni dañar la memoria de su amigo.

—No se preocupe... Sólo pensaba si no sería cosa del destino.

—¿El destino?

—Si —Miguel dejó lo que estaba haciendo y se acercó a su interlocutor para poder hablarle mirándole a los ojos—. ¿Sabe usted de ese tren que explotó hace unos meses?

Adrián se quedó frío y rígido como el mármol; de todas las preguntas del mundo esa no se la hubiera esperado nunca.

—Eh... —El agente no sabía cómo contestar—. Algo creo recordar. Supongo que me llegaron rumores en las noticias, algún día mientras comía —improvisó sobre la marcha.

—Pues fue bastante sonado.

—La verdad es que estoy en el mundo porque tiene que haber de todo. Seguro que lo he visto mil veces, pero tengo una memoria que no le cuento.

—Ya veo. Pues la verdad es que, como le decía, parece cosa del destino. El Pedales viajaba en ese tren el día del suceso.

Adrián no podía creer lo que estaba oyendo. De alguna manera tenía un nexo de unión con ese hombre, asesinado en el aparcamiento de ese restaurante por un disparo de su propia pistola. No entendía nada pero estaba convencido, ahora sí, de que los dos sucesos estaban relacionados de alguna manera.

—Es más... —continuó Miguel. Al parecer, al camarero le quedaba alguna sorpresa por desvelar—, él se encontraba en el hospital de campaña donde atendieron a los heridos, sentado justo al lado del supuesto terrorista, sólo unos instantes antes de que detuvieran al criminal.

—Increíble. —La Fuente no sabía cómo reaccionar—. ¿Esto se lo ha contado usted a las autoridades?

—La verdad es que no; no creí que fuera necesario y tampoco me preguntaron. ¿Cree usted que debería?

—No, no. Era sólo curiosidad.

El resto de la conversación se redujo a varios comentarios sobre la desafortunada trayectoria vital del Pedales y a algún breve comentario sobre el calor insoportable que estaba haciendo esos días. Adrián pagó entonces la cuenta y decidió salir a inspeccionar el autobús. Era mejor, por el momento, tratar de encontrar otros indicios antes de informar a ninguno de sus superiores.

El agente llevaba un rato preguntándose cómo habría conseguido el asesino entrar en el autobús. Según el informe que obraba en su poder, Miguel había tenido que romper el cristal de una de las puertas para entrar. Entre los efectos personales del conductor encontraron las llaves del autobús y sin embargo, no apareció ningún signo aparente de que las puertas hubieran sido forzadas. A La Fuente sólo le quedaba una explicación plausible: el asesino ya estaba dentro cuando Francisco Ayala, alias «El Pedales», acudió a dar una cabezadita. Lo que pretendía encontrar allí dentro era alguna evidencia que apoyara su teoría.

Evidentemente, lo primero que hubiera hecho Adrián en el caso de no «estar de vacaciones», era interrogar a todo aquél que se encontrara en las proximidades del lugar durante el incidente. Como eso no iba a ser posible si no quería levantar sospechas, empezaría por registrar cada palmo de aquel bus antes de que el juez ordenara su retirada para ser inspeccionado con más detenimiento en algún depósito policial. Si eso sucedía antes de dar con alguna pista fiable ya podía despedirse de sus opciones de éxito.

Se trazó un recorrido mental para no dejarse ningún recoveco sin rastrear, y lo siguió estrictamente. Empezó por las butacas, siguió por el suelo, el techo... Sabía que no iba a ser tarea fácil. Adrián pensó que era increíble la cantidad de suciedad y porquería que dejaba la gente en los autobuses. Encontrar algún rastro perdido entre aquella basura sería una hazaña mayor que la de Teseo en el laberinto; al menos un Minotauro no se podría esconder entre papeles, gorras, chicles, restos de comida... El guardia albergaba la esperanza, al menos, de encontrar una trampilla o alojamiento en el que alguien hubiera podido esconderse. Estaba seguro de que nadie podía haber

permanecido en el autobús sin llamar la atención, los guías y conductores suelen revisar los asientos para evitar rezagados o despistados.

Estaba casi por abandonar la búsqueda cuando un papel doblado llamó su atención. Estaba plegado varias veces y lo habían incrustado entre el respaldo y el asiento de la plaza 7A. No era una casualidad; lo habían dejado allí con la intención de que él lo encontrara y lo relacionara, de inmediato, con el lugar que él mismo ocupaba en el tren que no consiguió llevarle hasta *Ríos Verdes*. Lo desplegó y halló un mensaje breve, sencillo, escueto y directo.

**«25 de Octubre de 2015:
154 muertos y 85 heridos en un avión»**

Un frío aterrador recorrió su espalda antes de estrellarse contra su nuca. Faltaban menos de dos meses para la fecha anunciada en el papel y Adrián dudó ante la variedad de opciones que su mente le dibujaba: no sabía si creer que se encontraba ante la mente de un loco, una broma macabra, una amenaza o una advertencia. En ese momento se guardó el papel usando una bolsa para pruebas. Trató de encontrar algo más que le ayudara a resolver el enigma que le planteaba ese asesinato y la conexión con el suceso del tren, pero la tensión ya le tenía atenazados los sentidos y no lograba concentrarse en lo que estaba haciendo.

De repente oyó un ruido tras él. Se giró para descubrir a un agente de la Guardia Civil que le miraba con cara de pocos amigos desde la entrada del vehículo.

—Salga de inmediato, caballero —le exhortó mientras sacaba su arma—. Con las manos en alto y sin hacer tonterías.

Adrián obedeció. Mostró las palmas de sus manos y se movió lentamente hacia el lugar que le indicaban. Su única obsesión en ese momento, mientras bajaba la escalera que llevaba al exterior del autobús, era evitar un registro. Si le encontraban el trozo de papel tendría que dar muchas explicaciones y perdería la oportunidad de encontrar al verdadero culpable; aunque no tenía dudas de que, ya fuese solo o en compañía de otros, Trav estaba detrás de todo.

—¿Qué estaba haciendo ahí dentro? —preguntó el agente de la Benemérita.

—El conductor era amigo mío, pasaba por aquí y decidí parar; no sé como acabé subiendo al autobús, de verdad —mintió Adrián sin inmutarse.

Al mirar por encima del hombro del agente que le encañonaba, La Fuente pudo observar como el dueño del restaurante se aproximaba a paso ligero hacia ellos. La moto patrulla, y él mismo con los brazos en alto, debían haber llamado su atención, pensó entonces el guardia civil de incógnito.

—Si quiere puedo mostrarle mi identificación, señor —aseguró Adrián para intentar ganarse la complicidad del miembro de la Benemérita.

—En este momento, más que su identidad, me preocupa el hecho de que usted se encontrara en el escenario precintado de un crimen.

No quedaban más de veinte metros para que el hostelero les alcanzase. Cuando eso sucediera, Adrián correría el riesgo de que se destapara todo el pastel. Tendría que revelar quién era y qué hacía allí, detalles que le reportarían graves problemas.

—Si no me identifica y no me dice si estoy detenido —aseguró La Fuente con fingido aplomo—, entonces entiendo que soy libre de marcharme y así lo haré. Está usted poniendo en peligro, al apuntarme con su arma, mi integridad física y la de las personas que se acercan a nosotros en este momento.

El agente miró de soslayo para descubrir al visitante que se les acercaba.

—No se acerque más, por favor. Es una orden —anunció dirigiéndose al hostelero.

—Fui yo quien les avisó. Vi a ese individuo husmeando en el autobús desde mi restaurante y avisé al cuartel —aseguró Miguel.

—Agradecemos su colaboración. Ahora deténgase y vuelva al interior del local, por favor —replicó el patrullero.

Miguel obedeció a regañadientes. Al principio se alejó lentamente, caminando hacia atrás sin dejar de mirar a Adrián, mientras mascullaba algo que no sonaba muy amable. Después terminó por girarse y volver al interior del local para seguir observando a través de los ventanales.

El agente dirigió su plena atención de nuevo hacia el intruso que acababa de detener.

—Voy a bajar el arma; quiero que se vuelva y se ponga de rodillas con las manos en la cabeza, muy despacio. No quiero equivocarme y después de disparar descubrir que estaba desarmado.

—Lo estoy. No llevo ningún arma conmigo —confirmó Adrián.

—Perfecto, entonces no le importará que lo compruebe.

Había llegado el momento que más temía La Fuente. No podía dejar que le descubrieran la pista que había encontrado.

—Mi cartera está en el bolsillo trasero derecho de mi pantalón, insisto en que debería comprobarla —aseveró Adrián con voz firme.

El agente le cacheó por encima tratando de hallar algún bulto sospechoso. Al no encontrar nada le esposó y le puso en pie. Entonces procedió a identificar al detenido, comprobando la cartera que se alojaba en su bolsillo. Al abrirla encontró una identificación familiar.

—¿Eres compañero? —le preguntó sorprendido.

—Sí, eso trataba de explicarte —mintió de nuevo Adrián. Hubiera preferido no ser descubierto, pero dada la situación presentada fue la única escapatoria que se le ocurrió en ese instante.

—¿Qué hacías en el autobús? —prosiguió el agente de patrulla.

—Ya te lo he dicho, el conductor era amigo mío —Adrián se acordó de la información que le había proporcionado el hostelero—. Le conocí en el hospital de campaña, el día del atentado al tren. Yo también iba como pasajero.

—¿De veras? —El agente se acercó a quitarle las esposas— ¿Dónde estás destinado?

—En *Ríos Verdes* —contestó La Fuente.

—Esto está un poco lejos de tu zona.

—Sí, bueno, estaba de vacaciones, y al enterarme decidí venir a ver qué había pasado. Fue una estupidez subir al autobús.

—Sí que lo fue. Esto podría causarte problemas muy graves —aseguró el guardia civil de la zona.

—Lo sé. Pero algo tiró de mí —Adrián sacó a pasear esa parte de teatrero que todos llevamos dentro para dar lástima a su compañero—. Créeme que lo lamento profundamente. No he tocado nada, sólo miraba.

—No te preocupes, yo no fastidio a mis compañeros; pero te aconsejo que no vuelvas a aparecer por aquí. El dueño del restaurante llamó hecho una furia, si te vuelve a ver...

—Gracias... Por favor te pediría que no le dijeras quién soy. Antes evité decirle que conocía al fallecido —dijo Adrián.

—Le diremos que eres un periodista sensacionalista en busca de carnaza. Te recordará con más cariño.

—A ver si va a ser peor el remedio que... —Los dos rieron entonces. El guardia civil acompañó a Adrián hasta su coche y después se despidió de él, recordándole que no debía volver a investigar por su cuenta.

Adrián necesitaba averiguar algo más de lo que había ocurrido allí, por lo que no podía abandonar tan rápido. Tampoco era buena idea dejarse ver de nuevo por el restaurante o las intermediaciones del autobús, debía pensar en otra cosa.

Condujo su coche, rodeando el restaurante, hasta incorporarse a la carretera. Entonces paró en el STOP que daba acceso a la vía de servicio anexa al parking dónde se hallaba el autobús y miró a su alrededor. En ese momento divisó la gasolinera que quedaba justo al otro lado de la autopista, ubicada al pie de unas montañas. Se acercaría allí tomando un cambio de sentido y esperaría a que la zona del restaurante quedara libre de público y trabajadores.

Adrián aparcó justo detrás de la estación de servicio y comprobó que aquella localización le ofrecía una vista panorámica muy oportuna. Era el lugar de observación perfecto. De hecho, pensó en ese momento, habría sido un lugar idóneo para haber vigilado el autobús en distintas ocasiones y preparar el golpe sin necesidad de improvisar. El asesino podría haber estudiado rutinas y costumbres del conductor. Según el informe, era habitual que la víctima parara en ese lugar para la comida de los pasajeros...

Adrián se sobresaltó. La evidencia acababa de llegar a su cabeza mediante las divagaciones que su mente usaba como pasatiempo. Bajó del coche y trató de ponerse en la piel del asesino. ¿Cuál sería un lugar inmejorable para la observación sin levantar sospechas? ¿Dónde no sería visto durante las horas de vigilancia? Se volvió

y lo halló al instante: las montañas.

Un camino de tierra partía desde la gasolinera, muy cerca de donde él había estacionado. Adrián se colocó al inicio del mismo y desde allí observó la colocación de las cámaras de seguridad del recinto. Buscaba una que hubiese podido inmortalizar la imagen del delincuente en cuestión. No hubo suerte, pero pensó que lo más probable era que alguna hubiera captado algo. Aunque el asesino hubiese llegado volando hasta allí, una gasolinera abierta las veinticuatro horas siempre estaba grabando.

La Fuente se adentró en el sendero y no tardó en dar con unas huellas que parecían recientes. Las siguió hasta un lugar rocoso en el que parecían concluir, ése debía ser el lugar desde el que había estado observando el delincuente. Adrián estaba convencido de que había dado con algo importante. Volvería a *Ríos Verdes*, proporcionaría la información oportuna a su superior y él conseguiría las grabaciones de las cámaras de seguridad de la estación de servicio. Analizando esas imágenes sabría si había acertado en sus suposiciones o no...

Capítulo 6

Buscando pistas

Los compañeros de Adrián llevaban una semana tratando de encontrar algo en las grabaciones de la gasolinera. Habían visionado el contenido de los discos duros, una y otra vez, sin ningún resultado. Los análisis del trozo de papel hallado en el asiento del autobús tampoco habían aportado nada relevante para la investigación. Todos empezaban a desesperarse. Más cuando no sabían que andaban buscando, ya que La Fuente y el teniente eran los únicos que conocían la información completa y el sentido que debían tomar las pesquisas.

Faltaban sólo cuatro semanas para la fecha anunciada en el papel y aún no tenían nada relevante. Los trámites burocráticos para conseguir las grabaciones habían llevado demasiado tiempo, un tiempo que ahora se les hacía indispensable. Adrián se retorció de desesperación. Continuaban sin hallar la más mínima pista sobre la catástrofe anunciada por Trav en su legajo. La Fuente no podía creer que el criminal tuviera la sangre a tan baja temperatura. Tampoco entendía cómo Trav conocía tantos extraños detalles relacionados con los casos, era algo que escapaba a su entendimiento.

Su teléfono sonó. La persona al otro lado le indicó que le esperaban en el despacho del teniente Sancho Arias, su superior al mando. Sin muchas ganas, pero sin perder tiempo, Adrián se puso en camino y llegó al lugar indicado pocos minutos después. Llamó a la puerta y pidió permiso para entrar.

—Adelante, La Fuente. Pase —escuchó decir.

—Buenos días, mi teniente. —Adrián hizo el saludo formal y no pudo evitar que la vista se le fuera hacia el hombre situado junto a la ventana. Le resultaba conocido.

Su superior se percató de la mirada.

—Creo que ya conoces al señor Lope Carneros, del Ministerio. Estuvo en esta misma sala hace unas semanas en nuestra conversación.

—Sí, señor. Recuerdo al señor Carneros.

—Ha venido en persona a informarme de cómo se encuentra la situación. He pensado que querrías oírlo de sus propios labios —informó Arias.

—Se lo agradezco, mi teniente.

El alto cargo se giró y dejó ver una carpeta azul en su mano que depositó sobre la mesa. Adrián se dio cuenta entonces del aspecto demacrado del hombre. En tan breve lapso de tiempo las ojeras habían hecho acto de aparición en un rostro que mostraba síntomas de cansancio extremo.

—Les contaré lo que hay hasta el momento —la voz del directivo sonaba tan cansada como su aspecto físico—, que viene a ser... nada.

Los dos guardias civiles se miraron entre sí, tratando de disimular un cierto aire de incredulidad y asombro.

—Los técnicos forenses han examinado ese autobús y el cuerpo del conductor hasta la extenuación, sin encontrar ninguna pista. Ni restos de huellas, fibras, cabellos o similares; nada que se salga de lo habitual. Teniendo en cuenta que el autobús es un vehículo público actualmente en uso, comprenderán que es imposible discriminar en su interior cualquier elemento que nos conduzca al autor de los hechos.

—El asesino no lo eligió al azar, si me permite intervenir —dijo Adrián—. Sabía que era el lugar oportuno para disimular cualquier rastro que pudiera dejar. No es un aficionado, ya ha hecho esto antes.

—En eso estamos de acuerdo —confirmó Lope—. En cuanto al conductor, hemos investigado su presencia en el tren; se encontraba recuperándose de una adicción al alcohol y le habían aconsejado salir de la rutina habitual para evitar malas costumbres. Iba a pasar unos días a *Ríos Verdes* después de una corta estancia en la *Capital*. Era la última parada de su gira...

El directivo evaluó la reacción de los guardias civiles ante la información compartida. Seguramente pensarían como él, aquello no podía ser mera casualidad.

—También hemos puesto en alerta máxima a todos los aeropuertos del país —prosiguió diciendo Carneros—. Hemos discriminado algunos, los que no tienen capacidad para albergar aviones con tantos pasajeros. Ignoramos dónde tendrá el suceso, pero así descartamos opciones. ¿No puede darnos algo de ese hombre, algún detalle que nos sirva para localizarle? Usted es el único que le ha visto cara a cara con detenimiento —confirmó dirigiéndose a La Fuente.

—Bueno, discúlpeme, tampoco es que tuviera mucho tiempo para verle —aseguró Adrián—. El criminal tenía el pelo castaño, barba cuidada, nariz ganchuda, uno setenta y cinco de alto, unos setenta kilos... No sé, era uno más. ¿Qué hay de la llamada que hizo a mi móvil?

—Una tarjeta prepago, comprada tres meses antes en una tienda de la *Capital* del Sur. Una tienda pequeña de barrio. Ni cámaras, ni nadie que recuerde a alguien que cuadre con su descripción. Hemos tratado de rastrear las células por las que pasó la llamada pero parece que sabe ocultar su rastro. ¿Algo que destacar en las imágenes de la gasolinera?

—Nada —atestiguó el teniente.

—¿Las ha mirado el agente? —preguntó Lope Carneros.

—Estamos discriminando el contenido para mostrarle un resumen de lo más relevante, hay muchas horas de grabación —aseveró Arias.

—¿Cuándo lo tendrán listo? —inquirió el hombre del Ministerio.

—Esperamos que entre hoy y mañana —contestó el suboficial de la Guardia Civil.

—Hablabamos entonces en un par de días.

—Como quiera.

Dieron por terminada la reunión y cada uno volvió a sus quehaceres.

Adrián decidió que pasaría el resto de la mañana tratando de atender otros asuntos

menos «transcendentales», temas que se le habían ido acumulando. No estaba mal relajarse con un poco de rutina después del caos en el que se estaba viendo envuelto en los últimos tiempos, y no sólo a nivel profesional. Llevaba un par de días dándole vueltas a la idea de llamar a Laura para ver cómo le iban las cosas. Sabía que no podría contarle nada de lo que estaba pasando, pero al menos le ayudaría a afrontarlo con más entereza. Cogió el teléfono y marcó el número sin pensar. Cuando se quiso dar cuenta ya llevaba tres tonos, por lo que esta vez no podría abandonar la llamada.

Justo antes de colgar el auricular, la línea emitió un chasquido. Alguien se encontraba al otro lado.

—¿Laura? ¿Estás ahí? —preguntó Adrián ante el silencio de su interlocutor—. ¿Laura? ¿Me oyes?

—No soy Laura.

Adrián dio un salto en su silla y avisó por gestos a un compañero para que llamara al teniente.

—¿Qué le has hecho? ¡Si le has tocado un pelo te mato! —gritó Adrián fuera de sí.

—Tranquilízate, Adrián. Estamos en el año dos mil quince, no hace falta matar a nadie para quitarle su línea de teléfono, basta con clonar su tarjeta —Trav parecía mofarse del guardia civil—. Laura no es un objetivo que me ayude en mi trabajo.

—Pero ¿es que tiene un motivo tu «trabajo»? —preguntó La Fuente.

—La última vez que hablamos te dije que con esa actitud no conseguirías nada. Todo tiene un sentido más allá de tu ridícula ironía. Yo sé por qué estoy en esto... ¿Y tú? ¿Lo sabes? Claro que no, pero pronto lo sabrás.

La línea empezó a pitar, intermitentemente, indicando que la llamada se había terminado. El agente maldijo en su lengua y se apresuró a marcar de nuevo.

—¿Más calmado? —inquirió Trav.

—Lo intento al menos... —contestó Adrián mascullando.

—Eso está bien, ahora escucha. Antes de que tu teniente llegue, le expliques que estoy al teléfono y tratéis de localizar la señal, (algo que no vas a conseguir), te diré algo importante. El lugar que estás buscando se encuentra en la *Capital* —dijo Trav con aparente tranquilidad. A Adrián le pareció demasiado sereno. No la serenidad del psicópata desvelando su plan, más bien la serenidad del que tiene algo importante y crucial que cumplir—. Sólo depende de ti que no ocurra. Volveremos a hablar el día antes del suceso, pocas horas antes y... Escúchame bien: si no me obedeces, ciento cincuenta y cuatro personas van a morir.

Adrián dejó descansar el teléfono con todo el cuidado del mundo sobre su base. Lo trató como si de aquel instrumento para la voz dependiera la vida de esas personas. Alzó la cabeza y vio al teniente Arias mirándole con los ojos llenos de impaciencia. Su cara explicó parte de lo que acababa de ocurrir. El resto se lo contó en el despacho minutos después, tras haber calmado su ansiedad con una botella de agua bien fría.

Esa misma tarde, los técnicos finalizaron el montaje del video con las imágenes más relevantes de la estación del servicio en la que, suponían, había estado Trav. Dos horas y media de visionado, observando el devenir de la vida de personas anónimas, era algo que Adrián prefería evitarse. Pero el deber le reclamaba.

Comenzaron con resignación y esperanza. Dos hombres solos, café en mano, y alguna que otra broma entre ellos al ver pasar a una chica con minifalda. La atención de Adrián se dividía entre los dígitos horarios y la imagen completa. Temía que acabara el tiempo y no encontraran a aquel canalla.

Pasaron las dos horas y media y la decepción inundó el ánimo de los dos guardias civiles. Rabiosos, frustrados y enfadados abandonaron sus asientos en busca de la cafetera. Sin ni siquiera mirarse, intercambiaron unas palabras mientras se servían una nueva infusión.

—¿Lo vemos de nuevo? —preguntó Arias.

—Ni lo dude, mi teniente —replicó La Fuente.

—Son las doce de la noche, no queda nadie en el cuartel... Llámame Sancho.

Adrián se sorprendió. Era la primera vez desde que pertenecía al Cuerpo que un superior le ofrecía esa confianza. Después de su experiencia anterior había tratado de mentalizarse para considerarles caviar ruso; pensaba que los oficiales se encontraban en otro estrato social, fuera de sus posibilidades y costumbres, y ahora Sancho le derrumbaba el muro con una simple palmada en la espalda.

—Lo intentaré —alcanzó a decir Adrián—. Pero esta vez vamos a pasar de los días previos.

—¿Cómo? —preguntó Arias.

—No podemos verlo todo de nuevo, mi tenien... —Adrián notó el suspiro inquisidor de su acompañante—... Sancho. Debemos confiar en el instinto, o en la suerte, y fijarnos en momentos concretos. Tenemos varias semanas para hacerlo, pero vamos a empezar por el final.

—¿Por algo en particular?

—Ese tipo lo tiene todo bajo control... No me le imagino largándose del lugar sin observar cuándo y cómo se descubrió el cadáver del conductor.

—Entonces visionamos las imágenes del último día...

—Sí.

—¿Qué te parece —propuso Sancho—, si nos centramos más concretamente en el cuadrante cuatro, el que corresponde a la salida de los coches de la estación? Lo más probable es que se marchara de allí nada más comprobar el alumbramiento de su crimen. Centrémonos también en esas horas... Por dirigirnos a momentos concretos, más que nada.

—Me parece perfecto, Sancho.

Por la pantalla pasaron cientos de coches. A pesar de ser una autopista de peaje era de las más transitadas de la *Península*; la alternativa a esa vía era una carretera de doble sentido, llena de curvas, camiones y baches. Todo ello hacía que los clientes de

la gasolinera alcanzaran varios cientos cada día, eso sin contar que aún estaban en periodo de máxima afluencia turística, detalle que podía multiplicar las visitas de público por dos o tres.

—Si te fijas —explicó el teniente—, los coches que proceden de la parte trasera del recinto aparecen por la parte derecha de la pantalla. Extremadamente oblicuos a la marcha de los que abandonan los surtidores, justo detrás de la esquina del supermercado. Si el criminal iba en uno de ellos le veremos la cara perfectamente.

La realidad era que se observaban más coches salir por esa zona que por la natural de los servidores de combustible. Al parecer, a la gente le interesaba más parar a resolver necesidades de su organismo que a alimentar a sus máquinas.

—Tiene razón. Si pasó por ahí le veremos en ese encuadre.

No habían terminado de charlar cuando Adrián se lanzó contra el televisor gritando.

—Ahí, ahí...

—¿Qué has visto, muchacho?

—Atrás, atrás. —La excitación no le permitía construir frases coherentes—. No tanto, dele al play... Coñooooo.

—Tranquilo, leñe...

Por fin apareció en pantalla la escena que había hecho estallar a La Fuente. Le arrancó el mando de las manos a su jefe sin preguntarle, dispuesto a manipular la secuencia.

Dos coches se encontraron de repente en la pantalla: uno abandonaba los surtidores cuando, en el mismo instante, otro apareció por detrás del edificio. Se produjo entonces un brusco frenazo y el conductor del coche que venía de la parte posterior del recinto hizo un gesto de disculpa con la mano, cediendo el paso al que acababa de repostar.

—Ahí... ¿no lo ve?

—Lo siento, Adrián... No distingo nada. Yo sólo veo una situación de conflicto circulatorio normal. Ilumíname.

—¿Esta mierda tiene zoom? —Adrián parecía un demente hablando para sí mismo y escudriñando los botones del mando a distancia—. Aquí...

Manipuló la grabación durante unos segundos, adelante y atrás, hasta que consiguió ubicarla en el lugar óptimo. Acercó la imagen a la ventanilla del coche que había aparecido por sorpresa tras los muros. Se podía observar a un hombre de unos setenta años, canoso, con gafas de sol y un moreno de envidia, como si hubiera realizado un tour por las playas de *Levante*. Entonces sacó la mano por la ventana.

—Ahí lo tiene...

—Bueno, es un hombre con pinta de guiri; cuadra perfectamente con el típico pasajero de aquel autobús, pero de esos hay miles en esta zona. No es indicativo de nada, ni mucho menos definitivo... Y ni siquiera se ajusta a la descripción del tipo del tren —replicó el teniente.

Adrián la Fuente miró a su interlocutor con cara de desesperación, preguntándose por qué no lo veía tan claro como lo estaba viendo él, por qué los árboles no le dejaban ver el inmenso bosque... Cuando de repente se dio cuenta de la situación, nunca le había hablado de ese detalle a su superior; lo obvió por completo, y ahora podría convertirse en la pieza clave del rompecabezas. Acercó la imagen un poco más al hombre mayor y señaló su muñeca con el dedo índice apoyado contra la pantalla.

—Ahí... El reloj.

Capítulo 7

Amigos de bares

Trav apuraba en la barra del pub el último trago que restaba de un refresco de cola. No había vuelto a beber alcohol desde que comenzara con sus encargos. El trabajo requería toda su atención, y no se podía permitir el lujo de una resaca o de un estado de consciencia alterada que pudiera dar al traste con meses de trabajo planificado. Comprobó su reloj suizo, esperó cinco segundos y miró a la puerta de entrada al local. Un hombre de unos cincuenta años ingresaba en el pub en ese momento. No muy alto, algo obeso y con cara de bonachón. Trav se levantó de su taburete y se sentó uno más a su derecha. Pidió otro refresco. El recién llegado se acomodó justo en la silla que él acababa de dejar libre.

—Buenas noches —saludó con cortesía el nuevo cliente del pub.

—Buenas y calurosas —contestó Trav, conociendo la efectividad de hablar del tiempo atmosférico cuando querías entablar conversación con alguien.

—Tiene usted razón, vaya días de calor estamos pasando.

—Nada que no pueda solucionar un buen aire acondicionado y una cerveza.

—Amén por eso.

El hombre saludó efusivamente al camarero. Trav notó que la relación entre los dos venía de largo, ya que se refirieron los típicos insultos que los varones de la *Península* usaban para enfatizar la confianza de unos con otros. Se disculpó y se dirigió al servicio dejando la bebida frente al asiento que estaba ocupando.

—¿Cómo ha ido el día hoy, Julián? —preguntó el barman.

—Como siempre; ya sabes que en estas fechas, gracias a Dios, la afluencia de turistas me llena el parking de coches. Aprovechamos para prepararnos antes de la llegada de las vacas flacas del invierno.

El local entero retembló al cerrarse la puerta de entrada con un golpe y los dos contertulios dirigieron sus cabezas hacia el origen del estruendo. Un hombre entró en el pub tambaleándose y se dirigió hacia dónde estaba sentado Julián. Apartó el refresco que encontró frente a él haciéndolo rebosar debido a un tosco movimiento guiado por el exceso de alcohol en su organismo. Pidió un güisqui solo, con dos hielos.

—Perdona, está ocupado. —Julián encontró la excusa perfecta para impedir que aquel tipo ebrio se sentara a su lado y le amargara la cerveza.

—Yo no he visto a nadie. —Era más que evidente que aquel sujeto se encontraba totalmente borracho.

—Ha ido al baño, pero volverá enseguida —replicó Julián.

—Pues cuando vuelva que se busque otro sitio, ahora estoy yo.

Julián dudo entre levantarle a golpes o marcharse de su lado. Seguramente sería mejor opción la segunda. Así lo hizo, pero lo único que consiguió es que el borracho

se encarara con él.

—¿Le molesto al señorito? —preguntó con retintín. Se incorporó entonces de mala manera, tirando la silla y el refresco que había dejado el cliente que se había ausentado en esos momentos y casi cayéndose él mismo.

Julián le ignoró.

—¿No me has oído? Te hablo a ti, chulito de mierda —le espetó arrimándosele al rostro y llenándoselo de salpicaduras de saliva.

Trav examinó su reloj dentro del cubículo en el que se había encerrado en los baños. En ese instante ya habría empezado la pelea, era el momento justo para volver a la acción.

Cuando salía por la puerta de los lavabos pudo ver como el borracho zarandeaba al dueño del parking contra la máquina tragaperras. Sabía que intentaría golpearle con el tercio de cerveza que Julián estaba bebiendo y que reposaba sobre la barra. Así que Trav esperó el momento justo y cuando el energúmeno iba a descargar el golpe le sujetó la mano. Con un rápido movimiento, Trav le retorció el brazo y el individuo gritó como si le fuesen a arrancar la extremidad. Trav le sacó en volandas del local y le arrojó a la acera.

—Si te vuelvo a ver por aquí esta noche, te retorceré algo más que el brazo.

Con un gruñido el hombre se levantó, agarrándose el hombro, y se alejó calle abajo adentrándose en la vida nocturna del pueblo. Trav volvió al interior del local y se dirigió hacia el hombre agredido, que se tocaba la parte trasera de la cabeza insistentemente.

—¿Se encuentra usted bien? Ese tipo es un imbécil. Alguien debería hacer algo con él —preguntó Trav.

—Sí, gracias. Ha sido sólo un coscorrón contra la máquina. Pero llámame de «tú», hombre, que acabas de salvarme la vida —respondió Julián.

—No será para tanto. —Aunque bien sabía Trav que así había sido—. Me llamo Lucas.

—Yo Julián —contestó el hombre. Entonces se volvió hacia el camarero—. ¿Qué haces ahí parado? Ponle algo de beber a mi amigo Lucas, joder.

Durante un rato bebieron y hablaron de sus cosas. Trav fingió ser un profesor de artes marciales de paso por el pueblo.

—No me extraña entonces el modo en que te has deshecho de él —comentó Julián mientras le felicitaba efusivamente.

Las cervezas empezaron a hacer mella en la vejiga del hombre.

—Necesito cambiarle el agua al canario —aseguró.

—Ve, ve... Es lo que tiene la cerveza. Para dominar la naturaleza, debemos aprender a obedecerla. Ja, ja, ja.

Julián desapareció por el umbral que llevaba a los excusados. Trav necesitaba entonces desviar la atención del camarero para jugar su siguiente carta.

—¿Me puedes cambiar para tabaco? —le dijo extendiéndole un billete de veinte

euros.

—Claro.

Aprovechó que el camarero le había dado la espalda para arrojar en la bebida de Julián el contenido de una cápsula. Unos polvos blancos quedaron flotando unos segundos sobre la superficie del fermentado de cebada y después se disolvieron con rapidez, a tiempo para que el individuo destinado a ingerirlos no pudiera verlos.

Media hora después, Trav introdujo a su acompañante en un taxi, camino de su casa. Esa dosis sería suficiente para mantenerlo un día en cama. Sacó un paquete Camel sin desprecintar de su bolsillo y lo arrojó al contenedor de basura. Se decidió por abandonar el pueblo esa misma noche. Sería arriesgado para sus planes futuros permanecer allí por más tiempo...

Capítulo 8

En busca y captura

Gracias a las imágenes de las cámaras de la gasolinera habían conseguido información muy relevante para dar con el paradero del individuo, así como el modelo de coche y la matrícula del mismo. Pero lo que ignoraban todavía era que no les resultaría tan fácil dar con él. La primera decepción llegó al comprobar que las placas de matrícula estaban dobladas y en los registros oficiales aparecía, vinculado a los datos extraídos del video, otro modelo de vehículo. Un coche diferente cuyo dueño era un joven de veinte años que vivía en la otra punta del país.

No se iban a dar por vencidos, por supuesto, y trazaron un nuevo patrón de búsqueda. Movilizaron a varias administraciones para hacerse con las imágenes de las cámaras de tráfico y los puntos de peaje. Una semana después ya sabían en qué puesto de peaje había abandonado la carretera el coche sospechoso supuestamente conducido por Trav y adónde se había dirigido. Las cámaras de seguridad de cajeros y avenidas les llevaron hasta un pequeño motel.

—Buenos días —Adrián, de nuevo de «vacaciones», acababa de llegar al hospedaje hacia el que les habían orientado las pesquisas.

—Buenos días —contestó la recepcionista.

Adrián se fijó en la muchacha: unos veinte o veintidós años, ojos verdes intensos, uno sesenta y ocho y melena rubia. Efectuaba su labor tras un destartado mostrador de madera que, definitivamente, había conocido años mejores.

—Estoy buscando a un tío de mi madre —Adrián sacó entonces una imagen tomada del hombre de pelo blanco—, creo que lleva una semana por aquí. Me dejó un mensaje pero he estado sin móvil y lo he visto hoy.

La chica miró la fotografía; parecía incómoda y reacia a dar cierto tipo de información.

—Por aquí pasa mucha gente... Lo siento, no lo recuerdo —contestó.

—Tengo la seguridad de que ha estado aquí. ¿Puedes mirar de nuevo la fotografía? —pidió Adrián.

—Ya le he dicho que pasa mucha gente, no recuerdo haberle visto.

—¿Y algún compañero?

—Depende del turno de trabajo. Es posible que mi hermano le viera.

El motel tenía pinta de ser un pequeño negocio familiar. Gestionado de forma rudimentaria y sin empleados externos.

—¿Podría hablar con él? —inquirió Adrián.

—Podría, si estuviese aquí. Si quiere localizarle tendrá que esperar a la tarde. Su turno empieza a las tres. Si es que viene...

—¿Si es que viene?

—Sí, ya sabe cómo son los chicos de hoy. Playa, fiestas, chicas... A veces cuesta

hacerle cumplir su parte del trabajo.

—Estoy de acuerdo contigo —contestó Adrián. La chica le miró a los ojos por primera vez desde que había entrado. Había captado su atención—. Te entiendo, mis padres tienen también un bar. Es complicado que los pequeños hagan su parte; siempre luchando para que nuestros mayores les disciplinen, como hicieron con nosotros... Pero claro, los pequeños siempre bajo sus mimos... ¿A qué él es el hermano menor?

—Si... —La chica le miraba ahora como si hubiese hallado a su alma gemela—, es justo eso.

—Por cierto, me llamo Adrián.

—Yo Carla.

—Encantado, Carla —contestó Adrián. Empezaba a divertirse con el hecho de adoptar otra identidad; parecía que había nacido para el engaño y no se había dado cuenta hasta ahora.

—Mira, yo no he visto a ese hombre, pero si me das su nombre puedo buscarlo en los registros.

Adrián ya imaginaba que existía la posibilidad de que le preguntaran el nombre así que, sobre la marcha, pensó en un plan alternativo para esa posibilidad.

—¿Puedo sincerarme contigo, Carla? —le preguntó bajando el tono de voz, acercándose a ella y mirando a los lados como vigilando que nadie les escuchara.

—Claro...

—Ese hombre les robó mucho dinero a mis padres. Sería largo de contar, pero es un estafador que les sacó los ahorros que habían reunido con el bar durante años... Seguro que lo entiendes.

—Un sinvergüenza, vamos. —Ella parecía sentir la indignación que Adrián sólo fingía.

—No te puedo decir su nombre. Cuando le denunciemos nos enteramos que usaba nombres falsos y la policía tiene mejores cosas que hacer que buscar a un estafador de poca monta. Le he seguido la pista hasta aquí y quiero encontrarle para llevarle ante un juez; debe pagar por lo que le ha hecho a mi familia y a otras a las que ha engañado con los mismos métodos. Familias de trabajadores que han perdido toda la labor de su vida en un abrir y cerrar de ojos.

—Sin nombre es complicado, pero si me dices una fecha podemos tratar de buscar en el registro a ver si le encontramos.

Pasaron un buen rato buscando en los archivos del hotel. Afortunadamente la insistencia de la muchacha había hecho que sus padres informatizaran ese tipo de datos un año antes, lo que les facilitaría el trabajo.

Tras descartar clientes imposibles de cuadrar con el rol que buscaban, llegaron a una conclusión definitiva: el hombre había pagado la cuenta en efectivo, se alojó la noche del asesinato y dejó la habitación al día siguiente por la mañana, muy temprano. Además, pidió pizza para cenar a un servicio de entrega a domicilio. El

coche lo había dejado en un parking concertado con el motel que se encontraba en la parte de atrás del edificio; de hecho habían abierto una comunicación interna entre los dos negocios para la comodidad de los clientes. El sospechoso había utilizado el nombre de Bernard Hirzts, identificándose con un pasaporte alemán. Por lo demás, no existían más datos que pudieran ayudar a localizarle. El siguiente paso consistiría en acercarse al parking a hacer unas preguntas.

—Gracias por todo, Carla —dijo Adrián.

—Ha sido un placer, aquí estoy para lo que necesites. —La joven parecía coquetear con el agente, que captó las señales de inmediato.

—No conozco a nadie por aquí —replicó La Fuente—. ¿Sería posible que pasara a buscarte después, cuando acabe tu turno, y me muestres algún lugar dónde tomar algo y cenar?

—Claro, por qué no. Si no tienes donde quedarte te puedo preparar una habitación y luego iríamos a tomar algo a un pub bastante concurrido de aquí al lado.

—Buena idea. —Adrián sabía que no estaba allí para eso, pero pensando profesionalmente, era posible que aquella chica le pudiera ayudar un poco más—. Nos vemos después, entonces.

—Hasta luego.

El guardia civil decidió tomar el camino largo para ir al parking. En lugar de utilizar la conexión interna que le ofrecía el motel, decidió salir a la calle y dar la vuelta completa al bloque. Acababa de poner el primer pie en el exterior cuando su móvil comenzó a sonar. Sin detener su paso contestó:

—¿Sí?

—La Fuente. —El agente desplazado a aquella zona reconoció de inmediato la voz del teniente Arias a través de la línea—. ¿Está en el motel?

—Acabo de salir de él. El sospechoso estuvo aquí alojado una noche, se identificó con el nombre de Bernard Hirzts y dejó el coche en el parking concertado del hospedaje. La muchacha de la recepción no le pudo ver, así que voy al parking a ver si me cuentan algo —contestó cuando se encontraba ya a pocos metros de la puerta de entrada.

—Investigaremos el nombre por si lo ha usado en otras ocasiones o para comprobar si nos lleva algún sitio. Por otro lado, Adrián, hemos estado revisando las imágenes de las cámaras próximas al lugar dónde te encuentras y no hemos logrado ver el vehículo —Adrián entraba por la puerta de aparcamiento—, así que sólo nos queda pensar que...

El agente no le dejó terminar la frase.

—El coche sigue aquí —afirmó Adrián al toparse de frente con el vehículo que habían estado persiguiendo de cámara en cámara—. No me lo puedo creer.

—Efectivamente... Tienes que encontrarlo.

—¿Encontrarlo?... Lo tengo delante, señor.

Adrián no podía dar crédito a lo que sus ojos le mostraban. A pesar de poder

tocarlo, y hasta olerlo, le costaba convencerse de que Trav hubiera dejado el coche allí. Con las molestias que se tomaba en hacerlo todo perfecto, en planear hasta el último de los detalles, parecía haber cometido un error. El delincuente poseía la capacidad de anticiparse a los pensamientos de los demás y a los hechos que le iban a acontecer, por lo que algo no le cuadraba en esa ecuación...

—Tienes que registrarlo —le apremió su superior.

Adrián trató de averiguar, atisbando sigilosamente entre los coches, dónde estaba el encargado. Le vio hablando por teléfono dentro de la oficina de control. Por los movimientos iracundos de la mano que le quedaba libre y el gesto torcido que mostraba su rostro, parecía estar discutiendo con alguien. «Perfecto», pensó Adrián. Contaba entonces con la oportunidad de observar el coche con detenimiento mientras el hombre finiquitaba su conversación.

El vehículo era un Opel Astra del dos mil diez, color rojo y cinco puertas. La Fuente giró alrededor y observó las siglas CDTI en la parte posterior, por lo que dedujo que se trataba del 1.7 125Cv con motor diésel. El informe de las placas, que les había llegado de tráfico, hablaba de un Peugeot 308, así que era evidente que las matrículas eran falsas.

El guardia civil trató de observar el interior del vehículo. No encontró nada destacable en la parte de delante. La parte de atrás era más difícil de analizar ya que contaba con lunas tintadas. Trató entonces de abrir las puertas, aunque no lo logró. Era de suponer que las llaves estuvieran en la cabina del vigilante, no parecía muy probable que el conductor se las llevara consigo. El parking era estrecho, por lo que el empleado del mismo sería el encargado de recolocar los vehículos en función de las necesidades de espacio y movilidad.

En un principio, Adrián dudó entre acudir al encuentro del encargado o volver a salir y tratar de buscar más información con Carla. Ya se había ganado a la chica, así que sería una buena idea intentarlo por ahí.

Cuando entró de nuevo en la recepción, la muchacha estaba atendiendo a una pareja de mediana edad que parecía estar dejando su habitación. Los viajeros pagaron y se llevaron el equipaje con ellos. Carla le vio entrar, mirando por encima del hombro del caballero al que atendía, y sonrió ampliamente; no había duda de que se alegraba de volver a verle. La joven despidió a los turistas y le habló a él.

—¿Has olvidado algo? —preguntó Carla.

—Más o menos... Quizá puedas ayudarme en otra cosilla más.

—Si está en mi mano...

—¿Es habitual que los clientes dejen el coche en el parking después de realizar el registro de salida? —inquirió el agente de la Benemérita.

—Como te imaginarás, eso depende del cliente. No es inhabitual. De todas formas te recuerdo que es un aparcamiento público. No hace falta estar alojado en una habitación para dejarlo ahí.

—Claro... No lo vas a creer... Pero creo que el coche de ese ladrón sigue ahí, es

un Astra rojo.

La chica dudo un instante.

—Espera, voy a preguntar a mi padre —tomó el teléfono y marcó. Colgó rápidamente—. Está comunicando. Si quieres esperar, vuelvo a probar en un rato.

—¿Tu padre es el vigilante?

—En realidad, el parking pertenece a un amigo suyo. Pero Julián se encontraba indispuerto y mi padre le ha hecho el favor de ocupar hoy su lugar.

—Ah, bien, bien. Si no te importa voy a dar una vuelta, a comer algo y después vuelvo a ver.

—Como quieras. Nos vemos después entonces.

—Es un compromiso. —Adrián le guiñó el ojo antes de salir.

Pasó el resto del día recorriendo las calles del pueblo costero. Veía a multitud de personas de distintas etnias y procedencias caminando por la calle. La Fuente pensaba en lo maravilloso que sería un mundo global, donde no importara tu raza, sexo, nacionalidad o creencia religiosa. Allí se reflejaba todo eso; caminantes compartían sus recorridos sin importar las diferencias que le pudieran alejar del que paseaba junto a cada uno.

Ya se ponía el sol cuando decidió volver a cumplir con su cita. Le intrigaba profundamente la información que le pudieran proporcionar sobre el coche y sobre Trav. Pero tenía que reconocer que, después de un tiempo de no haberlo pasado demasiado bien, le apetecía compartir una copa y una conversación con Carla.

Al llegar vio a la chica con cara de pocos amigos, aún detrás del mostrador.

—¿No vino?

—Acertaste...

—¿Entonces?

—Entonces nos vamos. Que se ocupen mis padres, yo ya he hecho demasiadas horas por hoy —Carla comenzó a recoger sus cosas y meterlas en el bolso—. Vamos a pasar por el parking para hablar con mi padre sobre el coche.

—Ok.

Esta vez sí usaron la unión del motel con el aparcamiento. Aparecieron justo al lado contrario de la caseta de seguridad en la que Adrián había visto al padre de la recepcionista discutir por teléfono esa misma mañana.

—Espera aquí, voy a preguntarle.

Poco después apareció Carla con cara de más disgusto que la que tenía hace un rato, si eso era posible.

—Se lo han llevado, Adrián.

—¿Cómo? —Adrián se asomó a la carrera por detrás de la caseta y vio el hueco vacío en el que había estado aparcado el Opel— ¿Pero quién? ¿Cuándo?

—Mi padre dice que no hará ni veinte minutos, vinieron dos muchachos a por él.

—¿Dos muchachos?

—Con acento ruso o rumano... La verdad es que él no los diferencia muy bien,

todos los habitantes de los países del Este le suenan igual. Tenían las llaves y el resguardo.

Carla no pudo terminar la frase cuando un estruendo apocalíptico hizo que vibrara el suelo. Seguido se produjo un silencio aterrador, justo antes de que ambos escucharan los chillidos de la gente en la calle y las primeras sirenas acercándose al lugar.

Con el alma en vilo, y con el miedo y la sorpresa aún en el cuerpo, los jóvenes salieron de allí, esquivando los coches apiñados en su camino e intentando averiguar qué había sido ese estruendo. Sólo pudieron distinguir una nube de humo ascendiendo por encima de la serie de edificios que quedaba a su izquierda. El suceso parecía haberse producido en la avenida principal, al otro lado de la construcción en la que estaban ellos. Con la misma premura se dirigieron hacia el otro lado.

Al asomar por la puerta del motel vieron que una marabunta de gente corría en dirección contraria al origen del humo, a lo largo y ancho de toda la calle. Algunos de los transeúntes iban cubiertos de polvo, incluso descalzos al perder sus sandalias. Otros se sujetaban distintas partes del cuerpo como si con ello fueran a conseguir retener la sangre que manaba de sus heridas. A doscientos metros, la pareja divisó escombros y restos, inidentificables como los de un edificio, esparcidos por toda la calle.

Adrián no pudo evitar que una punzada de responsabilidad le dominara y se dirigió entonces hacia el origen de la confusión. Carla trató de seguirle pero él se lo impidió.

—Espera aquí, por favor.

—Pero quiero ayudar —replicó la muchacha.

—Pues avisa a emergencias y dales una descripción de la situación. También puedes atender a la gente herida que está llegando hasta aquí —contestó Adrián con seguridad. Carla no se cuestionó las indicaciones recibidas y comenzó de inmediato con la labor que le había sido encomendada.

Cuando Adrián llegó al lugar del siniestro ya había dos coches de policía urbana tratando de acordonar la zona, apartando a la gente mientras, a duras penas, conseguían desviar el tráfico. El guardia civil se dirigió entonces a uno de los agentes con su identificación en la mano.

—Soy guardia civil fuera de servicio. ¿Puedo ayudaros en algo?

—Sí, gracias. Entre los cuatro no damos abasto mientras llega la ayuda. Ponte un chaleco reflectante, cógelo del coche patrulla, y trata de alejar a la gente lo más posible.

Sin mediar una sola palabra más, La Fuente se puso manos a la obra.

Capítulo 9

El coche

Ioan y Vasile llevaban seis años viviendo en la *Península*. Amigos desde pequeños, decidieron emigrar juntos en busca de nuevas oportunidades y proyectos que no podían desarrollar en su Rumanía natal. Ninguno de los dos había destacado por su brillantez como estudiante, así que pronto dirigieron sus pasos hacia su gran pasión: los coches.

Los primeros tiempos de aprendizaje no fueron fáciles. A pesar de las habilidades innatas que ambos poseían, sólo eran vistos como dos simples aprendices de mecánica, y nadie les ofrecía la oportunidad que ellos realmente deseaban. No pretendían simplemente cambiar ruedas y bujías, querían abarcarlo todo: mecánica, electro-mecánica, carrocerías, pintura... Conversaban habitualmente sobre los tipos de retos en los que trabajarían el día que poseyeran su primer taller propio. Les encantaba contarse el uno al otro cómo tomarían coches vulgares de la calle y los transformarían en bólidos de carreras; coches de exhibición o simplemente para coleccionistas. Ambos querían abarcar un mundo entero variantes dentro del terreno de la restauración y modificación de vehículos.

Tras un corto periplo por varios países de Europa, llegaron finalmente a la *Península*. Contratados por unos compatriotas en un taller de «*tuning*», Ioan y Vasile comenzaron a mostrar el verdadero nivel de sus habilidades. Les llovía el trabajo en el taller de la *Capital* en el que prestaban sus servicios. No tardaron mucho en llamar la atención de verdaderos expertos en la materia, que empezaron a hacer famosos sus nombres entre el mundillo de la modificación de autos. Hasta que el día más importante de sus vidas, como ellos siempre lo llamaban, apareció uno de esos fanáticos y les propuso montar su propio taller. El mecenas actuaría únicamente como inversor capitalista y ellos manejarían todo el negocio a sus anchas, siempre asesorados por su benefactor en lo que se refiriese a contabilidad y control económico.

No tuvieron pocas discusiones entre los tres cuando se trató de dar los primeros pasos y tomar las decisiones iniciales. La crisis ya había llegado a todos los rincones del planeta y el tercer socio pensaba que abrir otro taller en la *Capital* sería una operación arriesgada y casi suicida. Por el contrario los jóvenes rumanos, con su vida bien asentada en ese lugar, no querían ni oír hablar de trasladarse; creían que ya se habían movido lo suficiente por el mundo y querían dejar que las raíces penetraran, bien profundas, en la tierra.

Finalmente el socio capitalista consiguió hacerles ver que trasladarse a una zona del levante sería más rentable y provechoso para ellos. Insistía que en esa parte del territorio vivían múltiples extranjeros: turistas retirados, adinerados y que eran muy caprichosos con sus coches. Además, durante la época estival la afluencia de turismo

aumentaba exponencialmente, algo que les proporcionaría cuantiosos ingresos para poder dedicarse a trabajos más especiales o personales durante el resto del año. Sol, playa, buena comida, temperatura agradable... Fueron los ingredientes finales para que los dos mecánicos dieran el sí definitivo y vieran con buenos ojos la opción de moverse al pueblo de *Terramar*.

La explosión de la burbuja inmobiliaria jugó a su favor a la hora de encontrar un local más o menos asequible, que se ajustara a las necesidades específicas de su futuro negocio. Se hicieron con uno en la avenida principal del turístico lugar. Constaba de dos plantas, una a ras de calle y otra subterránea. La inferior la usaban como taller y la superior como aparcamiento para los coches en los que trabajaban. Encima del local se encontraban las habitaciones de un hotel de tres estrellas que se encontraba cerrado. Desde que fuera terminado, el negocio no había abierto sus puertas al público. Se rumoreó que una cadena de hoteles de bajo coste estaba interesada en comprar el inmueble y ponerlo en marcha, pero de momento eso no había sucedido.

Al principio, el negocio fue muy bien. Aunque no conseguían atrapar esos trabajos especiales que ellos tanto deseaban, al menos sí que les llegaba para ir pagando las facturas con pequeños arreglos. Pasada la novedad inicial, el negocio sufrió un pequeño bache, y los mecánicos comenzaron a creer que no conseguirían llevarlo adelante.

La salida que se les ocurrió fue utilizar parte de su aparcamiento privado como servicio al público. Eso les costó la enemistad del dueño del parking que ya existía a escasos doscientos metros del taller, en una calle paralela a la avenida. El individuo les había denunciado varias veces y les había enviado, gracias a su amistad con algún concejal del ayuntamiento, inspecciones por parte de todos los organismos habidos y por haber. Ioan y Vasile siguieron centrados en su trabajo y procuraron ignorar las agresiones de su competidor, para seguir siendo felices en su día a día.

Una mañana, por fin, les llegó el encargo especial que tanto anhelaban. Recibieron a un particular, un hombre de mediana edad, que quería reformar un coche como regalo para su hijo que acababa de aprobar la carrera de ingeniero de telecomunicaciones. El señor iba muy bien vestido y se mostró muy afable y dicharachero con ellos.

—Entonces quedamos así, ¿no, muchachos?

—Exacto; cuando tengamos el coche aquí haremos un estudio y le propondremos un par de ideas para que usted elija —aseguró Ioan, el socio que siempre llevaba la voz cantante en las negociaciones con los clientes.

—¿De cuánto dinero estaríamos hablando? —preguntó el cliente.

—De momento le cobraremos un adelanto de trescientos euros, siempre trabajamos así. Es el pago por la elaboración de los proyectos.

—No se hable más entonces. —El hombre metió su mano derecha en el bolsillo delantero de su pantalón y la sacó acompañada de un generoso fajo de billetes sujetos

con una goma—. Uno, dos, tres... —contó hasta seis billetes de cincuenta euros y le entregó la cantidad acordada a Ioan.

—Enseguida le hago un justificante por el adelanto —aseguró el mecánico.

—No te preocupes, tengo buenas referencias vuestras. Me fío, ya me haréis el resumen en la factura final.

El cliente les estrechó la mano y se despidió. Cuando estaba a punto de salir a la calle se giró hacia ellos.

—Estaba pensando... No sé si me va a ser posible traer el coche esta tarde. Y mañana estaré fuera por negocios. Los autónomos no paramos, ¿qué os voy a contar a vosotros?

—No hay prisa. —Vasile, que había presenciado la conversación anterior en silencio, le dirigió por fin unas palabras.

—Quizás sea abusar de vuestra confianza, pero... ¿sería posible que alguien fuera a recogerlo?

—Claro, si no está muy lejos.

—Está en el aparcamiento que hay un poco más abajo. ¿Lo conocéis?

Los dos rumanos se miraron entre sí tratando de buscar una excusa para no hacerlo. Finalmente habló Vasile.

—Por nosotros no habría problema. La cuestión es que el dueño de ese sitio no nos puede ni ver.

—¿Conocéis a Julián? Es un poco capullo, ¿verdad? —preguntó el cliente.

—Procuramos no juzgarle como persona, pero no nos ha dado un abrazo de bienvenida, precisamente —confirmó Ioan.

—O sea, un capullo. —El hombre emitió una sonora carcajada—. Pasaos mañana a por el coche. Él no estará allí.

—¿Está seguro? —volvió a preguntar Vasile.

—Bastante —afirmó el cliente con rotundidad—. Aquí os dejo las llaves y el ticket —Ioan no parecía seguro de coger los objetos—. No te preocupes, Julián no estará. Luego me cargáis el importe del parking en la factura.

Finalmente se dejaron embaucar por el hombre, que se despidió de ellos con una palmada en la espalda de cada uno y una sonrisa de satisfacción.

Cumpliendo lo acordado con su cliente, los mecánicos fueron a recoger el vehículo al día siguiente. Dejaron que transcurriera la jornada completa con la intención de realizar el encargo después del cierre de su propio negocio. Seguían albergando sus dudas en cuanto a la posibilidad de pasar un mal trago frente al personaje que tanto y tan despiadadamente les había acosado, así que decidieron ir juntos al garaje.

Respiraron aliviados al llegar. Tal como les había sido asegurado su cliente, el dueño del estacionamiento no se encontraba allí. En su lugar estaba otro hombre que les atendió con amabilidad.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarles?

—Buenas tardes. —Vasile, más comedido y prudente que su amigo, se adelantó—. Venimos a recoger un vehículo. Es el Opel rojo que está junto a la salida.

—Claro. ¿Me permite el resguardo?

Ioan lo sacó de una pequeña carpeta azul que llevaba bajo el brazo y se lo entregó. El hombre lo tomó y entró en la caseta de control para escanear el código de barras impreso en el trozo de papel y obtener al instante el total económico de la operación.

—Son noventa y seis con treinta. Al parecer lleva aquí una temporada, ¿verdad?

—Sí —contestó Ioan, no muy seguro de si la información era correcta. Sacó los mismos billetes que habían servido como adelanto para este trabajo y le entregó dos de ellos al encargado, que le dio el cambio al instante—. Necesitaremos un ticket o justificante.

—Sin problema. —El hombre, dentro nuevamente de la caseta, pulsó varias teclas en el teclado de un ordenador e inmediatamente obtuvo el documento solicitado.

—Gracias.

Decididos de que lo mejor era abandonar el lugar lo antes posible, los mecánicos se despidieron con rapidez, y se apostaron uno a cada lado del vehículo para abordarlo y llevárselo de allí. Sin tiempo para siquiera abrir las puertas del mismo, el trabajador del garaje les llamó desde su puesto de vigilancia.

—Disculpen. —Los dos muchachos se volvieron temerosos de que al final les hubieran reconocido y fueran a tener un conflicto antes de largarse—. Olvidan la llave.

—Ah, claro —Ioan reaccionó con habilidad—. Como llevamos la copia... Olvidamos que había quedado una aquí. Gracias.

—No hay de qué. Vuelvan pronto.

—Lo dudo —pensó Ioan cuando volvía hacia el automóvil con la llave en mano.

Él mismo se puso al volante. Sacó el coche con cuidado y giró en torno al edificio para tomar la avenida principal. Después de esperar en uno de los semáforos, momento que aprovechó Vasile para abandonar el vehículo y poner rumbo a su casa, Ioan enfiló los pocos metros que le separaban de su negocio. Giró para atravesar la acera, con cuidado de no atropellar a los numerosos viandantes que paseaban por el lugar, animados a salir de sus refugios una vez que el sol ya no calentaba con toda su intensidad. Sin esperar a que la puerta mecanizada terminase de subir, Ioan introdujo el auto en sus instalaciones y cerró la puerta tras de sí por medio del mando a distancia del que disponía.

Vasile se había detenido un momento a charlar con unos chavales que eran habituales del taller. Conversaron sobre las últimas novedades en modificación de vehículos y sobre la feria del automóvil que se celebraría próximamente en la *Capital*. De repente un tremendo estallido les sacudió, zarandeándolos hasta casi arrojarles al suelo. Vasile rápidamente se dio cuenta: por la posición del humo que empezaba a ver cubrir el cielo, el suceso había tenido lugar en las inmediaciones de

su negocio.

Vasile devoró con ansiedad la distancia que le separaba de allí, al tiempo que se cruzaba con un montón de gente que se alejaba del origen del conflicto. El rumano sintió que el mundo se hundía bajo sus pies cuando vio desde la distancia el montón de escombros en el que se habían convertido sus sueños.

Capítulo 10

Remordimientos

Como cada vez que ejecutaba uno de sus golpes, Trav intentó localizar alguna mención sobre el suceso en la televisión. Según lo programado, la bomba instalada en el coche de *Terramar* debía haber explotado hacía una hora. Encontró, casi de inmediato, a la misma periodista a la que había visto narrar las consecuencias del suceso del tren meses atrás.

«Seguimos en contacto con los compañeros desplazados a Terramar para informarles del terrible suceso que ha acontecido en la localidad costera hace una hora escasa.»

En un recuadro de la pantalla la imagen tomada por una cámara ofrecía el plano de un periodista situado en la avenida principal del pueblo donde se había producido la explosión. A su espalda se divisaba un edificio humeante que recibía el agua con el que los bomberos terminaban de controlar el incendio producido a causa de la deflagración. Decenas de vehículos de emergencias y de fuerzas de seguridad rodeaban la zona, con sus luces rotatorias en funcionamiento, trazando esa típica escena de pánico que Trav no se acababa de acostumbrar a provocar. El reportero de la imagen comenzó a hablar:

«Según nos informan, el número de fallecidos asciende a tres personas. Dos viandantes que recibieron el impacto de los escombros directamente tras la explosión, y uno de los propietarios del taller donde se originó la deflagración, al encontrarse en el interior del edificio en el momento de la explosión. También se han producido una veintena de heridos de diversa consideración, sin que se tema por la vida de ninguno de ellos. Aún se desconocen las causas del siniestro, las Fuerzas de Seguridad no descartan ninguna hipótesis.»

Trav sentía una punzada de dolor cada vez que alguien ajeno a sus planes resultaba herido o fallecido en uno de sus actos programados. Sabía que todo aquello le llevaba a un fin mejor, pero no podía evitar la congoja ante los terribles efectos de los daños colaterales. Lo peor estaba aún por llegar. En pocos días sabía que iban a fallecer ciento cincuenta y cuatro personas en ese maldito avión y no había forma humana de impedirlo. Su única esperanza era Adrián, pero estaba escrito que la catástrofe era inevitable. Ojalá se equivocara y el agente siguiera sus indicaciones al pie de la letra, logrando poner a salvo a los pasajeros del aeroplano.

Trav apagó la televisión y se arrojó a los brazos de Morfeo. Cada vez le costaba más dormir y cuando lo lograba, las pesadillas por todo lo que había hecho en su existencia le atormentaban sin piedad. Su subconsciente le bombardeaba con imágenes de nieve manchada de sangre y de cuerpos desnudos masacrados que le miraban con el terror reflejado en sus rostros. Ya estaba cerca el día en que todo acabaría y podría volver a casa para descansar y llevar una vida normal. Sería bonito,

después de tanto tiempo, que el porvenir fuera una novela no escrita a la que poderse abandonar.

Dudaba si el destino y su conciencia serían capaces de perdonarle por las tropelías cometidas en su juventud y las que estaba añadiendo a su lista de deudas en los últimos tiempos.

Capítulo 11

Infancia, adolescencia, madurez...

Rodeado de todo aquel caos, Adrián se sentía frustrado. Su instinto le decía que el origen de todo el dolor que estaba presenciando era, una vez más, el psicópata asesino de Trav.

El agotamiento psicológico que le invadía el ánimo le llevó a ni tan siquiera rechistar cuando le agradecieron su colaboración y le invitaron a mantenerse al margen de las acciones de ayuda a las víctimas una vez las emergencias hubieron tomado posiciones frente al edificio siniestrado.

Cabizbajo, ensimismado y con un amargo sentimiento de derrota caminó hasta regresar al motel donde Carla le esperaba con preocupación. La chica tenía una batería de preguntas preparadas para él, pero al ver la pena en los ojos de Adrián, decidió ejercer como amiga y trató de postularse como panacea para los dolores de corazón, y olvidar el papel de periodista.

—Toma algo de beber. —Carla le ofreció una botella de agua—. ¿Cómo te encuentras?

—Te he mentido —le dijo Adrián sin dejar de mirar al suelo.

—¿Qué?

—Qué... te he mentido —reafirmó mientras miraba a la joven de frente—. No busco a un estafador, ni trabajo en el bar de mis padres. Soy un guardia civil, en una misión no oficial, y he venido a tratar de encontrar al hombre que ha hecho esto.

—¿Sabías que esto iba a pasar y no has dicho nada? —inquirió estupefacta Carla.

—No, no. No es así.

—Pues explícamelo para que yo pueda entenderlo —replicó muy enojada.

Adrián le contó casi todo lo que había acontecido en los últimos seis meses, sin dar detalles esenciales. Le hizo ver que no tenía la menor idea de que ese maníaco iba a perpetrar otro atentado en *Terramar*.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —le preguntó ella más calmada.

—Porque no sé si puedo seguir adelante con esto —Adrián parecía realmente hundido.

—¿Y qué es mejor? ¿Dejarlo, y que siga matando gente inocente?

—No, eso nunca. Pero tal vez sean otras personas las que deban hacer el trabajo. Personas más cualificadas y que no hayan olvidado por qué se dedican a esto... Porque yo ya no lo sé.

—Y, ¿por qué te decidiste por esta profesión? Tal vez preguntarte eso sea un buen comienzo para la búsqueda de la respuesta que estás necesitando —aseguró la chica.

A Adrián no le pareció mala idea hacer un recorrido por los comienzos de su vida, buscando el motivo que le llevó a dedicarse al cometido de sus desvelos. Pensó que la mejor forma de hacerlo era contándole a su compañera de charla los avatares de la

vida que le habían llevado hasta allí:

«Mi primer recuerdo lo tengo junto a mi padre. Los domingos por la mañana nos levantábamos temprano para preparar chocolate con churros. El chocolate caliente lo hacíamos entre los dos en la cocina de casa. Acababa quedando más chocolate en los fogones que en nuestras tripas, pero eso era lo divertido. Los churros los compraba papá, se levantaba antes que los demás y se acercaba al quiosco a comprar los periódicos dominicales, uno deportivo y otro generalista, y a la vuelta pasaba por la churrería del barrio. Después nos íbamos los tres juntos a pasear por los jardines botánicos o a revolcarnos en el césped de cualquier parque. En aquella época, como para cualquier niño de cuatro años, mis padres eran el centro de mi universo.

Mi padre, Martín era su nombre, había pertenecido al Cuerpo; fue guardia civil durante una época de su vida, pero alentado por un inquieto espíritu emprendedor decidió montar una empresa de seguridad. Gestionaba la vigilancia de varias tiendas de la ciudad, discotecas y eventos variados. En muchas ocasiones, incluso él mismo hacía turnos como vigilante de seguridad. No le gustaba pasarse la vida tras un escritorio pegado a un teléfono, su organismo le pedía acción de vez en cuando. Mi madre no comulgaba mucho con esta idea y le insistía en que el gerente de su propio negocio no tenía por qué ponerse en peligro de esa manera; él ya contaba con empleados a los que pagaba un buen jornal que se podían dedicar a esas tareas.

Mi madre se entregaba plenamente a mí y a la organización de la casa. La empresa de mi padre nos permitía vivir desahogadamente, sin muchos lujos claro está, y no había necesidad de que mi madre trabajara fuera del hogar. Quizá fueran un poco tradicionales; en aquellos años empezaba a promoverse más intensamente el empleo femenino y la liberación económica de las mujeres, pero a ellos les gustaba pensar que podían permitirse funcionar así.

Como las cosas nunca son perfectas, tendemos a echar de menos o a añorar lo que nunca hemos tenido. Yo, para mi desgracia, no había podido conocer a mis abuelos. Envidiaba a mis compañeros de clase cuando les veía salir corriendo y abrazarse al hombre de edad avanzada que había ido a recogerles ese día a la escuela. Lo peor era cuando el abuelo de turno les entregaba la bolsa repleta de chuches.

Mi padre había perdido al suyo de muy pequeño, apenas llegó a conocerle. Siempre nos contaba como su madre, que venía a visitarnos con frecuencia y por la que yo sentía un apego especial, le hablaba maravillas del abuelo Jorge.

Mi abuela le había contado a mi padre que cuando ella le conoció, Jorge era un hombre con un halo de misterio que le hizo volverse loca por él de inmediato. La pena fue que por su profesión anterior, de la que nunca quería hablar, mi abuelo se encontraba delicado de salud y cualquier leve enfermedad se tornaba grave en su organismo. Un constipado mal curado degeneró entonces en una neumonía que causó su fallecimiento cuando mi padre era apenas un bebe de veintiún meses.

En cuanto a mis abuelos maternos no hay mucho que contar. Mi madre nunca se llevó bien con ellos. Ambos eran de procedencia alemana, de ahí mi aspecto físico, y aplicaron esa escuela de mano dura en su educación. La tuvieron a una edad avanzada en la que no es sencillo aguantar los llantos y caprichos de una niña pequeña. Cuando mi madre llegó a la adolescencia la convivencia se tornó casi insoportable. Se sucedieron los años y el ambiente familiar no mejoraba, el matrimonio parecía no coincidir en nada con su hija, así que lo sobrellevaron a duras penas y cuando mi madre contrajo matrimonio con mi padre volvieron a su patria convencidos de dejar a su hija en buenas manos. No les llegué a ver nunca, la única vez que vinieron a visitarme fue cuando nací, ya que fallecieron poco después. Se dio ese curioso caso que se repite una y otra vez: cuando una pareja, que ha vivido unida durante décadas pierde a uno de sus miembros, seguidamente el otro se apaga en cuestión de semanas y se entrega a la muerte como solución a su pena. El calvario sufrido, y compartido, durante la Segunda Guerra, unió a mis abuelos para siempre en la vida y, en consecuencia, les arrastró juntos a la muerte.

Residíamos en un vecindario bastante tranquilo. Los habitantes del edificio de cuatro plantas en el que vivíamos eran en su mayoría afables, y se podía decir que profesábamos amistad con gran parte de ellos. Por la cercanía, el trato era inmejorable con los vecinos de la puerta de al lado la nuestra. Tenían una hija de mi edad, Laura, con la que compartí colegio, horas de estudio y juegos. Unos años después comenzamos una relación que ha acabado de forma tortuosa, pero ésa es otra historia que sucedió más adelante.

Dada esta situación de cercanía resultaba sencillo que nuestros padres se organizaran: se alternaban para llevarnos al colegio y recogernos, en la ayuda con los deberes y hasta en las regañinas por las travesuras que cometíamos.

Una mañana al salir de clase el padre de Laura nos esperaba con el semblante serio y los ojos enrojecidos. Nosotros, infantes, no nos paramos a analizar ciertos detalles, y sólo lo entendí años después, con la llegada de la madurez; aquel hombre había estado llorando durante un largo rato y en ese momento hacía de tripas corazón para mantenernos ajenos al dolor que acababa de hacer saltar nuestras vidas en pedazos.

Al llegar a casa vimos un coche de la Policía Nacional aparcado en la puerta. Al descender del utilitario en el que viajábamos comencé a sentir que algo no iba bien. Aquel hombre que me había recogido y llevado en su vehículo hasta la puerta de nuestro edificio me dio un abrazo, sin mediar palabra, y me cogió de la mano para acompañarme hasta casa. Mientras subíamos la escalera hasta el segundo piso noté como su mano, que siempre había sido firme, se mostraba temblorosa, casi consciente del dolor que le produciría la escena que iba a presenciar.

En el salón de casa, mi madre lloraba con la cara entre sus manos. Dos hombres de uniforme le acompañaban y trataban de consolarla. Entonces fue cuando los ojos de mi madre, descarnados por la pena, se posaron en mí con la mayor ternura que

jamás haya visto en ella o en cualquier otra persona en el mundo. Yo no entendía nada, o más bien no quería hacerlo.

El origen de todo radicó en lo sucedido varias semanas atrás. En la empresa de mi padre habían recibido un encargo especial. Tenían que vigilar el acto inaugural de una autopista, al que iban a asistir varios miembros del gobierno de la Península.

Mi madre, prudente una vez más, trató de persuadirle para que no entrara en el negocio de las altas esferas; le repetía que meterse en el juego de poder de los políticos no era una buena idea, que no les iba mal estando dónde estaban y que no necesitaban arriesgar más. Por el contrario, mi progenitor estaba firmemente convencido de que ese encargo sería el espaldarazo definitivo a su carrera y conseguiría el salto a la nacionalización de su empresa. Pero esa decisión habría de costarle la vida.

Una vez aceptado el compromiso, mi padre recibió la información detallada del servicio a realizar; debía organizar un plan de escolta para el Ministro de Fomento de la Península. Al parecer, grupos ecologistas radicales habían estado profiriendo amenazas durante los diez meses que duró la construcción de la carretera. Dicha infraestructura suponía la unión, mejorada, de las dos ciudades más importantes de la República: la Capital y Ríos Verdes. Pero los ecologistas, al parecer, no opinaban lo mismo.

La reforma del entorno, la tala de árboles y el desplazamiento de las especies animales autóctonas les hacían creer firmemente en una declaración de guerra contra la madre naturaleza. Amparados en esa idiosincrasia, se habían encontrado en la obligación de hacer pagar a los responsables de la construcción por los crímenes, supuestamente cometidos, contra el ecosistema. Ahí es donde entraba en juego la empresa de mi padre. El Gobierno, independientemente de las medidas de seguridad tomadas por las fuerzas del orden públicas y el servicio de inteligencia, creyó oportuno asignar un grupo de escoltas privados al Ministro señalado por el fanatismo de los extremistas.

Del grupo de cuatro hombres que habían sido instruidos para la misión, uno de ellos desapareció sin dejar rastro; en consecuencia mi padre, conocedor de los planes y de los protocolos de actuación, decidió tomar su lugar en el acto.

El discurso de inauguración transcurrió sin sobresaltos, ningún problema se detectó; nada que destacar salvo el sol agobiante que caía sobre ellos en ese principio de abril del año ochenta y siete, y que había hecho del acto un purgatorio inacabable. Después se dirigieron a efectuar el tradicional corte de la cinta como símbolo de apertura de la infraestructura.

Todo transcurrió con normalidad hasta que en el momento de regresar hacia los vehículos oficiales, un hombre se cruzó en su camino. El desconocido, que aparentemente surgió del grupo de periodistas acreditados, apareció de la nada y esgrimió una pistola con la que disparó al Ministro. Pero mi padre reaccionó con celeridad y consiguió reducir al individuo.

Pocos días después de haber sido portada de todos los periódicos por su heroico acto y de haber recibido la insignia al valor, empezamos a recibir amenazas en casa. El grupo que había atentado contra el político responsabilizaba a mi padre y a su empresa de los actos obscenos contra el entorno, así los calificaban en sus cartas, que había cometido el poder legislativo del país.

Mis padres procuraron, y consiguieron, mantenerme al margen de todo ese problema, pero el peligro seguía latente.

La mañana en que encontré a la policía dentro de nuestra casa, un hombre anónimo se había presentado en la oficina de mi padre y le había descerrajado dos disparos: uno en el cuello y otro en la frente... Murió en el acto.

No hubo más mañanas de domingo en el parque, ya no mancharíamos la cocina de casa de salpicones de chocolate, y ya nunca mi padre volvería a abrazarme diciéndome “te quiero”...

Del funeral de mi padre no recuerdo gran cosa. El dolor por su ausencia hizo que bloqueara esos nefastos momentos de mi memoria, sólo ha quedado en mi retina los honores que le rindieron sus excompañeros de la Guardia Civil. A pesar de que mi padre había abandonado el Cuerpo años atrás, aquellos hombres le honraron con su uniforme de gala, le despidieron como a uno de los suyos y, tal vez, ése fue el comienzo de mi amor por el equipo al que hoy pertenezco.

Nunca se supera la pérdida de un padre, pero para mi madre perder a su marido fue acabar con parte de su vida.

Los siguientes años serían difíciles. Mi madre pasaba los meses ensimismada, rodeada de un halo de tristeza inconsolable. Cuando se percataba de que yo la observaba trataba de disimular y de hacerme sentir bien. No quería ni oír hablar de la empresa que había llevado a la fatalidad a su marido, aunque por otra parte representaba el esfuerzo, sacrificio y desvelos que él había entregado a cambio de su vida. Al borde de la quiebra, los trabajadores le ofrecieron un pacto a mi madre; ella les entregaba el control total del negocio y ellos le asignarían una cantidad fija al mes de por vida. Mi madre no dudó en aceptar la solución que, a la postre, sería beneficiosa para ambas partes; hoy en día es una empresa de prestigio nacional tanto empresarial como socialmente, y con lo que nos pagaban nosotros nunca tuvimos problemas para salir adelante.

Salvo por la ausencia de una figura paterna, mi desarrollo como persona e individuo integrado en la sociedad transcurrió normalmente. No tuve menos problemas que los demás chicos con la llegada de la adolescencia. De hecho fui propenso a meterme en peleas por defender causas que consideraba justas. Me llevaban los demonios cada vez que veía los abusos a los que algunos chicos sometían a otros por considerarles más débiles o por debajo de su estatus social.

Mi madre, en vez de abroncarme, cuando me veía llegar sangrando o con la ropa rota, me abrazaba y curaba, aconsejándome canalizar ese sentido de la justicia hacia una profesión que me ayudase a crecer y estabilizarme como persona. Una excursión

que realizamos en la escuela secundaria, a la Academia de Oficiales de la Guardia Civil que estaba ubicada en una localidad cercana a la Capital, coincidió con este periodo. Esta visita me subyugó y me hizo comprender por qué un día mi padre había abrazado esta fascinante profesión. Esos momentos fueron la continuación de mi deseo de enrolarme en el Cuerpo.

Mi vida llegó a una disyuntiva ante la que debía elegir el camino que construiría mi futuro. Dos opciones rondaban mi mente y seccionaban mi corazón. Por un lado estaba la opción de unirme a la Guardia Civil, institución por la que sentía una especial devoción desde mi infancia. Aunque también podría dedicar mis habilidades a otro trabajo menos físico y también vinculado a la justicia: abogado.

Acabé decidiéndome por el trayecto que al final no tomaría; recorrería parte de la senda para después borrar mis propios pasos y desviarme hacia otro destino. Aprobada la selectividad y con nota para hacer Derecho, me matriculé en la facultad y empecé con mis estudios. Pese a disfrutar del ambiente de las clases, de la vida de estudiante y de los conocimientos que iba adquiriendo, sentía un vacío dentro de mí que no llenaba ninguna de las cosas que rodeaban a mi vida de universitario. Animado por el cariño y la comprensión de mi madre, conseguí acabar la carrera a curso por año. Ella aseguraba que entendía mis sentimientos contradictorios, pero que debía acabar lo que había comenzado, ya tendría tiempo de vivir otras experiencias. Y así lo hice.

Con mi título de Derecho en el bolsillo, decidí tomarme un año sabático. Un año en el que me dedicaría a viajar por el mundo, a conocer otras culturas y a llenar ese hueco que cada vez se iba haciendo más y más grande. Mis pasos me llevaron a recorrer la India, Tailandia, parte de China... Pero el lugar que más me impresionó fue Israel.

Tuve la fortuna de conocer a un guía turístico de origen argentino que me explicó las maravillas de aquella tierra. También tuve la oportunidad de conocer el lado amargo de una sociedad tan vinculada a la religión como ésta. Si bien, es cierto, que el cuerpo y el alma se estremecen al recorrer el Via Crucis o al entrar en la iglesia del Santo Sepulcro, no es menos cierto que los sentidos se conmocionan cuando observas el conflicto religioso, étnico y social que sacude las calles. Me quedé de piedra al observar a una niña, de no más de doce años, portando un arma de fuego al hombro, en la fila para tomar el autobús escolar. El judío-argentino me contó que era una época de gran actividad por parte de los terroristas que negaban las conversaciones de paz, y que era la única forma de mantener seguros los autobuses escolares; no podían asignar a un policía por autobús en el país, así que los niños tenían que hacerse cargo de su propia seguridad. Éste fue el tercer motivo que me llevó a decidirme a entrar en la Benemérita. Proteger a los inocentes y a aquellos que se encuentran indefensos.

A mí vuelta al país lo tenía decidido. Me presenté a las oposiciones para la escala de Cabos y Guardias de la Guardia Civil. Por titulación académica podría

haber optado a un rango bastante más alto dentro del organigrama, pero lo que realmente me apetecía, y me iba a hacer feliz, era empezar desde el punto más bajo, un lugar donde pudiera estar junto a la gente y ayudarles de primera mano. Así que lo ideal para mí sería el Cuerpo de Seguridad Ciudadana, a diferencia de mi padre que había pertenecido al de protección de altas personalidades.

Pronto mis habilidades fueron apreciadas dentro del Cuerpo y me ofrecieron la posibilidad de trabajar en la zona de los Valles. Allí fue donde obtuve mis mayores logros y mi mayor fracaso. Cuando hablo de fracaso podría referirme a mi profesión y a mi relación personal, porque se destruyeron al mismo tiempo, vinculada la una a la otra sin remedio.

Junto a mi compañero llevaba trabajando dos meses en una operación de tráfico de drogas, andábamos detrás de una banda de traficantes de poca monta. Lo más interesante de esta misión era tratar de detener al cabecilla y así poder ascender en la organización hasta dar con el origen de los estupefacientes. El trabajo me absorbía mucho tiempo y el trato con ciertos grupúsculos de la sociedad acaba por agriarte el carácter.

Laura, que había venido a vivir conmigo tras hacerse con un puesto como cirujana de oftalmología en el Hospital General de Los Valles, empezaba a hartarse de la situación: los silencios eternos, los cambios de humor o las noches de espera en soledad, y todo eso empezó a resquebrajar nuestra unión. El que llevásemos juntos desde que alcanzaba nuestra memoria tampoco ayudaba demasiado a sellar las grietas por las que se fugaba el amor como por la vía de agua abierta en el casco de un trasatlántico.

La operación se encontraba en su fase final. Estábamos a punto de detener a los cabecillas de la banda cuando todo se vino abajo. Habíamos planeado la actuación de esa noche hasta la saciedad, revisado posibilidades, buscado fallos en el plan que pudieran dar al traste con todo el esfuerzo realizado. Sabíamos dónde iban a estar ellos en cada momento y dónde teníamos que estar nosotros para que todo saliese a la perfección. Y cuando llegamos ya no estaban, se habían esfumado. Ni una pista, ni un indicio... nada.

Nuestro superior en el puesto nos acusó de no actuar con discreción y profesionalidad, insinuando que alguien había filtrado los datos de la operación y que uno de los dos era el sospechoso número uno. Yo no pude soportar los reproches y comentarios continuos, así que un día estallé. La consecuencia fue un mes de suspensión y el traslado a la comandancia de Ríos Verdes. Para entonces, Laura ya había tomado la decisión de marcharse de casa. Le pedí que me acompañara al nuevo destino pero ella pensó que sería mejor, típica frase, “que nos tomáramos un tiempo” para ordenar nuestras vidas, sentimientos y profesiones.

Luego llegó el terrible suceso del tren, y aquí estoy perdido y sin saber qué hacer.»

Carla le abrazó emocionada por la tremenda historia que acababa de escuchar. No

sabía qué decirle ni qué aconsejarle, así que creyó que el calor de otra persona sería la mejor medicina en ese momento de desesperación. Él lo recibió con agrado, y por un momento le recordó a esas veces que llegaba a casa magullado y era la fórmula perfecta que usaba su madre para calmar el dolor.

Adrián se encontraba perdido en ese abrazo eterno cuando le sonó el celular.

—¿Sí? —contestó sin mucha gana.

—Adrián, ¿qué ha pasado? ¿Es cosa de nuestro hombre? —El teniente Arias fue directo al grano. A La Fuente le molestó levemente que su jefe ni siquiera se hubiera preocupado en preguntarle cómo estaba él, después de las angustias que estaba sufriendo.

—Eso me temo. Todo hace indicar que la explosión está relacionada con la desaparición del coche de la gasolinera.

—¿Estás seguro? Eso sería fatal para nuestros intereses —aseguró Arias.

—No al cien por cien, pero no haríamos mal en cambiar de táctica.

—¿A qué te refieres?

—No puedo hacer nada en este lugar sin la acreditación oficial; aquí soy un ciudadano más y tengo que sonsacar la información a base de mentiras y subterfugios. Hable con Lope Carneros, el hombre del Ministerio, y que me consiga carta blanca de actuación y colaboración con las autoridades locales.

Un largo silencio le sugirió que su superior estaba sopesando los pros y los contras de esa decisión.

—Pero no puedes hacer pública toda la verdad, La Fuente; si se conoce que uno de los sospechosos del ataque al tren escapó y encima está relacionado con estos dos sucesos...

—Lo sé. Habría muchas preguntas que contestar y la opinión pública cargaría contra nosotros.

—Veré lo que puedo hacer. Pero hasta entonces no salgas de *Terramar*. Búscate un alojamiento y mañana tendremos una respuesta sin falta; haré unas llamadas para ver a quién conocemos por allí y si te permiten entrar, esta misma noche, como observador.

—Como ordene, mi teniente.

—Una cosa más, La Fuente. Hemos investigado el nombre que me diste: Bernard Hirzts. No hay mucho donde apoyarse para una investigación. Era un físico de origen judío-alemán...

—¿Era? —interrumpió extrañado Adrián.

—Sí, era —confirmó el teniente Arias—. Nacido en 1881 en Berlín. No se sabe mucho acerca de sus investigaciones. Desapareció sin dejar rastro a principio de los años cuarenta mientras realizaba investigaciones secretas para los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Según parece algo relacionado con un nuevo arma de destrucción masiva, pero no queda claro en los informes que hemos encontrado de aquella época.

—¿Qué tiene que ver este tipo con nuestro hombre?

—Ni idea, Adrián. Por aquí no vamos a encontrar ninguna pista más. Sigue con el plan previsto —ordenó el teniente.

—Como quiera, señor.

Capítulo 12

Noche de tormenta

Adrián tumbado sobre la cama, mirando al techo, no podía olvidarse del drama que estaba ocurriendo a tan poca distancia de donde se encontraba. Carla le había proporcionado la habitación en la que descansaba en ese momento. El guardia civil maldijo una y otra vez la torpeza que había mostrado en su proceder; tuvo en su mano la oportunidad de evitar un nuevo acto de terror de Trav y la dejó escapar. La responsabilidad, aderezada por los remordimientos, que sentía le empujó a abandonar esas cuatro paredes, que cada vez le asfixiaban un poco más, y ponerse en funcionamiento por las víctimas pasadas y futuras. No olvidaba la amenaza que le había lanzado su enemigo días atrás. La única manera de frustrar los planes que el terrorista había trazado contra el avión era atraparle antes de que el acto de terrorismo se perpetrara y, por su vida, que lo conseguiría.

La noche se había vuelto hostil en el pueblo, no sólo por los acontecimientos que habían perturbado la paz habitual que se respiraba allí, si no porque se había levantado una ventisca que amenazaba con traer tormenta. Más allá del olor a quemado que inundaba la avenida, un aroma a tierra mojada anunciaba que las precipitaciones estaban en camino. Adrián distinguió entonces en el horizonte los destellos de una tormenta de las que, a menudo, sucedían en las noches de verano.

La zona de la deflagración seguía atestada de efectivos de emergencias, a los que se habían unido además decenas de unidades móviles de medios de comunicación. Sin embargo, las carreras habían sido sustituidas por una calma tensa que hacía erizarse el vello con sólo pasear por el área.

El teléfono sonó para avisarle de un mensaje recibido. Era del teniente Arias y decía: «*Pregunta por el inspector Álamo, es un viejo conocido*».

Adrián se acercó hasta la cinta que delimitaba la zona de exclusión y desde allí trató de localizar a la persona indicada. Todo el mundo andaba preocupado en lo suyo y tardó un buen rato en encontrar a alguien que le prestara atención. La casualidad fue a llevarle a hablar con el mismo policía que le había agradecido su ofrecimiento en los primeros momentos de confusión. La Fuente le explicó que tenía orden de contactar con el inspector Álamo, y en pocos minutos ya estaba pasando por debajo del cordón para dirigirse hacia el centro neurálgico de las actuaciones. Varios hombres hablaban y coordinaban los trabajos de desescombro y las diferentes medidas de seguridad y vigilancia a tomar en el lugar del siniestro. Sólo uno de ellos iba uniformado, así que Adrián localizó rápidamente a quién iba buscando.

—Perdone... —El agente hubo de insistir—, perdone...

—¿Qué hace usted aquí? ¡Esto es zona restringida!

—Sí, lo sé. Verá, me envía el teniente Arias, de *Ríos Verdes*.

—Hombre, encantado. Usted debe ser Adrián la Fuente, ¿correcto?

—Así es, señor.

—Yo soy el inspector Álamo. En este momento estamos un poco liados. Puede usted observar lo que quiera, pero sin estorbar a la gente de emergencias que está trabajando.

—No se preocupe, ni notarán que estoy aquí.

—Eso espero, y recuerde que usted sólo está autorizado a mirar... No sé qué se traen entre manos Sancho y usted, pero ya me lo contará después.

—Así será, gracias —replicó. Sus labios decían sí, cuando su cerebro pensaba que no. Tomó una nota mental: «Evitar conversación posterior».

No pudo evitar el impulso de aproximarse a inspeccionar el hueco que se había formado en la pared donde antes hubo un local comercial. Le parecía increíble pensar que hacía sólo un momento ese lugar lo ocupaba un edificio de reciente construcción. Entre los escombros, aún humeantes, pudo observar los restos retorcidos de varios vehículos que estaban en el interior del inmueble en el momento de la explosión. Toda la parte baja de la fachada había abandonado su lugar vertical en la pared y se encontraba diseminada por la calle. Contempló como los trozos de cemento y ladrillo habían salido despedidos hasta a ciento cincuenta metros del lugar en el que se ubicaban originalmente. Alzó la vista para recorrer las seis plantas del edificio y observó las enormes grietas que habían aparecido por toda la finca. O mucho se equivocaba o tendrían que demolerlo por completo lo más pronto posible. Le dio la impresión de que comenzaría a desmoronarse de un momento a otro.

A poca distancia de él, un hombre joven permanecía con los ojos fijos en aquel desastre, sin pestañear, y con las manos entrelazadas en su nuca. Las lágrimas recorrían su rostro sin que intentara siquiera enjugárselas. Su experiencia le decía que ese individuo tenía algo que ver con el negocio que había sido destrozado.

—¿Se encuentra bien? —Adrián trató de entablar conversación—. ¿Si le puedo ayudar en algo?

El hombre ni se inmutó, su mirada seguía fija en el mismo sitio.

—Me llamo Adrián. Me gustaría ayudarte.

—Ese hombre nos engañó —susurró el joven. Tenía un leve acento rumano—. Nos convenció para que metiéramos el coche en nuestro taller.

—¿Eres el dueño? Siento la pérdida de tu socio —aseguró el guardia civil.

—Gracias. —El mecánico se retiró las manos de la nuca y miró a Adrián; tenía los ojos enrojecidos por el llanto—. Me llamo Vasile.

—Encantado de conocerte, Vasile. —Se estrecharon la mano—. Aunque las circunstancias, entiendo, no son las mejores.

—Ese hombre dijo que quería reformar su coche para su hijo... Nos engañó y ahora mi negocio y mi amigo ya no están.

Los relámpagos se iban acercando y el sonido de los truenos aumentaba su intensidad por momentos. Empezaron a caer las primeras gotas, gruesas, sobre *Terramar*.

—¿Qué te parece si nos ponemos a cubierto? —le sugirió Adrián, previendo la que se avecinaba—. Vamos aquí al lado a tomar un café o lo que quieras.

Vasile asintió con la cabeza y sin mediar palabra se dirigió al pub que quedaba casi frente al motel de Carla, su interlocutor le siguió en silencio. Se sentaron en la barra; Adrián pidió un refresco de cola y Vasile una bebida energética. El camarero les sirvió y les dejó un plato de patatas fritas como acompañamiento.

—¿Me puedes contar que pasó? —preguntó Adrián.

—Ese hombre nos convenció para que recogiéramos su coche del aparcamiento de ahí enfrente y lo lleváramos al nuestro —contestó el rumano.

—¿Me puedes decir cómo era ese hombre?

—Me dio tiempo a observarle mientras hablaba con Ioan. Mucha gente viene a hacernos perder el tiempo o a presumir de sus coches, así que por sus movimientos y su forma de actuar los vamos conociendo —comentó antes de dar un trago a su bebida—. Se le veía bien vestido, tendría unos cincuenta y cinco o sesenta años. Prácticamente calvo, sólo tenía pelo en las sienes y la nuca, llevaba gafas y una dentadura amarillenta. Mencionó que era autónomo. Aunque seguro que era mentira, como todo lo demás...

—¿No te llamó nada más de él la atención?

—No especialmente, era uno más. Llevaba mucho dinero en el bolsillo... Probablemente el pago que recibió de ese tipo para acabar con nosotros.

—¿De qué hablas?

—Del dueño del parking en el que estaba el coche; ha intentado que fracasara y cerrase nuestro negocio prácticamente desde que llegamos.

Eso no le cuadraba a Adrián y por un momento dudó hasta que el camarero intervino, sorpresivamente, en la conversación.

—Conozco a Julián y sería incapaz de hacer algo así —dijo ofendido.

—Pues lo tenían todo muy bien planeado —replicó Vasile con rapidez.

—¿A qué te refieres? —Adrián le pidió calma al camarero con la mano a la vez que se dirigía al empresario rumano.

—Nosotros no queríamos recoger el coche del parking, Julián nos hubiese echado a patadas nada más vernos. Pero ese hombre nos dijo, muy convencido, que no iba a estar al día siguiente... Claro que estaba convencido, como que estaban compinchados.

—Eso no es verdad. —El camarero volvió a intervenir—. Julián estuvo de copas aquí ayer por la noche y se pasó un poco con la bebida. Por eso no ha ido hoy a trabajar.

—Eso es cierto —confirmó Adrián—. Una testigo me informó que estaba indispuesto y le había pedido al dueño del motel que ocupara su puesto por hoy.

—La verdad es que no vi venir que acabaría así —continuó el camarero—. Julián tuvo un problema con un tipo que iba borracho y ese chaval... Lucas, le ayudó y se tomó un par de copas con él para celebrarlo. Pero nada del otro mundo; Julián ha

bebido mucho más otras veces y con un resultado menos grave.

Al guardia civil le parecía que aquello se iba poniendo más extraño a cada momento. Una idea le rondaba la cabeza; en el tren, en la gasolinera, en el taller, tres descripciones distintas que le llevaban a la misma persona. Sólo había sido capaz de identificarle por un pequeño detalle.

—Vasile, ¿te fijaste en los complementos que llevaba el supuesto cliente? Ya sabes: pañuelos, pulsera, reloj...

—Ahora que lo dices, sí. Me llamó la atención que un tipo que llevaba esa cantidad de dinero tuviera un reloj tan antiguo.

—Bingo —pensó Adrián—, era él.

—Pues debe ser moda —añadió el camarero calentando un poco más la conversación—, porque Lucas también llevaba un modelo bastante pasado de moda; de hecho, pensé que se le iba a romper cuando redujo a aquel individuo.

Adrián no salía de su asombro. Por primera vez desde la explosión sentía que su trabajo estaba progresando. Tenía una pregunta más.

—¿Tienes cámaras en el pub?

—Sí... pero sólo en la zona de la barra y el almacén, por los robos ya sabe...

La Fuente conocía el hecho de que algunos bares en las zonas costeras instalaban cámaras en los servicios: unos por voyeurismo y otros para evitar consumo de drogas en el local; en cualquiera de los casos algo no permitido por la legislación vigente. La afluencia de jóvenes, normalmente extranjeros desmadrados, a esas zonas costeras con ganas de fiesta y sexo les hacía perder el control y a veces se daban escenas inadecuadas en los excusados. Un tipo previsor, como lo parecía éste, estaría contento de no perder detalle de los acontecimientos que se pudieran producir en las zonas ocultas a su observación en el interior del local. La indecisión en la respuesta del gerente le hizo sospechar a Adrián, así que le apretó un poco para sacarle lo que quería.

—Enséñame las grabaciones y haré un esfuerzo por ignorar las actuaciones indebidas que pudiera descubrir.

En la misma barra, el hostelero tenía un dispositivo de grabación que registraba, en un disco duro, las imágenes procedentes de las distintas cámaras diseminadas por el local. El encargado del lugar sacó una televisión del almacén, situado en la parte de atrás, a la que conectaron el dispositivo de grabación. Adrián les pidió que le dejaran sólo para revisar las imágenes de la noche anterior.

Un mosaico de doce cuadrados se dibujó en el monitor; siete de ellos ocupados con imágenes y los otros cinco con fondo negro, que indicaban que aún había espacio para conectar más señales de video. Comprobó que cinco de ellas pertenecían a distintas zonas del pub y dos a los servicios, una para el excusado de cada sexo. Ajustó, buscó y encontró lo que le interesaba. Apreció en la imagen ofrecida por la grabación al tal Lucas portando en su muñeca el Solvil & Titus que había visto en otras dos ocasiones en poder de Trav. Como había sospechado, existían grabaciones

de los cuartos de baño. Por una vez, algo ilegal le iba servir de ayuda. Vio como el individuo esperaba en el cuarto de baño, controlando en todo momento su reloj con la intención de irrumpir en el escenario de la pelea en el momento justo, ni antes ni después. Trav, una vez más, dio la impresión de saber lo que iba a pasar con una precisión asombrosa. Dejó correr un poco más la grabación para descubrir como arrojaba una sustancia blanquecina en la bebida de Julián. Entendió que eso había sido lo que le dejó fuera de combate, y no el alcohol.

Ya tenía suficiente, así que desconectó el aparato de vigilancia y se lo llevó consigo bajo el brazo. Se despidió de Vasile, ofreciéndole su tarjeta por si necesitaba algo o recordaba alguna cosa más, pagó la cuenta y enfiló el camino de salida. El camarero trató de detenerle para reclamar el aparato que se llevaba con él, pero Adrián no le dejó ni abrir la boca.

—Esto queda confiscado como prueba; te será devuelto cuando lo considere el juez al cargo, y si mañana no han desaparecido las cámaras del baño, me ocuparé de que te cierren este bonito y tranquilo lugar... Buenas noches.

En la calle, la tormenta ya arreciaba golpeando con dureza a todo valiente que se atreviera a permanecer a descubierto. Adrián escondió su preciado tesoro en forma de video digital bajo su ropa para protegerlo de las inclemencias del tiempo. A él no le importó mojarse un poco, la emoción que sentía por tener nuevos datos le impermeabilizaba. El agua le inundaba el pelo, rebosando y escurriéndose hacia sus ojos. Se encontraba muy cerca de la entrada del hotel, cuando divisó a Carla corriendo hacia él con un paraguas para protegerle del diluvio.

Segundos después estaban los dos empapados y compartiendo una taza de chocolate bien caliente. La chica había traído hasta la habitación de Adrián un par de toallas con las que se secaron el pelo mientras reían por el aspecto de ambos.

—Deberías quitarte esa ropa o enfermarás —le advirtió Carla mientras colocaba en el cuarto de bajo nuevos lienzos para secarse.

Adrián detuvo el movimiento de su mano cuando acercaba a sus labios la taza con el cacao. Su mirada recorrió la esbelta figura de Carla, a la que veía de perfil mientras acababa su trabajo en el baño. Debido a la posición que ocupaba sentado en la cama, el ángulo de visión le permitía ver el rostro de la chica reflejado en el espejo. Se descubrió a si mismo obnubilado por la perfección de los rasgos faciales de Carla. Algo se movió dentro de él, algo que no había sentido jamás en su vida. El estremecimiento en el que se zambulló su cuerpo era lo que se debía sentir cuando Cupido te alcanzaba de lleno con una de sus flechas sin previo aviso. Su historia con Laura, en el pasado, se desarrolló progresivamente, se podría decir que acabaron juntos por inercia y ni de lejos sintió nunca el ardor que le quemaba por dentro en esa habitación.

Carla abandonó el excusado, cerrando la puerta tras de ella, y tomó las toallas mojadas que habían sobre la cama para llevárselas.

—Te dejo un poco de intimidad para que puedas cambiarte.

Adrián dejó la taza sobre la mesilla y se acercó a ella sin mediar palabra. Cuando se encontraba a tan sólo unos centímetros, Carla descubrió el fuego que refulgía en los ojos de su acompañante y comprendió lo que iba a pasar a continuación.

La joven deslizó sus dedos por debajo de la camiseta de Adrián sacándosela en un rápido y hábil movimiento. Él la abrazó y empezó a besarla con pasión justo antes de levantarla en volandas para después caer entrelazados en el lecho. Allí tumbados dejaron que las caricias y la pasión hablaran el idioma que unió a hombres y mujeres desde el principio de los tiempos.

Capítulo 13

El comisario

Adrián se dirigió a la comisaría comarcal de la Policía Nacional de Levante, región a la que pertenecía Terramar. Había conseguido finalmente permiso de las altas esferas para participar, junto a la brigada de policía científica, en la investigación del atentado con coche bomba perpetrado tres días antes.

El teniente Arias le había aconsejado relajarse hasta que recibieran una respuesta definitiva por parte del Ministerio. Su superior era consciente de la presión a la que Adrián se había visto sometido en las últimas semanas, y le quería al cien por cien de sus habilidades, por lo que pensó que el breve paréntesis de asueto le vendría más que bien física y anímicamente.

La Fuente disfrutó de ese tiempo tratando de descansar en la villa costera en compañía de Carla. Se habían hecho más que amigos. De hecho, él empezaba a notar que esa relación podía llegar a ir un poco más allá. Sin embargo, Adrián había estado tratando de esquivar situaciones comprometidas; de momento no quería tener que pensar en nada más que en lo que le había llevado hasta allí. No se arrepentía de la noche que había pasado con ella, pero nunca había sido una persona que sucumbiera a sus impulsos y pretendía no volver a dejarse llevar por el corazón y las bajas pasiones.

Adrián dejó estacionado el coche en el aparcamiento subterráneo reservado para los agentes en servicio. Subió entonces hasta la planta baja usando el ascensor y preguntó por el contacto que le habían proporcionado: el comisario Vadillo. Llamó a la puerta y esperó a escuchar el permiso para entrar.

—Adelante —oyó que le invitaban a ingresar en el despacho.

—Buenos días —saludó verbalmente al policía que se encontraba tras el escritorio. El saludo marcial sólo era costumbre realizarlo cuando el agente iba cubierto, y en este caso él no iba de uniforme al ser una operación extraoficial.

—Buenos días. Es usted el cabo Adrián la Fuente ¿Cierto?

—Así es, señor.

—Yo soy el comisario Andrés Vadillo. Siéntese por favor.

Vadillo era un hombre ya metido en años para su profesión. Adrián calculó que no le quedarían más de dos o tres años para la jubilación. Se fijó en que el comisario era un hombre de pelo canoso y semblante serio. La Fuente notó como le radiografiaba con sus ojos color miel, ayudado por unas gafas bifocales, desde su cómoda posición detrás del escritorio.

—Gracias, señor. —Adrián se sentó en una de las dos sillas de madera que se encontraban a este lado de la mesa de despacho.

La decoración de la sala era clásica. Al guardia civil le llamó la atención que todo el mobiliario fuera de madera, visiblemente antigua y con aspecto artesanal. Eso

quería decir, o al menos así lo creía, que había sido conservado aquél que existía incluso antes de la unificación de los Cuerpos de Policía Nacional y Guardia Civil; un hecho que se llevó a cabo, definitivamente, ocho años después de su promulgación registrada en la Constitución de mil novecientos setenta y ocho.

La mesa de despacho era de madera de roble, de estilo señorial, con dos filas de tres cajones, una a cada lado de la posición del usuario, y rematada por una sobremesa de piel de color verde. Las sillas a juego, pese a su antigüedad, daban la sensación de confortabilidad y seguridad. No se cimbrió al soportar su peso, al contrario de lo que había temido al ir a tomar asiento. A la izquierda, muy cercano a su posición, pudo distinguir un secreter de la misma tonalidad que el resto de elementos de la sala, realizado con madera de palosanto y limoncillo; el exquisito mueble parecía restaurado y le causó una impresión inmejorable. Adrián no tuvo más remedio que alabar el gusto del comisario.

—Precioso mobiliario, señor —trató de no sonar zalamero—. El secreter es una maravilla, si me permite decirlo.

—Gracias, La Fuente. —El hombre parecía complacido—. No todo el mundo es capaz de apreciar el esfuerzo que hemos hecho por conservar este histórico entorno. Los de arriba insisten en gastar dinero en modernizar todo lo que encuentran a su paso, sin respetar la verdadera calidad y la clase, de la cual hacen ostentación sobrada estos muebles. Éste es el último bastión de verdadera elegancia que queda en esta sede policial, y estará conmigo hasta el último día que ocupe esta sala.

Detrás del comisario un ventanal iluminaba una pequeña peana de roble, de principios del siglo xx, con tapiz verde, que sostenía una orgullosa fotografía del comisario con el histórico primer presidente de la Cuarta República de la *Península*. A la derecha de la ventana aparecían las tres banderas: la de la *República de la Península*, la de la *Región de Levante* y la del cuerpo al que Vadillo pertenecía. A su propia espalda había observado al entrar, en un rincón, un perchero de madera de haya, curvada, con acabado en roble y de fabricación artesanal, como el resto de elementos, del que colgaba, únicamente, un paraguas. La última joya a descubrir, y no por ello menos importante, colgaba del techo: una lámpara forjada de dos pisos lucía majestuosa favorecida por la excepcional altura del techo del despacho.

El comisario se quitó las gafas y miró inquisitorialmente a Adrián; éste lo notó de inmediato, intuyendo que se avecinaba una situación de lo más incómoda.

—He recibido orden de compartir con usted toda la información recabada, y la que pueda ir surgiendo en los próximos días sobre el atentado de *Terramar*. —En principio eso no sonaba mal, pensó el guardia civil—. Aunque no entiendo el porqué, ¿me lo puede explicar usted?

—Sintiéndolo mucho, señor, no está en mi mano decidir la utilización de la información que está en mi conocimiento —contestó el guardia civil, tratando de parecer lo más respetuoso y formal posible.

—Ya. ¿Usted cree que yo me voy a mostrar colaborador con un cabo que viene

extraoficialmente desde *Ríos Verdes*, sin una explicación lógica? ¿O qué voy a creer que se trata de una situación corriente dentro del marco policial en el que nos encontramos?

—Mire, yo...

—Calle y escuche con atención porque sólo se lo voy a decir una vez, muchacho. —La amabilidad mostrada por el policía hasta hacía tan sólo unos minutos se había tornado en agresividad bajo control—. Cuando el puñetero Ministro del Interior, o tú mismo, andabais por el mundo en bombachos y de la mano de vuestras mamaítas, yo ya tenía callos en el alma de jugar a esto. Si no me das nada, no te daré nada... Hay cosas más importantes en la vida que el dinero o el trabajo, como el honor y el respeto a quien se lo ha ganado durante décadas. Ningún tipo de amenaza o coacción me hará cambiar de opinión y, le comunico que, mis hombres me son fieles hasta el último extremo en esto. Ahora puede llamar a sus amigos del ministerio y contarles que vuelve a casa porque aquí no tiene nada más que hacer.

Adrián estuvo tentado de levantarse de su asiento y marcharse, *ipso facto*, de aquella sala; pero el sentimiento de responsabilidad y las ganas que tenía de atrapar a Trav se lo impidieron.

Ágil y preciso en la repuesta, utilizando artimañas propias de sus tiempos de abogado, Adrián trató de camelarse al veterano policía.

—Señor, debe entender que usted puede hacer gala, justamente, de su honorabilidad y servicio al país; pero también debe entender mi postura, porque antes se sentó donde yo me siento ahora, calló cuando había de callar y habló cuando las circunstancias se lo permitieron.

—No juegue conmigo, La Fuente.

—No pretendo jugar; sólo le digo que mire dentro de usted, se posicione a este lado de la mesa y me diga si no actuaría exactamente cómo yo lo hago en este momento.

—Afortunadamente ese tiempo ya pasó para mí. No tengo por qué mirar hacia otro lado cuando un edificio ha volado por los aires en mi demarcación y la única persona que al parecer sabe algo de todo esto, no quiere colaborar conmigo.

—Al contrario. Estoy aquí para colaborar y para ayudarle a atrapar a quién haya hecho esto. Pero para llevar a cabo esta misión hay cosas que no puedo contarle. —Adrián comprendía a Vadillo perfectamente y no quería enfrentarse él—. Le doy mi palabra de que, si es relevante, en el momento que sea necesario aportaré la información que usted me demande o que crea nos puede ayudar a detener a los culpables.

El comisario quedó en silencio unos segundos sin apartar la mirada de su interlocutor; Adrián casi podía escuchar la mente del policía procesando a la velocidad del rayo centenares de respuestas, de las cuales sólo una sería favorable a los intereses comunes. Por otro lado, Vadillo sabía que no tenía nada y que ese chico era un aliado importante para resolver el que probablemente sería su último gran

caso.

—Está bien —dijo Vadillo mostrando contrariedad en el tono de su voz—, trabajaremos en esto juntos, pero si usted es un obstáculo más que una ayuda le pongo de patitas en la calle sin miramientos.

—Es justo.

El comisario había estado observando que, desde que entrara en su despacho, el guardia civil portaba una funda que parecía pertenecer a un disco de DVD o similar. Se preguntaba que contenido tendría y si sería algún tipo de pista para atrapar a los criminales que habían atentado contra los habitantes de *Terramar*. Adrián le iba a sacar de dudas en un momento depositando el envoltorio que llevaba en la mano sobre la mesa del comisario Vadillo.

—Éste es un video de las cámaras de vigilancia de un bar la noche antes del atentado. En ellas puede ver a un tipo que creemos firmemente está relacionado con el atentado.

Vadillo tomó el disco y avisó por línea interna para que le trajeran un carro con la televisión y el reproductor que utilizaban para este tipo de visionados.

—¿En base a qué tienen esas sospechas? —preguntó el comisario.

—Ahí se ve como entabla amistad con el dueño del parking en el que estaba aparcado el coche bomba...

—Un momento —le interrumpió Vadillo—, ¿el coche bomba? Mis hombres aún están tratando de determinar el origen de la deflagración. Hay que retirar mucho escombros y trabajar despacio, el edificio está a punto de venirse abajo... ¿Y ustedes ya saben que fue un coche lo que explotó?

—Como ya hemos acordado, le contaré hasta donde pueda; pero sí, estamos seguros al noventa y nueve coma nueve por ciento del origen de la explosión. Si me permite le contaré por qué más adelante. Ahora le digo que el coche debe ser un Astra rojo y que el hombre del video dejó fuera de combate al dueño del aparcamiento para facilitar que el vehículo llegara hasta el destino establecido.

—Daré orden de que busquen los restos de ese coche. Tendremos un informe pericial tanto del video como del automóvil lo más pronto posible.

Capítulo 14

Informes periciales

Después de haber pedido permiso al comisario, Adrián acudió al lugar de la explosión para presenciar el desescombro y la extracción del vehículo entre los restos del taller mecánico.

Habían establecido un cordón de seguridad bastante amplio en torno a la edificación afectada hasta el punto de haber invadido completamente uno de los sentidos de la avenida; de los cuatro carriles de la arteria principal de la ciudad las autoridades dejaron sólo dos transitables.

Algo había notado Adrián al acercarse al lugar del siniestro; el atasco casi colapsaba completamente el centro de la población y le había costado un buen rato llegar hasta las inmediaciones de la zona cero. Se podían observar vigas y puntales por todas partes y una malla cubriendo la totalidad de la fachada ennegrecida por el fuego. No hacía falta ser un experto para saber por qué estaban tardando tanto en extraer las pruebas de allí; todo el edificio estaba a punto de venirse abajo y los técnicos tuvieron que moverse con mucha precaución para ir asegurando cada zona de la construcción antes de dar el siguiente paso.

Adrián se identificó, presentándose ante el encargado de los trabajos. Para ese tipo de menesteres la Policía Judicial solía contratar a un constructor de la zona, más capacitado que los agentes para hacer los trabajos iniciales de limpieza y extracción de escombros. Por supuesto, siempre había un miembro del Cuerpo vigilando todos sus movimientos para evitar que se pudiesen destruir pruebas importantes para los posteriores análisis periciales.

El encargado era un hombre rechoncho de unos cincuenta años de edad. El tipo llevaba casco y un transmisor colgado del cinturón; tenía pinta de estar pasando un calor infernal, dado el aspecto sudado de su camisa. Dirigía con la ayuda de un megáfono cada uno de los pasos que los obreros iban dando.

—Perdone, buenos días —saludó Adrián antes de extender su mano para estrechársela al capataz—. Mi nombre es Adrián la Fuente. No sé si le han avisado de mi llegada.

—Ah, sí. Usted es el guardia civil que envían como observador, ¿verdad? —afirmó el capataz antes de corresponder al saludo—. Soy Federico Bou. Encantado.

—El placer es mío. Bueno, más que como un simple observador, me gustaría aportar mi experiencia para echar una mano en este follón.

—Como todos, amigo... Como todos los que estamos aquí.

—¿Qué me puede contar?

—La cosa está muy jodida, perdone que le sea tan franco. Llevamos tres días trabajando a tope; pero más que sacar material de desecho lo que estamos haciendo es intentar evitar que la estructura no se nos caiga encima.

—¿Cuándo empezarán a sacar escombros? —preguntó Adrián.

—Ya estamos en ello. Como verá —le señaló hacia la esquina del edificio—, los primeros remolques empiezan a cargar.

Adrián distinguió entonces a varios hombres afanándose con la tarea. Ataviados con cascos amarillos, máscaras para el polvo y guantes, sacaban a mano trozos de lo que antes había sido una impecable construcción con fines comerciales.

—¿A mano? —preguntó La Fuente extrañado.

—Claro, hombre; entre la fragilidad del bloque, las dificultades para entrar y los forenses que nos exigen no tocar nada sin preguntar... Esto nos llevará un buen rato.

—Es increíble el estado del edificio —reflexionó Adrián en voz alta.

—Mire. De esto sabrá usted más que yo, pero la explosión se vio alimentada por los conductos de gas que iban por la acera y por los materiales inflamables que había en el interior del taller. Si a eso le añadimos la gran cantidad de tiempo que se empleó para sofocar el incendio, lo extraño es que quede algo que apuntalar. Si no fuera porque ustedes necesitan encontrar algo ahí dentro, nosotros lo hubiéramos tirado abajo hace tres días.

—Entiendo. ¿Sabe dónde está el policía de la científica encargado de las pruebas periciales?

—Andaba vigilando el material que hemos sacado, búsquelo junto al camión.

—Gracias. Un placer, buenos días.

—Buen día.

Adrián se permitió pasear con tranquilidad cerca de las obras que se estaban realizando con el fin de echar un vistazo al interior. Desde su posición era difícil apreciar la catástrofe en toda su magnitud: el contraste de iluminación entre la calle y el interior del edificio siniestrado, mezclado con el polvo en suspensión, le impedía distinguir bien los detalles.

Decidió acercarse un poco más, lo que le hizo ganarse una buena reprimenda por parte de Federico Bou, hombre con el que acababa de hablar. El capataz le recriminó, megáfono en ristre, que se paseara alegremente sin casco por un lugar tan peligroso. Le hizo volver para ponerse uno y Adrián tuvo que soportar diez minutos de charla sobre seguridad y riesgos laborales. Deseando librarse de aquella situación le pidió mil perdones y le dio su palabra de que no iba a volver a hacerlo.

Reemprendió el camino interrumpido, para finalmente dar con el agente de la Policía Científica. Era un tipo delgado, más o menos de su edad, con porte serio y gafas redondas que le daban aspecto del ser el empollón de la clase. Después de las presentaciones y explicaciones varias se metieron en harina.

—El Astra que consideran posible origen de la deflagración ya ha sido localizado. No queda mucho de él para analizar, pero a simple vista y basándonos en la torsión del chasis, parece que la carga se encontraba dentro del maletero —aseguró el técnico.

Las afirmaciones de Ricardo Cuadrado, con ese nombre se había identificado el

técnico pericial de la Policía Científica, casaron con las deducciones que Adrián había realizado desde el principio. Aunque los cristales tintados habían ocultado la parte trasera del interior del vehículo el día que lo descubrió en el garaje, si el explosivo hubiera estado dentro del habitáculo habría visto una carga tan voluminosa. Debió ser enorme para haber provocado semejante deflagración. Por otro lado, los mecánicos que movieron el vehículo también habrían detectado el elemento extraño. Aun pudiendo desconocer lo que era, los rumanos, habrían sospechado y Vasile se lo habría comentado en la entrevista personal que mantuvieron la noche del suceso.

—¿Algún indicio del material utilizado? —preguntó el cabo de la guardia civil.

—No, por el momento. Tiene mucho escombros encima y está totalmente calcinado, pero confiamos en poder tomar muestras para esclarecer este punto. También esperamos a extraerlo para tomar el número de bastidor del chasis y averiguar dónde y cuándo fue comprado el coche.

—¿Cuál pudo ser el objetivo del atentado?

—Está claro que esperaron a que el vehículo estuviera dentro del taller, así que no creo que fueran personas. Si hubiesen querido matar a gente indiscriminadamente lo hubiesen explotado mientras circulaba por la avenida, no dentro de un edificio vacío.

—Así que es posible que la intención fuera derribar este edificio —insinuó La Fuente.

—Es pura especulación. Pero no sería mala idea investigar a los dueños, los seguros que tenían contratados, la deuda... Incluso a los chicos del taller y su socio, yo no descartaría nada —aseguró Ricardo.

Adrián tenía claro que ninguna de esas posibilidades era la correcta, no necesitaba pruebas para saber quién había organizado y ejecutado la acción; de todos modos debía averiguar los motivos y encontrar un rastro que le llevara hasta el delincuente.

Si consideraba cierta la hipótesis del ataque al edificio, —cuadraba con la declaración de Vasile en la que insistía que el supuesto cliente les había pedido que recogieran el vehículo y lo llevarán a su negocio—, cada vez entendía menos lo que buscaba Trav con todo aquello. Primero un tren en el que murieron dos personas; después un simple conductor de autobús y ahora un edificio vacío. Contando, además, con la amenaza de matar a ciento cincuenta y cuatro personas en un avión. Tenía que haber un nexo lógico entre todos los sucesos, pero Adrián no era capaz de encontrarlo.

El día fue largo y aburrido. Al final de la tarde, después de aguantar el sol de Levante toda la jornada sobre su cabeza, La Fuente comprobó los avances en los trabajos de desescombros. La montonera había descendido lo suficiente para poder liberar el amasijo de metal en el que se había convertido el Opel Astra, objeto de las investigaciones de los especialistas a partir de ese momento.

Los agentes de la científica empezaron a instalar focos alrededor con la intención de trabajar toda la noche. Allí no sólo importaba encontrar pistas, había que hacerlo

rápido. Le sugirieron a Adrián que se marchara a descansar, asegurándole que a la mañana siguiente tendría las primeras conclusiones en el despacho del comisario; al fin y al cabo él no era un experto en esa materia y la ayuda que podría aportar sería ínfima. Adrián obedeció temiendo que sus obligaciones se fueran a limitar a traer cafés y bocadillos del bar más próximo. Se acercó entonces a cenar un restaurante de comida rápida de la misma avenida, para después retornar al motel y dormir hasta la mañana del día siguiente.

A las siete y media, Adrián recibió una llamada pidiéndole que se personara lo antes posible en las instalaciones de la policía científica. No tardó más de cuarenta y cinco minutos en llegar, atasco de salida por la avenida incluido. En la recepción de la sede le indicaron que acudiera a los laboratorios donde los agentes realizaban las pruebas. Después de perderse por un sinfín de laberínticos pasillos, consiguió encontrar el lugar que estaba buscando. Llamó varias veces a la puerta y al no obtener contestación, decidió entrar sin permiso.

El aspecto de la sala nada tenía que ver con el del despacho del comisario; si le hubiesen asegurado que acababa de traspasar un portal a otro mundo lo habría creído sin ningún tipo de dudas. En este espacio todo era modernidad y metales. Mesas metálicas, sillas metálicas, lámparas metálicas... Todo ello en un ambiente de esterilización absoluta. Un tipo con bata, gorro, y mascarilla que estaba sentado tras una vitrina, mirando a través de un microscopio, se percató enseguida de su presencia. Se levantó para salir de la zona acristalada, destinada a las pruebas en atmósfera controlada, y por el camino se retiró dos auriculares de sus orejas.

—Hola, soy Adrián; me han dicho que tenéis información para mí —se adelantó el guardia civil.

—Hola —contestó el policía. Entonces se quitó el gorro y la mascarilla dejando al descubierto un rostro conocido—. Nos conocimos ayer en...

—Sí, sí... Perdona, Ricardo. —Adrián se excusó avergonzado—. Tan cubierto no te había reconocido. Además te hacía durmiendo después del trabajo de toda la noche.

—En realidad no me llevó más que un par de horas tomar las primeras pruebas, el resto lo harán mis compañeros. ¿Un café?

—Sí, gracias.

El científico se acercó a uno de los mostradores y tomó una jarra de café para servirle en un vaso de plástico a Adrián. Luego se sirvió él también, pero en una taza de cerámica con el emblema de la Policía Científica dibujado en ella.

—Siento lo del vaso, pero aquí cada uno se trae su taza de casa si no quiere probar el plástico.

—Me lo apunto para mañana —bromeó Adrián antes de darle el primer sorbo a su brebaje.

La Fuente estaba impaciente por saber que habían conseguido encontrar entre los restos de aquella hecatombe. Llevaba ya demasiado tiempo perdiendo el sueño por culpa de Trav y deseaba ponerle las manos encima más que nada en el mundo. Había pasado a ser una cuestión personal, y sabía que plantearlo así era un error. Un profesional de su ramo no debía mezclar los sentimientos con su trabajo, porque eso podría acarrearle más de un problema, pero la sangre le hervía en su interior cada vez que veía en sus recuerdos al criminal. En realidad, en la imagen mental que dibujaba de Trav siempre portaba chaqueta de revisor; realmente ignoraba su aspecto real, ya que el tipo parecía ser todo un mago del disfraz. Se sentía igual que si persiguiera a un fantasma, alguien a quien podría tener delante y no ver.

—¿Por dónde quieres que empecemos? —le preguntó el policía.

—¿Qué tal con el tipo de explosivo?

—A falta de la confirmación de las pruebas finales del laboratorio, basándome en una pequeña muestra que he estado analizando por mi cuenta y por el tipo de deflagración, yo diría que se trata de TATP.

—¿TATP? —A Adrián le sonaba haberlo oído alguna vez pero en ese momento no recordaba exactamente las características de ese compuesto.

—Lo puedes haber oído también como triperóxido de triacetona o más popularmente conocido como...

—La madre de Satán... —confirmó el guardia civil. En ese momento sí recordó de qué sustancia se trataba. Era el explosivo más utilizado por los palestinos para atacar en territorio israelí. Y una de las sustancias más fáciles de fabricar de un modo casero.

—Exacto. Seguramente lo eligieron porque es sencillo conseguir los componentes necesarios para su creación: agua oxigenada, ácido clorhídrico o sulfúrico para catalizar la reacción, y acetona pura.

—Pero es un tipo de explosivo especialmente sensible al calor y a los impactos. Con el calor que hace por estos lares y en el maletero de un coche... Sería un poco arriesgado moverlo.

—A no ser que lo mantuvieran mojado. Con la sustancia húmeda se reduce la virulencia y la sensibilidad a la reacción —aseguró el agente Cuadrado.

—Claro —Adrián empezaba a cavilar como lo había hecho el terrorista—, si lo hubiese movido mojado habría tenido que esperar un tiempo determinado para que se secase. Como, por ejemplo, dejando tranquilamente el vehículo en un parking o garaje.

—Sería un buen sitio, a la sombra, sin movimiento y perdiendo humedad con el paso del tiempo.

—¿Qué cantidad fue utilizada? —preguntó Adrián.

—Yo diría que unos cuarenta kilos. Acompañado por las circunstancias que le

rodeaban: gasolinas, aceites, gas... Suficiente para provocar un auténtico infierno.

—Entonces tenemos claro que el criminal mantuvo el explosivo a buen recaudo mientras se secaba —pensó Adrián en voz alta—, y calculó el tiempo que tardaría en hacerlo con una precisión asombrosa.

El guardia civil se sorprendió de nuevo por las implicaciones del hallazgo. Aparentemente el criminal esperó a que el coche estuviera en el edificio para detonarlo. Una vez más, Trav hacía gala de una exactitud extraordinaria en la planificación. Tenía otra pregunta en mente para el agente de policía:

—¿Qué método utilizó para la detonación?

Su compañero de investigación sacó una tableta digital de diez pulgadas de uno de los cajones auxiliares de su mesa, encendiéndola para mostrarle una fotografía. En ella se veían los restos de lo que parecía un teléfono móvil y un par de pilas de nueve voltios.

—¿Utilizó una llamada de teléfono? —inquirió Adrián con curiosidad.

—Más inquietante aún, bajo mi punto de vista.

—¿A qué te refieres?

—El móvil no tenía tarjeta, o al menos no hemos encontrado ningún resto de ella; creo que utilizó la alarma del despertador. Es relativamente sencillo: conectas las pilas en serie para conseguir más tensión y unes uno de los extremos de las baterías a una de las tomas del motor de vibración; los otros extremos de las pilas y del motor se unen a dos cables preparados para producir una chispa que se puede mantener encendida con una pastilla de petróleo o similar. Entonces, cuando suena la alarma, el móvil vibra y cierra el circuito causando la deflagración.

—O sea, que la bomba iba a explotar ese día y a esa hora estuviese donde estuviese el coche, mientras que el terrorista podía encontrarse a kilómetros de allí sin preocuparse por nada —argumentó Adrián.

En ese momento el guardia civil reflexionó sobre la situación. En ese caso parecía que el terrorista conocía el futuro paradero del vehículo, igual que había sabido lo que iba a ocurrir en otros momentos y situaciones. Algo totalmente desconcertante para la mente de Adrián.

—Ajá.

—Así, tan fácil... lo puede hacer cualquiera —confirmó La Fuente.

—Es terrible pensarlo, pero es así; la única dificultad radica en mantener estable la mezcla mientras fabricas el explosivo. Hay que conservarla a baja temperatura si no quieres volar por los aires, y para tal cantidad de explosivo ha debido utilizar un recipiente grande y mucho hielo, por no hablar del filtrado. Hacen falta medios para esto. No es lo mismo fabricar un petardo que una bomba de estas dimensiones.

—Es probable que lo haya fabricado por aquí cerca.

—Seguramente. No me imagino a nadie moviendo este material a lo largo de cientos de kilómetros —aseguró Ricardo.

—Entonces hemos de preguntar en fábricas de hielo, por ejemplo —elucubró el

guardia civil.

—Sería un buen comienzo.

—¿Alguna cosa más? —Adrián estaba deseando empezar la búsqueda.

—Solo comentarte que hemos conseguido el número de bastidor, por lo que podremos rastrear el coche; estamos en ello.

—Gracias. Adiós —se despidió Adrián de Ricardo mientras abandonaba a la carrera el laboratorio.

Capítulo 15

La fábrica de hielo

El comisario le asignó a Adrián un pequeño cuarto con un teléfono, y un ordenador con conexión a la red de redes. El cabo de la Benemérita comenzó sus primeras pesquisas de manera inmediata. Lo primero fue buscar fábricas de hielo en un radio de veinte kilómetros en torno al lugar del siniestro, dudaba que se hubiese hecho el traslado desde más lejos. Le alegró descubrir que había una sola fábrica de hielo dentro de ese radio de acción y estaba, precisamente, en el polígono industrial de *Terramar*. Vista la situación decidió hacer una visita en ese mismo momento.

El conjunto de naves industriales parecía de reciente creación, el aspecto de las mismas indicaba que no tendrían más de cinco años. Eran todas exactamente iguales salvo por los carteles que anunciaban la empresa ocupante de cada espacio. Preguntando, consiguió encontrar la fábrica de hielo. Aparcó junto a la verja abierta destinada a la entrada y salida de vehículos. Entró en la nave y preguntó a unos hombres que subían sacos de hielo picado a un furgón frigorífico. Por el olor que desprendían intuyó que eran pescadores o trabajaban en alguna nave de conservación de pescado. Muy amablemente le orientaron para llegar a la oficina de gestión de la actividad comercial y hacia allí se dirigió.

En el camino que le llevaba hasta la escalera metálica que daba acceso a administración, se percató de una situación que a él le pareció sorprendente. Al contrario de lo que habría podido pensar, en una fábrica como en la que estaba, no se disfruta de una temperatura ambiente precisamente baja, muy al contrario, el calor que desprenden los ventiladores y compresores de las máquinas de frío y las neveras hacen que el calor sea agobiante. Obviamente en el interior de las zonas de creación del sólido y de su almacenamiento la temperatura era la adecuada para la conservación del material, pero esto hacía que el resto de las instalaciones se convirtiese en un horno. El coro de zumbidos, que generaban los mega-compresores de creación de frío, conseguía que uno saliera desorientado y con dolor de cabeza si permanecía una mañana entera allí. Apretó el paso para huir de las condiciones que le ofrecían los departamentos que estaba recorriendo en ese momento.

Al final de la escalera había una puerta de cristal con una persiana veneciana de color gris. Se adentró en el pasillo que hacía las veces de distribuidor y se encontró de bruces con tres puertas iguales, identificadas cada una con su placa de metal: Administración, dirección y compra-ventas. Decidió ir al peldaño más alto del escalafón y llamó a la puerta de los dirigentes. Una voz femenina le invitó a pasar.

Al entrar se encontró con una mujer de unos cincuenta años, pelo rizado en el que destellaban unos mechones canos, y unos pequeños ojos sombreados de verde oscuro. Sobre el pecho de la mujer descansaban unas gafas sostenidas por una cadena de plástico enganchada a su cuello. Una camiseta de hombros blanca dejaba a la vista

unos brazos que parecían fuertes, detalle que a Adrián le sugirió que trabajaba habitualmente cargando peso, probablemente barras de hielo, y no limitándose a dar órdenes a los empleados dentro de su propia empresa.

La señora le hizo un gesto a Adrián para que tomara asiento y esperara un momento mientras terminaba la conversación telefónica que mantenía. Adrián no quiso cotillear, pero sentado en ese despacho poco más tenía que hacer que escuchar lo que la mujer hablaba. Al parecer trataba de presionar a algún cliente para que abonara algunas facturas pendientes y el cliente, a su vez, trataba de convencerla de que pagaría después del próximo envío. Sin acuerdo emplazó al cliente a llamar más tarde, aludiendo a que no podía permanecer más tiempo al teléfono porque tenía que atender una visita.

—Usted dirá... —le espetó la mujer con una sonrisa pero sin un saludo.

—Mi nombre es Adrián la Fuente —había perdido la cuenta de las veces que había dicho esa frase en los últimos días—, soy agente de la Guardia Civil y estoy en *Terramar* como apoyo en una investigación de la policía científica.

—Encantada señor La Fuente. Yo soy Gloria Gómez. No veo en que le puedo ayudar, pero hable... Eso sí, sea breve, porque como puede ver estoy muy ocupada tratando de manejar un negocio.

—Soy consciente y le pido disculpas de antemano —aseguró Adrián.

—¡Qué majo! —Gloria le tomaba el pelo—. En mis tiempos los de su Cuerpo eran menos amables y considerados.

—Afortunadamente para todos, los tiempos cambian y las malas costumbres también.

—Afortunadamente.

—Voy al grano, si me lo permite. No sé si ha oído algo de la explosión en la avenida.

—Claro, ¿quién no? Pero no veo que tiene que ver eso conmigo —respondió dubitativa.

—Sin entrar en detalles, no me está permitido como usted comprenderá, tenemos la sospecha de que los responsables del suceso pudieron comprar grandes cantidades de hielo. Me gustaría saber si han tenido un pedido grande en las últimas semanas.

—¿Uno? Estamos en época de calor y servimos a la mayoría de bares y barcos de pesca de la zona, guapo. Y digo casi para no parecer presuntuosa si digo a todos.

—Bueno, tratemos de afinar un poco más. ¿Recuerda alguno que se haya realizado de forma no regular, es decir, por un cliente puntual? —preguntó el agente.

—Quizá si habláramos con ventas podríamos hallar algo, pero me parece difícil; ya le digo que el volumen de pedido en esta época del año es desbordante. Para que se haga una idea, cuadruplicamos la plantilla en la zona de producción y reparto en estas fechas. De estos cuatro o cinco meses, prácticamente, comemos el resto del año.

—No tenemos nada que perder.

—Salvo tiempo... —atajó Gloria.

Adrián notó por el comentario que la mujer quería ayudarlo pero no estaba totalmente dispuesta a destinar recursos a la labor. Sus pedidos eran lo primero y no iba a permitir interferencias en ello.

—Le sugiero que vaya a ventas y hable con Carolina; si ella no recuerda nada, no habrá mucho que hacer...

Al levantarse para despedirse de la mujer, Adrián percibió cómo le escaneaba de arriba abajo con una sonrisa picarona en los labios. Le hizo gracia la forma tan descarada en que lo hizo, detectando la broma que le estaba gastando. De nuevo reiteró su agradecimiento y abandonó la oficina para salir de nuevo al pasillo que le llevaría a la sala ocupada por el personal de compra-ventas.

En el cuarto sólo había una mujer que al parecer se encargaba de las dos secciones. Cuando leyó el cartel de la puerta pensó que habría más trabajadores al otro lado del umbral, y en ese momento comprendió por qué Gloria Gómez había sido tan reacia a cederle a su trabajadora.

Adrián sintió una punzada de remordimiento, pero para él era mucho más importante la información obtenida que el cometido diario de aquellos empleados. Le explicó a la trabajadora lo que estaba buscando. Carolina llamó a su superior para asegurarse que podía abandonar sus quehaceres habituales y darle esa información.

Pasaron un buen rato aplicando filtros a una base de datos con el objetivo de discriminar los registros que no guardaban la información que necesitaba encontrar, pero no acababan de hallar algo que les diera el resultado deseado. Habían desechado aquellos pedidos que incluyeran barras de hielo, ya que eran difíciles de acoplar con precisión a un objeto para enfriarlo. Se habían centrado en aquellos encargos que se hubieran conformado con las formas, en las que el producto se fabricaba, que le hubieran resultado más útiles a Trav para la composición del explosivo: cubitos y picado. Habían llegado a la conclusión de que la forma más fácil de enfriar algo sería con el picado, pero también creyeron se derretiría más rápido, por lo que los cubitos ayudarían a mantenerlo en estado sólido un poco más de tiempo.

Se encontraban enfrascados en la búsqueda cuando un hombre entró como una exhalación en la estancia.

—Vamos, bonita. Necesito que tramites los pedidos para que en administración me saquen los albaranes.

—Lo siento, Marcelo, pero estoy aquí con el señor. Es agente de la Guardia Civil y necesita una información urgente.

—¿Guardia Civil? ¿Qué habéis hecho? —preguntó Marcelo.

—Nada, es para una investigación. Necesita encontrar un pedido de hielo de hace una semana aproximadamente.

—Si puedo ayudar...

—Claro. ¿Recuerda usted haber servido algún pedido fuera de lo habitual? —le invitó Adrián a participar.

—¿En qué sentido? —inquirió Marcelo.

—Grande y de un comprador no habitual —matizó el agente.

—Pues claro.

—¿Sí?

—Hará una semana o algo así. Vino un tipo con mucha prisa, casi a la hora de cerrar. No le íbamos a servir hasta el día siguiente, pero el encargo era importante y el tipo fue muy insistente; necesitaba que se lo lleváramos esa misma tarde, así que cargamos el camión y se lo entregamos. En oficinas ya no quedaba nadie, ahora que lo pienso; así que es posible que se me olvidara entregar la información en la siguiente jornada para elaborar un albarán informatizado.

—Pero al menos harías uno manual, ¿no? —preguntó Carolina echando chispas por los ojos—. Así cómo vamos a encontrar nada...

—Claro que lo hice. Debe estar en el camión —aseguró Marcelo.

—¿Qué tenía de especial ese pedido? —insistió Adrián.

—Aparte de la premura en el pedido, el cliente pagó al contado y sin esperar a que se lo lleváramos; eso no pasa nunca en estos tiempos. Si no hubiéramos aceptado Gloria, la jefa, me hubiese crucificado de enterarse. Pagos por adelantado y en efectivo son su sueño dorado, je, je, je. —Marcelo se mostraba más dicharachero de lo que la impaciencia le permitía admitir a Adrián—. El lugar de la entrega me resultó curioso también.

—¿Por?

—Porque trabajé allí durante veinticinco años —contestó Marcelo.

—¿La vieja fábrica de hielo del puerto? —le preguntó su compañera.

—La misma. Parece que el actual dueño del edificio se lo alquiló a ese tipo. Gloria y sus socios se la vendieron hace seis años, después de trasladarnos a aquí. El edificio estaba viejo y lo iban a derribar para edificar, pero el ayuntamiento lo declaró protegido, se comentó por *Terramar* que lo consideraban histórico o algo así; es de antes de la guerra civil de la *Península*, y los compradores se vieron obligados a respetar la construcción. Ha habido varios proyectos para su rehabilitación, según se rumorea, pero no se ha concretado ninguno de ellos. Hay mucha polémica, ¿sabe? —Marcelo parecía disfrutar contando las historias que sucedían en *Terramar*—. Hay vecinos que piensan que es una vergüenza que la nave siga allí, que debería ser derribada para dar paso a la modernidad, y otros que lo mejor sería conservarlo como museo o recinto social... Cada uno tiene su opinión.

—¿Y queda algo de material de la vieja fábrica? —inquirió Adrián.

—Algo hay: unas bañeras, alguna cámara frigorífica empotrada que no se pudo sacar...

—¿Me podrían dar la dirección de ese lugar? —Adrián tenía un buen pálpito.

—Está muy cerca de la Avenida de las Cortes, ya sabe, la principal.

—En la que explotó la bomba... —Quiso asegurarse el agente.

—La misma. Vaya al principio de la avenida y cruzando un par de calles llegará al puerto. Allí pregunte, pero la encontrará enseguida.

—Mil gracias por su colaboración.

Adrián abandonó la fábrica excitado por la posibilidad de encontrarse en el buen camino, de estar siguiendo la pista adecuada.

Tal como le indicó Marcelo, a La Fuente no le fue muy difícil encontrar el antiguo edificio donde se había realizado esa entrega especial de hielo.

La construcción se encontraba a unos pocos metros del muelle tres de *Terramar*. Era de planta triangular, con sólo dos niveles: bajo y primero, haciendo ángulo entre dos calles.

Adrián se paró a contemplar la nave desde la unión de las dos fachadas que formaban el vértice del triángulo. De frente se encontró un enorme balcón, a la altura del primer piso, que debía ofrecer unas inmejorables vistas del puerto y de los barcos que estaban atracados en los amarraderos más próximos, así como del mar que les amparaba. En la fachada derecha del edificio se encontraba un único acceso al interior de la fábrica; una puerta de madera que parecía estar a punto de hacerse astillas debido a su penoso estado de conservación. Un poco más allá existía otra puerta, visiblemente más moderna, de metal pintado de gris que facilitaba la entrada a la parte posterior, destinada a la carga y descarga de mercancías. Los vándalos del spray habían dado buena cuenta del aspecto exterior, inundándolo con pintadas tan antiestéticas como carentes de sentido y gusto. Adrián comprendía perfectamente el debate que, Marcelo le había contado, mantenían los vecinos acerca del destino del inmueble; el aspecto que daba era de abandono y suciedad, pero a la vez traía a la mente el recuerdo de épocas pasadas. Sin duda alguna la ubicación del complejo se había elegido de manera estratégica, años ha, para la rápida distribución del hielo hacía los pesqueros que volvían de faenar o se hacían a la mar.

Antes de marcharse de la fábrica que acababa de visitar, previendo que no le sería fácil entrar en la antigua factoría, Adrián le había preguntado a Gloria Gómez, que había sido antigua dueña del edificio, si conservaba algún juego de llaves de la época en la que lo vendió. Afortunadamente, la respuesta fue afirmativa. La Fuente utilizó en su provecho esa curiosidad simpática que había despertado momentos antes en la empresaria para solicitarle el llavero que le proporcionase acceso al interior del edificio del puerto. La mujer se las cedió gustosamente, aunque no estaba segura de si habrían cambiado los bombines de las cerraduras. Adrián deseaba que los nuevos dueños, sin necesidad de proteger su interior, hubieran optado por dejar todo como estaba. Hizo un primer intento en la puerta de madera y la llave se deslizó dentro de la cerradura como un cuchillo caliente en la mantequilla, señal de que había sido engrasado no mucho tiempo antes; giró y rápidamente se encontró en el interior del inmueble. Cerró la puerta tras de sí.

La luz, a esa hora del día, entraba por el destartado techo y laminaba de destellos el interior de la nave industrial. El polvo en suspensión aportaba además un aspecto inquietante a los rayos de luz que se observaban perfectamente perfilados.

Desde dentro, Adrián pudo comprobar que las dos plantas en las que se dividía el

bloque constituían en realidad un único espacio. Excepción hecha del mencionado vértice dónde confluían las fachadas laterales y en el que se encontraba el balcón: ésta parte parecía destinada a las oficinas y gozaba de una división para las dos plantas.

El agente comprobó que no quedaba un solo cristal sano en las ventanas; en consecuencia, la brisa y el salitre del mar habían hecho de las suyas en el interior del complejo industrial. Las aves que se concentraban en las inmediaciones del puerto, esperando los restos de pescado que dejaban los barcos para su disfrute alimentario, habían convertido el edificio en su hogar, invadiéndolo hasta el punto de que Adrián tuvo la sensación de ser Tippi Hedren en la famosa película de Hitchcock, «*Los pájaros*». Hubo de taparse la nariz en varias ocasiones, tratando de evitar el hedor que generaban las heces acumuladas durante años de ocupación aviaria.

Recorrió a paso lento la que fuera antigua zona de fabricación, tratando de encontrar algún indicio de que Trav hubiera estado allí. Adrián entró en una de las cámaras de frío que habían quedado abandonadas tras la mudanza y se topó con una enorme bañera, rodeada de infinidad de garrafas vacías.

Se asomó a su interior y descubrió que allí quedaba todavía líquido: el agua rodeaba un recipiente de metal de unos cincuenta litros de capacidad. Junto a ella encontró también un contenedor al que se le había acoplado una especie de filtro de tela en la parte superior. Examinó dicho filtro y halló unos cristales de polvo blanco.

Con precaución, ayudándose de la punta de una llave, tomó un poco de ese polvo y lo depositó en el suelo. Después buscó un objeto contundente, una de las piedras lanzadas a través de las ventanas desde el exterior le serviría para su propósito, y golpeó la sustancia con fuerza. Los restos que había depositado en el suelo se volatilizaron al instante, emitiendo un chasquido similar al de un pequeño petardo. Adrián miró a su alrededor y descubrió una pequeña grúa que en ese momento oscilaba sobre su cabeza, similar a las que se solían utilizar en los talleres mecánicos para extraer los motores de los coches. Lo más probable era que aquel aparato hubiera servido para izar el recipiente con el combinado químico con el fin de facilitar su filtrado, pensó entonces el agente.

Adrián había hallado el lugar y el método empleado para fabricar el explosivo, sólo le quedaba averiguar alguna pista que le condujera hasta la siguiente parada del terrorista. Salió a la parte trasera del edificio y encontró huellas recientes de varios vehículos, justo en la zona de carga y descarga, sobre el suelo de arena. Tomó su móvil y le envió un mensaje al comisario Vadillo explicándole dónde estaba y qué había encontrado. En breve la caballería estaría allí.

El agente no pudo resistirse a la idea de subir al balcón para mirar el mar, estaba convencido de que cualquiera que hubiera estado allí tenía que haber caído en la tentación de hacerlo. Subió las escaleras de caracol que daban acceso a la planta superior, entró en un despacho en el que aún se conservaban un escritorio y una silla de madera, y divisó a su izquierda el acceso al mirador.

Se dirigió al balcón y abrió una de las hojas, para salir al exterior. Al hacerlo, una ráfaga de viento hizo volar un papel que había sobre la mesa. Adrián iba a ignorarlo, pero vio fugazmente su nombre escrito en el documento. Se abalanzó sobre el objeto para descubrir que no era un simple papel, sino un sobre en el que se leía claramente; «*Para Adrián la Fuente*». Sus entrañas se estremecieron por la rabia al comprender que, una vez más, Trav iba por delante de él.

Sin tiempo para abrir el sobre, Adrián escuchó acercarse a las sirenas de los vehículos de la policía. Ocultó el sobre, escondiéndolo bajo sus ropas en la parte trasera de su cuerpo, y abandonó la habitación.

Capítulo 16

El sobre

Adrián comprendió que no podía hacer mucho más allí. Ya les había explicado a los peritos policiales lo que había encontrado. Se marchó de la fábrica, dando su parte del trabajo por concluida, después de entregarles las llaves del recinto para que entraran y salieran a sus anchas.

Mientras conducía su coche su mente no descansaba; Trav se la había jugado una vez más y aquello le desesperaba. Parecía que se mofaba de él, dejándole miguitas de pan para llevarle a un destino del que quizás no podría escapar.

Adrián deseaba ver el contenido de ese sobre, pero a la vez se planteó quemarlo y acabar así con los juegos de prestidigitador de Trav. Trató de convencerse para seguir adelante, debía descubrir la verdad.

Estacionó el coche en el garaje con acceso al motel. Le dejó la llave a Julián, y se dirigió hacia su habitación ignorando a Carla deliberadamente. No se había atrevido a hablar con ella todavía de la noche que pasaron juntos, por lo que ignoraba si Carla quería llegar más allá después de aquel escarceo amoroso. Le gustaba esa chica, pero seguía pensando que no era el momento más adecuado para empezar una relación sentimental.

Entró en el cuarto que se había convertido en su hogar en esos días y cerró la puerta. Apoyó su espalda contra la madera y golpeó con su coronilla varias veces tratando tal vez de castigarse por ser tan torpe. Se mantuvo unos segundos en esa posición hasta que un suspiro le sacó del trance y por fin se decidió a actuar. Extrajo el sobre de entre sus ropas y lo arrojó a la cama.

En pie, frente a ese trozo de papel plegado y cerrado, su cerebro calculaba diferentes opciones a toda velocidad. Miró al mensaje que le había dejado Trav como si fuese el propio asesino, tratando de decidir si debía darle una oportunidad para explicarse o dispararle a sangre fría sin contemplaciones.

Tomó el sobre y lo depositó sobre el pequeño escritorio del que disponía la habitación. Se sentó frente a él y, emulando la imagen que reproduce una moviola, acercó sus manos lentamente para abrirlo, empleándose con la delicadeza de un cirujano. Se paró un instante, elucubrando sobre la posibilidad de que Trav le hubiera dejado algún tipo de sorpresa en el interior de la carta. Adrián no podía obviar los masivos envíos de cartas con ántrax que se habían dado años atrás, durante la paranoia que se produjo tras los atentados del once de septiembre.

Finalmente se decidió a actuar. Una vez abierto el sobre, La Fuente sólo encontró dos papeles en su interior: uno era un recorte de periódico y el otro un folio escrito a mano; se decidió por examinar primero el folio y descubrió una misiva de Trav dirigida a él:

«Saludos, Adrián,

Podría decirte que si estás leyendo esto es que has llegado hasta la vieja fábrica de hielo siguiendo mi rastro, pero la realidad es que tenía la certeza de que lo ibas a hacer, así que simplemente iré al grano.

Sabes que en pocos días, tal como te avisé, un avión sufrirá un accidente en el aeropuerto de la Capital y la única manera que tienes de evitarlo es que sigas mis instrucciones. Sé que el orgullo es muy fuerte en ti y que te será prácticamente imposible seguir las indicaciones de alguien como yo, pero no tenemos más remedio que llegar a un entendimiento por el bien de ciento cincuenta y cuatro personas.

Como ya te dije, nos encontraremos el día antes del suceso; no te preguntes cómo lo haremos, ya lo verás. A partir de ese momento todo lo que ocurra con ese avión será responsabilidad tuya y no mía. Yo llegaré hasta donde pueda, pero te advierto que si no tomas la decisión correcta, que es hacer lo que te indico, ya no podré hacer nada.

Las pruebas recogidas en el lugar de la explosión y en la fábrica de hielo os llevarán a un callejón sin salida. Una lista de distintos proveedores que no recordarán nada en especial, ni te conducirán a ninguna pista que te ayude a conseguir lo que deseas. Estaré físicamente ilocalizable hasta el día en que por fin coincidamos, así que te doy una pista como prueba de mi buena voluntad para que encuentres el lugar donde te estaré esperando.

**“En el fondo de un qanat estaré sentado,
el lugar donde lo encontrarás ya te lo he adjuntado.”**

Ahora es el momento de que leas el recorte de periódico que te he incluido en el sobre... También sabía que leerías primero la carta.

Nos vemos.»

Adrián intentó controlar la ira que le embargaba tras leer la nueva manipulación del criminal que estaba amargándole la existencia.

Fastidiado por tener que hacer lo que ese malnacido le ordenaba, tomó el recorte de periódico y comenzó a leerlo. En la noticia principal se hablaba de un accidente de circulación ocurrido en el sur de la *Península*, en el que habían fallecido los cuatro ocupantes de un turismo y el conductor de un camión, tras el choque frontal entre los dos vehículos.

El conductor del camión había dejado viuda y cuatro hijos. Los ocupantes del otro vehículo, el causante del impacto, eran cuatro jóvenes con edades comprendidas entre diecinueve y veinticinco años que volvían a su pueblo de residencia, llamado *Casas del Rey*, tras una noche de fiesta. El artículo estaba ilustrado por una fotografía del coche accidentado. Junto al amasijo de hierros en que se había convertido la parte

frontal del mismo, Adrián pudo contemplar en la imagen los cuatro cuerpos cubiertos con mantas térmicas y a dos guardias civiles a su lado, aparentemente organizando el tráfico junto al siniestro. También se observaban diversos objetos, y restos de los dos vehículos diseminados por el entorno.

La Fuente no lograba hallar la relación de aquel suceso con su caso, hasta que puso más atención sobre la fotografía. El auto parecía ser un Opel Astra, pero no, no podía ser... Le pareció incluso distinguir que tenía las lunas traseras tintadas, muy similar al modelo utilizado en el atentado de *Terramar*.

En ese mismo momento el teléfono le sonó con estridencia, sacándole de su análisis de la imagen del accidente.

—¿Si?

—La Fuente, soy el comisario Vadillo.

—Dígame, comisario —contestó al instante el guardia civil.

—Primero de todo, quería darle la enhorabuena por su magnífico trabajo en la localización del refugio del terrorista. —El comisario parecía muy complacido con la labor de Adrián.

—Gracias, señor.

—En segundo lugar quiero informarle que nuestras pesquisas sobre el número de bastidor del coche usado en el atentado nos han llevado a un pequeño pueblo de la Región sur de la *Península*.

—Por fin buenas noticias.

—Pues la verdad, no sé si lo son. —El comisario no parecía tan optimista.

—¿Por qué? —preguntó Adrián ante lo confuso del mensaje del comisario.

—El coche, al parecer, fue robado hace un par de semanas. Estamos esperando a que nos llegue la denuncia por *email*.

—Gracias por la información, señor —contestó Adrián antes de que un agujonazo le trajera una idea a la cabeza—, ¿cuál es el nombre del pueblo?

—Déjeme mirar, lo tengo por aquí... *Casas del Rey*. ¿Le dice algo?

—No, al menos eso creo —Adrián dudó si decir la verdad—, pero gracias de nuevo.

Adrián deslizó el dedo en la pantalla de su móvil para terminar la llamada. Frenético, rebuscó información dentro del artículo hasta que su atención se posó sobre la fecha del suceso relatado: coincidía con el día de la explosión en el taller de Ioan y Vasile.

El guardia civil dobló apresuradamente el recorte de periódico y se lo introdujo en el bolsillo trasero del pantalón. Cerró de un portazo el dormitorio de alquiler y bajó la escalera saltando los escalones de dos en dos. Llegó a la recepción y se encontró con una Carla sonriente.

—¿Tienes conexión a Internet? —le preguntó sin saludar siquiera.

—Si... Claro.

—¿Puedo?

Carla se apartó invitándole a entrar tras el mostrador, le cedió su espacio frente al ordenador y se quedó observando. Ofuscado por la investigación, Adrián no se percató del movimiento a su espalda hasta que la joven le rozó suavemente.

—Si no te importa, Carla... Es oficial —le dijo a la chica sin apartar la mirada de la pantalla.

—Pues la verdad... Sí que me importa —replicó airada Carla.

Adrián se quedó de piedra. Se giró lentamente para observar el fuego en los ojos de Carla.

—Llegas aquí y lo revolucionas todo; te acogemos con los brazos abiertos, te apoyamos, te cuidamos y... ¿qué hay a cambio? Nada, o peor aún, desprecio. Al menos la nada es un vacío a rellenar.

—Lo siento, yo no pretendía... no me refería a... —balbuceó Adrián.

—¿De verdad? ¿No pretendías? —Carla se mostraba cada vez más furiosa—. ¿No pretendías ocultarte de mí cada vez que llegas? ¿No pretendías huir de mí cada vez que trato de acercarme? ¿No pretendías mostrarte como un puñetero arrogante que está por encima de todos?

Carla se acercó a él tanto como pudo, buscando con sus pupilas las de Adrián. Desafiante, con firmeza, le retó a aguantar la mirada antes de continuar:

—¿Tan irresistible te crees? No te preocupes, no espero que me pidas matrimonio, si es lo que te preocupa. Hubiera bastado con un poco de amabilidad, una sonrisa por las mañanas y un «*buenas noches*» antes de irte a descansar por la noche... Vete a la mierda, Adrián la Fuente. Encuentra a tu hombre y lárgate lo antes posible de aquí.

La chica le dio la espalda, salió del puesto de recepcionista y se marchó en dirección a la calle. Adrián creyó oírla llorar cuando salía por la puerta. Se debatió entre seguirla para hablar con ella o buscar la información por la que había bajado... Una vez más la obligación pudo con la devoción, ya empezaba a entender por qué Laura le había dejado...

Adrián sacó de su bolsillo el recorte de periódico y acudió a la página web de «*El Pregonero del Sur*», el diario al que pertenecía la noticia; buscó en la hemeroteca las noticias de ese día en concreto, pero no encontró nada del accidente. Sin rendirse, trató de realizar varias búsquedas desde un servidor generalista de noticias. El guardia civil se desesperó al no encontrar ninguna coincidencia: ni acotando la búsqueda por el accidente, ni poniendo el nombre del pueblo... nada de nada.

Decidió entonces mantener una conversación telefónica con el teniente Arias, para ponerle al tanto de lo acontecido en aquellas últimas delirantes horas. El oficial sugirió que ya había llegado el momento de que el agente volviera a *Ríos Verdes* tras su periplo por *Levante*. Ambos estuvieron de acuerdo en esta decisión, pero a Adrián aún le quedaba una cosa por hacer en *Terramar*...

Capítulo 17

Carla

Abandonó el motel para dejar que el guardia civil hiciera lo que necesitara en el ordenador. Enjugándose las lágrimas de ira del rostro, Carla se dirigió al café al que solía acudir a desayunar cada mañana para tomarse algo que la tranquilizara.

Una de las virtudes que más apreciaba del lugar al que se dirigía era la calma permanente que se respiraba en su interior, lejos del bullicio que inundaba a la mayoría de los locales públicos ubicados en una zona meramente turística como la población en la que ella vivía. Sorprendentemente, la tranquilidad no llevaba asociada la ausencia de clientela, muy al contrario, era un lugar masivamente frecuentado. Seguramente las personas que visitaban el Charlie's buscaban lo mismo que ella.

Estaba decorado con estilo americano. Divisó una larga barra donde una mujer con mandil servía café de una jarra de cristal o la típica serie de espacios divididos junto a las ventanas del local con asientos enfrentados y una mesa cuadrada en medio. Observó también varios discos de vinilo colgados de las paredes y una máquina de discos que ya sólo funcionaba como elemento decorativo. A lo largo de la barra se disponían taburetes circulares, anclados al suelo, con la acostumbrada tapicería de escay roja. Sobre el mostrador descansaban las vitrinas repletas de dulces variados: donuts, ensaimadas, magdalenas, pepitos de crema...

Carla entró, saludó fugazmente a la camarera, y le pidió una manzanilla junto a un cruasán a la plancha. Afortunadamente su sitio predilecto estaba libre: la última de las mesas, situada junto a la máquina de discos. Se sentó y enseguida llegó su pedido. Se dispuso a consumirlo mientras dejaba que su mirada se perdiera a través del ventanal, viendo pasar a sus vecinos de un lado a otro.

A diferencia de la mayoría de la gente a la que saludaba a diario, Carla sentía que estaba fuera de lugar en *Terramar*. Desde pequeña había notado que ése no era su sitio y luchaba cada día por salir de allí. No era de extrañar, se decía a sí misma, que se hubiera colado por Adrián; un chico de mundo que había vivido en varios sitios y cuya vida era una emocionante búsqueda constante de enigmas por resolver. Se sonrió al pensar en la descripción tan romántica que había hecho del trabajo de un cabo de la Benemérita, pero todo lo que no fuese estar anclada al maldito mostrador del motel le parecía una aventura.

Carla tenía muy presente en su cabeza la noche del atentado en la Avenida de las Cortes. Aún podía olerle, sentir como Adrián temblaba entre sus brazos cuando llegó exhausto y derrotado a la pensión después de ayudar con los heridos. Rememoró cuando el deseo de besarle la inundó por completo, mientras su cuerpo reclamaba que se dejase alimentar por la ternura y el amor de aquel hombre. Recordaba como a duras penas había logrado contenerse, para al final deshacerse con el agua de lluvia, como el azucarillo que acababa de arrojar en la manzanilla caliente. Carla albergaba

la terrible sensación de haber dejado a medias todo lo importante y emocionante que le había sucedido en su historia personal por tratar de hacer siempre lo correcto.

Había comenzado los estudios de Historia del Arte años atrás. Se imaginaba viajando por el mundo, descubriendo las maravillas que le deparaban tantos y tantos artistas, conocidos y olvidados, que habían dejado su gota de magia en la eternidad, haciéndose con ello inmortales. Ella veía a gente como Da Vinci, Cervantes o Miguel Ángel como viajeros del tiempo, artistas que a través de sus obras emprendían el camino hacia la eternidad.

Su sueño se vio entonces frustrado por la llegada de la crisis económica mundial, el empeño de sus padres no daba para pagar una carrera universitaria. Las altas exigencias impuestas por los gobiernos comarcales para mantener las becas habían hecho que ella perdiera la suya. No era un problema de falta de trabajo por su parte o de capacidad para cumplir los baremos académicos, pero con las largas jornadas de trabajo en la hostería no tenía tiempo para estudiar todo lo que necesitaba. Así que, en esa situación, decidió que lo mejor era aparcar sus estudios un tiempo hasta que las cosas mejorasen y pudiera seguir con su carrera.

Sin percatarse del todo, absorta en sus pensamientos, Carla había dado buena cuenta de la infusión y el cruasán seguía esperándola sobre la mesa. Iba a comenzar a devorar el bollo cuando oyó una voz tan familiar como indeseada en ese momento.

—¿Te pido algo para acompañar ese cruasán? —Adrián trataba de parecer servicial y amable.

—Si no te importa, Adrián... Me gustaría poder estar sola.

—Lo siento. No te pongas así, por favor.

—¿Qué no me ponga cómo? ¿Cómo te comportas tú habitualmente...?

Adrián se sintió avergonzado por la forma en la que había tratado a Carla, manteniéndola siempre a distancia, cuando en realidad sentía que le encantaba estar junto a ella. Trató de autoconvencerse de que lo había hecho para centrarse en su trabajo, pero en realidad él sabía que lo había hecho por miedo. Había pasado toda su vida junto a una persona entregada a él en cuerpo y alma, y la había ido apartando de su lado con sus manías y excusas baratas, escudándose siempre en el trabajo, cuando lo obvio era que no podía afrontar el sentimiento de vulnerabilidad que le provocaba sentirse enamorado de alguien.

—Lo siento, Carla, de verdad. Sé que soy un cobarde y que me paso todo el tiempo huyendo de mi propia vida. Pero lo último que pretendía era lastimarte, te doy mi palabra. Nada en este mundo es lo suficientemente importante como para inducirme a hacerte sufrir.

—Yo también tengo mi parte de culpa... —Adrián se sintió sorprendido ante esa afirmación—. Tal vez te vi como la excusa para dar el cambio que necesito en mi vida.

—Pues a mí no me importaría, porque seguro que tú eres el desorden que necesito yo en la mía.

Carla le miró muy seria con sus ojos empezando a brillar como dos pequeñas estrellas en la noche. Una sonrisa se dibujó lentamente en sus finos labios.

—Pero necesito terminar esto antes de poder dedicarme plenamente a ti —Adrián sabía el compromiso que iba a adquirir y no quería empezar poniendo cimientos de barro—. Tengo que coger a ese asesino, Carla, y después vendré aquí y podremos conocernos y, si todo va bien, querernos.

Carla asintió con la cabeza un poco decepcionada; ella le quería ahora y al cien por cien en su vida, pero también era consciente de que él tenía un duro camino que recorrer. Un camino del que dependía la vida de muchas personas y nunca se perdonaría no haberle animado a recorrerlo.

—Está bien —le dijo—, pero con una condición.

—¿Cuál?

—No serás tú el que venga, seré yo la que vaya. Tú has viajado demasiado y yo muy poco.

La amplia sonrisa de Adrián le indicó que aceptaba el trato. Él explicó entonces que había recibido orden de volver a *Ríos Verdes* para continuar con la investigación. Le aseguró que la llamaría con frecuencia y que, cuando todo terminara, planificarían juntos el futuro que se abría ante ellos.

Pasaron juntos el resto del día, comieron, caminaron sin rumbo definido y rieron hasta el anochecer. La tarde terminó cuando Adrián montó en su coche para abandonar *Terramar*. El momento de la despedida fue el más tenso porque ninguno de los dos sabía cómo actuar, hasta que ella, con decisión, se acercó a él para besarle suavemente en los labios. Carla notó como su boca temblaba experimentando una sensación a medio camino entre al miedo y la emoción. Se trató de un beso corto, cargado de pasión. También pudo sentir como su cuerpo se estremecía al notarse en contacto con él. Le abrazó con todas sus fuerzas para no dejarle ir, aunque sabía de lo inútil del esfuerzo.

Capítulo 18

Cavilaciones

Adrián estaba paseando por la zona de carga del aeropuerto en el día anunciado por Trav para el horrendo atentado contra el avión y sus pasajeros. Las fechas previas a la fatídica jornada se consumieron sin apenas darse cuenta, había llegado el momento de actuar. Se prometió a sí mismo impedir que Trav consiguiera su propósito, no podía permitir que dañara a más inocentes.

Revisó de nuevo, de forma obsesiva, todo su equipo de vigilancia y seguridad: prismáticos con visión nocturna para cuando cayera la noche; su pistola de nueve milímetros a punto para disparar; las esposas se abrían y cerraban con facilidad; el comunicador por radio funcionaba sin problemas e incluso portaba una pistola de electro shock para aturdimiento...

El día estaba inexplicablemente tranquilo; Adrián llevaba gran parte del mismo viendo a personas sin alma subir y bajar de los aviones como zombis en fila, siguiéndose unos a otros mientras arrastraban los pies, carentes de la vitalidad y del nervio que se le supone al ser humano. El guardia civil pensó entonces que aquello era obsesión suya, probablemente el estrés causado por la situación distorsionaba la realidad a su alrededor.

Varias veces salió a la carrera creyendo haber visto a Trav, mientras observaba desde abajo a los pasajeros de uno de los aviones entrando por la rampa de acceso. Obviamente se había equivocado, pero en aquel momento hubiera jurado verle con la misma indumentaria que en el día del atentado en el tren. Algo extraño dadas las circunstancias, su mente parecía querer seguir jugando con él.

Todo comenzó cuando el sol tocaba ya el horizonte.

Adrián divisó a lo lejos una silueta conocida bajando de un autobús de pasajeros. Para su sorpresa, comprobó que Carla se acababa de detener al pie de la escalera de entrada a una aeronave, y trató de correr hacia ella. Pero por más que se esforzaba, y por más rápido que trataba de mover sus piernas, no lograba avanzar lo suficientemente rápido para llegar a tiempo de detener a Carla. La angustia se apoderó de su corazón...

Antes de ver cómo Carla se adentraba en el avión tuvo tiempo aún de distinguir su sonrisa fresca, su gesto confiado al despedirse de él justo antes de desaparecer en el interior de la aeronave. Un interior que parecía extrañamente oscuro y tenebroso desde su posición.

La realidad le golpeó con crudeza al darse cuenta de lo que iba a suceder. Adrián chillaba a pulmón lleno pero nadie le oía mientras la impotencia se apoderaba de él. El operario se subió a la cabina de control de la escalera motorizada, después de ver cerrarse la puerta del avión, y maniobró hábilmente para retirarla. De ese modo dejó el espacio libre para que el avión reculara con la ayuda del remolcador y poco

después el gigante alado se encaminó hacia la pista de despegue.

Adrián ignoró el avión al comprobar que sus pies seguían clavados al suelo, negándole la posibilidad de avanzar, y se fijó entonces en el trabajador del aeropuerto que acababa de remolcar la aeronave. Le vio pasarse la mano por la cabeza para dejar a la vista un reloj Solvil et Titus...

—¡Alto! ¡No te muevas! —le gritó.

Trav se volvió hacia él con la sombra de la muerte en la mirada, mostrando la dentadura, especialmente blanca y brillante, tras una media sonrisa dibujada en sus labios. El criminal señaló su reloj como diciéndole: «*Es la hora*».

—¡No te muevas! Si lo haces te dejo seco. —Adrián echo mano a su funda y la encontró vacía. Increíblemente, su arma había desaparecido.

El guardia civil buscó el activador del comunicador junto a su cuello, necesitaba contactar urgentemente con sus compañeros para detener el avión. Intentó avisarles varias veces sin recibir más respuesta que la estática de la radio. Hasta que por fin una voz surgió del auricular insertado en su oído.

—No estás mirando, Adrián —recibió un susurro—. Te lo vas a perder todo, con lo que he trabajado para prepararte esto.

El agente buscó el avión desesperadamente con la mirada, hasta que una bola de fuego apareció en el horizonte. Los servicios de emergencias recorrieron la pista hasta el lugar del suceso, pero todo había terminado. Adrián lloraba sin consuelo y gritaba el nombre de Carla mientras oía unas siniestras carcajadas por el intercomunicador...

La Fuente dio un salto al despertarse sobresaltado y se incorporó en la cama de su apartamento de *Ríos Verdes*, empapado de sudor y con el corazón tratando de fugarse de su cuerpo a través de la garganta. Encendió la luz de su mesilla para mirar la hora en su reloj de pulsera: las cuatro y media de la mañana. Era la cuarta vez en esa semana que tenía la misma pesadilla. Había comentado este hecho con el psicólogo del cuerpo. El teniente Arias se lo había aconsejado tras una conversación en la que Adrián le contó el estrés que le provocaba la angustiada espera del día señalado por Trav. La respuesta que recibió tenía forma de pastillas para dormir. El cabo de la guardia civil se negó a recurrir a la ayuda de la química para pasar el trance.

Se levantó y se asomó a la ventana. Una larga avenida bien iluminada se extendía en ambas direcciones, desierta a esa hora bajo su mirada. Se tomó un rato para respirar la tranquilidad, necesitada como agua de mayo, que le proporcionaba la oscuridad de la noche, y se dirigió al cuarto de baño. Se llenó las manos de agua y sumergió su rostro entre ellas para remover los restos de sudor que le quedaran aún sobre su piel.

Al volver hacia el lecho se fijó en su escritorio. Justo detrás, enganchado al marco del espejo colgado en la pared, distinguió el recorte de periódico que Trav le había dejado en aquel despacho de *Terramar*. Después de regresar de su viaje, un par de semanas atrás, lo colgó allí y no lo había vuelto a mirar con detenimiento.

Otro montón de papeles, revueltos sobre la mesa, le recordaron la infinidad de veces que los había repasado sin encontrar nada relevante. Habían centrado las investigaciones en la localización del proveedor de las sustancias para fabricar el explosivo, los métodos utilizados y la técnica para montar la bomba. Una vez más, utilizaron las cámaras de seguridad o de tráfico para intentar trazar la ruta seguida por el terrorista desde que robó el coche hasta que llegó a la gasolinera frente a la que asesinó al conductor del autobús. A Adrián le parecía increíble pensar que alguien se hubiese podido mover con tanta libertad, después de haber robado un coche, y escabullirse sin dejar apenas rastro.

Ya se había desvelado. Cada vez que se despertaba sobresaltado en medio de la noche, la obsesión por atrapar a su némesis le robaba el sueño de modo inevitable, por lo que siempre acababa sentándose a repasar pruebas y buscar detalles que pudiera haber pasado por alto.

Releyó, de nuevo, los informes que había recibido con el resultado de los análisis periciales realizados en los escenarios de los atentados al tren de largo recorrido y al edificio de *Terramar*. En el primer suceso el explosivo utilizado había sido la dinamita obtenida en el robo de un almacén situado en el norte de la *Península*, en la zona de las minas. Introducida en una caja de metal soldada y acompañada de gran cantidad de metralla metálica: tornillos y bolas de acero de tamaño considerable, que fueron las que causaron la mayor parte de los daños y la muerte del maquinista, formaron un engendro diseñado únicamente para matar. En el acto de terrorismo habían participado varias personas y existía una reivindicación ideológica de fondo.

En el atentado en la región del *Levante* las circunstancias fueron muy distintas: el explosivo fue de fabricación casera, parecía cosa de una sola persona, y el autor procuró que se encontraran, en el interior del edificio, el menor número de personas posible. Si el objetivo hubiera sido provocar una masacre el autor habría programado la hora de la explosión en una franja temporal donde los comercios se encontraran en plena actividad, hecho por el cual llegaron a la hipótesis de que era un acto contra el edificio y no contra vidas humanas... pero ¿por qué?

Los «*modus operandi*», así como el objetivo de los dos actos de terror eran totalmente distintos. Análisis aparte merecía el asesinato del chofer del autocar, ¿qué relación tenía en todo aquello? Nada tenía sentido...

Entre las hojas, fotografías y documentos que Adrián pasaba de un lado a otro de la mesa se encontró con la imagen impresa del primer detenido, del tipo al que había descubierto con el detonador, guiado por Trav, junto al hospital de campaña el fatídico día de su traslado a *Ríos Verdes*.

El cabo de la guardia civil concluyó que necesitaba respuestas urgentes y que las iba a obtener de una forma u otra.

Capítulo 19

El preso

Hugo Lemas paseaba por el patio de la prisión, tal como lo había hecho a diario en los últimos meses. Aún estaba a la espera de que se cerrase el sumario del caso en el que estaba implicado y se estableciese una fecha para el juicio. No tenía esperanza alguna de quedar libre; le habían pillado in fraganti y además, la opinión pública y los medios de comunicación ya habían celebrado la vista paralela. Afortunadamente, tras el restablecimiento de la República después de la extinción del gobierno militar de la dictadura, se abolió la pena de muerte y la cadena perpetua, por lo que su peor opción serían treinta años de reclusión mayor.

No se arrepentía ni lo más mínimo de sus acciones, sus convicciones políticas le habían empujado a ello. A los que había que llevar al banquillo, pensaba, era a los políticos corruptos, ladrones y sinvergüenzas que estaban llevando al pueblo a la ruina, mientras ellos se llenaban las barrigas y se dejaban comprar por banqueros y empresarios. Volvería a hacerlo en cuanto le dieran la oportunidad.

Desde que llegó a la prisión, Lemas había procurado no llamar la atención de nadie: comía cuando todos comían y paseaba por el patio como uno más. Se había buscado además un trabajo en la lavandería, y estaba apuntado a un taller de música, su auténtica pasión. De hecho, fue así como le reclutaron.

Él pertenecía desde muy joven a un grupo de música punk. Con ellos aprendió a tocar la batería mientras les ayudaba con los textos que conformarían sus canciones. La temática era siempre la misma: la protesta política y social. Con el paso del tiempo se fueron radicalizando y las letras se volvieron mucho más agresivas.

Un día, después de un concierto clandestino en el que participaron junto a grupos similares, unos tipos se les acercaron sin disimulo. Les hablaron de organizar una verdadera revolución social y de actuar en serio contra las políticas que existían en la *Península*. Entusiasmados con la idea, se intercambiaron los teléfonos de contacto y organizaron las primeras actuaciones. Empezaron con lo típico: vandalismo en manifestaciones, actuaciones violentas en defensa de desalojos ocupas, se infiltraban en las celebraciones de carácter deportivo para generar enfrentamientos con la policía... Hasta que alguien propuso dar el salto al siguiente nivel, que fue el que les llevó hasta colocar la bomba del tren.

Hugo rápidamente se ofreció a participar en el plan. Se cortó el pelo, se afeitó, se compró un traje y se dejó instruir para dar el golpe. Sabía que lo más probable era que muriera en el intento, pero él se guiaba por el lema: *«Más vale morir de pie luchando que vivir de rodillas»*.

Lo que ignoraba era que sus pensamientos se encaminaron en esa dirección gracias a los continuos mensajes demagógicos que le rodeaban desde temprana edad, uno de los problemas de reunirse con tipos de corte radical. Personajes de esos que

alentaban a los demás a dejarse la vida por una causa, mientras ellos veían los toros desde la barrera, en el mejor de los casos, o por televisión, la mayoría de las veces. A sus veintidós años, Hugo hablaba con frases de hacía treinta o cuarenta años y consideraba que estaba orientado a la revolución y el modernismo cultural y social...

En los meses que llevaba en prisión había vuelto a recuperar, casi con totalidad, su viejo aspecto. La barba le otorgaba más años de los que en realidad tenía y volvían a colgar un par de rastas de su pelo desgredado y sucio.

Los más veteranos ya le habían puesto mote, «*El perro flauta*» le llamaban. Estaba bien mirado, tenía gente a la que caía bien y cuidaba de él. Las peroratas sectarias que en ocasiones soltaba durante el rancho le hacían parecer un romántico de la lucha antisistema, aunque al colectivo de reclusos más curtidos simplemente le parecía un crío jugando a ser mayor. Tenía más problemas con los funcionarios que con sus compañeros de encierro. Hugo los veía como el poder contra el que luchaba en el exterior transportado a su microcosmos penitenciario, así que seguía proclamando sus consignas contra las normas establecidas entre esas cuatro paredes. Su vida había cambiado poco en lo esencial para él.

De todos modos, los internos ignoraban el verdadero motivo por el que estaba en el centro penitenciario de «*Ríos uno*». Todos pensaban que era por vandalismo, altercados públicos y destrucción de la propiedad privada; por terrorismo callejero, en resumen. Si se hubiese descubierto el motivo auténtico hubiese tenido graves problemas con gran parte de la población reclusa.

Como cada tarde de martes, Hugo se acercó al aula donde enseñaba a otros penados a tocar la batería. Siempre llegaba antes de hora para practicar en solitario, le ayudaba a soltar estrés y a descargar un poco el ánimo en los días psicológicamente más difíciles.

Al llegar la hora de inicio de su clase, Lemas observó el movimiento habitual de personas a través de los ventanucos de las puertas de acceso al aula, una situada al fondo y la otra a su derecha. Lo que empezó a incomodarle fue descubrir a varios presos mirando por el cristal sin atreverse a entrar. Poco a poco el desconcierto le hizo perder el ritmo hasta parecer que aporreaba los bombos en vez de sacar ritmos de ellos. Finalmente estalló:

—¡Eh! ¡Eh! ¿Entráis o qué? —bramó.

Lemas no obtuvo respuesta alguna más allá de los murmullos escuchados tras las puertas. Se levantó malhumorado y trató de abrir la que se encontraba a su derecha. Tras empujar y tirar de ella varias veces, acabó comprendiendo que la habían atrancado. Aquello no le gustó, tenía pinta de encontrarse en una encerrona.

En alguna ocasión había escuchado historias similares sin hacerle demasiado caso, pero en ese momento recordó que esas situaciones no solían terminar bien para el sujeto que las sufría.

Regresó junto a la batería y tomó una de las baquetas que había dejado sobre ella. Se dirigió entonces a la cámara que había en uno de los rincones del aula y empezó a

hacer aspavientos para llamar la atención de los funcionarios, pero no obtuvo respuesta por los altavoces de la sala.

Desesperado, Hugo corrió hacia la puerta del fondo con el deseo vano de que pudiera estar abierta. El viaje fue baldío. Volvió una vez más a colocarse frente a la cámara para seguir haciendo movimientos de alerta, y entonces cayó en la cuenta: el piloto rojo, el mismo que siempre parpadeaba tras el cristal de protección, se encontraba apagado.

Tomó la baqueta con sus dos manos, una en cada extremo, y la golpeó contra el respaldo de una de las sillas del cuarto. Repitió la operación varias veces hasta que consiguió partirla, consiguiendo un punzón improvisado al astillarse la madera de la misma.

—¡Vamos! ¡Vamos! —invitó a los presos que le observaban desde fuera a que entrasen y se enfrentaran a él—. ¡A ver quién de vosotros, drogadictos de mierda, se atreve a entrar aquí!

No obtuvo respuesta a sus provocaciones, aunque sí escuchó alguna carcajada que se burlaba de él desde el pasillo contiguo. No hubo de esperar más de diez minutos para que la puerta del fondo se abriera. Lemas salió a la carrera, blandiendo el trozo de madera como un puñal, pero se detuvo en seco cuando vio entrar a León en el aula.

León era el preso que controlaba todo: los pasillos, el patio, el comedor; en definitiva, la prisión entera. Nada ocurría sin que ese hombre lo supiera, se decía que era la mano derecha del director y de los funcionarios, allí dentro. Hugo no sabía con exactitud cuánto llevaba encerrado León y cuanto de condena le quedaba aún, pero una cosa sí que tenía clara; si se cruzaba en tu camino y te pedía que saltases a la pata coja, más valía que lo hicieses si no querías perder la pierna para siempre. El perro flauta siempre trató de evitarle; no le saludaba, no le miraba y ni siquiera pasaba por delante del capo de la prisión.

—Siéntate —le dijo con serenidad—. Y ten cuidado no te hagas daño con el palito.

Hugo vaciló un instante entre cumplir las órdenes recibidas o jugársela a una carta contra León. Al fin y al cabo eran uno contra uno, aunque el uno ochenta y cinco del tipo que tenía delante y sus noventa kilos de puro músculo no le otorgaban muchas posibilidades de victoria. Su única opción era alcanzarle la yugular en el primer intento, en caso de errar podía despedirse de su corta existencia.

Lemas miró dentro de sus intensos ojos negros, intentando adivinar por qué el capo la había tomado con él, un supuesto antisistema que apenas había sobrepasado la veintena. Esa mirada podía paralizar al más valiente de los habitantes de la prisión, y él no lo era, así que soltó la baqueta y se sentó en la silla que más cerca le quedaba.

Para su desesperación, dos hombres más entraron en la habitación cerrando la puerta tras ellos. A uno lo conocía de verle habitualmente acompañando a León, era uno de los llamados «lugartenientes» del capo de la prisión. Al otro tenía la sensación

de haberle visto en alguna ocasión, pero no caía en ese momento; era tan alto como León y se asemejaba a un nazi con el pelo tan rubio y los ojos tan azules.

—Éstos son amigos míos —comenzó León antes de agacharse a recoger del suelo las dos porciones de la baqueta—. Necesitamos cierta información, ya sabes. Como premio, uno de nosotros recibirá permiso para pasar el fin de semana fuera, y no podemos desaprovechar la ocasión, ¿verdad?

León le entregó entonces las dos maderas al rubio.

—Si puedo ayu... ayudar... —contestó Hugo con voz temblorosa.

—Verás cómo sí. Aquí mi amigo, «El jaro», te va a hacer unas preguntas y tú las vas a contestar... Terrorista.

—¿Cómo me has llamado? —replicó Hugo aterrado al saberse descubierto. No le habría importado morir en el tren, rápido y con honor. Pero hacerlo en una cárcel de mierda, después de ser apaleado y posiblemente sodomizado por tres tipos, no le hacía demasiada ilusión.

—Tranquilo, todo a su tiempo. Primero las preguntas —aseguró el tipo rubio—. Entonces se acercó y se sentó frente a Hugo cara a cara. —¿Quién organizó el atentado del tren?

—Ya les di esa información al juez y al fiscal durante los interrogatorios. No hay nada más.

—Algo te dejaste. ¿Quién detuvo el tren? —inquirió el desconocido.

—No lo sé, lo he dicho mil veces...

Lemas no vio venir el puño del «lugarteniente», que impactó contra su pómulo izquierdo derribándole de la silla. El mismo hombre le levantó del suelo y le volvió a sentar.

—Vamos a intentarlo de nuevo. Haz un poco de memoria.

Los ojos de Hugo brillaban por el efecto de las lágrimas producidas por el dolor, y una brecha había empezado a manar sangre en su rostro.

—Sé lo mismo que todos. Un tipo detuvo el tren antes de llegar al lugar donde habíamos colocado la bomba y luego huyó, nadie sabe quién es.

—¿Y por qué la detonaste? Y no me mientas o mi amigo no será tan suave esta vez.

—Alguien me envió un mensaje al móvil. Decía que el mecanismo de proximidad podía fallar y que lo mejor era detonarla deteniendo el tren en el lugar exacto. Me explicaron que yo no tenía que hacer nada: sólo esperar a que el tren se detuviera del todo y a que la gente se pusiera en pie para después apretar el botón.

—¿Quién envió el mensaje?

—No lo sé...

Esta vez recibió un rodillazo en las costillas que le dejó sin aire. Lemas pensó por un momento que no volvería a respirar. Notó como una de sus costillas había cedido a la presión del impacto y tosió para recuperar el aliento.

—¿Quién? —insistió aquel tipo.

—No lo sé, lo juro. Pensé que había sido Marc, uno de los que idearon el plan inicial, pero me llegaron comunicaciones a través de nuestros abogados de que él no había sido. No fue ninguno de los nuestros.

—Sí que fue uno de los vuestros, fue Trav.

—¿Quién coño es Trav? —preguntó Lemas.

Esta vez fue León el que se le acercó, propinándole varios golpes en la cara con la mano abierta. Luego le levantó de la silla y le dio la vuelta. Hugo sintió al capo colocándose a su espalda antes de que le bajara los pantalones y le susurrara al oído con voz rasposa:

—Te voy a hacer un culo nuevo, «perro flauta»...

—¡¡¡No lo sé!!!! ¡¡¡No lo sé!!!! —Hugo luchaba desesperado por soltarse.

León le puso la rodilla en la espalda y le hizo descender hasta el suelo, boca abajo. Allí lo sostuvo mientras miraba al rubio esperando una orden.

—¿Qué sabes de un avión? —Escuchó decir a continuación.

—¿Qué? ¿De qué me hablas? —gimió Lemas entre dolores. La rodilla del preso se apretó contra sus riñones mientras una mano callosa tiraba de su pelo—. Aaaaahhhhhh.

—El avión, joder, ¿qué sabes del avión? Me estás empezando a cansar...

—Yo no sé nada de... —No le dio tiempo a terminar la frase cuando León le cogió del cuello desde atrás, sin dejar de presionar con su rodilla en la espalda, y comenzó a estrangularle.

—Te aconsejo que hables; León lleva tiempo sin un bis a bis y está deseando desfogarse —le advirtió el rubio.

Hugo trató de negar con la cabeza, ya que la presión sobre su garganta le impedía articular palabra. Su rostro comenzó a adquirir un color rojo intenso, tirando a violáceo, indicativo de que empezaba a quedarse sin aire.

—Suéltalo...

Hugo se retorció en el suelo, echando espumarajos por la boca, mientras trataba de alcanzar el borde de sus pantalones para intentar subírselos. El «lugarteniente» se agachó a su lado y le habló en voz baja:

—Si esto sale de aquí nos aseguraremos de que todos sepan lo que eres y nos ocuparemos también de hacer de tu vida un infierno... ¿Estamos?

Lemas asintió con la cabeza incapaz de emitir una sola palabra.

Los tres individuos que acababan de abandonar el aula de música de la prisión, dejando a Hugo Lemas recuperando el resuello, caminaban por uno de los pasillos alejándose del lugar del interrogatorio.

—No te preocupes por las heridas del niño —le dijo León al «jaro»—. Se va a

caer por la escalera en cinco minutos y se va a hacer todas esas heridas.

—No me preocupo.

—Procura que nadie sepa que has estado aquí, *picoletto*, podrías tener problemas.

—¿Me estas amenazando, pedazo de escoria? —A Adrián no le había gustado el tono de ese comentario.

—Tranquilo, era un consejo de amigo, «jaro».

—Tú y yo no somos amigos. Y si quieres mantener esa bonita melena que hace juego con tu nombre, además de tus piernas y tus privilegios, más vale que olvides lo que has oído y visto ahí dentro.

Capítulo 20

El plan

Alonso no estaba convencido de aceptar finalmente el encargo que le habían hecho. Llevaba toda su vida trabajando honradamente y meterse en un follón de esas características no le hacía la menor gracia. Por otro lado necesitaba el dinero, y si no lo hacía él, estaba seguro de que sus benefactores acudirían a cualquier otro compañero para alcanzar el objetivo marcado. Estaban hablando de introducir materiales prohibidos, aunque le habían asegurado que nadie saldría dañado.

Esa conversación iba a acabar con sus nervios, tenía que decidir ya, o perdería la ocasión de enmendar sus males, dejando que otro se llevara para vicio lo que él necesitaba para su familia. Recordó entonces la llamada recibida en su móvil unos días antes, durante su tiempo de descanso, en la que un desconocido le propuso aquel trabajo:

—¿Diga?

—¿Alonso Zambrano? —El mencionado escuchó su nombre a través de la línea telefónica y se sobresaltó. Una voz de hombre adulto reclamaba su atención.

—El mismo. ¿Quién es?

—Buenas tardes, señor Zambrano. Un amigo común nos ha hecho llegar su número de móvil y estaríamos interesados en ofrecerle un trabajo.

—Se lo agradezco mucho, pero ya tengo un trabajo... ¿Dice que un amigo común? —preguntó sorprendido Alonso.

—Sí, un amigo que se preocupa por usted. Nos ha dicho que necesita algún ingreso extra para salir de una difícil situación y nosotros estamos dispuestos a ofrecérselo. Sólo tendría que realizar un trabajo puntual para nuestra organización y le compensaríamos generosamente por ello.

En principio su mente se había mostrado reacia a escuchar nada de lo que aquel hombre tuviera que contarle. Pero cuando escuchó las palabras «*ingresos extra*», un clic dentro de su cerebro le obligó a cambiar de opinión, mostrándose más receptivo.

La situación que estaba viviendo Zambrano era realmente complicada. Se había separado de su mujer un año y medio atrás; tuvo que abandonar su casa y el juez le concedió a su mujer la custodia de los dos niños que tenían en común.

Le obligaron además a pasar una manutención de trescientos euros por cada uno de los chavales. Todo ello, unido a los gastos adicionales ocasionados por el alquiler del piso en el que vivía después de la ruptura marital y a su parte, de obligado abono por orden judicial, de la hipoteca que pesaba sobre el domicilio conyugal, le hacían tener que plantearse su economía como un juego de malabares continuo.

Ya había renunciado a casi todo aquello que le hacía gozar de la vida y aun así no encontraba solución a su agujero financiero. Había tratado de renegociar las condiciones con su ex, pero ella se había negado en redondo. Unilateralmente, por la

falta de consenso, había decidido dejar de pagar su parte de la hipoteca y ella le había denunciado. Alonso se encontraba con la soga al cuello y necesitaba incrementar los exiguos ingresos que le proporcionaba su trabajo en una empresa de preparados alimenticios.

En realidad, lo que más le dolía era no poder llevar a sus chicos a un partido de fútbol, o al cine los fines de semana que pasaban con él. Adoraba a esos niños, eran toda su vida. Las cosas con su pareja no habían salido como hubiesen deseado cuando se fueron a vivir juntos, con mucha ilusión y nada en la maleta. Seguramente el fuerte carácter de ambos fue el motivo principal para su ruptura.

Hacía tiempo que las fuertes discusiones por nimiedades se habían comido a esos pequeños detalles que indicaban que había chispa entre ellos. Desaparecieron gestos importantes: un beso antes de salir hacia el trabajo, una caricia antes de irse a dormir, un azotito en el culo cuando coincidían por el pasillo de casa... Se esfumaron perdidos en el rencor que creaba la incapacidad para ceder, perdonar o comprender a la persona con la que compartías tu vida.

Pero Alonso no estaba dispuesto a seguir pensando de aquella forma y decidió que haría cualquier cosa por mejorar su vida.

En un principio se había sentido muy asustado al recibir en una segunda llamada las condiciones económicas del acuerdo. Él sabía que nadie pagaba nueve mil euros por buzonear publicidad en un barrio de la *Capital*. Le presentaron la cifra para que se pensara si quería hacer lo que le pidiesen en un siguiente contacto.

Zambrano había estado viviendo en medio de un dilema con dos vertientes, una moral y otra personal. Se trataba de una cantidad de dinero que le solucionaría sus problemas a medio plazo y le daba tiempo para pensar en cómo alcanzar una sostenibilidad financiera en su vida. Por otro lado, estaba seguro de que por ese precio le iban a pedir hacer algo medianamente grave o ilegal.

Estuvo en tensión varios días mientras hacía planes con las miles de ideas que se le ocurrían para disfrutar del dinero junto a sus hijos. El viernes, a un par de horas de pasar a recoger a sus retoños, le llamaron para darle las instrucciones de su misión. El estómago se le descompuso hasta el punto de sentirse sin fuerzas para cumplir la cita que tanto esperaba cada quince días.

Alonso tuvo que llamar a su exmujer para decirle que se encontraba indispuesto y que no podría tener con él a los niños ese fin de semana. Se encerró en casa y no paró de darle vueltas al tema minuto tras minuto. Lo que le pedían era gravísimo y no podía permitirse aceptar el pacto: se jugaba su puesto de trabajo e incluso la posibilidad de acabar yendo a prisión.

El sábado por la mañana recibió una nueva llamada para presionarle, mientras él seguía debatiéndose en una dicotomía mental que amenazaba con colapsarle.

—... no creo que pueda hacerlo, lo siento —susurró Alonso con voz queda.

—No te lo has pensado bien, Alonso, es mucho dinero —contestó su interlocutor.

—El dinero no sirve de nada en la cárcel.

—Ya te he dicho que nadie averiguará de dónde salió el material.

—¿Y si lo hacen? —Alonso no quería dejarse convencer—. Además, no creo que el objetivo sea nada bueno.

—¿Por qué dices eso? Ya te hemos explicado que es un tema de seguridad. Queremos hacernos con el contrato, y la mejor forma es demostrar que la actual empresa no está haciendo las cosas bien. Pero si no quieres no pasa nada, tenemos más candidatos; Carmelo, tu compañero, por ejemplo. Le gusta mucho el póker y está pasando una mala racha...

—¿Carmelo? Ése vendería a su madre por dinero para una mano —aseguró Zambrano.

—Bueno, ¿qué dices? —Le presionaron para que se decidiera lo antes posible—. Ya que siempre has sido nuestra primera opción, y antes de hablar con tu compañero, te ofrecemos doce mil euros y no discutimos más.

—Está bien —las palabras se le escaparon entre sus labios—, pero los quiero por adelantado.

—Sin problema, sabemos cómo encontrarte si no cumples.

Con el acuerdo alcanzado pareció quedar más tranquilo. Ahora sólo tenía que esperar al día concreto, el lote concreto y el transportista concreto para hacer lo que le habían encomendado.

El ruido de puñetazos y patadas en su puerta sacó a Yago de la cama a pronta hora de la mañana. La cabeza le seguía dando vueltas; miró el reloj y pensó si en realidad llevaba más de una hora durmiendo, ya que no recordaba cómo había acabado la noche. Tanta insistencia le hizo sospechar. Más que la frecuencia, le escamaba la violencia de los golpes al otro lado del zaguán. Se acercó al armario de la entrada y sacó el bate de béisbol que le habían regalado sus amigos hacía más de diez años, por su cumpleaños. Ni un solo partido contemplaba a aquel palo del juego americano, pero si más de una reyerta en la que se había visto envuelto ya fuera por drogas, alcohol, juego o mujeres.

Al pasar por delante del espejo de la entrada se vio reflejado. Dos sombras oscuras enmarcaban sus hinchados ojos y restos de polvo blanco circundaban sus fosas nasales. Justo debajo del espejo descubrió su útil de «tomas», con dos rayas aún preparadas para el consumo.

Una nueva oleada de sacudidas impactó contra la puerta de entrada de su casa. Se acercó con cautela para observar a través de la mirilla cuando una voz femenina le sorprendió por detrás.

—¿Qué ocurre? —escuchó decir a su espalda. Una chica de poco más de dieciocho años se encontraba semidesnuda en el otro extremo del pasillo de entrada.

Solo se cubría con un tanga negro de encaje y una camisa desabotonada que, por lo grande que le estaba, parecía suya.

En otro momento de la vida, sin titanes tratando de derribar la puerta, la imagen le hubiera provocado una erección inmediata y habría despojado a la muchacha de la poca tela que llevaba para después tomarla salvajemente en el mismo pasillo, pero no era el momento más oportuno para pensar en practicar sexo.

—¿Quién coño eres tú? ¿Quién hay detrás de esa puerta? —le preguntó con la voz tomada por la sequedad de su garganta.

La chica, asustada, no contestó y corrió hacia la habitación de la que acababa de salir. Yago oyó cerrarse la puerta y como pasó el pestillo por dentro.

Volvió a dirigir su atención hacia la entrada de la vivienda y acercó la mano al picaporte para abrir, pero no tuvo tiempo para ello. El cerco saltó en mil pedazos haciendo que la tabla pivotara sobre las bisagras a la velocidad del rayo, que impactó contra su nariz que se deshizo en pedazos. Entendió que había perdido la consciencia durante unos segundos, ya que de repente se encontró sentado en el suelo con la nariz manando sangre, cuando un instante antes estaba de pie tras la puerta. No recordaba haber caído de nalgas al suelo.

Trató de incorporarse, pero la resaca y el mareo por el golpe le impidieron alcanzar la verticalidad y lo máximo que consiguió fue posicionarse a cuatro patas en el suelo mientras observaba como los pies de varios individuos le rodeaban tras haber entrado en su domicilio. Los ojos estaban inundados por las lágrimas tras el impacto en el hueso nasal. La sangre acumulada en el suelo, deslizándose desde su nariz, comenzaba a formar un charco en la porción de suelo que quedaba entre sus manos. Cada vez que intentaba desplazarse, el mismo fluido vital le hacía resbalar y perder el equilibrio de sus extremidades superiores. Entró en un bucle que le llevaba a incorporarse y a volver a resbalar, volviendo a impactar contra el suelo.

Después de un par de minutos se dio cuenta de que los allanadores de su hogar habían decidido ignorarle y les oyó pasear por la casa con el paso acelerado, eso indicaba que buscaban algo. Sintió como trataron de abrir la puerta de su dormitorio, la golpearon varias veces al encontrarla cerrada.

—Estoy aquí, malnacidos. —Les increpó Yago tratando de atraer su atención.

—Que alguien le calle —oyó decir al que parecía el cabecilla.

Uno de los hombres se acercó a él y le asió por el cabello tirando de su cabeza hacia atrás.

—Si te estás calladito acabaremos rápido, si te empeñas en ponerte tonto tendremos que perder más tiempo del que nos apetece en cerrarte esa boca.

—Solo quiero saber qué buscáis en mi casa...

El matón que le tenía agarrado por el pelo miró al líder esperando una contestación a la cuestión que demandaba el propietario del piso. El jefe de la banda, con las manos en los bolsillos, caminó lentamente, zigzagueando como para darle tiempo a Yago a plantearse la situación en la que estaba envuelto. Al llegar a su altura

se paró junto a su mano derecha y comenzó a pisarla.

—La chica, ¿dónde está?

—No sé de qué chica me hablas.

El hombre que estaba en pie junto él aflojó la presión sobre su mano para, seguidamente, desplazársela de una patada haciéndole caer de bruces, una vez más, contra el suelo. Esta la vez la presión del pie se concentró en la parte izquierda de su cabeza, que es la que quedó expuesta a sus agresores, siendo el lado derecho el que permanecía apoyado contra el suelo. Su propia sangre se volvía a introducir en su cuerpo por los orificios nasal y bucal.

—Dos tetas, un culo... Veinte años... ¿Hay muchas iguales por aquí?

—No sé, no recuerdo nada de anoche —mintió Yago. Al sentir como se intensificó la presión sobre su cabeza decidió cambiar el discurso—. Es posible que esté encerrada en la habitación, se asustó al oír los golpes de la puerta.

El tipo hizo un gesto con la cabeza a los dos tipos que permanecían ajenos a la tortura. Uno de ellos embistió la puerta con su pie izquierdo derribándola sin aparente esfuerzo. La muchacha, que se encontraba acurrucada en un rincón del cuarto, comenzó a chillar. Los dos matones entraron a por ella y la sacaron a rastras mientras pataleaba tratando de zafarse de sus captores.

—Hombre, mira a quién tenemos aquí.. —el jefe de la banda se olvidó de seguir dañando al hombre que se desangraba en el suelo y se dirigió hacia la muchacha—. El señor Blanco te envía recuerdos, golfa.

—Ya le dije que no quiero saber nada más de él. Dile a estos paletos que me suelten de una vez.

—Ummmm. La gatita saca las uñas. —Los cuatro captores rieron a la vez—. El Jefe hace tiempo que se olvidó de ti; cuando quiere una puta chasquea los dedos, no la espera, ni la persigue, pero de lo que no se olvida es de las deudas.

—Ya le dije que le pagaría en cuanto me ingresen la nómina de este mes. La compañía está pasando un bache y están pagando con retrasos.

—Sí, ya sabemos que los retrasos son lo típico en el desastre de compañía para la que trabajas —dijo con ironía—, por suerte para ti tienes un benefactor que se ha ofrecido a saldar tu deuda, con intereses, pero para ello necesita que hagas un pequeño trabajito para él. Vístete, tienes tres minutos. Nos vamos.

Marco se dirigía a la empresa de catering a la que acudía cada mañana para recoger los pedidos del día y llevarlos al aeropuerto.

Él había sido toda su vida un holgazán al que le había costado levantarse antes de las once de la mañana; solía disfrutar de la noche, siempre de fiesta con sus amigotes, en especial con Leandro, que era al que más unido se había sentido desde la infancia.

La situación cambió cuando sus padres, hartos de su actitud y de tener que mantenerlo con treinta y cinco años, le habían dado un ultimátum: o se buscaba algo o se iba la calle.

El futuro no se le había presentado muy halagüeño: sin estudios, sin demasiada cultura, ni habilidades especiales, ni actitud de sacrificio... Lo de encontrar un trabajo iba a ser harto difícil. En lo único que había destacado siempre era en una capacidad innata para conducir todo tipo de vehículos, así que su mejor amigo le había ofrecido un trabajo en la empresa de transporte de su padre.

Marco le debía todo a su amigo, le quería más que a nadie en el mundo. En agradecimiento a Leandro cambió el chip y se transformó en un tipo madrugador y formal en el trabajo. Se había estado planteando, durante mucho tiempo, la posibilidad de contarle lo que realmente sentía hacia él, aunque en su fuero interno no se sintiera realmente homosexual. Siempre había sido de los que se exhibía delante de las chicas en la discoteca y le echaba el lazo a la primera que posaba sus ojos sobre él durante más de treinta segundos. Así que, visto lo visto, podría decirse que era bisexual; claro que un bisexual muy especial, porque no sentía la misma atracción por ningún otro hombre ni de lejos. El hecho de haber empezado a trabajar para Leandro le había cortado un poco el ánimo de declararle su amor, y ahora vivía en la eterna duda de si dar el paso o seguir guardando su secreto en el armario.

Le sonó el móvil de la empresa, que llevaba conectado al dispositivo manos libres de la furgoneta de reparto. En la pantalla apareció el nombre de su benefactor y Marco no dudó en descolgar.

—Buenos días. ¿Cómo nos hemos levantado hoy? —contestó al primer timbrazo. La ilusión por poder hablar con su adorado amigo a primera hora de la mañana se reflejaba en su voz.

Marco solo pudo escuchar una especie de sollozo a través del equipo de sonido del vehículo, mientras conducía en medio del atasco habitual que se formaba en la carretera de circunvalación de la *Capital*.

—...Mar...co.

—¿Hola? Leandro... ¿Me oyes?

Marco pensó que el deficiente sonido en las llamadas entre móviles se debía a la falta de cobertura en el interior de los túneles de la autovía. Apretó el botón de fin de llamada desde el mando del volante y aprovechó un parón en la circulación para buscar el número de Leandro en su agenda electrónica.

Casi había llegado al lugar exacto de su lista de contactos cuando divisó de nuevo el nombre de su amigo en la pantalla, avisándole de una llamada entrante.

—¡¡¡Dime!!!! ¡Qué asco de cobertura, chico!

Los sollozos y lamentos de un hombre se escucharon nítidamente.

—¿Leandro? ¿Pasa algo?

Un tenso silencio precedió a una voz desconocida, una voz que le heló el alma nada más escuchar su sentencia.

—Leandro está bien..., por ahora. Que siga así depende de ti.

—¿De mí? ¿Qué he hecho yo?

—De momento nada. Pero esperamos que nos seas muy útil en breve —aseguró aquella voz tosca.

—¿Por qué yo? ¿Qué le habéis hecho a Leandro?

—El amor es el más poderoso de los incentivos del hombre, Marco. Si quieres salvar a tu amiguito harás lo que te ordenemos y si no... Quedarás viudo antes de que te dé tiempo a contárselo.

Marco estaba tan asustado como confundido. Jamás le había hablado a nadie de sus sentimientos hacia Leandro. ¿Cómo era posible que aquel individuo lo supiera? Por otro lado, no sabía qué podría ofrecer a cambio del bienestar de su amado.

—Lo que sea... haré lo que sea, pero no tengo dinero...

—Ja, ja, ja. —La risa del chantajista envolvió todo el habitáculo en el que se encontraba Marco—. ¿Dinero? No queremos tu dinero.

—Entonces, ¿qué?

—Simplemente queremos que hagas lo que haces todos los días.

Capítulo 21

El hilo del péndulo

Adrián subió la escalera principal del hospital para llegar hasta la tercera planta. Muchos escalones de golpe, pero lo prefería a esperar una eternidad los malditos ascensores, que eran lo que peor funcionaba en la sanidad pública con diferencia. Además, le había entrado una llamada de Carla, por lo que aprovechó el camino tradicional para poder hablar con más calma e intimidad.

—Sí, me han avisado esta mañana, por lo visto su estado es bastante preocupante —aseguró Adrián. Se notaba un halo de tristeza en su voz, a la vez que algo de agitación debido al trote de las escaleras—. Me he venido a verla inmediatamente.

—Espero que se recupere, sé que quieres mucho a tu abuela —dijo Carla.

—Yo también lo espero, pero los médicos no son optimistas. Está muy mayor y débil. Además, la infección que tiene en los pulmones es muy fuerte.

—Verás cómo sí.

—Siempre es lo mismo —dijo Adrián en tono lastimoso.

—¿Lo mismo?

—Los problemas, las vicisitudes de la vida. No has podido salir de un golpe cuando te llega otro, y con la racha que llevo yo, esto era de esperar.

—Los budistas dirían que es el karma, pero en tu caso no creo que se trate de esto —confirmó Carla.

—¿Por qué? —preguntó el guardia civil.

—El karma básicamente es esa justicia divina por la que todo lo que hagas te será devuelto y multiplicado por diez, pero tú no le has hecho nada malo a nadie, así que... No puede ser.

Adrián se quedó pensativo, dándole vueltas y buscando un sentido a las palabras de Carla.

—¿Y si en realidad sí que fuese así?

—No te entiendo.

—Y si todo esto fuese un castigo por no haber atrapado a ese malnacido el primer día, cuando lo tuve delante... Esas personas que han muerto y las que están amenazadas... quizás se hubieran visto libres de esa condena. Por ello puedo ser culpable y merecedor de todo lo que me está sucediendo.

—Eso no es el karma —afirmó ella muy segura—, sino la paranoia que tú mismo te estás creando. Le vas a coger, y todos estos amargos momentos pasarán. Ya lo verás.

—Ojalá estés en lo cierto.

Adrián se despidió de ella y se guardó el terminal en el bolsillo. Paró justo delante de la puerta de la habitación en la que se encontraba su abuela y se otorgó unos segundos de calma antes de entrar. En ese momento, quiso también congratularse de

la suerte que había tenido al encontrar a esa chica, eso también debía ser justicia divina. De manera que, si el destino la había puesto delante de su camino, tal vez Carla tuviera razón y sus errores no tuvieran nada que ver con las cosas que la vida le estaba trayendo en forma de penas y complicaciones.

Abrió la puerta despacio y se asomó al cuarto, lentamente, para tratar de darle una sorpresa a su abuela. Sin embargo, se quedó momentáneamente bloqueado. Su primera imagen le impactó de modo dramático.

Él siempre la había visto con una fuerza vital indomable, erguida, orgullosa, fuerte... Ahora estaba tendida en una cama de hospital, alarmantemente delgada y con el pelo alborotado, con lo coqueta que había sido siempre; una máscara de plástico cubría su rostro justo por encima de una tez gris, que otrora fuera del color de la piel del melocotón. Una máquina, conectada a ella, anunciaba el ritmo cansino del latido de su corazón. Varias bolsas con distintos líquidos colgaban alrededor del cabecero de su cama, proporcionándole nutrientes y medicamentos para mantenerla lejos de la guadaña final.

Adrián se acercó sigilosamente, casi arrastrando los pies, hasta que llegó junto a la cama. Los ojos de la anciana se volvieron hacia él y se llenaron de luz al reconocerle, al tiempo que una sonrisa se dibujaba detrás de la máscara de oxígeno.

—Hola, guapa —le dijo a la mujer en voz baja, inclinándose sobre ella para besarla en la frente. Adrián le tomó la mano y se sentó en la butaca que había junto a la cama—. ¿Cómo estás?

La anciana se encogió de hombros y le habló con un susurro.

—Bien. Los jóvenes de hoy, que se asustan por nada.

—Siempre tan orgullosa.

—Y la cabeza alta, hijo mío.

Rieron los dos hasta que a ella le apartó de la sintonía feliz un súbito ataque de tos.

—No debes hablar, abuela. Dicen los médicos que tienes muy baja la saturación de oxígeno en sangre, guárdalo para ponerte buena pronto.

—Creo que esta vez no, mi niño. —Los ojos de la enferma se empaparon de lágrimas—. Creo que esta vez la abuela se tiene que despedir de ti.

—No digas eso. Te vas a poner bien y te voy a llevar a conocer a una persona muy especial que vive junto al mar, ya lo veras —Adrián sintió que las palabras se anudaban en su garganta impregnadas en un profundo sentimiento de tristeza.

—Tu madre ha venido a verme.

—Lo sé, abuela, lo sé.

—Me ha contado que andas preocupado, persiguiendo a un hombre. —La anciana se detuvo para inspirar profundamente, tratando de recuperar el aire que perdía en cada palabra.

—Mi madre a veces habla demasiado... Igual que tú. Procura no hablar.

—No, esto te lo tengo que decir antes de que sea tarde. El abuelo Jorge sabía

cosas...

Adrián no estaba seguro de a qué se refería su abuela. No creía que estuviera razonando lo que sus labios articulaban, probablemente la fiebre y los medicamentos la hacían desvariar por momentos.

—Ya está bien, nana. Ahora no es momento, ya me lo contarás.

—He dicho que no. —Por un momento, Adrián pudo ver de nuevo en los ojos de la anciana ese fuego de antaño—. Él sabía cosas... veía cosas, no sé, siempre creí que Dios había compensado su grave enfermedad con algún tipo de don especial para adivinar cosas. Me contó que este día llegaría y que tendríamos que tener esta conversación tú y yo.

—¿Tú y yo? —Adrián estaba cada vez más convencido de que la mujer deliraba—. Abuela, el abuelo Jorge no llegó a conocerme; ni siquiera llegó a conocer a mi madre, murió cuando mi padre era muy pequeño.

—¿Crees que no lo sé? —preguntó a su vez. La enferma se excitó más de lo aconsejable para su estado de salud y comenzó a toser, intentando atrapar el aire que se negaba a entrar en su sistema respiratorio.

Adrián se levantó alarmado para buscar ayuda, pero la mujer le sujetó con firmeza la mano y le indicó que se volviera a sentar con un gesto de sus ojos.

—Mis pulmones son los que no funcionan, pero mi cabeza está perfectamente... —acertó la señora a decir—. Tu abuelo me lo advirtió: me aseguró que tú y yo tendríamos esta conversación justo antes de mi muerte y que debía decirte varias cosas. Me hizo prometer que lo haría, que nunca lo olvidaría. Y he vivido con el temor de fallarle y no poder cumplir mi compromiso durante los últimos sesenta años. Por eso no puedo dejar pasar esta oportunidad; será la última, ya no tengo dudas.

Adrián se quedó estupefacto, preso de las palabras de su abuela. Deseaba con todas sus fuerzas conocer el legado que su abuelo le había dejado antes siquiera de nacer él.

—¿Qué fue lo que te dijo? —preguntó con temor.

—Primero me dijo que la explicación a lo que buscas tiene un nombre: «*El hilo del péndulo*»...

—¿Qué significa, nana?

—No tengo ni idea, dijo que tú sabrías descifrarlo en el futuro.

—¿Qué más te contó? —insistió Adrián.

—Me dijo que él conoció a Trav.

Al escuchar la última frase de labios de su abuela, Adrián se sintió desfallecer. El corazón estuvo a punto de parársele en seco, e incluso en ese momento dudó si arrebatarse el suministro de aire a la enferma ya que él lo necesitaba más. La respiración se le había cortado de golpe y la habitación empezaba a girar en torno a él.

—Dios mío, él sabía de Trav..., ¿quién es ese tipo, abuela?

—Eso no me lo dijo, Adrián. Pero me aseguró que encontrarías la respuesta en el orificio del artículo de periódico.

—¿Qué orificio? ¿Qué artículo? Abuela, no entiendo nada...

—Lo siento, Adrián, es todo lo que sé; tal vez sí que olvidara algo después de todo.

Adrián trataba de ordenar sus pensamientos, buscando una explicación lógica a todo lo escuchado, pero la lógica se perdía al intentar razonar lo incomprensible. Era incapaz de comprender cómo su abuelo había podido conocer a Trav sesenta años atrás. El criminal no podía tener una edad tan avanzada, aquello se escapaba de su entendimiento...

—Una cosa más... —balbuceó la mujer—. En mi bolso... en el armario... Ve.

Adrián se levantó y abrió el armario en el que los pacientes dejaban sus efectos personales. En su interior encontró bien doblada la ropa de su abuela, unos zapatos colocados en el suelo, y un bolso marrón de cuero, cuarteado por los años y el uso, colgando de una percha sujeta a la puerta por tres tornillos.

—Mira dentro... —dijo la mujer sin apenas energía.

Adrián encontró un sobre en el interior, lo sacó y se lo mostró a su abuela. La anciana asintió desde la cama. El agente lo abrió y encontró una llave y un papel, con una dirección e instrucciones, que le llevaba a una caja de seguridad y a un banco determinado.

La Fuente trató de sonsacarle algo de información a su abuela sobre aquel hallazgo, pero la encontró con los ojos cerrados. Miró al monitor asustado, antes de comprobar que su corazón seguía latiendo, aunque la tensión arterial parecía estar muy baja. Llamó a una enfermera para que comprobara las constantes vitales de la anciana y ésta le indicó que debía dejar descansar a la paciente. Adrián obedeció y abandonó el hospital, camino de la dirección encontrada en el sobre.

En el parking del hospital accedió a su coche y se sentó al volante del vehículo. Con la mirada perdida en el infinito, Adrián trataba de asimilar la impactante información que acababa de recibir. Había sido como un tiro a bocajarro y por la espalda: ni se lo esperaba, ni lo había podido esquivar.

El guardia civil salió del ensimismamiento con una sacudida de su cabeza, enganchó el *smartphone* en el soporte que llevaba en su automóvil para usarlo como GPS, introdujo los datos anotados en el papel que había encontrado junto a la llave, y se puso en camino sin perder un segundo más.

Dos horas y treinta minutos después llegaba a la sede principal del BVP, Banco Verde Peninsular, situado en la zona de negocios más importante de *Ríos Verdes*. En ese momento le pareció extraño que su abuela hubiera elegido un banco en una ciudad en la que no había vivido nunca y en la que sí acabaría, por cosas del destino, viviendo él.

¿Sería posible que el abuelo Jorge le hubiese dicho también dónde contratar la caja de seguridad? Tras localizar la dirección indicada, dio un par de vueltas a la

manzana hasta conseguir aparcar su vehículo.

Un rato después, Adrián contemplaba con estupor la inmensidad del hall principal del banco, situado en el edificio más grande y emblemático de la ciudad norteña.

Tras pasar el control de entrada, con su consiguiente arco detector de metales y equipo de rayos X, Adrián pudo apreciarlo en todo su esplendor. Aquel recibidor tenía una altura de unos doce metros, con el techo y las paredes recubiertos de mármol verde de la India. Una cascada de relucientes cristales sostenía una semiesfera luminosa, de la que salía un número incontable de brazos, para formar una espectacular araña que daba luz a la entrada principal del banco.

Un poco perdido e impresionado por la abrumadora bienvenida que proporcionaba la entrada, Adrián se mezcló con las decenas de personas que circulaban por el hall, antes de dirigirse al mostrador de información.

La señorita de recepción le indicó muy amablemente la ubicación exacta de las cajas de seguridad. Atravesó el hall principal y bajó las escaleras hasta el sótano. Una vez allí, Adrián accedió a una pequeña sala donde un hombre bien trajeado, con unos modales exquisitos, le pidió que le entregara la llave y su identificación.

—Tenemos varios niveles de seguridad en nuestras cajas —le explicaba el trabajador del banco—; algunos son increíblemente avanzados e incorporan lectores de retina para el acceso a las mismas. En su caso, se trata de uno de los contratos más antiguos que quedan en vigor en esta sala de seguridad.

—¿Cómo de antiguo? —inquirió La Fuente.

—Unos cuarenta años. Supongo, si me permite la observación, que por su edad y por la antigüedad de la cuenta, ha heredado usted esta llave de algún familiar.

—Así es —confirmó Adrián.

—Es algo sorprendente, la verdad. En este tipo de cajas sólo está permitido el acceso a las personas registradas en el sistema por el arrendatario principal al firmar el contrato inicial.

—¿Qué quiere decir? No le comprendo...

—Le explico —continuó el empleado del banco mientras pulsaba con una velocidad asombrosa las teclas de un ordenador—: su nombre aparece registrado en el sistema, incluyendo su número de NIF, desde el mismo momento en que se dio de alta esta cuenta. Obviamente, debe tratarse de un error en las fechas, ya que es imposible que se conocieran estos datos antes de que usted naciese.

—Sorprendente, sí. —Adrián le dio la razón tratando de disimular el hecho de que a esas alturas ya no le sorprendía algo así.

Después de unos segundos de espera, el sistema emitió un pitido y una cinta transportadora que se encontraba detrás del trabajador del banco se puso en marcha.

—En unos instantes estará aquí su caja, señor.

—Gracias.

Tal como le había indicado el encargado del acceso a las cajas, pocos segundos después un hexaedro metálico apareció en la cinta transportadora. El empleado del

banco tomó la caja y le indicó a Adrián que le siguiera.

—Si viene por aquí, señor.

Adrián le acompañó hasta un pequeño cuarto al que se accedía atravesando una puerta blindada. En el interior de una sala aséptica encontró una mesa y cuatro sillas, aparentemente muy confortables.

—Ahora le dejaré solo para que inspeccione el interior de su caja. Cuando desee abandonar el lugar, me avisa pulsando este intercomunicador y yo acudiré para abrirle sin demora —informó el empleado señalando el botón de la pared.

—Gracias.

—Si no desea nada más...

—Sólo una pregunta —añadió Adrián.

—Estaré encantado de responderla.

—¿Puedo llevarme lo que hay en el interior?

—Por supuesto. Puede llevárselo y puede seguir utilizando nuestros servicios durante diez años más —aseguró aquel hombre.

—¿A qué se refiere? —preguntó el guardia civil.

—El alquiler de la caja está abonado para diez años más, si lo desea puede volver otro día y guardar lo que guste.

—Ah, gracias.

—De nada. Si el señor me disculpa...

—Claro, claro, vaya. —Adrián se había contagiado de la pomposidad de su interlocutor.

El hombre abandonó la habitación cerrando la puerta blindada. Adrián se sentó en una de las sillas y se quedó observando la caja, temeroso de tomar una decisión errónea en su dilema: abrirla o no. Después de unos segundos de debate interno se decidió a introducir la llave en la cerradura. Ésta se deslizó con asombrosa facilidad y emitió un clic cuando se encontró alojada completamente en su lugar. Adrián la giró y la tapa se liberó de inmediato.

Tomó la portezuela con ambas manos, una en cada extremo lateral de la misma, y la levantó lentamente, con algo de suspense, hasta que la dejó caer hacia atrás. La sorpresa fue mayúscula...

Una vez descubierto el contenido, su estómago se retorció sobre sí mismo. Adrián hundió el rostro entre sus manos, apoyando los codos sobre la mesa, y comenzó a llorar presa de la desesperación. Su grito rebotó entonces contra las paredes insonorizadas del cuarto y regresó junto a él.

No comprendía por qué le estaba pasando esto, pero en ese momento intuyó que nada de lo que le había ocurrido en los últimos meses había sido casual. Apartó iracundo las lágrimas que velaban sus ojos para poder observar con más detenimiento el objeto depositado en la caja. Pero seguía sin poder creérselo y pasó en un instante del llanto a la risa nerviosa.

Tomó el objeto y le dio vueltas para convencerse de que era real. Tenía entre sus

manos algo que llevaba cuarenta años guardado en una caja, cuando él estaba seguro de haberlo tenido a escasos metros un par de meses atrás. Se había sentido fascinado por ese objeto la primera vez que lo vio en la muñeca de Trav, sólo unos minutos antes de que un tren y su vida saltaran por los aires y ahora lo tenía frente a él: el precioso reloj Solvil & Titus que le había ayudado a seguir la pista del asesino terrorista a lo ancho y largo de la *Península*.

Adrián abandonó el banco con un vacío amargo en la boca del estómago. De camino al coche empezó a buscar explicaciones más acordes con las leyes de la naturaleza que aquellos pensamientos que le habían aturrido dentro de ese cuarto de seguridad.

Condujo por las calles de *Ríos Verdes* sin rumbo concreto tratando de comprender el significado de la pista que le había dejado Jorge la Fuente, su abuelo. La explicación más lógica fue creer que el reloj que recientemente había metido en el bolsillo de su chaqueta no era el mismo que Trav lucía en sus apariciones, sino que era uno idéntico a aquel.

Se decidió por volver a casa para descansar, pero estando detenido en un semáforo observó en el escaparate de un pequeño comercio, a un lado de la calle, un cartel que le indicó que allí podría encontrar alguna información útil para resolver su dilema. Aparcó justo frente a la tienda y atravesó la entrada.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle? —Un hombre de avanzada edad le dio la bienvenida desde el otro lado del mostrador.

El local era un auténtico museo de antigüedades, las vitrinas que circundaban toda la estancia aparecían repletas de objetos con décadas e incluso siglos de historia. Bajo el cristal del mostrador Adrián distinguió además una colección sin igual de relojes de todas las épocas, lo que le indicó que posiblemente hubiera acudido al lugar adecuado.

—Buenas tardes. Quería que me tasase este reloj —dijo Adrián antes de sacar su herencia del bolsillo—, y si es posible, que me contara algo de él.

La mirada del anticuario se iluminó nada más verlo, admitiendo su interés en el objeto mostrado.

—¿Qué tenemos aquí?... Vaya, vaya..., es una pieza muy especial, joven.

—¿En qué sentido? —preguntó Adrián.

—En todos los que un verdadero anticuario relojero pudiera valorar.

—Me tiene usted en ascuas...

—Ja, ja, ja... Ya me lo imagino, muchacho —contestó el relojero mientras calibraba la impaciencia de su cliente—. Es un Titus, como puede ver por la inscripción en la esfera y en la tapa posterior; fabricado en la década de los cuarenta, si nos fijamos en los acabados y el estilo. Deberíamos investigar un poco más

ayudados por el número de serie grabado en la tapa. También la inscripción en la parte trasera nos indica que lleva montados rubíes en el eje: diecisiete en concreto, el número habitual para estos relojes de cuerda.

—¿Rubíes? —inquirió Adrián cada vez más asombrado.

—Efectivamente. No le voy a explicar en profundidad el funcionamiento de un reloj, pero resumiendo, le diré que las piedras preciosas sirven como rodamiento para proporcionarle durabilidad.

—Continúe, por favor.

—Parece que esta preciosidad, aunque solo es una apreciación personal basada en mi experiencia, pertenece a una serie militar, concretamente podría tratarse de un reloj de aviador. La caja es de platino, yo diría que con un noventa y siete por ciento de pureza. Aguantaría perfectamente la inmersión... ¿Funciona?

—No lo sé.

—Si me permite. —El relojero hizo ademán de extraer la corona para accionar los mecanismos y se detuvo buscando el permiso de su cliente con la mirada.

—Por favor, proceda —concedió Adrián.

Después de comprobar la perfecta sincronía de movimiento de las manillas, el anticuario le dio cuerda para chequear que el funcionamiento autónomo era también el deseado. El reloj se puso en marcha sin ningún problema.

—Habría que comprobar si atrasa o no, pero a primera vista, y sin indagar más en profundidad, estamos ante una pequeña joya. La maquinaria es suiza y eso es casi siempre sinónimo de fiabilidad y calidad —aseguró finalmente el experto.

—¿Hay muchos como éste? —quiso saber La Fuente.

—Hijo, yo es el primero que veo. Procede sin lugar a dudas de una serie muy limitada. No es normal que un reloj militar esté fabricado en platino; probablemente perteneció a alguien muy importante o fue entregado como celebración de un acontecimiento extraordinario. ¿Estás interesado en venderlo?

—La verdad es que no me lo había planteado —Adrián trataba de darle normalidad a la conversación—; lo acabo de recibir como herencia de mi abuelo y solo quería saber un poco más sobre su historia.

—Pues si algún día te decides, tráemelo y haremos un análisis más exhaustivo. —El vendedor de antigüedades parecía realmente interesado en quedarse con el reloj—. Tal vez, si te hago una oferta por él, te lo plantearías...

—¿De cuánto estaríamos hablando? —El agente seguía en su papel.

—Así de primeras, ya te he dicho que hay que indagar un poco más. Por las características principales y teniendo en cuenta que no está en perfecto estado...

—¿Disculpe?

—Sí, si te fijas bien en esta parte —dijo señalando la esfera a la altura de la manecilla de las dos—, está golpeado y el cristal tiene una pequeña muesca. Eso le resta un poco de valor.

—Ya veo, la verdad es que no me había fijado —se disculpó Adrián.

—Como te decía, teniendo en cuenta estos aspectos, estaríamos hablando en torno a los cincuenta mil euros.

Adrián se quedó paralizado por la sorpresa.

—¿Cincuenta mil?

—Aproximadamente.

—Pues le aseguro que si decido venderlo será el primero en saberlo.

—Puedes ir a otros sitios —dijo molesto el relojero al intuir que se le escapaba el negocio—, pero nadie te dará más de lo que yo te ofrezco.

—No se preocupe, creo en su palabra, es solo que aún no tengo decidido lo que haré. Le agradezco su ayuda. Buenos días.

—Buenos días, joven.

Adrián salió del comercio de antigüedades pensando, con más convicción que antes de visitar al relojero, en la posibilidad de que no fuese el mismo reloj que había visto en la muñeca de Trav. Si pertenecía a la conmemoración de algún acontecimiento especial y teniendo en cuenta que desconocía si su abuelo había sido aviador —ya que nunca hablaba de su vida pasada—, unido al desconcertante hecho de que, según su abuela, Jorge había conocido a Trav... ¿Podrían haber sido compañeros y haber recibido el mismo obsequio?... ¿pero cómo se explicaba el hecho de que Trav siguiese siendo joven?

La cabeza no paraba de darle vueltas y le estresaba no llegar a una conclusión acertada. Se montó en su coche y puso rumbo a casa. Allí descansaría y trataría de poner en orden toda la información recibida en tan breve espacio de tiempo.

Al entrar en su hogar, Adrián dejó las llaves sobre la mesita del recibidor y encaminó sus pasos hacia su lugar de cavilaciones. Colgó la chaqueta sobre el respaldo de la silla situada frente a su escritorio. Sacó el reloj del bolsillo con sumo cuidado, dado el valor que le habían dicho que tenía, y lo puso sobre la mesa. Se detuvo unos segundos a examinar la imperfección que había descubierto el experto en la esfera. Se esforzó por traer a su memoria la imagen del reloj de Trav, pero no recordaba haber visto ningún tipo de daño en su estructura. Estaba casi convencido, o al menos esa esperanza albergaba, de que no se trataba del mismo objeto.

Dejó a un lado el Titus para volver a revisar la información repartida sobre su mesa; entonces alzó la cabeza y lo vio en el espejo. Se preguntó cómo podía haber sido tan estúpido para no darse cuenta antes. La pista mencionada por su abuela debía encontrarse en el recorte de periódico encontrado en la fábrica de hielo de *Terramar*.

Lo examinó de arriba abajo y no encontró nada que le ayudase a dar con el paradero de Trav. Faltaban dos días para la fecha señalada y seguía sin pistas fiables.

En ese momento, La Fuente escuchó el sonido de una sirena bajo su ventana y el instinto le hizo acercarse a comprobar lo que estaba ocurriendo en el exterior. Un coche de la Policía Nacional se perdía al fondo de la avenida, con los rotativos encendidos, a toda velocidad, esquivando al resto de los usuarios de la vía.

La luz que entraba por la ventana se posó sobre el trozo de papel que todavía

portaba en su mano, el mismo en el que se relataba un accidente de coche ocurrido en un pequeño pueblo del sur de la *Península*. La sombra que proyectaba el recorte sobre el suelo reveló entonces una pequeña abertura por la que se colaban los rayos de sol, formando un círculo de luz en medio de la silueta. El corazón de Adrián se aceleró de inmediato.

Rápidamente se acercó a una fuente de luz artificial para poder observar el hallazgo con más nitidez. El diámetro del poro era similar al que podría haber realizado la punta de un alfiler. El mensaje transmitido por su abuela empezaba, por fin, a cobrar sentido y forma; ahora solo quedaba realizar el análisis pormenorizado del legajo para encontrar la pista definitiva.

Su primera idea fue revisar la ubicación de la perforación por el lado de la noticia del siniestro automovilístico. Se encontraba perdida en medio de la fotografía que ilustraba la noticia, muy cerca de la imagen del coche destrozado y coincidiendo con un objeto en el suelo. Adrián no pudo identificar con exactitud de qué se trataba, necesitaba aumentar la imagen de alguna forma. Buscó por casa algo que le pudiese servir como lupa, aunque era consciente de que no hallaría nada así y se convenció de que la única manera de hacerlo sería digitalmente.

Bajó a los subterráneos del edificio en el que se encontraba su piso para acceder a un pasillo que daba acceso a los trasteros que correspondían a cada una de las viviendas ubicadas en la misma construcción. Recordó haberse alegrado de que en el alquiler se incluyera aquel cuarto para almacenar todos los objetos que no necesitaba pero de los que se resistía a deshacerse, unas veces por pereza y otras por nostalgia. Entre todo aquel conglomerado de residuos emocionales se encontraban varias cajas que continuaban sin haber sido desembaladas desde que se mudara a *Ríos Verdes*. Dentro de alguna de ellas, estaba seguro, encontraría un viejo escáner que le regaló Laura por su cumpleaños años atrás. El periférico no podía ser considerado actual tecnológicamente hablando pero su ex novia se gastó una buena cantidad de euros en adquirir el mejor dispositivo que pudo encontrar, por lo que estaba convencido de que le ayudaría a realizar una ampliación de la imagen del objeto señalado más que decente.

Media hora después había conectado el periférico a su portátil, se había auto instalado el driver pertinente y estaba realizando un escaneo a la máxima resolución que le proporcionaba el aparato. La imagen apareció en la pantalla unos minutos después. Se acercó todo lo que pudo a la zona en la que se encontraba su pista utilizando el zoom digital del visor de imágenes, y descubrió que se trataba de un teléfono móvil, o al menos eso parecía.

No se le ocurría donde podía llevarle aquello. No tenía sentido ni significado alguno para él. ¿Por qué Trav le marcaba en la fotografía un móvil destrozado, tirado en el suelo? Ni siquiera guardaba ninguna relación con el mensaje que acompañaba al recorte de prensa, aquella frase enigmática que halló dentro del sobre encontrado en el polvoriento escritorio de la fábrica abandonada: «*En el fondo de un qanat estaré*

sentado, el lugar donde lo encontraras ya te lo he adjuntado».

Adrián pasó un buen rato mirando y remirando la imagen obtenida mediante la tecnología digital; tomó y revisó mil veces el papel original, pero siguió sin encontrar nada de provecho.

La noche ya había caído sobre la ciudad cuando decidió, en un intento desesperado, escanear de nuevo la fotografía. Adrián dejó al ingenio informático trabajando mientras se preparaba un café que le ayudara a despejarse. Al retornar a su espacio de trabajo exhaló un suspiro de desesperación, provocado por la imagen que le devolvía la pantalla de su ordenador.

—No puede ser —se dijo en voz alta.

En la pantalla LED se observaban un montón de letras que no correspondían a la instantánea que necesitaba analizar. Evidentemente, había colocado al revés el objeto a digitalizar. Al borde del estallido se sentó frente al teclado, dejando la taza a un lado, con la intención de borrar la imagen obtenida por error, pero algo le detuvo en seco...

Por este lado del pliego, el orificio coincidía con una palabra que podría darle un nuevo sentido a sus pesquisas. El artículo impreso hablaba de un acontecimiento cultural que se celebraba periódicamente en una población del centro de la *Península*. Los vecinos de esa localidad se reunían para representar una obra de teatro que se escenificaba en distintos lugares de la localidad. Se trataba de un acto que gozaba de cierta fama nacional y al que acudían miles de personas todos los años desde distintos lugares del país. La palabra marcada se refería al nombre de la localidad a la que hacía referencia la noticia: «*Amnisora*»

La Fuente se apresuró a ubicar en el mapa la ciudad señalada en el artículo y buscó información sobre ella. Por lo visto se encontraba muy cerca de la *Capital*, a tan solo setenta kilómetros. Aparte de por la obra teatral descrita en la noticia la localidad era conocida también por sus procesiones de Semana Santa. Siguió investigando y encontró otros datos curiosos: por ejemplo, *Amnisora* también poseía varias construcciones de la Edad Media entre las que destacaba una inmensa fuente de origen árabe, llamada popularmente, «*de Las Lavanderas*» y albergaba además dos centros penitenciarios dentro del casco urbano.

Adrián pensó en la posibilidad de que fuera allí donde Trav le quería llevar, ese podía ser el lugar que «*ya le había indicado*» pero... Cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de que era un qanat o a qué se refería ese término en concreto.

Capítulo 22

El qanat

Adrián observó como un hombre con un polo verde bastante desgastado, un pantalón azul de trabajo con ribetes fosforescentes y unas botas de seguridad, bajó de una furgoneta con el logotipo de una empresa de aguas impreso en su parte lateral.

El operario le saludó con la misma amabilidad que indiferencia y sacó del bolsillo un abultado manojito de llaves. Se dirigió a la puerta y le abrió el paso que daba acceso a los túneles subterráneos de recogida de aguas. Adrián le dio las gracias y se adentró en la penumbra que habitaba tras las puertas.

Una angosta escalera de piedra le guiaba hasta los niveles inferiores de las instalaciones. Una vez recorridos la mitad de los escalones, La Fuente empezó a escuchar el fluir del agua. Sacó su arma al llegar a la entrada del túnel principal y apuntó en ambas direcciones antes de aventurarse a recorrerlo. Le recibió una gruta que se extendía a ambos lados, por lo que dudó un momento. Recordó entonces la información que le había proporcionado el supervisor del trabajador que le acababa de abrir la puerta, con el cual se había puesto en contacto al llegar a *Amnisora*: el camino de la izquierda le llevaría hasta la Fuente de Las Lavanderas y el de la derecha a varias bifurcaciones, salas y pozos de agua de distintas características y tamaños.

El recorrido principal mediría unos ciento cincuenta metros de largo y el cabo de la Benemérita había aparecido a la mitad del mismo aproximadamente. El techo, arqueado en toda su extensión, no superaba los dos metros de altura en la parte más alta, por lo que tendría que tener cuidado para no golpearse la cabeza caminando junto a los muros laterales.

El túnel completo era recorrido por dos pequeños canales que llevaban el agua desde los pozos naturales hasta los depósitos de la fuente. Cada diez metros encontraba sobre su cabeza chimeneas que llegaban hasta la superficie, éstas tenían varias misiones: fueron usadas para la extracción del material arrancado de la tierra durante la construcción del qanat, siglos atrás por los musulmanes que habitaron la *Península*. Posteriormente su función había sido la de realizar la recogida de aguas fluviales y la de oxigenación de toda la infraestructura.

La noche anterior no le había llevado mucho tiempo descubrir qué era un qanat. Una simple consulta en un buscador de la red de redes le arrojó un resultado más que completo de lo que estaba buscando: fue un tipo de construcción bastante común durante cientos de años entre los pueblos árabes. Su finalidad era la recogida de las aguas provenientes de la lluvia y, sobretodo, al aprovechamiento de las corrientes subterráneas del líquido elemento. Éstas eran canalizadas mediante un túnel principal hasta un lugar de la superficie a más baja altura, donde eran almacenadas o utilizadas. Estos lugares eran normalmente una fuente o un campo de cultivo. Su sorpresa fue

mayúscula cuando averiguó que *Amnisora* albergaba uno de los qanat mejor conservados y más antiguos del mundo. Lo que era más curioso era que aún seguía siendo básico para el suministro de agua a la población.

Una vez que hubo descubierto toda esta esclarecedora información no tardó en ponerse en marcha. Ayudado por distintos medios de locomoción recorrió los casi seiscientos kilómetros que separaban su residencia del lugar al que sospechaba que Trav le había invitado a acudir.

El corazón le iba a mil revoluciones y lo notaba bombear en sus sienes. Se acercaba a la primera de las intersecciones en la que habría que decidir el camino a seguir. No le hizo falta pensar mucho, ya que la opción de la izquierda era una habitación sin salida. En el centro de la misma divisó un cuadrado en el suelo que enmarcaba un pozo de aguas cristalinas de unos tres metros de profundidad.

El otro sendero le llevó a una encrucijada similar a la anterior. Sin embargo, esta vez encontró una variación: al acercarse pudo escuchar la respiración de una persona en el interior de aquella estancia, una habitación que hacía las veces de distribuidor hacia dos nuevas salidas. Al instante siguiente, Adrián encontró lo que buscaba. Junto a uno de los muros de la habitación un desconocido leía tranquilamente, sentado sobre un banco de piedra natural, casi como si le estuviera esperando.

Adrián se fijó en su oponente: se trataba de un varón de unos cuarenta años, con el pelo de la cabeza totalmente afeitado, ojos verdes y mentón firme. Aparentemente su forma física era espectacular, y percibir ese detalle le causó inquietud al agente. No le apetecía tener que enfrentarse a él cuerpo a cuerpo, incluso sabiendo que le superaba en altura y corpulencia. El desconocido sostenía un libro en sus manos, pero dejó de prestarle atención al notar la presencia del guardia civil apuntándole con un arma.

—Ni te muevas —dijo Adrián con satisfacción—. Estaría encantado de llenar de agujeros a un asesino como tú.

—¿Asesino? —Trav parecía incómodo por el comentario de Adrián. Cerró el libro y lo dejó junto a él, sobre la piedra—. ¿Por qué asesino?

—¿Cómo te llamarías a ti mismo después de lo del tren, el conductor y el taller de coches? Sin hablar de lo que no podrás hacer mañana.

—Es cierto que se me puede considerar un asesino, alguien que mata gente; pero no por lo que tú crees, Adrián.

—¿Ah, no?

—Por supuesto que no —contestó Trav. Su incomodidad parecía haberse tornado en tristeza.

—Quiero que te arrodilles y pongas las manos en la nuca, o te juro que te vuelo la tapa de los sesos —ordenó La Fuente.

—¿Sin las respuestas que has venido a buscar hasta aquí? Lo dudo bastante.

Adrián pensó que, una vez más, ese malnacido iba por delante de él. Después de todos sus desvelos por echarle el guante, no se iría de allí sin aclarar las dudas que le

carcomían por dentro desde hacía meses. Y eso lo sabían ambos. Decidió que lo mejor era andarse con cuidado y no dejarse embaucar por el criminal, un hombre que ya había dado muestras sobradas de su habilidad para el engaño. Por otro lado necesitaba soltarle la lengua, así que procuraría dejarle hablar lo que gustase.

—Cuéntame entonces, por qué otras cosas debo considerarte un asesino.

A Trav se le iluminó la mirada, parecía haber estado esperando ese momento durante mucho tiempo. Se recostó en la pared, cruzó las piernas y colocó sus manos sobre ellas, como si adoptara una posición que incitaba a la atención y la relajación.

—¿Vas a estar apuntándome con el arma todo el tiempo? —le preguntó juguetonamente.

—Que no te quepa duda —replicó Adrián.

—En fin... Tú mismo —le dijo antes de comenzar su relato.

«Corría el año mil novecientos treinta y siete. Hacía tres años que el ejército se había levantado fallidamente contra el gobierno de la tercera república, conocida popularmente con el apodo de “la barata” por el descenso de impuestos que se decretó durante los primeros años como celebración por la instauración del nuevo sistema de gobierno democrático. Este hecho fue el que desencadenó la que conocemos como Guerra Civil de la Península.

Tras un trienio de batallas y muerte, el número de integrantes de ambos bandos había quedado bajo mínimos. El mando militar decidió que la mejor forma de reconstruir un ejército era incorporar a todo aquel que fuera capaz de sostener un arma. Los jóvenes eran reclutados a la fuerza. Después eran sometidos a un lavado de cerebro intenso para alinearles con las ideas fascistas de los militares y, tras una pequeña instrucción de dos semanas, eran enviados al frente con destino a una muerte casi segura.

Gran parte de las juventudes, hartas de engordar las listas de caídos, se sublevaron contra los militares que acudían casa por casa a realizar los reclutamientos. En pocas semanas, más de mil soldados del bando golpista murieron realizando estas tareas; presos de la desesperación, los altos mandos militares crearon un nuevo cuerpo de especialistas dedicados a buscar a los grupúsculos antimilitares y acabar con ellos. En contra de lo que pensaban, no se produjo un efecto disuasorio en la población, sino que cada vez más personas, incluidas mujeres y ancianos, formaban “guerrillas villanas”, así las llamaron, contra aquellos que querían llevarse a la fuerza a sus familiares y vecinos.

En poco tiempo el ejército estaba librando dos guerras, una a gran escala y otra en cada pueblo o aldea del país. Entonces, los dirigentes acudieron en busca de un hombre cuyo batallón estaba dando muestras de gran habilidad táctica en el campo de batalla: Jorge la Fuente».

Adrián dio un respingo.

—Ten cuidado con lo que vas a decir de mi abuelo... —amenazó Adrián.

—Sólo la verdad... ¿Acaso tienes miedo de oírla? —replicó Trav.

—La verdad no. Pero dudo bastante que alguien como tú pueda estar en posesión de ella.

—Podemos seguir jugando a ver quién mea más largo, o puedo continuar narrando lo que viví en primera persona.

—¿En primera persona? Éstas hablando de algo que ocurrió hace casi ochenta años.

—Obvio... Si te parece, voy a proseguir:

«Jorge era un militar excelente que se dejó embaucar por las teorías de los golpistas y que siguió las directrices de los altos mandos sin plantearse si lo que hacía era justo o no. Yo, como ya te habrás imaginado, era miembro del batallón de tu abuelo.

Una noche nos enviaron a un pequeño pueblo de la sierra, cerca de la Capital. Habíamos recibido órdenes de buscar y desactivar a grupos contrarios a nuestros intereses de reclutamiento por cada rincón de la Península.

Era invierno y las calles aparecían cubiertas por un manto de nieve de unos veinte centímetros. Los camiones en los que viajábamos patinaban en algunos tramos de la carretera, haciendo imposible continuar el camino en ellos, así que los abandonamos a un par de kilómetros de la entrada al pueblo y completamos el resto del recorrido a pie.

Dos mil metros se hacen muy largos cuando se trata de superarlos por la noche, a tan baja temperatura, con la nieve introduciéndose por el calzado para convertir las extremidades inferiores en cuchillas de cristal.

Cuando vimos las primeras luces del pueblo, algunos compañeros empezaron a congratularse; hablaban de calentarse cerca de algún fuego, confiando en que no encontraríamos demasiados enemigos en un lugar tan remoto y pequeño. Nada más lejos de la realidad...

Sólo necesitamos poner pie en la primera calle para que una lluvia de disparos cayera sobre nuestro pelotón, causando cuantiosas bajas y numerosos heridos. Ninguno de nosotros esperaba encontrar esa noche la muerte allí, y tuvimos que enfrentarnos a ella cara a cara. Aquellos aldeanos no iban a rendir sus armas bajo ninguna excusa. Observábamos cómo la sangre de nuestros compañeros caídos escapaba de sus cuerpos sin remedio, mientras escuchábamos los alaridos de dolor de los heridos. En ese instante comprendimos la única realidad posible: aquella situación se resumía en matar o morir. Jorge dio orden de ponernos a cubierto. Organizó la maniobra, con su habilidad acostumbrada, y rápidamente los agresores, sin la formación para el combate que nosotros poseíamos, fueron vencidos.

No sé si fue la visión del color rojo de la sangre, aún caliente, sugiriendo un macabro contraste con el blanco virgen que cubría la calle, o si el detonante fue la tensión acumulada durante meses de lucha sin sentido, pero nos volvimos locos. Fuimos casa por casa y sacamos a todo el mundo a la calle, sin importar sexo, edad o condición física. Les ordenamos desnudarse, hicimos un montón con las ropas y

enseres personales que encontramos en las casas y le prendimos fuego.

La sinrazón llegó al máximo de su paroxismo: contemplábamos a los más débiles sucumbiendo bajo el frío de la noche, mientras disfrutábamos al ver sus cuerpos amoratándose hasta que no quedaba calor vital en ellos...

A los que sobrevivieron a la terrible tortura a la que fueron sometidos y no perecieron por el efecto de las bajas temperaturas, les acribillamos a sangre fría. El espectáculo fue dantesco: decenas de personas, unas sobre otras, yacían en cada calle, en cada callejón de aquella población. Algunos agonizaban, otros gritaban de dolor antes de recibir el tiro de gracia y muchas mujeres fueron ultrajadas sin piedad. Pero todos tenían algo en común: el terror dibujado en sus ojos incluso después de exhalar su último aliento. Ése fue el día en el que nos convertimos en asesinos.

Nunca quisimos que sucediera, pero las banderas y el fanatismo se convierten en la venda que te impide abrir los ojos y ver al prójimo que sufre a tu lado, esa borrachera del que sabe que tiene el poder de decidir sobre la vida de otro... Eso lo pudre todo y ennegrece el alma del que no sabe decir basta.

Al despuntar el alba, la luz del sol hizo que la sombra de sadismo que cubría nuestro raciocinio desapareciera como por ensalmo. De pronto nos encontramos con la realidad que nos acompañaría a todos hasta el fin de nuestros días. Nuestros ojos, todavía abiertos sin pestañear como indicativo de la locura que habíamos realizado, parpadearon para dar paso a la lucidez que se tornó en desesperanza. Habíamos perdido nuestra principal batalla: la de seguir siendo humanos.

Ésa fue la última vez que vi a Jorge; allí, de rodillas en la nieve, con el sol asomando a su espalda mientras descubría la matanza que habíamos cometido.

Después de aquel terrible suceso desertamos todos. Prometimos no volver a hablar de ello con nadie en la vida, y ninguno debió hacerlo por qué jamás se informó, ni escuchó nada relativo a aquel siniestro acontecimiento acaecido durante la guerra. Con toda probabilidad, el que la contienda fuera ganada por el bando militar también ayudó a silenciar el suceso. Es curioso, o siniestro si lo piensas bien, recordar ahora que aquella aldea de montaña se llamaba Punta de la Esperanza».

Adrián no podía creer lo que Trav le estaba contando. Debía partir de la base de que el narrador estaba allí, rondando los cuarenta en vez de los cien años que debería tener si su relato fuera cierto. Tampoco podía creer que su abuelo hubiera consentido semejante barbaridad y, menos aún, que participara en la ejecución masiva de inocentes indefensos.

—Todo eso es una puta sarta de mentiras —aseguró indignado el guardia civil.

Trav ignoró el comentario para alargar unos segundos más su historia.

—Huí de la *Península* y me fui a Alemania. Allí coincidí con una serie de personas que tenían un proyecto entre manos. La idea que manejaban podría ayudarme a limpiar en parte mi conciencia, o por lo menos a devolver algo de lo que había quitado. Aunque tengo presente que nunca será suficiente para compensar lo

que hicimos. Y menos ahora...

—¿Por qué menos?

—Porque ésta es mi última misión. Me es imposible, físicamente, realizar ninguna más. Por más que lo desee.

—Afortunadamente, porque lo que haces es lo mismo que hicieron esos soldados una noche de invierno: asesinar a gente inocente a sangre fría.

—Si... Pero por un bien mayor. —Al decir esta última frase, La Fuente apreció como Trav parecía contener una arcada. Su cuerpo quería expulsar algo de su interior que él no quería dejar salir.

—Ya he tenido suficiente —dijo Adrián, harto de oír lo que consideraba historias de un perturbado—. Ponte de rodillas con las manos en la nuca, no te lo voy a repetir.

—Está bien, continuemos con la función; al fin y al cabo es a lo que hemos venido —contestó Trav con aplomo.

Trav comenzaba a desprender esa seguridad que resumaba cuando estaba a punto de hacer una de las suyas. Adrián no pasó por alto ese detalle, que le había perturbado durante las conversaciones que había mantenido con él anteriormente.

—No hagas ninguna tontería. Quiero llevarte vivo conmigo, pero no dudaré en disparar —aseguró el agente.

—Eso es lo que tú crees.

Trav se incorporó y recogió el libro que había estado leyendo mientras esperaba a Adrián. Lo abrió y para sorpresa del guardia civil, sacó un arma que llevaba encastrada en su interior. La pistola, sin duda alguna, era la que le había sustraído meses atrás en el tren de larga distancia, durante su primer encuentro. Entonces vio cómo la levantaba y le apuntaba con ella.

Adrián no lo dudó un segundo y disparó su arma varias veces. Se dispuso a contemplar como Trav caía al suelo, herido de muerte tras las detonaciones. Para su asombro, sólo escuchó el sonido de tres gatillazos. Había fracasado de nuevo en su intento por detener al criminal y en ese instante asumió que estaba a punto de morir.

Contempló como el orificio mortal de su antigua pistola se le acercaba amenazante, apuntándole a la cabeza, dispuesta a ejecutar la voluntad de su nuevo portador. A cada paso que el verdugo daba, Adrián acercaba un poco más sus rodillas al suelo. Cuando hizo contacto con la fría piedra, cerró los ojos con fuerza y esperó el momento final.

Sus pensamientos volaron hasta *Terramar* para despedirse de Carla. Vio a su abuela tumbada en la cama del hospital, luchando por seguir viviendo. Se imaginó en brazos de su madre, como cuando era niño, mientras ella curaba sus heridas y le besaba en la frente; pero Adrián fue consciente de que esta vez no le podría sanar. Rememoró los manchones de chocolate que dejaba en los fogones de la cocina, cuando jugaba a los cocineros con su padre en medio de carcajadas. Incluso pudo sonreír a Laura para decirle que todo estaba bien, que no había rencor y que siempre la querría... Adrián suspiró por última vez, sabiendo que se iba en paz. En ese

momento, escuchó la voz de Trav.

—Dame tu pistola, Adrián.

El agente de la Benemérita se la entregó sin poner una sola pega. El criminal tomó el arma y apuntó hacia el túnel exterior. Apretó el gatillo y el arma emitió una detonación que el eco les devolvió varias veces.

—No puedes matarme, Adrián.

El joven no salía de su asombro; la pistola se había encasquillado tres veces en su mano unos segundos antes y después funcionó a la perfección cuando fue utilizada por su enemigo. Ya no trataba siquiera de encontrar explicación a lo que estaba viviendo allí abajo, pero menos aún iba a entender lo que sucedería unos segundos después.

Trav tomó las dos armas por el cañón y se las ofreció a Adrián por la parte de la culata. Después se volvió para arrodillarse y puso las manos sobre su cabeza, en un gesto inequívoco que significaba que estaba entregándose.

Capítulo 23

Nunca nada es lo que parece

A Trav le molestaban más las náuseas que las esposas que Adrián le había puesto. Con las manos amarradas por los grilletes y éstos anclados a la mesa por una cadena, se encontraba sentado mientras esperaba que comenzara el «tercer grado» al que seguramente iba a ser sometido.

La sala estaba iluminada por un tubo fluorescente enrejado, y carecía de todo lo necesario para llamarla habitación. Las mugrosas paredes envolvían con tristeza una mesa metálica, colocada en el centro del cuartucho, a la que habían acercado dos sillas: la que él usaba en ese momento y la que presuntamente utilizaría su interrogador en unos instantes. En el ángulo superior derecho de la estancia, según su posición, una cámara de seguridad registraba pormenorizadamente cada suceso que se produjera entre esas cuatro paredes.

Trav miró su Titus y jugó a uno de sus pasatiempos favoritos para mantener la mente despierta y la concentración intacta. Contó mentalmente hacia atrás:

—Tres, dos, uno...

La puerta se abrió para dejar paso a Adrián. El agente de la Benemérita tenía la mirada inyectada en sangre y exhibía un gesto tenso y torcido, parecía demasiado crispado. Tal vez la experiencia en los túneles, donde el joven pudo haber creído que se encontraba al borde de la muerte, había acentuado su postura intransigente.

Trav no esperaba que la conversación fuese a ser distendida, pero empezó a pensar que había apretado demasiado a su contrincante; la situación se le podía ir de las manos. El agente sacó entonces una grabadora y la colocó encima de la mesa. Tras Adrián asomó un compañero que le invitó a salir un momento de la estancia. Trav sospechó entonces que el otro agente le habría indicado a Adrián la prohibición de entrar en una sala de interrogatorios con el arma encima, ya que a su vuelta no la llevaba consigo.

—Estamos en la prisión *Amnisora* Uno, en una sala de citas que el director de la prisión ha tenido a bien prestarnos para este interrogatorio —comenzó a explicarle el agente—. Este edificio es un anexo a la prisión, donde se encuentran presos temporales a la espera de juicio o traslado.

—¿Una sala de citas? —preguntó curioso Trav.

—Sí. Son espacios habilitados para que las personas en prisión preventiva reciban a sus abogados o familiares con el fin de preparar sus defensas antes de que se celebre su juicio.

—¿Y la grabadora...?

—Existe una cámara de seguridad, como seguro ya has notado, pero no está permitido grabar en estos lugares porque las conversaciones entre abogado y cliente son confidenciales. Me he permitido traer una para dejar testimonio de lo que aquí

hablemos.

Adrián hizo una pausa mientras hojeaba unos papeles que llevaba dentro de una carpeta. Trav conocía muy bien su estrategia, no en vano había pertenecido a un cuerpo especial en tiempos de guerra. Divertido, le dejó hacer ese número con el que pretendía intimidarle o descolocar sus pensamientos, hecho que sería infructuoso totalmente.

—Está en su derecho de solicitar la presencia de un abogado en este interrogatorio, obviamente también puede renunciar tanto a este derecho como al de declarar. Todo lo que aquí diga podrá ser usado en su contra en un juicio. ¿Entiende estos derechos?

Trav sonrió y asintió con la cabeza.

—Necesito que conteste en voz alta para que quede constancia en la grabación — dijo Adrián con voz templada.

Trav se inclinó hacia el aparato grabador de sonidos y dijo un simple «sí».

—¿Me puede decir su nombre? —Adrián comenzó en serio con el interrogatorio.

—Trav.

—Su nombre completo... Y real, a ser posible.

El agente no recibió respuesta por su parte.

—Está usted acusado de varios delitos, terrorismo y asesinato entre ellos. ¿Tiene algo que decir en su defensa?

El silencio fue la respuesta que recibió. En ese momento, Trav estaba más preocupado por no arrojar el contenido de su estómago sobre la mesa que les separaba.

—Entremos en harina... ¿Hay algún motivo para lo que has hecho o eres sólo un psicópata asesino? —Adrián parecía fuera de sí.

Siguió sin abrir la boca, sabiendo que eso enojaría a su captor. Trav intentó meterse en la mente del agente, quizás aturdido por su comportamiento. Seguramente Adrián no podría comprender por qué se había entregado para después negarse a hablar.

—¿Mató usted a Francisco Ayala de un disparo en la cabeza? —inquirió Adrián con premura.

—Sí.

La sequedad y la contundencia de la contestación dejaron un poco desorientado al interrogador.

—¿Por qué?

Una vez más el silencio fue la información que registró la grabadora. Adrián relajó la expresión de su rostro lo que Trav identificó como el inicio un cambio de estrategia.

—Aseguras que luchaste en la Guerra Civil de la *Península*. ¿Puedes explicarme cómo es posible que no hayas envejecido desde entonces?

Trav siguió sin articular palabra, pero esta vez hizo algo diferente. Miró a la

cámara que les grababa en todo momento.

—Yo no tengo prisa —le trató de presionar Adrián—, ya he hecho lo que he venido a hacer aquí; ahora le puedo dedicar todo el tiempo del mundo a esta conversación.

Trav sabía que él no podía permitirse ese lujo. Necesitaba que la situación evolucionara rápidamente. Dos motivos le apremiaban, y uno de ellos era que estaba a punto de vomitar. Entonces le sobrevino un espasmo brutal y tuvo que hacer un esfuerzo titánico por no llenar la mesa de bilis.

—¿Te sientes mal? —le preguntó Adrián después de pausar la grabación—. Me alegro, espero que las tripas se te salgan por la boca antes de que acabe el día. Sigamos con esto —reactivó la grabadora—. ¿Qué pretendías hacer mañana en el avión?

Trav respiró hondo para que su respuesta no fuera un montón de fluidos saliendo de su boca y volvió a mirar a la cámara a la vez que negaba con la cabeza.

Adrián comprendió el mensaje y se levantó para salir de la sala.

—¿Te sientes protegido o te sientes observado? —se preguntó el guardia civil.

Antes de abandonar la sala, Adrián se detuvo un momento para advertir a Trav con la mirada; éste le respondió con un tirón de sus esposas para demostrar que estaba bien amarrado y sin posibilidad alguna de escape.

Inmediatamente después de que el cabo de la Benemérita cerrara la puerta tras él, el guardia que cuidaba de la seguridad de la habitación en la que se celebrara el interrogatorio se colocó en el centro del umbral de espaldas al acceso.

Adrián caminó, sesteando, por varios pasillos hasta llegar al despacho del director de la cárcel. Llamó y entró sin esperar permiso.

—¿Hemos conseguido algo? —El regidor del recinto penitenciario, Luis Largo, no estaba para saludos ni formalidades, su presupuesto se recortaba cada año un poco más y su colaboración en la resolución de este caso podía reportarle unos euros extra—. ¿Ha hablado ya el cabrón?

—Todavía no. Está preocupado por la cámara de la sala y no le quita ojo —contestó Adrián.

—Es solo una cámara de seguridad, no graba sonido.

—Lo sé, pero parece que no le gusta la vigilancia o que se ampara en ella para no responder, aún no lo tengo claro. ¿Podríamos apagarla? Es posible que sea beneficioso para todos.

Luis pensó que las ganas de triunfar que dominaban a Adrián, le iban a empujar a intentar algo no completamente ortodoxo con el detenido. Seguramente sí sería un poco más efectivo, así que asintió con la cabeza aunque albergaba ligeras dudas.

—Puedo hacer que perdamos la vigilancia durante unos diez minutos, nada más; tendrás que sacarle lo que puedas en ese tiempo.

—Procuraré que sea el suficiente —aseguró el agente.

Una llamada de teléfono al funcionario correcto hizo que el sistema de alimentación que suministraba corriente a las cámaras de vigilancia de las salas de visita se desactivara durante un limitado periodo de tiempo...

Trav seguía mirando la cámara, hasta que vio como la luz roja parpadeante se apagaba. Sin perder un segundo dejó que las náuseas le invadiesen. Se inclinó para acercar la boca hasta sus manos y palpó entre sus muelas hasta que encontró lo que buscaba. Tocó el hilo fino de pescar que estaba amarrado a una de sus piezas dentales y tiró de él para extraerlo completamente del interior de su esófago.

Tirar del sedal le provocó automáticamente el vómito. Sobre la mesa aparecieron los restos de la cena de la noche anterior y una bolsita, anudada al otro extremo del cordel, que guardaba una llave y una ganzúa. Trav desprendió el hilo de la muela, tomó el contenido del paquete expulsado y se liberó de las esposas en unos segundos.

Con el sigilo de una pantera en día de caza, se acercó entonces hasta la puerta. Las ganzúas funcionaron a la perfección con la cerradura y abrió la puerta muy lentamente. Primero solamente una rendija para ver que había al otro lado, topándose al instante con un vigilante de espaldas. En un movimiento mil veces ensayado le dejó sin sentido y le arrastró al interior de la sala.

Trav entornó la puerta para trabajar con tranquilidad. No quería que aquel hombre pudiese dar la voz de alarma al despertarse o incluso salir en su búsqueda, así que le sujetó de espaldas a la mesa que estaba atornillada al suelo, usando sus propias esposas. Le quitó además un zapato para poder tomar su calcetín y usarlo como mordaza. Con el guardia atado y silenciado, Trav abandonó la estancia para proseguir con su plan.

Mientras tanto, Adrián esperaba confirmación por parte del regidor de la prisión de que las cámaras habían sido apagadas. Un funcionario joven, con acento del sur, entró en el despacho del director después de haber pedido su permiso.

—Aquí tiene. Son los papeles que debe firmar para autorizar la salida del preso trasladado. Por cierto, me dicen que ya está hecho, que usted entendería a qué se refiere —afirmó el recién llegado.

—Gracias, Gómez —contestó el director antes de dirigirse a Adrián—. Ahí lo tiene, tal como le prometí. Solo le pido que no nos meta a todos en un lío, menos en

un día como hoy.

—No se preocupe, seré prudente. ¿Mucho jaleo?

—Una extradición. Lorenzo Gálvez, un capo de la droga colombiano. Se le detuvo hace un año en la costa sur y ha estado aquí esperando los últimos meses su vuelta a Sudamérica. Un revuelo diplomático, mediático y administrativo —aseguró el director.

—¿Sale hoy del país? —Adrián no tenía tiempo ni ganas de seguir con esa conversación, pero tampoco quería parecer insensible a los problemas de Luis, ya que le estaba ayudando con sus «tácticas» para el interrogatorio a Trav.

—No. El vuelo sale mañana desde el aeropuerto de la *Capital*. El preso ya está en una celda especial, aislado para que no le ocurra nada; ya sabe cómo son las mafias o los simples presos comunes. No queremos disgustos de última hora.

—Entiendo... —Adrián se percató de que creía haber comprendido más de lo que le hubiera gustado. Su subconsciente le trajo a la mente una idea, aunque casi ridícula, preocupantemente—. Joder, joder, joder... No puede ser casualidad. No se entregó por nada...

A la máxima velocidad de la que eran capaces de desarrollar sus piernas, el agente corrió por los pasillos de la prisión hasta llegar a la sala en la que había dejado encerrado a Trav minutos antes. Las alarmas saltaron dentro de su cabeza al no ver al vigilante delante de la puerta. Trató de entrar en el cuarto, pero el pomo no giraba para permitirle el paso.

—La llave, la puta llave... —bramó en busca de ayuda—. ¡Que alguien habrá esta puerta!

Un empleado de la prisión que empujaba un cubo con una fregona se apresuró a acercarse y sacó un manajo de llaves digno del mismo San Pedro. Tras varios intentos fallidos, para desesperación de Adrián, consiguió dar con la llave correcta. Adrián se quedó de piedra al ver a un hombre con uniforme inmovilizado, con las manos a su espalda y amordazado. Le llamó la atención que tuviera un pie desnudo. Por otro lado, el celador que le había destrabado la puerta abandonó el lugar a toda prisa y comenzó a dar la voz de alarma, provocando un caos de sirenas y carreras por toda esa zona de la instalación penitenciaria.

Luis Largo, asustado por la reacción de La Fuente, le había seguido al ritmo que le permitían sus cortas y rechonchas piernas, por los pasillos del módulo de visitas. El director llegó a su altura con los ojos fuera de sus orbitas por el esfuerzo realizado para un hombre de su edad y características físicas. No pudo reprimir entonces un grito ahogado de terror al observar la escena de la sala y comprender lo que había puesto en alerta al guardia civil.

—Maldito bastardo —gruñó finalmente—, no iré muy lejos.

—Créame que sí que lo hará —le contradijo Adrián—, usted no sabe de lo que es capaz ese hombre.

—¿Pero cómo es posible que haya escapado de aquí? —preguntó el funcionario

al cargo.

Adrián no quería contarle al señor Largo que el detenido se había dejado atrapar sin oponer resistencia. Eso supondría reconocer que el sospechoso tenía planeada la huida desde el principio y que había sido más astuto que él una vez más. Prefirió pasar a la acción para evitar tener que hablar.

—¿Dónde está el colombiano? —preguntó el guardia civil.

—¿Cómo?

—El traficante. ¿Dónde está encerrado?

Trav consiguió salir de la zona de visitas sin mucha dificultad. Inmovilizó a un hombre que llevaba un pase al cuello y se lo colgó él mismo. Le quitó las ropas y se las puso, con la idea de mimetizarse con el personal que deambulaba por allí. La misma tarjeta de identificación le sirvió para abrir unas cuantas puertas.

Trav utilizó las habilidades adquiridas a base de entrenamiento, deshaciéndose de los funcionarios que le salían al paso de muy diversas formas. Sabía que las cámaras que inundaban los pasillos de esa parte de la prisión no tardarían mucho en volver a su actividad normal, con lo que descubrirían el rastro de personas noqueadas que había tenido que dejar a su paso. Oyó, en la distancia, cómo se disparaban las alarmas. Sabía que eran por él pero ya estaba muy cerca de su destino, no debía preocuparse más.

Se paró un instante frente a la puerta metálica que le separaba del individuo al que había venido a buscar y se preguntó si tendría fuerzas suficientes para hacer lo que tenía que hacer usando solo sus manos. Era muy distinto dejar sin sentido a alguien que matarlo. Sabía que mucha gente encontraría ridículas sus dudas después de todo lo que había hecho, pero el simbólico acto de quitarle la vida a otra persona con sus manos desnudas significaba un paso más en la degradación de su alma. Sentir como la vida desaparecía escurriéndose entre sus dedos no era lo mismo que apretar un gatillo. Una vez más se convenció a sí mismo de que lo hacía por un bien mayor.

Trav abrió la puerta y se encontró frente a un hombre que le miraba con cara dubitativa. Siempre había pensado que ese tipo de individuos despreciables debían tener los ojos de otro color, la piel con otra textura y el alma helada. Pero él mismo se había descubierto mirándose en el espejo, después de la matanza de la sierra, y no presentaba ninguna variación de las que, suponía, poseerían otros. Lamentablemente, las personas más crueles y miserables del mundo eran igual de humanas, en su apariencia exterior, que cualquier otra.

—¿Ya nos vamos? —le preguntó el reo—. Creía que el viaje sería mañana.

Trav no contestó. Sin pestañear siquiera se acercó a él con paso firme y tranquilo. Al entrar en modo automático ya no se preguntó si lo que iba a hacer era correcto o

no. Pulsaría el botón de destrucción y lo demás sería rutina mecanizada.

—¿Quién eres? ¿Qué coño quieres, malparido? —dijo el colombiano.

Sin tiempo a decir una sola palabra más, el narco recibió un golpe en la garganta que le dejó sin habla y sin respiración. Trav le impactó en la zona de la nuez, con el borde interior de la mano extendida y rígida. El traficante cayó al suelo de rodillas, sujetándose la garganta, y tratando de aspirar un aire que se negaba a entrar en sus pulmones.

Su rostro demudó a un color rojo intenso en cuestión de segundos. De repente, el mafioso empezó a vomitar y a toser desde el suelo. Trató de recuperar el aliento e incorporarse, apoyándose sobre las palmas de sus manos y sus rodillas. Trav giró alrededor de él para colocarse detrás del preso. Se agachó y le deslizó el brazo bajo el cuello hasta dejar el antebrazo a la altura de la garganta. Entonces enganchó su propia mano con la que le quedaba libre y comenzó a atenazar el cuello de su oponente con todas sus fuerzas.

Sabía que sería cuestión de un minuto que aquel tipo perdiera el conocimiento y en un par de ellos se quedaría sin vida. Trav tendría que observar los desagradables efectos de la muerte por asfixia en el cuerpo humano, pero tendría su recompensa en forma de bien mayor.

El estrangulado no tuvo la intención de ponérselo fácil y empezó a luchar por liberarse. Logró ponerse en pie y ambos rebotaron contra las paredes de la habitación, destrozando el mobiliario, hasta que cayeron al suelo.

En el fragor de la batalla, Trav se golpeó su preciado reloj contra la esquina de una estantería provocando una muesca en la corona, lo que le llenó de ira, y sus brazos comenzaron a apretar más aún de lo que lo había hecho hasta ese momento. Trav quedó sentado con las piernas abiertas, de espaldas a la entrada de la celda, y su víctima entre ellas. Notó como los músculos del preso iban perdiendo tensión mientras se orinaba encima, a punto de morir.

Solo quedaban unos segundos para que todo hubiera acabado cuando un impacto contra su cabeza hizo que todo se volviera oscuridad. Trav cayó de lado en el frío suelo de la celda, empapado por la orina del colombiano. Antes de perder el sentido pudo escuchar, en la lejanía que le producía la semi inconsciencia, como un hombre pedía ayuda médica...

Capítulo 24

Despertar

Un incesante zumbido iba in crescendo dentro de sus oídos, extendiéndose por las sienas y la nuca en forma de dolor. Un espasmo repentino le hizo entonces abrir los ojos.

Trav se encontraba en una cama de hospital, rodeado de enseres sanitarios en un cuarto sombrío y sin ventanas. No podía comprender ni recordar lo que había pasado y el porqué de su posición horizontal. El último recuerdo que acudía a su memoria fue el camino que le había llevado, esposado, desde el qanat a la prisión de *Amnisora Uno*. Una cámara, colocada sobre la puerta de entrada de su habitación, le indicó que no se encontraba en una clínica al uso. No habrían pasado más de cinco minutos desde que despertara cuando la puerta se abrió dejando entrar a Adrián.

—Gracias, agente —le oyó decir. Trav notó que tenía dificultad para concentrarse en las palabras—; cuando haya terminado le avisaré para que me abra.

Trav sentía que algo no funcionaba en su interior. Aparte del intenso dolor de cabeza, le costaba razonar y le parecía que todo a su alrededor estaba envuelto en un halo de vaporosidad, como si se encontrara inerte en medio del espacio y las imágenes llegaran salidas de un sueño o una alucinación.

Ladeó ligeramente la cabeza para soportar mejor el lacerante dolor que le taladraba el cerebro y observó al guardia civil tomando asiento junto a él. Éste se le quedó mirando durante unos segundos, quizás tratando de compadecerse de él. Trav no creía que su contrincante encontrara ese sentimiento en su interior, la compasión no era algo que él pudiera provocar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Trav alterado. Escuchó salir las palabras de su boca, pero no reconoció su propia voz—. ¿Dónde estoy?

—¿No lo recuerdas? Será la primera vez en los últimos meses que no sepas algo. Imagino tu desolación —dijo Adrián con sorna.

Recibió una sonrisa irónica como respuesta.

—Siento no estar a la altura, pero me encuentro un poco aturdido. Tal vez si me ayudaras a incorporarme... —replicó Trav.

—¿Para ponerme a tu alcance? ¿También tratarás de estrangularme a mí? Creo que no; ahí, amarrado a la camilla, estás perfecto.

Repentinamente un flash trajo de vuelta los recuerdos reprimidos, almacenados en algún lado oscuro de su mente. Por fin estaba de vuelta, aunque no conseguía librarse de la sensación de pasear por una especie de viaje psicodélico. Trató de levantarse por sí mismo pero la expresión «ahí amarrado» era textual. Sus manos y pies se encontraban presos, con esposas, a los barrotes laterales de la camilla.

—Esto no era necesario —dijo Trav dando unos tironcitos con la mano derecha para hacer sonar los barrotes a los que estaba sujeto.

—Permíteme que lo dude, Trav —contestó el guardia civil.

—La última vez no te sirvió de mucho.

—Sí, me pregunté cómo lo habrías hecho, hasta que al volver a revisar la sala me fijé en el vómito sobre la mesa... Muy listo.

—Gracias. ¿Fuiste tú el que me golpeó?

—Claro.

—Reaccionaste rápido y dedujiste dónde estaba... Muy listo. —Trav le devolvió el cumplido recién recibido aplicándole un poco de ironía.

—Gracias. Pero según tú no podía dañarte.

—Dije que no podías matarme... Y aquí sigo.

El transcurrir de la conversación representaba a dos gorilas golpeándose el pecho tratando de impresionar al otro.

—¿Dónde está el narco? —le soltó Trav a bocajarro.

—En un lugar seguro y a salvo —contestó La Fuente.

—¿Por qué me cuesta pensar con claridad?

—Se te ha inyectado un tranquilizante. Has estado un poco agitado, parecía que tratabas de escapar de tus propios sueños. Al final parece que los asesinos de masas también tienen conciencia.

—¿Sueños? ¿Tranquilizante? ¿Cuánto llevo aquí? —inquirió Trav asustado.

—Has dormido unas dieciocho horas.

—Suéltame y dime dónde está Lorenzo Gálvez, rápido.

—Tranquilo... —Adrián alargó la «o» final para tratar de frenarle—. Aún tenemos mucho de qué hablar, tú y yo. Además, Gálvez debe coger un avión. No queremos un conflicto internacional, aunque has estado cerca... Muy cerca.

La mirada de Trav se tornó grave. Reflejaba la decisión implacable que tanto impresionaba a Adrián. El tipo de expresión que adoptaba cuando iba a contar algo que sabía no le iba a gustar al guardia civil.

—Tienes que evitar que suba a ese avión. ¿Ya te has olvidado de las ciento cincuenta y cuatro víctimas? Te lo dije, sólo tú serías capaz de evitarlo.

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo. ¿Por qué trataste de matarle y por qué el resto de agresiones? No creo que esto sea simplemente el plan de un loco; hay algo detrás de todo esto y nadie va a salir de aquí hasta que me lo cuentes.

—Si no lo vas a hacer tú, suéltame y yo acabaré con esto, pero el narco no debe coger ese avión.

—¡Ya está bien! —Adrián sorprendió a Trav con un ataque de ira repentino.

La puerta de la habitación se abrió y el agente que le había permitido entrar un momento antes se asomó por si acaso.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Sí, agente. Todo bien —Adrián contestó sin apartar la mirada de Trav.

La puerta se cerró dejándoles a solas de nuevo.

—Esto se acaba aquí y ahora. —Adrián tenía los ojos encendidos por la cólera.

Evidenciaba que no pensaba perder un minuto más jugando al ratón y al gato—. Empieza a hablar.

Trav no creía conveniente ceder a la solicitud del agente. No encajaba con el orden de acontecimientos que había planeado; no era el momento ni así como debía suceder. Por otro lado sabía que era inevitable, acabaría teniendo que contarle todo. ¿Qué diferencia habría entre hacerlo antes o después? Se arriesgaba a perder a Adrián para sus planes, a tirar al retrete una vida entera de trabajo. Las vidas de decenas de personas colgaban de ese hilo...

—Está bien, hablaremos. Pero necesito de una condenada vez que escuches antes de hablar.

—Soy todo oídos. ¿Por qué?

—La respuesta que buscas no es a esa pregunta.

—¿No? ¿Cuál es la pregunta, entonces?

—Lo que tanto anhelas y necesitas saber es... ¿Qué es «*el hilo del péndulo*»?

Capítulo 25

La segunda fase

Marco se encontraba al borde del colapso nervioso, no podría aguantar la tensión producida por la espera ni un solo minuto más. Leandro continuaba en manos de esa gente que amenazaba con hacerle daño si no seguía sus instrucciones al pie de la letra. Pero no había vuelto a tener contacto con ellos...

Los días se habían sucedido sin recibir ni una sola noticia más, parecía que a los malhechores se los había tragado la tierra. Marco tomó entonces una firme decisión: si no tenía noticias de su amigo esa misma mañana denunciaría ante las autoridades la desaparición de Leandro y las amenazas recibidas. Se lamentó por no haber tomado esa decisión mucho antes porque, como si los delincuentes le hubieran leído el pensamiento, el teléfono volvió a sonar y la misma voz siniestra escuchada días atrás le saludó de nuevo:

—Buenos días, Marco. Ha llegado el día que todos hemos estado esperando.

—¿Cómo está Leandro?

—Pues ahora mismo... sentado.

—No me refiero a eso...

—Sé a qué te refieres, pero no es el tema de conversación que nos ocupa ahora. Si quieres volver a verle más te vale escuchar y dejarte de numeritos.

—E... está... está bien —balbuceó.

—Ya te dije que sólo te pediríamos que hicieses tu trabajo habitual, nada más; la única tarea especial que te vamos encomendar es la de colocar parte de la mercancía en un lugar específico de la carga.

—Yo no suelo cargar la furgoneta, lo hacen los chicos del almacén de catering —informó Marco.

—No te preocupes, todo está dispuesto, sólo tienes que asegurarte de que se hace cómo se debe.

—Seguro... seguro, haré lo que me digan que haga —contestó finalmente.

A Marco no le parecía que fuera un trabajo especial, después de todo...

Alonso estaba acabando de preparar el pedido de esa mañana. Una llamada del mismo tipo que le había ofrecido un extra para ganarse unos euros, le sugirió cambiar el contenido de uno de los carros de comida y sus bandejas. Le habían pedido que introdujera en los platos preparados de comida para celíacos, código de identificación GFML, varios objetos punzantes y cortantes. Le rogó a Dios para que no sucediera nada grave en el avión, no podría soportar el haber puesto en peligro las vidas de

decenas de personas a cambio de unos pocos billetes de curso legal. Le habían asegurado que se trataba simplemente de una prueba para probar los protocolos de seguridad en los aeropuertos y demostrar que no eran los más adecuados, aunque Alonso seguía intranquilo.

El muchacho de la agencia de catering llegó puntual, el mismo trabajador que recogía los carros cada mañana. Alonso pensó que su imaginación le jugaba una mala pasada, o quizás los remordimientos por alterar su rutina habitual le estaban afectando más de lo que suponía. Pero el caso fue que tuvo la sensación de que el transportista tenía un rictus más serio de lo habitual esa mañana.

Aunque solo le conocía de vista, nunca le había caído demasiado bien; le parecía el típico joven alocado que trabajaba para costearse las fiestas del fin de semana, las gafas de sol de moda y las zapatillas de colores. Alguien que no tenía más responsabilidades que la de respirar y alimentarse, por lo que el saludo normalmente era cortés y distante. Alonso comenzó a subir la carga al furgón, como cada mañana, cuando sorpresivamente el conductor se dirigió a él:

—El carro con los menús del código GFML los necesito al fondo, súbelos los primeros, por favor. Al lado derecho del cajón.

En cualquier otra circunstancia le habría mandado al carajo y le habría explicado que «él sabía cómo hacer su trabajo sin que nadie le dijese de que manera debía actuar». Pero eran exactamente las mismas instrucciones que le habían dado hacía escasos minutos a través del móvil, así que se tragó el orgullo y asintió sin rechistar.

Independientemente de su manía personal hacia el tal Marco, no se imaginaba que pudiera andar metido en historias de ese tipo, en boicots entre empresas... Estaba seguro de que el sueldo de repartidor no podía sufragar esos caprichos que se gastaba. Fue entonces cuando Alonso se sintió orgulloso de lo que estaba haciendo. Después de todo, él lo hacía para darle lo mejor a sus hijos, qué mejor razón podría existir. Una vez acabada su parte del trabajo, retiró el elevador de cargas eléctrico y se introdujo en la nave industrial sin mirar atrás.

Por su parte, Marco no comprendía la actitud de ese tío. Llevaban viéndose todas las mañanas durante meses y cada vez le trataba con más frialdad. Por descontado, estaba seguro de que había sido el día en el que el almacenero se había mostrado más desagradable de todos en los que habían coincidido.

—¿Estará en el ajo éste también? —se preguntó en voz alta mientras insertaba la llave en el contacto para arrancar—. Da igual, lo que importa ahora es acabar el encargo para que liberen a Leandro.

Condujo por la misma ruta de todos los días, aunque en esa ocasión le resultó mucho más larga que de costumbre. No mucho tiempo después tomó la salida de la autopista circular que le llevaría hasta la terminal de servicios del aeropuerto de la *Capital*. Llegó al punto de descarga y apareció el muchacho que le atendía cada día. Se saludaron de la forma habitual y al hacerlo se fijó en que el joven llevaba parte del rostro amoratado. Había tratado de esconderlo bajo una capa de maquillaje, pero eso

hizo que le llamara aún más la atención.

Fueron bajando uno a uno los palés de carros, hasta que llegaron al que tantos quebraderos de cabeza le estaba dando. Los dos se hablaron con la mirada: «¿Este?», pareció preguntar el mozo de almacén, «*El mismo*», le contestó Marco.

En realidad no sabía si la conversación se había producido de verdad o era su propio subconsciente el que no le dejaba descansar la mente un segundo. Cuando el trabajo estuvo acabado, el empleado del aeropuerto le firmó los albaranes de entrega. Mientras lo hacía, Marco no pudo apartar la mirada de los hematomas e inflamaciones que exhibía el joven, y al final no resistió la tentación de preguntarle:

—¿Yago..., verdad? —El otro asintió— ¿Qué te ha pasado? —le soltó sin pensar, temiendo que aquel chaval estuviera también implicado en lo que fuera que allí sucedía.

Yago suspiró antes de contestar, sopesando los pros y contras antes de decidirse.

—Un novio celoso, o eso creo. Tampoco me dieron muchas explicaciones después de coger a la piba y dejarme medio grogui en el suelo de mi piso. Las azafatas tienen mucho tirón.

—¿Lo has denunciado?

—No, hay mejores formas de hacer justicia.

—No te metas en líos —le dijo Marco antes de volver a su vehículo de trabajo.

—Un poco tarde para eso... ¿no crees?

Cada uno se dispuso a continuar con su labor con la intención de recobrar su vida normal.

Olga no tenía ninguna gana de ir a trabajar esa mañana. Ya se había enfundado el uniforme de asistente de vuelo y había terminado de maquillarse, pero todavía dudaba si sería una buena idea cumplir el encargo recibido.

Le debía una buena cantidad de dinero al individuo con el que había estado liada un tiempo, justo hasta que se enteró de que ella solo era un simple pasatiempo para él.

—¿Qué esperabas? ¿Qué alguien como yo se encoñe y forme una familia con hijos y perro? Eres un poco ridícula, Olga —le había soltado a la cara el cabronazo.

Aún le tenía miedo. Su ex andaba metido en asuntos muy sucios con las bandas mafiosas que operaban en la *Capital*, y el tráfico de drogas era una de sus actividades habituales. Le había oído lamentarse por la captura de un capo de la droga colombiano. Al parecer era el tipo que le proporcionaba el material con el que su organización después traficaba por las calles y las discotecas de moda.

Olga sabía que ese malnacido sería capaz de cualquier cosa, lo mejor sería hacer lo que le había ordenado y de ese modo podría por fin librarse de él de una vez por

todas. Hasta para explicarle lo que debía hacer la había tratado como a un trozo de escoria. No le sorprendió comprobar de nuevo su displicencia y el desprecio con el que la trataba desde el mismo momento en el que rompieron.

—No te preocupes, es un trabajo sencillo incluso para alguien de tu escaso talento —le dijo la mañana que la sacaron a rastras del piso de Yago—. Te lo explicaré una sola vez. El veinticinco de octubre tendrás asignado un vuelo internacional con destino a un país de Sudamérica. En el tercer carro de las comidas encontrarás las bandejas marcadas con el código que identifica aquellas que van libres de gluten. Nada más despegar el avión, y cuando haya alcanzado la altura de crucero, entregaras dichas bandejas a los pasajeros que nosotros te indicaremos en su momento. Después de eso te sentarás, te callarás y harás lo que te manden. Si todo va como es debido, y no haces ninguna tontería, serás libre en pocas horas para volver a tu repugnante vida.

Estaba segura de que algo muy serio iba a pasar, pero si no hacía lo que le habían ordenado, no tenía ninguna duda de que la borrarían del mapa y buscarían a otra que hiciera su parte del trabajo. Olga terminó de perfumarse, cogió su maleta de cabina y salió de su piso con la sensación de que no volvería a poner un pie allí.

Capítulo 26

Revelación

Adrián no quería mostrarse ansioso por las palabras que acababa de oír. Si mostraba un poco de debilidad, Trav volvería a tomarle la delantera y perdería la oportunidad de sacarle, por fin, los secretos que tan celosamente guardaba. Días atrás fue honesto consigo mismo al aceptar la idea de que el hombre al que perseguía no era un terrorista o asesino al uso. Desconocía aún el apoyo logístico que recibía Trav en sus actuaciones y él debía desentrañar todavía muchas incógnitas antes de acabar con la carrera de aquel delincuente peligroso.

Le había escuchado decir «*El hilo del péndulo*»: las mismas palabras que le revelara su abuela en la cama de un hospital. Adrián no podía pasar por alto la similitud entre las dos situaciones, ese tipo de cosas siempre ocurrían cuando Trav estaba de por medio. Empezaba a no creer en las casualidades...

—¿El hilo del péndulo? —disimuló—. No sé de qué me estás hablando.

Trav sintió una punzada de dolor en la cabeza, inducida por la carcajada que le había provocado el comentario.

—Yo también sé jugar a eso, Adrián. Si quieres sinceridad deberías empezar por ofrecerla tú mismo.

El agente no estaba convencido de querer entrar en ese juego. Su obligación era sacarle a Trav todo lo que pudiera y no tenía motivo alguno para realizar un intercambio de pareceres con el detenido.

—¿Me vas a hablar del «*hilo del péndulo*» o no? —preguntó Adrián algo hastiado.

—Lo haré, pero me gustaría poder acabar el relato antes de que digas nada.

—Haré lo que pueda.

—Supongo que es lo máximo que puedo esperar por el momento. Sigamos con la historia:

«Cómo ya te había contado, abandoné la Península en el año treinta y siete, huyendo de mis propios fantasmas. Acabé en la Alemania nazi, donde las cosas no estaban mucho mejor que en la tierra dejada atrás, eran los albores de la Segunda Guerra. Allí, después de pasar un tiempo acostumbándome a la cultura local y al idioma, comencé a penar de trabajo en trabajo; normalmente en labores como peón de carga y descarga, hasta que se me presentó la oportunidad de trabajar en la casa de un científico, un físico judío para más señas. Su nombre: Bernard Hirzts.

Por aquel entonces, el dolor que turbaba mi mente y mi alma, por mis acciones en Punta de la Esperanza, me arrastraron al borde del alcoholismo. Entré en un círculo vicioso, en el que cuanto más bebía más hundido me encontraba, y cuanto más cerca de estrellarme contra el mundo me sentía, más me enganchara a las borracheras diarias. Una noche, ciego de desesperación, me subí a la azotea de un

edificio y me senté en el borde de la cornisa decidido a terminar con todo mi dolor. Estaba a punto de saltar cuando él me detuvo. El efecto de la bebida no me permite recordar las palabras exactas que me dirigió pero sí recuerdo, con toda claridad, como acabé abrazado a él, llorando como un niño.

El señor Hirzts se apiadó de mí y, lo más importante, nunca me juzgó; siempre me decía que tendría tiempo de resarcirme o de devolverle a la humanidad lo que le había quitado. Me empleó para que pudiera ganarme la vida. Le hacía los encargos del día: la compra, limpiaba la casa, servía de correo entre él y algunos colegas de investigaciones. Ese tipo de cosas... La vida no era mala y comencé a relajarme para tratar de olvidar las tropelías que había cometido tiempo atrás. Pero los conflictos, tanto internos como externos, nunca le abandonan al que ha vivido rodeado de ellos toda su vida y así caímos, el señor para el que trabajaba y yo, en medio de la Noche de los Cristales. Pudimos huir, apresuradamente, horas antes del comienzo gracias al aviso de un investigador del ejército amigo de la casa.

Yo no corría peligro, pero la gratitud que le debía a Bernard, que me había acogido de en su hogar en tiempos difíciles, me hizo seguirle en aquella aciaga noche para la historia de la humanidad. Me hizo prometer que en caso de que nos apresasen protegería con mi vida un maletín lleno de papeles, de los cuales hablaba sin parar en términos científicos. Yo aún no dominaba tanto el alemán como para entender lo que implicaban aquellos estudios plasmados a mano en un montón de pliegos.

Eran el resumen del trabajo que había realizado durante años Bernard Hirzts junto a un amigo de la infancia, judío también que había trabajado en una oficina de patentes antes de emigrar a EE. UU. Se aseguró de que entendiese que en último término debía destruirlos si existía la posibilidad de que cayeran en manos de los soldados nazis. También me explicó que si a él le ocurría alguna desgracia el objetivo final del viaje sería llegar a Francia con los documentos para que un colega suyo terminara el proyecto, ya que estaba muy cerca de concluirse.

Durante un tiempo nos refugiamos en una granja en las montañas, propiedad de unos familiares lejanos del investigador. Mi señor no salía para nada de la casa y era yo el que cumplía sus encargos, como ya hiciera en nuestra vida en Berlín.

Allí fue donde oí por primera vez el término “der Thread des Pendels”, durante la visita de un colega suyo polaco. Daba la impresión, por las cartas que me hacía enviar con destinos varios y por las misivas recibidas, así como por las exóticas visitas clandestinas que recibía cada cierto tiempo, que se trataba de un proyecto en el que estaban trabajando científicos de varios países; los mejores físicos de cada una de las naciones vecinas de la Alemania dominada por la SS.

Por esa época ya había estallado la guerra y mi amigo y patrono andaba más nervioso de lo normal.

Una noche nos encontrábamos sentados a la mesa durante la cena cuando me pidió un favor. Me dijo que estaba trabajando en un proyecto de magnitudes

inimaginables por el hombre, destinado a salvar la vida de personas inocentes. Para ello se requería de gente hábil con sus conocimientos científicos como él, pero que también iban a ser importantes hombres formados en distintas disciplinas físicas y psicológicas. Personas de una voluntad de hierro en cuyas manos habrían de depositar la confianza de la empresa emprendida y la existencia de centenares de miles de seres humanos. Como coletilla final añadió que no confiaba en nadie más que en mí.

Sin saber en lo que me metía y sin pensarlo detenidamente, acepté. Una palabra suya me bastaba para ir donde me pidiera.

Sin previo aviso, una noche de madrugada un camión llegó hasta la casa de las montañas en la que pasábamos nuestros días. Me subí sin hacer preguntas. Tras varios días de viaje haciendo únicamente paradas estratégicas para ocultarnos, llegué a una base militar del norte de Francia. Yo esperaba encontrar a un gran número de elegidos para la misma enigmática labor que Bernard me había encomendado. Cuál no fue mi sorpresa al descubrirme sólo en el barracón. Me senté a esperar que alguien me explicara algo. Estuve tres días y tres noches allí encerrado, sin comida y sólo con el agua de lluvia que caía de las goteras del techo para beber. A los tres días un mando militar vino a sacarme y estallé contra él. Rápidamente me redujeron varios soldados y el líder de aquel grupo me dijo unas palabras que nunca olvidaré: “Lección número uno: no confíes en nadie, no des nada por sentado y no pierdas nunca la calma. Tres errores son los que acabas de cometer. En nuestro mundo ya estarías muerto”. Entendí el mensaje a la perfección y comprendí que estaba allí para formarme en un cuerpo de élite, lo que no sabía aún era que trabajo era el que debía realizar...

Las semanas siguientes fueron un auténtico calvario. Tenía una docena de instructores dedicados a mí. Combinábamos el trabajo físico con técnicas de camuflaje y supervivencia, táctica de combate, entrenamiento en distintas disciplinas de lucha cuerpo a cuerpo, defensa personal y, lo más duro de todo, acondicionamiento psicológico. Me rompí varios huesos durante ese tiempo: peroné, radio y cúbito, clavícula, varias costillas... Pero ninguno de ellos tan doloroso como el enfrentamiento que me vi obligado a librar contra mi propia psique. Me enseñaron, o más bien me programaron, para ignorar cualquier sentimiento que pudiera interferir en mi razonamiento lógico impidiendo que acabara mi misión con éxito: la piedad, los remordimientos o el rencor... fueron borrados de mí. Acabé siendo el soldado definitivo, capaz de librar una guerra en solitario y ganarla.»

—Tal vez ése fue el error que cometí con el colombiano —dijo Trav lamentándose de su torpeza—; dejé que la ira me dominara unos segundos y perdí de vista mi retaguardia. También fue lo que te perdió a ti.

—¿A mí?

—Sí. Dejaste que el gozo por atraparme nublara tu razón, y no contemplaste la posibilidad de que el dejarme atrapar formara parte de un plan elaborado. No te fíes

de nadie, no des nada por sentado y no dejes que los sentimientos nublen tu perspectiva: primera lección.

—Hablas como si esto formase parte de algo. Despierta de una vez. No me estás entrenando, ni me vas a dar lecciones de nada —replicó Adrián.

—¿Estás seguro? —Trav sonrió malévolamente al hacer la pregunta—. ¿Y si te dijera que llevas haciendo toda tú vida lo que yo he querido? Que he guiado tu camino hasta esta habitación. Que tu entrenamiento comenzó el día que naciste...

Adrián se quedó impactado por un momento, no podía dar crédito a lo que sus oídos percibían. Las falacias de Trav ya le habían liado la mente en otras situaciones y ésta no iba a ser una ocasión más de ellas.

—Eso es imposible.

—¿De verdad? ¿Qué pensarías si yo te dijese que coloqué a tu madre en el camino de tu padre? Piénsalo, alemanes... Tus abuelos fueron las personas que nos dieron cobijo en las montañas a Bernard Hirzts y a mí. Tu madre nacería años después y sería guiada hasta los brazos de tu padre... Tranquilo, ella tampoco sabía nada.

Las fechas parecían cuadrar, pero Adrián se negaba a creer en algo así.

—¡Mientes! —exclamó el guardia civil.

—¿Miento? ¿Qué harías si te dijera que yo fui quien impidió llegar al trabajo al empleado de tu padre el día del atentado contra el ministro?

—Diría que entonces fuiste tú el que le puso en la diana de los terroristas...

—Culpable. Eso sí, por un bien mayor.

—Habla rápido, antes de que esparza tus putos sesos por la habitación —contestó airado Adrián, desoyendo los anteriores consejos de Trav.

—¿No lo ves? Fue el inicio de tu camino. La educación e idiosincrasia que recibió tu madre, y que luego ella te inculcó a ti, te colocaron en la senda correcta. Otro detalle importante fue tu admiración por esos hombres que honraban a tu padre y la llama que despertó ese hecho en tu interior. Sólo faltaban dos empujoncitos más para terminar el trabajo.

—¿De qué estás hablando?

—¿Recuerdas al guía argentino? Te enseñó en tu viaje a Israel la lucha entre seres humanos iguales a los que sólo separaba un sentimiento religioso y como lo sufrían los más débiles, los más inocentes, los niños... Como te llegó todo aquello al corazón ¿verdad? —Trav comenzó a hablar imitando el acento de los habitantes de ese país de Sudamérica—. ¡Qué bueno que no lo olvidaste, pibe!

—Eres un maldito hijo de puta...

—Sólo me quedaba el golpe final. Tenías que ir en ese tren para que te fijaras en mí, para llamar tu atención... Así que te hice subir al convoy.

—No me digas... ¿cómo?

—¿Por qué ibas en ese tren?

—Me trasladaron...

—¿Por qué?

—El detonante fue... —A Adrián le escandalizaba la cantidad de detalles que Trav conocía de su vida. Entonces llegó a una horrible conclusión— ¿Tú diste el chivatazo para que huyeran los traficantes?

—Bingo.

Adrián decidió acabar con esa pantomima. Estaba más que harto de que aquel hombre manipulara su mente. Sacó su arma, la montó y se la puso al prisionero en la cabeza. Trav no movió ni un solo músculo y aguardó la resolución del acontecimiento. Adrián no lo pensó un segundo más y apretó el gatillo compulsivamente: una, dos, tres... Hasta seis veces, sin conseguir ni una sola detonación.

—Ya te lo he dicho —Trav habló con su acostumbrada serenidad—, no puedes matarme.

—Pero... ¿Por qué? —El agente se derrumbó y comenzó a llorar desconsoladamente. Sentado en el suelo hablaba cuando el llanto se lo permitía—. Has arruinado mi existencia, y ni siquiera conozco la razón. Toda mi vida he hecho lo correcto, he ayudado a quién lo ha necesitado y he procurado no dañar a nadie, salvo a mí mismo...

—Precisamente, muchacho; eso es lo que te convierte en el elegido.

—Elegido para qué...

—Si me sueltas de esta camilla y vamos al aeropuerto, te lo cuento por el camino.

Adrián le miró con los ojos llenos de lágrimas, hizo ademán de incorporarse pero se contuvo.

—No voy a engañarte esta vez —le dijo Trav—; intentaré escaparme de nuevo, no lo niego, pero no ahora. No hasta que detengamos ese avión. Te lo prometo.

—No confíes en nadie... —susurró Adrián todavía en el suelo.

—Aprendes rápido.

Poco después estaban los dos en pie junto a la puerta. El reo iba con las manos esposadas a la espalda. Antes de avisar para que la abrieran, Adrián tomó el mando de la situación; ya había recuperado la serenidad, y le habló al oído a su obligado compañero de viaje.

—No hables, no te muevas y si es posible... ni respires.

—Tú mandas.

Varios golpes a la puerta realizados con el puño hicieron que ésta se abriera dejando a la vista al vigilante que le facilitó la entrada un momento antes. Éste se sorprendió al ver al detenido fuera de la cama y junto a la puerta.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó alarmado.

—Tengo órdenes de llevármelo —aseguró Adrián—. Ha decidido confesar el lugar donde esconde su arsenal y me va a guiar hasta allí.

—Tengo que pedir permiso —contestó el vigilante.

El agente se acercó a los labios el micrófono de la radio que llevaba adherida a su

cinturón y se giró para hablar. No había logrado establecer comunicación cuando un fuerte golpe propinado por Trav con ambas manos, justo detrás de los pabellones auditivos, le dejó fuera de combate. El mismo agresor le sujetó al vigilante para que no impactara contra el suelo y lo llevó arrastras dentro de la enfermería, la misma en la que había estado retenido.

—¿Qué haces? —inquirió Adrián enfurecido—. Te he dicho que me dejaras a mí... ¿Y cómo cojones te has quitado las esposas?

—No tenemos tiempo para explicaciones —aseguró Trav—. No te preocupes, sólo está aturdido, despertará en un momento. Ayúdame a quitarle la ropa.

—Esto es indigno. Es un compañero... ¿Las esposas?... ¿Cómo?

Su nuevo compañero de aventuras le mostró la mano derecha con el dedo pulgar desencajado. Tiró de él para colocárselo y seguir con su labor.

—¿Me ayudas o no? En este momento tengo un «ligero» dolor en mi mano.

—Me alegro. Ojalá se te seque y se te caiga —confirmó el guardia civil estupefacto.

Una vez hubieron desnudado al vigilante, Trav se enfundó el uniforme y ambos se dirigieron entonces hacia la salida del centro penitenciario. Nada más atravesar la puerta, comenzaron a correr.

—Tengo un coche escondido junto al qanat, si vamos en el tuyo nos localizarán rápidamente —dijo Trav con aplomo.

Adrián asintió, convencido de que el fugado estaba en lo cierto. Sabía que en cuanto el vigilante noqueado recobrará el conocimiento, saldrían en su búsqueda y lo primero que harían sería tratar de localizar su vehículo.

Trav se puso al volante y Adrián se sentó en el asiento del acompañante. Tomaron a toda velocidad la autopista del sur, en dirección a la *Capital*.

Capítulo 27

Un bien mayor

—A la velocidad que vas llamarás la atención rápidamente. En cuestión de minutos tendremos una patrulla siguiéndonos —dijo Adrián a modo de advertencia.

—¿Tenemos otra alternativa?

—La autopista de peaje —contestó Adrián al divisar el desvío justo a su altura, a punto de pasárselo de largo—. Están menos vigiladas. Por ahora...

El conductor realizó un derrape para tomar la salida convenida y se dirigió al puesto de cobro a toda velocidad.

—¿Qué hacemos? Yo no llevo dinero.

—Pégate al coche que está saliendo en este momento del pago.

Así lo hizo Trav. La barrera amagó con bajar pero al detectar el obstáculo antes de completar su recorrido, volvió a subir de inmediato rozando el techo del coche. Trav hubo de realizar otro trompo para no impactar con el coche que marchaba delante de ellos. Le adelantó por la derecha y pisó a fondo para recuperar la velocidad que había perdido en la maniobra. Adrián le miraba entre asustado y sorprendido.

—También recibí clases de conducción extrema, aunque los coches de aquellos años no eran tan espectacularmente conducibles como éste —bromeó—. En la guantera...

—¿Qué...?

—Tu explicación... Está en la guantera.

Sin perder un segundo, Adrián abrió la guantera para sacar un montón de recortes de periódico.

—¿Qué es esto?

—Lee.

El primero de los papeles sobre el que posó su vista era una copia del que encontró en la fábrica de hielo semanas atrás. Conociendo su contenido, aunque sin comprender su significado aún, lo apartó para mirar el siguiente. En éste observó un edificio quemado y semiderruido, bajo un titular espeluznante: «*Ochenta muertos en el incendio del hotel de Terramar*». El siguiente mostraba un tren descarrilado con varios vagones completamente destrozados, al parecer, por una explosión. El titular decía: «*Ciento noventa y seis muertos y cincuenta heridos en atentado con bomba en un tren de largo recorrido*». Rebuscó entre los pedazos de papel y encontró otro que le llamó la atención: «*Cuarenta y dos turistas muertos y veinte heridos en un autobús que se salió de la vía*». Adrián no acababa de comprender.

—No entiendo nada. ¿Qué significan? ¿Por qué me muestras esto?

—Al detener el tren evité que todas esas personas murieran, ésa era mi misión. Paradójicamente, el único en morir por la explosión fue el maquinista. No fue un accidente, ni mucho menos, estaba calculado. En el hecho original él se salvaba, pero

provocaba un accidente, meses después, al hacer descarrilar el convoy que conducía. Puedes encontrar el titular por ahí.

Adrián revolvió los recortes de periódico y lo encontró. No podía salir de su asombro.

—También se salvó el conductor del autobús, que inicialmente moría en la explosión del tren —Adrián ya sabía eso, se lo había contado el dueño del restaurante de carretera cuando fue a investigar el asesinato y a inspeccionar el autobús—. Al salvar a gente, a veces, se provocan otros incidentes. En ese caso, el conductor era bebedor habitual y se salió de la carretera, cayendo por un terraplén, y matando a esos turistas. Había que volver a poner las cosas en su sitio. Ésa fue mi segunda misión para ti, que no para mí.

El guardia civil se quedó sin habla ante las explicaciones.

—Y finalmente, el suceso del hotel —prosiguió Trav—. Ese edificio se construyó en los años del boom inmobiliario, cuando los promotores sólo buscaban el beneficio económico, dejando de lado la calidad de los materiales y las construcciones. Como puedes ver ahí, en el futuro sin modificar se abrió un hotel. Un mes después de su inauguración se incendió, convirtiéndose en una ratonera sin salidas. Las llamas provocaron una explosión de los conductos de gas, derrumbándolo casi por completo. Ése fue el motivo por el que decidimos provocar una demolición controlada. Lamentablemente no todo se puede manejar con una seguridad del cien por cien; uno de los chicos del taller se encontraba presente en el momento de la nueva explosión, una pérdida por un bien mayor. También pensé que robar el coche que produciría otra tragedia para llevar a cabo esa misión me ayudaría a matar dos pájaros de un tiro.

—¿Y cómo os adelantáis a los acontecimientos? ¿De dónde salen estos periódicos? —Adrián no salía de su asombro y necesitaba conocer más detalles.

—Para que comprendas eso, debo contarte la siguiente parte de mi historia:

«Lamentablemente, durante el tiempo que transcurrió desde el inicio de mi entrenamiento hasta que estuve preparado, los soldados alemanes encontraron al que otrora fuera mi patrón y le hicieron preso en una fortaleza militar. Los mismos hombres que me habían entrenado, trazaron un plan para que me infiltrara en las instalaciones en las que se encontraba retenido el científico, con el objetivo de conseguir su liberación.»

Éste no era un hecho únicamente sentimental por parte de la organización secreta que estaba dando sus primeros pasos. Las aportaciones y estudios científicos de Bernard eran fundamentales para llevar a buen puerto todo el proyecto. Así que llegados a esa situación no nos quedaba otra alternativa que olvidar todo lo demás y centrarnos en la operación de rescate.

Cuando oyes el término “fortaleza militar”, rápidamente vienen a tu cabeza las imágenes de grandes castillos erigidos en medio de la nada o en la parte más alta de

una montaña, rodeados de densa vegetación y accidentes geográficos. Lugares prácticamente inaccesibles e inexpugnables.

Cuál no fue mi sorpresa cuando me explicaron que dicha fortaleza no constaba de un solo núcleo construido en piedra, como había sido mi primera visión del lugar. En realidad se trataba de una ciudad entera, situada al este de Alemania y, en ese momento, una de las más importantes del imperio: Breslau.

El frenesí fascista de los dirigentes del pueblo teutón había llevado a hacer de la ciudad, símbolo de sus desavenencias con Polonia, un bastión del sinsentido que les condujo a la Segunda Guerra. La historia se encargaría, poco tiempo después, de relatar una de las partes más dramáticas y horrendas del final de la guerra en esa zona del país, donde los muertos, civiles y militares, se contarían por centenares de miles...

La siguiente parte de lo que me aconteció nos lleva a las puertas de la ciudad, a punto de poner en práctica los conocimientos y habilidades que acababa de adquirir en mi entrenamiento. Antes de partir, y como símbolo oficial de la conclusión de mi preparación, me entregaron el reloj que, aún hoy, luzco en la muñeca.

No me gustaría entrar en muchos detalles en este momento, ya que no disponemos de tiempo. Tal vez te cuente la historia completa en otra ocasión. Lo que si te diré es que me resultó mucho más fácil de lo esperado entrar en la ciudad y salir con el profesor. El plan era muy simple: me disfrazaría, me infiltraría en la ciudad, hallaría el paradero del profesor y lo sacaría conmigo.

La destreza que poseo para el disfraz ya la conoces, me bastó con vigilar los cambios de guardias y los lugares con más vigilancia para deducir dónde se encontraba mi objetivo. En un par de días estaba ideando un plan para entrar en un edificio oficial del centro de la ciudad. En el sótano de esa construcción se hallaba la prisión que había estado buscando.

He de decir que no era tampoco una lóbrega y fría mazmorra, con goteras y ratas. Se trataba de toda una planta destinada al estudio científico. Los nazis eran fanáticos pero no tontos, cuando querían obtener los mejores resultados de las mentes más brillantes de las que disponían no las mandaban a campos de concentración, aunque fueran judíos, a hacer trabajos forzados y morir de inanición o enfermedades. Seleccionaban cuidadosamente a estas personas y les proporcionaban todo lo necesario para sacar de ellos hasta la más pequeña brizna del conocimiento que encerrarán sus mentes. Los presos, en el afán de sentirse vivos y libres, colaboraban; en muchos casos, con la falsa impresión de ser privilegiados dentro del régimen que les oprimía.

El hombre para el que yo trabajé, no era así, se dejaría sacar hasta la última gota de sangre antes de desvelar ni una sola coma de sus enunciados, hipótesis, hallazgos o pruebas científicas. Sabía que si la tecnología en la que llevaba tanto tiempo trabajando caía en las manos que le encadenaban en ese momento, la humanidad entera correría un riesgo incalculable.

Con el dolor aún en el corazón, aunque hubieran pasado varios años desde la noche más perturbadora de mi vida, me debía enfrentar a una realidad: debía volver a matar.

Esperé a que el sol se escondiera tras los edificios de la parte oeste de la ciudad y me deslicé entre las sombras hasta las inmediaciones del lugar en el que tendría que realizar el rescate. Esperé al cambio de guardia. Al ser un edificio oficial, por la noche la actividad burocrática disminuía y gran parte del mismo se encontraba cerrada, así que la presencia de efectivos para la vigilancia lo hacía también. El mayor problema sería deshacerme de los dos hombres que custodiaban la puerta de entrada.

El frío apretaba, así que me acerqué a ofrecerles un poco de sopa caliente. Había estado ensayando mi pronunciación para disimular mi acento y que los guardias no sospecharan, tenía claro que solamente un uniforme no era suficiente para engañarles. No hubo mucha conversación que pudiera delatarme; les ofrecí las tazas, me lo agradecieron, las recogí y me alejé a la espera que hiciera su efecto. Como ya habrás imaginado, la sopa iba bien condimentada, dejándoles fuera de combate en poco tiempo. Les introduje dentro del edificio, para que nadie pudiera descubrirles durmiendo en plena calle. El siguiente paso era llegar a la entrada de la sala de investigaciones, tratando de no ser descubierto. La mayoría de los soldados en ese turno se pasaban el tiempo en la sala de oficiales escuchando los discursos de su líder, repetidos una y otra vez en la radio, o compitiendo entre ellos a diversos juegos como al ajedrez y las cartas.

Me deshice con suma facilidad del hombre que custodiaba la entrada a la estancia en la que estaba el científico. En ese momento me di cuenta de cómo se activaba, o más bien desactivaba, mi mente al enfrentar la obligación de dar muerte; el entrenamiento psicológico había sido todo un éxito en mí. Saqué a mi mentor de un jergón en el que se hallaba durmiendo. Al principio le costó reconocermelo y luchó por librarse de mí. Sin tiempo para explicaciones le dejé sin sentido y cargué con él hasta alcanzar la calle. Allí le desperté, usando el agua helada de un charco en un callejón, y huimos juntos por carretera. Hubimos de completar los casi seiscientos kilómetros que nos separaban de la ciudad ucraniana de Volytsia, donde un transporte aéreo nos devolvió a Francia. Cada noche, cada día, que empleamos en nuestro periplo hacia la libertad, atravesando la Polonia nazi, fueron de tensión constante. En más de una ocasión necesité sacrificar la vida de algún soldado curioso que, por lástima para ellos, se cruzó en nuestro camino... Me encontraba sorprendido y cautivado por mis nuevas habilidades. Pero sin tiempo de asimilarlas, “El hilo de péndulo” me tenía preparadas nuevas sorpresas, mucho más importantes e increíbles.

Unos días después de haber retornado a la tierra de Napoleón, y de haber cumplido con el descanso necesario para la recuperación física y mental de ambos, comenzó mi segundo entrenamiento. En esta ocasión no se trataron de tablas de

ejercicios físicos, ni de combates cuerpo a cuerpo de sol a sol, ni tan siquiera de largas charlas y situaciones psicológicas extremas para curtir mi psique; esta vez iba a aprender la ciencia de mi señor, o más bien lo que ésta trataba de conseguir. Una larga charla me puso en la senda que la organización para la que estaba comenzando a trabajar pretendía recorrer. Aunque más justo sería decir que esa senda la iban a crear.

Un cuarto subterráneo, lleno de dibujos y fórmulas matemáticas, fue el aula que albergó mi primera clase teórica. En esa ocasión mi mentor sería, en exclusividad, la persona que más había significado para mí desde que abandonara mi patria, el físico judío-alemán Bernard Hirzts. En ocasiones posteriores, algunos de aquellos compañeros de pesquisas que le visitaran en la cabaña de las montañas tiempo atrás, se unieron a él para extender y profundizar en los puntos más determinantes a guardar entre mis conocimientos.

Adrián, trataré de darte una noción básica de lo que allí me fue expuesto. Te advierto que, incluso para hombres de ciencia, requirió un poco de fe para poder creer en lo que estaban creando. A veces no podían demostrar sus tesis salvo llevándolas a cabo, y algunas de ellas seremos incapaces de comprobarlas nunca.

Nunca olvidaré el modo en que, después de deambular de un lado a otro de aquel cochambroso cuarto buscando las palabras con las que comenzar, Hirzts deslizó sus gafas redondas hasta la punta de su nariz, me miró por encima de ellas y me dijo con voz grave:

—¿Quién te mandaría salir de la Península?

Era su forma de quitar tensión a las situaciones más complicadas. Siempre decía que el sentido del humor era la seña de identidad de un hombre inteligente, que una broma a tiempo convertía a un señor en un caballero... Él era así... Creo que esa lección no la aprendí...

—Lo que te voy a contar es un poco complicado de entender para un profano en la materia como tú —continuó una vez aplacadas las risas—. Pero lo que pretendemos es que tengas nociones básicas del proyecto, ya que serás tú quien tenga que solucionar problemas y el que realizará las primeras pruebas del engendro que vamos a construir. ¿Estás listo?

Yo asentí con la cabeza por instinto, ya que ni siquiera me planteé el objetivo de la conversación. Sin esperar un minuto más, el científico empezó con su disertación.

—Como sabes, toda materia debe tener tres condiciones para existir, para ocupar un lugar en el espacio, ¿sabrías decirme cuáles son?

Dude durante unos segundos tratando de comprender la pregunta antes de dar una respuesta.

—¿Alto, ancho y largo?

—Correcto. Es lo que conocemos como las tres dimensiones.

El profesor se giró buscando algo, se dirigió a un aparador y volvió con una vela en la mano. La puso sobre la mesa, delante de mí, y la encendió usando un fósforo.

—Esa llama cumple las condiciones físicas que acabamos de comentar. Luego podemos decir que existe. Si yo hago esto —sopló extinguiendo la llama—, ¿podríamos decir que sigue existiendo?

—No...

—¿Por qué?

—Porque ya no tiene las tres dimensiones espaciales.

—Eso es casi cierto, siempre que no tengamos en cuenta la cuarta dimensión.

—¿Cuarta dimensión?

—Exacto. La materia debe cumplir una condición más para existir en el espacio... Perdurar en el tiempo. Debe poseer altura, anchura, longitud, volumen en definitiva, y a su vez debe desplazarse en el tiempo. Esa llama que acabamos de apagar sigue teniendo volumen, pero ya no en nuestro tiempo, sino en un punto de la línea temporal ya pasado. ¿Comprendes?

—No muy bien.

—Es normal, pero es un concepto muy básico que has de asimilar ahora mismo. Simplemente piensa en que un cuerpo tiene cuatro dimensiones y la cuarta es el tiempo. Ahora —volvió a encender la vela, y soplar sobre la llama, pero esa vez lo hizo de forma que sólo moviera la llama, sin apagarla—, ¿dirías que sigue existiendo?

—Si...

—¿Pero?

—No comprendo la pregunta.

—He modificado el volumen de la llama aplicando una fuerza sobre ella, ¿cierto?

—Así es. —En ese momento yo no comprendía lo que trataba de explicarme.

—He modificado tres de las cuatro dimensiones de la materia y aun así, sigue existiendo. ¿Sería posible modificar la cuarta dimensión, de alguna manera, y que la materia siga siéndolo?

—No sé si comprendo lo que trata de explicarme, profesor.

—Trato de decirte que aplicando la energía justa a la materia, tal como hice con mi aliento, podemos modificar el aspecto de cualquiera de las cuatro dimensiones que le hacen ocupar un espacio. Pero cuidado, porque si soplas demasiado fuerte, puedes extinguir la llama... Pues ése es el principio de trabajo de “El hilo del péndulo”. Estamos en disposición de asegurar, fehacientemente, que somos capaces de modificar la cuarta dimensión.

—Un momento, profesor... ¿Me está diciendo que van a viajar en el tiempo?

—Más o menos. Para empezar, no “vamos a viajar” en el tiempo, “vas a viajar” en el tiempo. Y no es eso, exactamente. No se trata de que la materia desaparezca hoy y aparezca dentro de dos días, eso es imposible. La desmaterialización y materialización no está a nuestro alcance. Y si lo estuviese sería un serio problema viajar en el tiempo de esa manera.

—¿Por qué?

—Hijo, das por hecho que si desapareces aquí y ahora y vuelves a aparecer estarás en el mismo cuarto, misma ciudad y mismo país. Pero estarías pensando en pequeño, ya que la tierra gira sobre su eje y, a su vez, se traslada en el espacio en su viaje alrededor del sol. Por no hablar del movimiento de las galaxias y del universo completo. ¿Qué te hace pensar que no aparecerías en medio del espacio o en el fondo de un océano?

—Y si se trasladara en el espacio también...

—Imposible. La desmaterialización haría que el cuerpo en cuestión dejara de existir durante un lapso de tiempo y, siendo así, seríamos incapaces de ejercer fuerzas sobre él para desplazarlo en el espacio. Así que el hipotético caso de poder crear la tecnología para realizar este prodigio, nos causaría más problemas que ventajas. No... definitivamente la mejor forma de hacerlo es dilatando o encogiendo el tiempo de la materia.

—No lo veo claro... Me parece imposible viajar en el tiempo.

—¿Por qué? —Era su pregunta favorita, decía con frecuencia que el preguntarse “por qué” era lo que provocaba la evolución del ser humano en todos sus planos existenciales.

—Pues...

—Déjame que conteste por ti: porque no lo has visto antes, ni tienes indicios de que haya sucedido nunca, ni de que pueda suceder.

—Sí, puede ser eso.

—Pues te equivocas, muchacho; el universo está repleto de evidencias que nos demuestran que el viaje en el tiempo no sólo es posible, sino que se produce de forma natural constantemente...

En ese momento me quedé sin palabras; me preguntaba qué evidencias serían ésas y si me las iba a explicar. Una de las grandes virtudes del profesor era que sabía captar la atención del que le escuchaba y encendía la llama de la curiosidad una vez conseguida esa atención.

—Nosotros somos la primera evidencia. Si hemos dado por cierto que necesitamos perdurar en el tiempo para existir, eso quiere decir que avanzamos en el tiempo, eso sí, siempre hacia delante y a velocidad constante. Si somos capaces de movernos dentro de las otras tres dimensiones, a velocidades distintas, ¿por qué no vamos a ser capaces de movernos dentro de la cuarta? Otra evidencia la tenemos en las partículas de luz que observamos en el universo. Muchas de ellas llegan a nosotros después de miles de millones de años de haber emprendido su viaje por el cosmos. Son de un valor energético ínfimo, con lo que se desintegran en tiempos inferiores al femtosegundo, y aun así son capaces de perdurar en el tiempo para ser analizadas por nosotros. ¿Explicación? Algo hace que el tiempo sea relativo para ellas. Algo hace que su existencia en el plano temporal se ralentice con respecto a nuestra posición en el mismo...

—¿El qué, profesor?

—Que viajan a la velocidad de la luz o, más bien, muy cercanas a ella. Un buen amigo ha demostrado que si la materia es capaz de viajar a velocidades próximas a las de la luz, el tiempo se dilata y el espacio se encoge para ella, aunque su entorno siga viajando a la misma velocidad temporal. En resumen, para esa materia, por ejemplo, habrían pasado unos pocos segundos y para el resto del universo miles de años.

—Yo no soy físico como usted, y no comprendo algunos conceptos. Pero sé que si aceleramos la materia hasta esa velocidad se aplastará por el efecto de la misma aceleración. He oído a pilotos comentarlo alguna vez cuando se habla de la posibilidad de viajar a la velocidad del sonido. Por lo visto en EE. UU., la NACA empieza a sopesar la posibilidad de conseguirlo, pero para un cuerpo humano sería un sufrimiento casi imposible de soportar.

—La NACA, créeme, ya tiene prototipos que vuelan a esa velocidad y son aviones pilotados, otra cosa es que no lo hayan hecho público por el momento. Luego no es imposible soportar ciertas aceleraciones. Pero sí tienes razón en una cosa, alcanzar la velocidad del sonido no es ni remotamente parecido a llegar a la velocidad de la luz. No nos podemos apoyar en las mismas tesis y experiencias para los dos casos de los que estamos debatiendo...»

Adrián le daba vueltas a todo lo que estaba escuchando y a falta de una pregunta más oportuna para la ocasión se decidió por la menos relevante:

—¿Has dicho la NACA? ¿No será la NASA?

—La NASA no fue fundada hasta el año 1958. La NACA, National Advisory Committee for Aeronautics o Comité Consejero Nacional para la Aeronáutica, fue una agencia anterior a la NASA que luego se integró en ésta. La finalidad de esta agencia formada en 1915 era la de emprender y, fomentar las investigaciones aeronáuticas —le explicó Trav pacientemente.

—Curioso, desconocía este dato.

Trav prosiguió entonces con el relato en el que estaba enfrascado antes de que Adrián le interrumpiera:

«Las explicaciones que estaba recibiendo no me dejaban nada claro cómo iban a afrontar el problema de dilatar el tiempo.

—¿Entonces...? —pregunté.

—Entonces entra en juego el ingenio que Dios le otorgó al hombre. Sí, dije Dios. Para lograr ciertos objetivos en la ciencia, a veces, hace falta un poco de fe en otra cosa que no sea creer, únicamente, en lo que uno puede ver.

El científico se detuvo un rato y se sirvió un poco de agua en un vaso que apuró de un trago. Se sentó en la mecedora que usaba para reflexiones, balanceándose de delante a atrás, frotándose la frente con la yema de los dedos, como si tratara de buscar las palabras que me expusiesen, con la mayor nitidez posible, cómo iban a conseguir su objetivo de viajar a la velocidad de la luz.

—Debíamos enfrentarnos a varias formas de realizar nuestro traslado en el tiempo. Múltiples opciones se discutieron en inacabables reuniones en la cabaña de la montaña. Sólo nos poníamos de acuerdo en que debían cumplir unas condiciones básicas; que no podemos superar la velocidad de la luz, ni siquiera alcanzarla. A esa velocidad la materia se desintegra, y tener siempre en mente que fuera plausible en los márgenes que nuestra tecnología nos permitiera. La primera opción que debatimos fue la de acelerar al viajero, conocido como “Time Traveller”, y a su vehículo temporal, hasta la velocidad ya mencionada. El problema surgía desde el punto de vista espacial y físico. Imagínate a ese viajero dentro de un avión o tren; el medio de transporte tendría que ser capaz de dar siete vueltas por segundo a la tierra para activar el viaje en el tiempo. La construcción de una infraestructura así es impensable, sobre todo a corto plazo.

Otra opción era acercarse al viajero a un agujero negro espacial, lo necesario para permanecer orbitando a suficiente distancia para no ser absorbido y luego volver a la tierra. En teoría, la gravedad del agujero sería capaz de modificar las condiciones del tiempo, curvándolo hasta plegarlo en un sentido u otro pero la idea de los viajes espaciales está aún a años luz, nunca mejor dicho, de nuestras posibilidades y por lo tanto, la oportunidad de alcanzar un agujero negro.

Así que la única forma real en la que podíamos llevar a buen puerto el viaje era creando lo que conocemos como “agujero de gusano”. Si construimos un túnel de energía, curvo o toroidal, y hacemos rotar uno de sus extremos a la velocidad de la luz y el otro lo dejamos estacionario, conseguiremos que mientras que el espacio en el extremo a velocidad estacionaria su desplazamiento esté sincronizado con la temporalidad normal, en el otro extremo el reloj se ralentizará y bastará con atravesar el túnel para lograr el deseado efecto. El viaje debería funcionar en ambas direcciones.

El problema que nos plantea esta última opción es la gran cantidad de energía que es necesaria para activar el portal y acelerarlo lo suficiente. Otro inconveniente es el tiempo en sí mismo. El viaje para el “Traveller” será casi instantáneo, pero para el resto de los habitantes de la línea temporal normal tendrá años de duración y el portal debe permanecer abierto durante todos esos años para que puedas alcanzar la salida.

—¿Qué quiere decir con eso, profesor?

—Qué cada vez que vayas y vuelvas deberás hacerlo hasta el punto de partida. Con lo que podíamos estar hablando, en algunos casos, de cientos de años de consumo energético casi incalculable.

—¿Cómo lo han resuelto?

—Los nazis nos han dado la respuesta sin quererlo. Durante mi cautiverio me obligaron a seguir los estudios de un colega alemán ya fallecido. Dicho científico estaba desarrollando un sistema para conseguir antimateria, la forma de energía definitiva que ellos pretendían usar como arma de destrucción masiva. No les he

dejado ni una pista de lo avanzado en todo este tiempo, pero mi cerebro lo tiene todo almacenado.

—Antimateria...

—Sí, antimateria. Imagina que juntamos dos imanes, uno por su polo positivo y otro por el negativo, ¿qué sucede?

—Que se atraen.

—Pues algo parecido sucede con la materia y la antimateria, pero a nivel de neutralización atómica. Se produce una explosión con niveles insospechados de energía. Si somos capaces de controlar esa energía, podremos crear el portal... Según algunos cálculos, con cien gramos de este combustible podríamos mandar una nave de la Tierra a la luna, siempre que pudiésemos construir el vehículo que soportara ese viaje. En este momento estamos muy cerca de conseguir dominar esa reacción y, en consecuencia, de desplazarnos en la cuarta dimensión.

—Entonces podremos evitar acontecimientos pasados como el asesinato de Lincoln o el hundimiento del Titanic.

—Rotundamente no.

—¿Por qué? ¿Qué lo impide?

—Las leyes de la física y la naturaleza. Tomemos como ejemplo uno de los que has mencionado: el hundimiento del Titanic. Si viajásemos al pasado y consiguiésemos evitar el desastre, ¿qué razón nos llevaría en el futuro, creado sin el accidente, a volver al pasado a evitar algo que no ha sucedido? Entraríamos en un bucle paradójico, así que la naturaleza, para prevenir el problema creado en este tipo de situaciones, lo solucionaría de modo que no fuéramos capaces de evitar el naufragio. Esto no es más que una teoría, ya que este tipo de viaje no se ha llevado a cabo hasta ahora, aunque por otro lado tenemos la certeza de que no se puede viajar a ningún punto de la línea temporal anterior a la creación de la máquina que nos permite viajes en el tiempo. Así que no nos podemos ni plantear la opción de contemplar la construcción de las pirámides o la vida de Cristo... Tal vez sea mejor así.

—Entonces... ¿De qué sirve la máquina?

—Ése es el objetivo de nuestra empresa... Evitar acontecimientos futuros. Tenemos claro que no podemos evitar lo que ya está escrito, pero sí que podemos modificar, cada segundo de nuestra existencia, lo que nos devenga el futuro. Ya lo dice un paisano tuyo...

—¿Qué?

—“Caminante, no hay camino, se hace camino al andar”

—Sigo sin comprender como queréis que evitemos lo que está por venir, si no conocemos los acontecimientos. Contando con la posibilidad del viaje a tiempos futuros, ¿en qué nos basaríamos para la modificación de acontecimientos?

—Abriremos dos agujeros de gusano al mismo tiempo: uno que nos lleve a explorar el futuro, y a buscar esos hechos extraordinariamente dramáticos a evitar; y

otro, con las pruebas en nuestro poder, que nos lleve justo antes del acontecimiento en cuestión.

—¿Por qué dos? ¿Por qué no abrir uno, conseguir la información, cerrar el primero y abrir otro para evitarlo?

—Buena pregunta. Creemos, que si lo hacemos así, caeremos en una nueva paradoja temporal. Si te enviamos por el mismo camino a tomar información y a resolver el caso que nos lleve en cada momento, cuando resuelvas el conflicto eliminarás el futuro en el que lo detectas y entonces no tendrás la opción de recabar los datos para poder evitarlo, con lo que finalmente se produciría igualmente. Es la misma paradoja por la que no podíamos modificar el pasado. Así que la solución es mantener abierta la línea temporal. Para ti siempre será el futuro en cualquiera de los casos, si cerramos el camino se convertirá en pasado y no podrás modificarlo de ninguna manera. ¿Entiendes?

—Más o menos.

Las conversaciones acerca de la antimateria, agujeros de gusano, protones negativos, electrones positivos, neutrones que atraviesan la materia, paradojas temporales y demás se sucedieron durante los meses siguientes a ese día, justo hasta que el proyecto estuvo acabado y “El hilo del péndulo” empezó su andadura por el mundo...»

Adrián estaba estupefacto, no era capaz de cuadrar en su mente la abrumadora cantidad de datos que Trav le acababa de ofrecer, tanto a nivel científico, como por la inverosimilitud de la historia. Explicaba muchas cosas como, por ejemplo, por qué se adelantaba siempre a los acontecimientos y por qué sabía siempre lo que iba a pasar cada vez que se encontraban. De todas formas no le quedaba tiempo de tratar de pensar en ello, ya que un cartel les indicaba que acababan de llegar al aeropuerto más importante de la *Península*, y debían actuar con la mayor celeridad posible para evitar una catástrofe de la aviación civil.

—Entre los papeles de la guantera debe haber dos tarjetas de identificación —le indicó Trav a su copiloto.

La fuente encontró los documentos y los analizó con cara de sorpresa.

—Son identificaciones del servicio de inteligencia del Gobierno de la *Península*... Y éste... Soy yo —dijo mostrando una de las cartulinas plastificadas.

Trav le respondió con una mirada de reojo acompañada por una sonrisa malévola.

Capítulo 28

El 5913 de Air Peninsular

El comandante Padrón le gritó, a través del micrófono del teléfono móvil, al conductor del autobús de movilidad de la compañía aérea para la que trabajaba. Le recriminaba que llegara a tarde a su recogida para llevarle al aeropuerto. El 5913 de Air Peninsular iba a ser su primer vuelo transoceánico como comandante y empezaba con problemas. Ya se encontraba suficientemente excitado por el nuevo trabajo que le habían encomendado para esa tarde, como para que le añadiera más presión lo que él definía como la incapacidad de un individuo.

—Estoy en la avenida en la cual tiene usted su residencia, señor Padrón. En pocos minutos estaré allí. Siento el retraso, pero el tráfico a esta hora es imposible de predecir —el chofer de Air Peninsular se sentía todavía más nervioso que el piloto que le aguardaba impaciente.

—Si antes de cinco minutos no estoy de camino al aeropuerto puedes darte por despedido, yo me encargo —Padrón terminó la llamada sin esperar a la respuesta del chofer.

Padrón se mostraba demasiado inquieto en la cola para el acceso a zonas restringidas del aeropuerto. No parecía entender por qué los pilotos habían de pasar por los mismos controles que el resto de trabajadores del aeropuerto de turno.

—Joder, ya está bien de tanto manoseo. Dense más prisa. Esto es absurdo —les espetó a los guardias civiles que gestionaban el filtro de acceso mientras cacheaban, después de desatar la alarma del detector de metales, al que iba a ser su copiloto.

—Mantenga la calma, caballero, por favor —le respondió en tono relajado uno de los agentes encargados de los registros.

—No me da la gana. Somos pilotos y nos tratáis como a puñeteros delincuentes. Sin nosotros esto no funciona. ¿Lo sabías?

El agente de la Benemérita le dirigió una mirada que hacía presagiar que estaba a punto de desatarse una tormenta. Padrón no se dejó intimidar.

—No me mires así, chaval. ¿Vas de perdona vidas? Aligera de una vez.

La situación estaba al borde del estallido cuando Trav y Adrián intervinieron. Mostraron sus falsas identificaciones desde el otro lado del arco de acceso. El más bajo del dúo se dirigió a los guardias.

—Servicio secreto. Si nos permiten nos haremos cargo de la situación.

Los agentes comprobaron las identificaciones, hicieron las gestiones pertinentes con los tipos que ellos creían del servicio secreto, y les cedieron el control de la

situación, encantados de librarse del piloto que les estaba dando problemas.

Adrián le ordenó a Padrón que guardara silencio y le conminó a que les siguiera a un cuarto adyacente.

En la fila para acceder al vuelo número 5913 de Air Peninsular, todo el mundo observaba con inquietud al hombre que permanecía sentado en la hilera de bancos situados junto a la puerta de embarque B54 de la terminal internacional del aeropuerto de la *Capital*. Las marcas moradas de su cuello indicaban que no hacía mucho que había sufrido algún tipo de agresión que había puesto su vida en grave peligro. Esto no era más que la punta del iceberg de la imagen que inquietaba a todos los pasajeros que pasaban frente a él. Sus manos esposadas y los dos tipos trajeados que lo flanqueaban formaban un cuadro cuyo significado dejaba a las claras que era un preso peligroso.

El narcotraficante Lorenzo Gálvez mantenía un rictus sereno. No prestaba más atención a unas personas que a otras, simplemente dejaba que su mirada se perdiera un poco más allá de los muros de cristal de la terminal que permitían observar las pistas y el deambular de aviones.

Se enfrentaba a varios juicios en su país de origen: tráfico de drogas, asociación ilícita, asesinato, inducción al asesinato, secuestro, chantaje, evasión fiscal y colaboración con banda armada. De resultar hallado culpable de los cargos que había contra él podría acabar sus días en prisión por el cúmulo de condenas.

Decenas de asociaciones de afectados por los delitos que había cometido llevaban meses manifestándose en las calles de Colombia para pedir su extradición.

El dirigente de la mayor mafia actuante en Sudamérica había abandonado el continente con destino a Europa en busca del anonimato necesario para poder seguir dirigiendo su negocio desde la distancia.

En la era de la información era cuestión de tiempo que fuera detenido por la INTERPOL o por las fuerzas de seguridad de alguno de los estados del viejo continente. Finalmente fue hecho preso en la *Península*, mientras disfrutaba de unos días de asueto en un crucero privado por alta mar. En el momento de su captura se encontraba rodeado de todos los lujos que la inmensa fortuna que había amasado ilícitamente le proporcionaba: mujeres desnudas, vino, sol, buena comida...

La detención de Lorenzo Gálvez, “*El papacito*”, produjo un estallido de euforia en su país de origen. La gente festejaba el hecho con desfiles, a modo de festivales improvisados, por calles de las ciudades más importantes de Colombia, mientras solicitaban que se hiciera justicia. Las instantáneas de decenas de personas sosteniendo la imagen impresa de algún familiar desaparecido por obra del *papacito* se sucedieron en los noticiarios día tras día.

La alegría generalizada se volvió indignación ante la posibilidad de que el delincuente no llegara a ser juzgado en un plazo breve de tiempo en la tierra que había bañado de sangre y dolor durante años. También tenía cuentas pendientes en la *Península* y podían pasar más de diez años antes de que volviera a Colombia para su ajusticiamiento.

Cientos de nuevas manifestaciones ante la embajada de la *Península* en Colombia se sucedieron diariamente durante meses, lo que provocó que el gobierno de la Cuarta República accediera a extraditar a Gálvez para ser juzgado en su patria por las causas pendientes. En el pacto alcanzado entre los dos gobiernos se reflejaba la obligatoriedad del retorno del reo a la *Península*, una vez concluidos los trámites judiciales en su país natal, para cumplir el resto de su condena.

Los pensamientos que recorrieron su mente deberían de haber sido de temor, desesperanza o arrepentimiento ante la imposibilidad de esquivar las consecuencias que le acarrearían los males cometidos. Sin embargo su rostro reflejaba serenidad..., una serenidad apuntalada por unos ojos que desprendían un fuego de maldad asombrosa, dotada de imperturbabilidad.

Un niño le miró durante unos segundos al tiempo que andaba de la mano de su madre, la cual ofrecía las tarjetas de embarque y las identificaciones de ambos a la azafata encargada del acceso al aeroplano. Gálvez dirigió su atención hacia el infante, recorriendo su pequeña fisonomía de arriba abajo, e hizo un repentino amago de levantarse con el fin de asustar al chaval. Uno de los hombres que le custodiaban le asió por el brazo.

—No te vuelvas a mover. Estoy deseando que me des una razón para descerrajarte dos tiros en el pecho —le amenazó mientras se abría levemente la chaqueta para que Gálvez pudiera ver la culata de su arma.

—Tranquilito, *güevón*, era solo una bromita al niño.

El agente se mordió la lengua y se tragó las ganas de partirle la nariz de un cabezazo mientras se miraban frente a frente. Su compañero asomó por detrás del colombiano e hizo un gesto de negación con la cabeza, indicándole que se calmara y olvidase el percance.

En poco más de diez minutos la totalidad de los pasajeros había subido al avión. La trabajadora de Air Peninsular se acercó a ellos para indicarles que eran los únicos que quedaban por embarcar. Tras ella, el copiloto del avión les pidió a los agentes de policía que le entregaran sus armas para guardarlas en la cabina durante el vuelo. Los agentes accedieron a regañadientes, ya que les desesperaba que cada piloto obrara según su parecer. En vuelo de servicio estaban autorizados a portar sus armas en la cabina de pasajeros, pero en múltiples ocasiones se topaban con algún comandante que decidía imponer sus propias normas. Una vez desarmados fueron acompañados a sus asientos en business Class.

Era habitual que en la zona de preferente el asiento central de la fila de tres se encontrara inutilizado por una bandeja que los pasajeros la utilizan para su

comodidad. En este caso lo liberaron para permitir que los agentes se situaran uno a cada lado de la persona a la que custodiaban.

Las puertas del avión se cerraron y recibieron un aviso por megafonía, indicando que debían apagar los teléfonos móviles y todos los dispositivos electrónicos.

De nuevo el sistema de audio se puso en funcionamiento para dar la bienvenida a los pasajeros e informarles del destino del vuelo, la duración del trayecto, la temperatura en origen y destino y la hora estimada de llegada. Seguidamente se solicitó que la atención de los viajeros se dirigiera hacia las pantallas del avión, que en ese momento se desplegaban para poder observar un video con las instrucciones de seguridad y el protocolo de evacuación del aparato en caso de emergencia.

—Valiente mamarrachada de video —dijo sorprendentemente Gálvez—; si el avión se estrella —levantó la voz—, no se salva ni uno, *pendejos*.

El agente con el que había tenido el enfrentamiento en la sala de espera le volvió a apretar el brazo, esta vez con todas sus fuerzas.

—Cállate de una puta vez —le ordenó—. Si vuelves a abrir esa boca de rata inmunda que tienes, te la cierro a la fuerza.

El capo soltó una carcajada y le miró acercándose todo lo que le era posible. Podían sentir el aliento el uno del otro.

—Y tú vas a ser el primero, *güey*..., por gallito.

—Ya está bien. Calmaos los dos —replicó el otro agente—. Nos espera un vuelo muy largo si os empeñáis en estar así a cada minuto.

Los dos se sostuvieron la mirada durante unos segundos más para después cesar su actitud, de mala gana, y reacomodarse en sus asientos.

Una vez el video informativo hubo concluido, la voz del capitán anunció que se dirigían hacia la pista de despegue, y les deseó un buen vuelo a todos. El avión empezó a tomar velocidad y los pasajeros notaron como sus cuerpos se aplastaban ligeramente contra el respaldo del asiento hasta que, de repente, una sensación de ingravidez producida en el interior de sus estómagos les indicó que ya habían perdido contacto con el suelo y que el vehículo en el que viajaban surcaba el cielo de la *Capital*.

Instantes después, un par de sacudidas bambolearon con sequedad el avión de un lado a otro. Los menos acostumbrados a volar se miraron entre sí, levemente alarmados, mientras que aquellos más experimentados a hacerlo se relajaban en sus butacas sin dar importancia a los efectos de los baches de aire que, habitualmente, agitan los aviones durante los primeros instantes de vuelo. Un cuarto de hora más tarde, alcanzada ya la altura indicada para el trayecto, un pitido indicó a los pasajeros que la luz de los cinturones se había extinguido y por tanto eran libres de desabrochárselo y encender cualquier tipo de dispositivo electrónico que les ayudaran a sobrellevar las nueve horas de viaje que les quedaban por delante.

El avión ya estaba en el aire y Adrián se preguntaba qué podrían hacer en ese momento para evitar el reguero de muertos vaticinado por uno de los recortes de periódico que había leído en el coche durante la huida en la que Trav le había enredado.

De acuerdo con lo que descrito en la noticia, el avión se había desintegrado contra la superficie del océano en un intento de amerizaje fallido.

El periodista que redactó la noticia informaba que en el momento de imprimir la publicación no se habían recuperado las cajas negras del aparato. Estas se encontraban a una profundidad extrema que hacía casi imposible su recuperación.

Las investigaciones del suceso se habían centrado en las últimas comunicaciones entre el piloto que capitaneaba el vuelo, Ángel Padrón, y la torre de control del aeropuerto de Punta Delgada en las Islas Azores.

Según informó el piloto, varios ocupantes del aeroplano estaban armados con pistolas y objetos punzantes. No quedó claro si parte de la tripulación, o de los pasajeros, había comenzado una pelea contra los individuos armados ante lo que parecía un intento de secuestro del aeroplano. Durante el transcurso de la misma se produjeron varios disparos que afectaron a la integridad del avión produciendo una pérdida de presurización. El piloto se vio obligado a descender y a intentar realizar un amerizaje de emergencia ante la situación de caos que se produjo dentro del medio de transporte aéreo: fue ese el detonante de la catástrofe. No se encontró con vida a ninguno de los ocupantes del aparato, ya fuese perteneciente a la tripulación o al pasaje.

Se sospechó que Gálvez y algunos de sus secuaces estaban tras el intento de manejo forzoso del avión, para así evitar su entrega al gobierno colombiano.

La Fuente miró con cara de pánico a Trav, que parecía tan sereno como de costumbre. A pesar de los avatares que le había hecho pasar ese tipo, le empezaba a caer bien. Adrián se sentía seguro sabiendo que le tenía de su parte. Le maravillaba el aura casi mágica que le envolvía.

—No te preocupes, Adrián. Mantén la calma. Hemos llegado a tiempo —dijo Trav.

—¿La calma? No puedo mantener la calma. Ese energúmeno está dentro del avión con un montón de personas inocentes, rumbo a su país, en un viaje que según parece no prosperará.

—Algo se nos ocurrirá, ya verás. Nosotros sabemos cosas que él no sabe.

Adrián temió contradecir a su compañero, pero un negro presagio se cruzó en su pensamiento. Observó el cielo, y las nubes le parecieron más densas, blancas e impresionantes que nunca.

Lorenzo Gálvez observó como la azafata que había estado sentada durante el despegue en el centro del avión, avanzó hasta la parte delantera para repartir periódicos y bebidas entre los pasajeros de la clase preferente.

Gálvez interrumpió el ir y venir de la asistente para reclamar su atención.

—Disculpe, señorita... Olga —leyó la chapa con su nombre que llevaba prendida la azafata en su camisa—. ¿Cuándo sirven la comida? Estoy que me comía un buey.

—Aún faltan un par de horas, señor; ahora les pasaremos un aperitivo y algo de beber.

De repente un hombre joven, que se encontraba sentado tras uno de los dos agentes que flanqueaban al capo, en la fila de butacas más cercanas a las ventanillas, intervino en la conversación.

—Si no le importa, yo también desearía comer cuanto antes. Estoy cansado y me gustaría dormir durante el resto del vuelo.

—Está bien. Preguntaré al comandante y si da su autorización les serviré sus bandejas —aseguró Olga.

—Gracias —concluyó el joven.

La asistente de vuelo desapareció tras la cortina que ocultaba el acceso al pasillo que separaba la cabina de pasajeros del lugar que estaba destinado a la labor de los pilotos. Gálvez parecía ahora incómodo en su asiento, no paraba de retorcerse y de inclinarse, aparentemente nervioso.

Momentos después, Olga abandonó la cabina y se aproximó de nuevo a los pasajeros que habían reclamado el almuerzo.

—El comandante ha dado su visto bueno. Enseguida les servimos su comida.

Olga entró en el apartado que hacía las veces de cocina del avión y examinó la lista de pasajeros para identificar a los tres viajeros que le habían solicitado tomar sus alimentos: el hombre esposado era Lorenzo Gálvez, los dos que ocupaban los asientos detrás de los escoltas de Gálvez eran Luis Laminero —de aspecto pueril— y Rodolfo Casas —un tipo fornido pero con un ligero aire que denotaba que la inteligencia no era su mayor virtud—. El listado que obraba en sus manos indicaba que al realizar la reserva, Laminero y Casas habían solicitado el menú especial para celíacos. Olga sabía lo que eso significaba; era la señal que le había advertido su ex que recibiría. La chica tomó las bandejas solicitadas y las sirvió de inmediato. Después se dirigió de nuevo a la cocina, sin detenerse a atender las sugerencias de un pasajero que la llamaba insistentemente, para tratar de contener sus nervios y esconder las lágrimas que habían comenzado a asomar en sus ojos.

Una vez serena, la azafata preguntó al resto de pasajeros de primera si deseaban su comida en ese mismo momento, o si por el contrario tomarían la bebida de

bienvenida y dejarían el plato fuerte para después.

Los pasajeros de clase *business* del avión aliviaban su sed con una bebida, acompañada de una bolsa de frutos secos, mientras miraban una película o disfrutaban de alguna de las opciones de ocio que les ofrecían las tabletas que les habían sido entregadas como distracción durante el vuelo. Uno de los aparatos electrónicos cayó al suelo y la azafata corrió a recogerlo para devolvérselo a su usuario. El hombre que había dejado caer su pasatiempo digital, era uno de los policías que flanqueaba a Gálvez. Le pareció que se había dormido así que decidió no molestarle y depositar el objeto sobre la bandeja desplegada frente a él.

Observó que los caballeros del menú de celiacos habían terminado con su comida, así que les retiró las bandejas y les preguntó si deseaban un café, una infusión o alguna bebida espirituosa. Los dos negaron amablemente.

El vuelo se estaba desarrollando con enorme tranquilidad hasta el momento, incluso las turbulencias parecían querer respetar la calma que se disfrutaba dentro del aparato. El desfile de pasajeros que iban y venían al excusado, habitual en todos los vuelos transoceánicos, ya había comenzado. Olga estaba preparando los menús de los pasajeros que habían declinado tomarlo en el primer turno cuando notó como algo punzante, de bastante consistencia, se clavaba levemente en su costado derecho.

—No chilles —escuchó decir a su espalda y alcanzó a reconocer, mirando de reojo, a Rodolfo Casas—. De momento lo has hecho todo muy bien. Ahora llévame hasta la cabina de control y consigue que pueda entrar.

—No me hagas daño —sollozó Olga—, he hecho todo lo que me habéis pedido... Tu jefe me prometió que no me haríais nada.

—Llévame a la cabina y deja de lloriquear, joder. Vamos a darle la vuelta a este trasto.

La muchacha llamó a la puerta y consiguió que les dejaran pasar. El tipo que le había arrastrado hasta allí cerró tras él la puerta de la cabina de pilotos una vez hubieron accedido al interior.

Casas entró en la cabina parapetado tras la azafata a la que usaba de rehén. Los dos individuos que se encargaban de los controles de la aeronave se volvieron inquietos.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el que llevaba en la manga los cuatro galones que indicaban que era el comandante de la nave.

—Tenemos varias armas en nuestro poder. Si no quieren que esto se convierta en un baño de sangre sigan mis instrucciones sin rechistar... o empiezo por ésta. — Casas zarandeó a la asistente de vuelo.

Los dos tripulantes se miraron entre si y asintieron dispuestos a escuchar las demandas del matón.

—Necesitamos un SOS, nos vamos a estrellar —fueron las primeras indicaciones de Casas.

Diez minutos después la puerta de la cabina se abrió para dejar salir a la azafata que se encontraba visiblemente nerviosa. Al verla aparecer por el pasillo, Gálvez se levantó de su asiento y se acercó hacia ella.

—Cálmate, prontito acabamos con todo.

Los pasajeros que se percataron de la escena saltaron dentro de su butaca. Habían observado entrar al tipo esposado y escoltado, sabían que la situación era anómala. Incluso uno de ellos lanzó un grito para tratar de alertar a los dos agentes que parecían haberse dormido. La realidad era que los dos estaban muertos.

Laminero, el joven que había permanecido sentado tras uno de los policías y junto a Casas —que en ese momento permanecía en el interior de la cabina—, se levantó y registró los cuerpos de los dos agentes asesinados. Un murmullo empezó a extenderse entre los pasajeros que comenzaban a ver que la situación se iba tornando más grave a cada instante que pasaba. Fue entonces cuando el cabecilla decidió que era el momento de dirigirse a los presentes, debía calmar los ánimos antes de que los comentarios traspasasen las cortinas, llegasen a los incontables pasajeros que abarrotaban la zona turista y cundiese el pánico. Un estallido de histeria no sería bueno para nadie.

—Queridos pasajeros, si todos mantienen la calma y no se ponen nerviosos, esta situación tendrá un final *chévere* para todos. Por el contrario, si a algún tarado se le ocurre darme problemas, mi amigo aquí presente —señaló a Laminero que había acabado el registro a los escoltas—, le llenará de pinchazos la panza, ¿todo ok?

El silencio que se produjo fue espeluznante. El rostro del mafioso expresaba a las claras que no andaba bromeando, tenía muy claro que si alguien se atrevía a darle un solo problema acabaría con él de inmediato, sin pensárselo.

El avión se inclinó y describió un arco cerrado hacia la izquierda. Rápidamente Gálvez se acercó a una de las ventanillas del aparato para buscar un punto de referencia en el aire que le confirmara el viraje del aeroplano.

—Bien, todo marcha como lo habíamos previsto —pensó sintiendo el calor del

gozo dentro de él.

Le hizo un gesto con la cabeza a su secuaz.

—Ve a ver cómo le van las cosas al «tarugo» en la cabina. Y trae una de las armas de estos mamarrachos —señaló a los dos policías—. El copiloto fue quién se las retiró. Pregúntale, si no lo ha hecho tu compadre ya.

Laminero acercó a la azafata hasta su líder y se adentró en el pasillo camino de la cabina de pilotaje del aparato. La chica emitió un pequeño gemido al sentir el filo de un bisturí en su garganta. El criminal le propinó un manotazo en la cabeza, haciendo que su pelo se alborotase y le cayese por delante del rostro, para indicarle que guardase silencio.

Olga notó como una gota de sangre resbalaba por su garganta hasta perderse por debajo del cuello de su camisa.

—El avión ya está de regreso a la *Península* —dijo Trav al sentir la inclinación del aparato.

Observaron como Gálvez amenazaba con un bisturí a la azafata que les había servido la bebida de bienvenida. Adrián se inquietó e hizo un amago de levantarse. Trav se lo impidió sujetándole por el antebrazo.

—Aún no —susurró Trav.

—No quiero mostrar desconfianza, pero todo indica que los acontecimientos se suceden en el mismo orden que en el futuro que exploraste —replicó Adrián.

—No del todo.

—Bueno, estamos aquí. Pero...

El guardia civil llevaba un rato dándole vueltas a algunos asuntos y pensó que, mientras llegaba el momento de actuar, sería una buena idea saciar su curiosidad.

—¿Eres el único?

—El único, ¿qué?

—El único «viajero».

—No conozco a ningún otro, si ésa es tu pregunta.

—No. Mi pregunta es que si hay más gente que haga este trabajo. Aunque no les conozcas...

—Llevo el suficiente tiempo trabajando para la organización como para suponer que si pueden salvar a mil en vez de a cien, lo harán. Ya tienen la tecnología. La han mejorado en los últimos años. ¿Por qué no construir otros equipos de alteración temporal y entrenar a otros «viajeros»?

Trav se recolocó la gorra que llevaba calada hasta casi los ojos y se rascó la cabeza enérgicamente por encima de ella.

—Luego hay más... —insinuó Adrián.

—No sabría decirte, pero hay sucesos que así lo corroboran.

—¿Qué sucesos?

Trav apartó por un momento la vista del otro extremo de la clase turista donde para mirarle con una media sonrisa.

—Veo que al final he captado tu atención —aseguró Trav.

—No te creas, es solo una simple conversación mientras llega la acción.

—Ya veo. Imagínate que una estrella de la música va a realizar una serie de súper conciertos en un recinto cerrado. Megavatios de luz y sonido, humo, láseres, fuegos artificiales, hasta imágenes en 3D... Supongamos que el fallo de uno de los equipos desata un incendio de proporciones inimaginables en cuestión de segundos, en un recinto con más de veinte mil personas. Las salidas de emergencia funcionan a la perfección y todas las medidas de seguridad son las correctas... ¿Cuántas personas crees que morirían?...

Adrián se encogió de hombros para indicarle a su compañero de conversación que le interesaba una respuesta rápida... no se iba a poner a especular en esos momentos.

—Solamente aplastadas cuatrocientas doce —continuó Trav—. El pánico es el más peligroso de los factores en las grandes aglomeraciones y el más difícil de controlar o prever. Así que alguien, un «viajero», se acerca a la estrella del pop mientras que permanece dormido en su cama bajo la influencia de cierto sedante que le han administrado para calmar los dolores que sufre y....

—¿Eso lo hizo el hilo del péndulo? No me lo creo.

—No, no, yo no digo que lo haya hecho. Solo digo que podría haber ocurrido. Que no sería extraño... ¿Quieres ver el recorte de periódico?

—No me fastidies —Adrián no podía contener, pese a lo trágico de la idea, su sonrisa—. Pues a mí me gustaba ese tío. Era único, rarito... pero el rey... Pobre del médico, cargó él con la culpa.

Gálvez estuvo a punto de estallar cuando Laminero llegó corriendo por el pasillo para informarle de que Casas no contestaba al otro lado de la puerta de la cabina de pilotos.

—Sois unos putos maricas, joder. Todo lo tengo que hacer yo.

Trav le rozó la mano a Adrián para llamar su atención antes de hablarle en voz baja.

—La muchacha es la ex del camello que se te escapó cuando di el chivatazo para provocar tu traslado. Procura que no le pase nada y te ayudará a acabar lo que no pudiste esa noche.

—¿De qué me estás hablando ahora? —La Fuente estaba aturdido por el repentino cambio de conversación.

—Olga, la azafata... es tu pista para acabar aquel caso. Es una de las trampas del tiempo... de jugar con el destino —le explicó Trav—, nunca acabas modificando todas las cosas definitivamente. Las variables fluctúan, pero al final la ecuación se balancea para arrojar el mismo resultado o uno muy similar...

—¿Entonces?

—Entonces cambias unas cosas pero produces otras que acabarán compensando la primera. El trabajo no acaba nunca.

Desde la última fila de preferente del avión observaron cómo Gálvez, cuyo rostro estaba morado de ira en ese momento, detectó la conversación que estaban manteniendo, aun sin lograr escucharla, y se dirigió hacia ellos después de arrojar a Olga contra el suelo y pasar por encima de ella. Había encontrado con quien desahogar su ira.

—Llegó tu hora —susurró Trav sin poder contener sus ganas de entrar en combate.

Gálvez no podía creer la información que acababa de recibir: Casas estaba dentro de la cabina pero no atendía a las continuas llamadas de su compañero. Se estaba jugando su futuro y le habían enviado al «tarugo» a hacer un complicado trabajo de campo. La idea era clara y sencilla: ayudados por las armas que habían conseguido introducir ocultas en los menús, debían tomar rehenes y extorsionar a los pilotos para fingir una emergencia, volver al aeropuerto de origen, realizar un aterrizaje forzoso y aprovechar la confusión creada para huir del avión.

El transporte aéreo ya había dado la vuelta, lo que indicaba que el «tarugo» había cumplido con la primera parte del plan... Pero, ¿por qué no había contestación a las llamadas que le realizaban desde el otro lado de la puerta de la cabina de pilotos?

Encima esos dos tipos del final de la fila de la derecha no dejaban de cuchichear, no le gustaba en absoluto la situación y no lo soportaba más, alguien iba a morir de un momento a otro. Le asestó un rodillazo a la azafata en la espalda y saltó como un resorte por encima de ella, mientras la oía chillar de dolor, para recorrer el pasillo en dos zancadas y aproximarse a los dos parlanchines.

Se detuvo un momento para observar con detenimiento a la extraña pareja: sentado en el asiento anexo al pasillo, se encontraba un joven bastante corpulento. Rubio, ojos claros y barbilampiño... Al otro tipo no alcanzaba a verle bien. Oculto tras los voluminosos asientos de primera clase trataba de pasar desapercibido, escondiendo sus rasgos faciales tras la visera de una gorra que llevaba bien encajada, pero la forma de sus hombros proyectaba una evidente sensación de potencia

muscular.

—Levanta, rubito, ¿tienes ganas de conversación? —El capo estaba fuera de sí—. Pues te voy a mandar a platicar con Dios.

Agarró a su víctima por la pechera y lo levantó al tiempo que alzó la mano para asestar una puñalada, pero antes de poder dibujar en el aire la trayectoria del golpe una voz tras él le interrumpió.

—No lo haga jefe, se lo ruego.

Gálvez se volvió para descubrir a sus dos secuaces arrodillados, uno delante del otro y con las manos en la nuca, mientras un hombre con ropa de aviador civil les apuntaba con un arma a la cabeza.

—¿Qué *carajo* está pasando aquí? —El colombiano cada vez entendía menos la escena.

—Suelta el bisturí, Lorenzo —oyó a su espalda.

El narco ya no sabía a qué escenario prestar más atención. Su cabeza jugaba un partido de tenis imaginario.

—No te lo voy a repetir. —Era el tipo de la gorra el que le hablaba.

Al girarse para ver quien le amenazaba observó, facilitado por el movimiento de elevación que realizaba la cabeza del individuo, como la visera dejaba por fin al descubierto el rostro del tipo que acompañaba al rubio al que acababa de zarandear.

—¿Tú?... Pendejo —reconoció al hombre que había tratado de estrangularle en la cárcel de *Amnisorá* veinticuatro horas antes y se palpó el cuello con la mano que le quedaba libre.

Trav no estaba seguro de cómo iba a acabar aquello. Se hizo un repaso mental de la situación: el copiloto de Padrón tenía una de las pistolas que habían requisado en la terminal a los policías que custodiaban a Gálvez. Con ella había reducido en la cabina al tipo grandote y después al jovencito. Se encontraban los dos de rodillas y encañonados. Él portaba el otro arma. Adrián se encontraba junto al capo, amenazado por un bisturí apunto de seccionarle la yugular.

—Sólo te lo voy a decir una vez...Suelta el arma —aseveró Trav dirigiéndose al colombiano.

Adrián contemplaba la situación desde su posición de víctima. Lo que le preocupaba no era tener el filo de una cuchilla en el cuello. Le causaba un temor extremo pensar que el avión en el que viajaba había virado y seguramente realizado una llamada de emergencia para que le permitiesen la maniobra; se había producido un conflicto a

bordo ante el temor de un secuestro y había dos pistolas listas para funcionar dentro del transporte... Se acordó del recorte de periódico y comenzó a temblar.

—No lo hagas, Trav... Que me mate a mí, pero no lo hagas, no dispaes —dijo a punto de comenzar a llorar—. Piensa en los pasajeros.

—Cállate —le ordenó Trav—. Acuérdate de la primera lección... No des nada por sentado.

La amenaza en forma de filo que comprimía el cuello de Adrián se tensó causándole un ligero escozor.

—¿Qué le pasó? ¿Se me ponen románticos? —Gálvez no cejaba en su actitud desafiante—. Éste que les habla no pisará una prisión. Así que de aquí solo salimos de una forma.

—Sí, pero no es la que tú crees —intervino Adrián.

—Calla, puto perro sarnoso..., te voy a cortar la garganta.

Entonces el guardia civil vio esa mirada que tanto temía en los ojos de Trav, esa determinación que le decía que era el momento exacto en el que todo iba a pasar.

—No lo hagas, Trav... No lo hagas... Es como me contaste...

—No... —La determinación del viajero del tiempo afloró por última vez—. Esta vez es distinto, tú estás aquí.

A las palabras de Trav les siguió una detonación. Un segundo después Adrián notó como la suavidad del acero inoxidable acariciaba su cuello.

Capítulo 29

Emergencia

La detonación de la pistola de la que procedía el proyectil que atravesó la cabeza de Gálvez alarmó a la totalidad del pasaje del vuelo 5913 de Air Peninsular, hasta hacer que la inquietud dentro de la cabina alcanzara el nivel de pánico. Los asistentes de vuelo trataron de calmar los ánimos emitiendo mensajes continuos por la megafonía del aparato. Todo intento resultó inútil. La noticia de que la bala había terminado atravesando una de las ventanas pertenecientes a la clase *business*, después de abandonar la cabeza del desafortunado capo, recorrió todo el pasaje en cuestión de segundos, justo lo que tardaron las máscaras de oxígeno en caer del techo.

Los esbirros del delincuente colombiano habían sido esposados y amarrados a los asientos en los que habían viajado durante la primera hora de vuelo. Los cuerpos sin vida de los dos escoltas y de Gálvez habían sido ocultados en la sala que servía de cocina dentro del avión.

Los pasajeros de primera clase fueron reacomodados en asientos libres en la zona turista. La sección más lujosa del medio de transporte se encontraba en medio de un huracán, provocado por el aire tratando de salir a través de la ventana dañada por el proyectil. Los restos de Lorenzo Gálvez habían dibujado un reguero negruzco en la moqueta al ser arrastrados hasta el lugar de reposo que habían elegido para él.

Trav se interesaba por Adrián, que se presionaba el cuello tratando de parar la hemorragia que manaba bajo su mentón.

—No te preocupes, no te ha tocado la yugular —tranquilizó Trav a su compañero—. Ha faltado un pelo. No dejes de apretar.

El viajero del tiempo se volvió hacia la azafata.

—¿Tenéis abordo algún tipo de kit de costura o algo similar?

—Puedo mirar —contestó Olga apartando de su rostro la mascarilla portátil que le proporcionaba oxígeno.

Dentro de la cabina de control, Padrón terminaba de proporcionar toda la información necesaria a la torre de control del aeropuerto de *Capital* para llevar a término un aterrizaje de emergencia.

No era esa la primera vez que Adrián recibía puntos de sutura en su vida, pero si estaban localizados en la zona más sensible en la que se los habían puesto.

Una aguja de costurera a la que Trav había dado forma de anzuelo, después de esterilizarla con el alcohol de una botellita de licor, entraba y salía de la carne de su cuello que rodeaba una brecha de unos siete centímetros de longitud. Con cada puntada que recibía para restañar la herida dejaba escapar un gemido de dolor.

—No te muevas —le advirtió Trav—. Necesito suturar la herida. Los cortes realizados con un bisturí quirúrgico tardan en dejar de sangrar por sí solos. No es bueno que pierdas más sangre, aún no hemos terminado aquí, todavía tenemos que huir.

—¿Huir?

—¿Quieres enfrentarte a lo que se vendrá encima si se conoce que has participado en esto? —le preguntó Trav abandonando su cometido durante unos segundos—. Prepárate a salir corriendo en cuanto se nos presente la oportunidad.

Padrón anunció a los ocupantes del aeroplano que debían adoptar la postura de seguridad para realizar el aterrizaje de emergencia. Se santiguó y apuntó con el morro a la pista dos del aeropuerto. Desde la distancia podía ver los vehículos de emergencia flanqueando el final del camino que iban a recorrer en su frenada. Apartó la mascarilla de su cara para decirle una sola palabra a su copiloto:

—Suerte...

El silencio fue sepulcral por todo el aparato, la quietud se sintió únicamente sacudida por el sonido del aire saliendo por el agujero de bala que había provocado la descompresión de la cabina. Esporádicamente se escuchaba el sollozo perdido de alguna de las pasajeras que trataba de tragarse el miedo que le producía la sensación de estar tratando de esquivar la guadaña de la muerte.

Nadie miró a nadie, todos se centraron en sus propios pensamientos. Una oración se escuchó de fondo por un breve espacio de tiempo. El rezo cesó cuando baches de aire agitaron levemente el avión.

—Preparados para tomar tierra. —La voz del comandante anunciando que había llegado el momento sonó para la mayoría de los presentes como las trompetas que anunciarán el Apocalipsis.

El contacto con el suelo fue suave. Seguidamente entraron en acción las fuerzas ejercidas por los frenos del tren de aterrizaje, los spoilers y la reversa. El avión se detuvo por completo. De inmediato se oyó la orden para abandonar la nave. Las puertas de salida de emergencia fueron abiertas y desplegadas las rampas de descenso. En menos de un minuto el avión se encontró completamente vacío. Los

últimos en abandonarlo fueron el comandante y su tripulación.

Los pasajeros, confundidos en un primer instante, corrieron en distintas direcciones por la pista de aterrizaje. Varios, los menos dotados para la carrera, cayeron al suelo para ser golpeados por aquellos que les seguían en la huida del foco de peligro que representaba el avión. La imagen de descoordinación fue terrible hasta que los equipos de asistencia pudieron aproximarse con seguridad al avión y poner cordura a la situación.

En una sala habilitada para la ocasión, psicólogos y médicos asistían a los afectados por los incidentes del vuelo 5913. Al otro lado de una de las paredes de la estancia, las autoridades efectuaban un primer interrogatorio al piloto del avión.

—Buenas tardes, comandante. —Un hombre trajeado, acompañado por otro con el uniforme de la Benemérita, se dirigió a Padrón ofreciéndole su mano a modo de saludo—. Mi nombre es Lope Carneros, soy agregado al Ministro del Interior; éste es el teniente Sancho Arias, del cuartel de la Guardia Civil de *Ríos Verdes*.

—Encantado. Ángel Padrón.

—Sabemos quién es usted, señor Padrón. —Carneros llevaba la voz cantante—. Es el héroe que acaba de salvar la vida de ciento cincuenta personas.

Padrón pensó en replicar al tipo del ministerio diciendo que “*solo había cumplido con su obligación*”, pero su ego siempre había sido más fuerte que su sentido de la diplomacia.

—¿Puede contarnos que ha ocurrido allí arriba? —tomó la palabra Arias.

—Hemos sufrido un intento de secuestro del vuelo. —Padrón no parecía tener muchas ganas de hablar del suceso, estaba más centrado en la humeante taza de café que sostenía en sus manos, que consumía a sorbos cortos y seguidos.

—Necesitaríamos que fuera un poco más generoso en los detalles de la narración de los hechos —reclamó el hombre del ministerio—. Dos agentes han perdido la vida y un delincuente internacional en proceso de extradición ha sido asesinado de un disparo en la cabeza..., necesitamos explicaciones para eso.

—Tal vez la señorita Olga —el comandante señaló a una muchacha que lloraba en un rincón del cuarto— le pueda aclarar alguno de esos puntos.

Carneros y Arias se miraron con incredulidad.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Arias.

—Uno de sus chicos —Padrón habló dirigiéndose a Lope Carneros—, antes de aterrizar, me comentó que ella tenía información sobre el intento de secuestro.

Esta vez la mirada entre los dos interrogadores fue de asombro.

—Mis chicos... —balbuceó Carneros.

—Claro. Los del servicio secreto. Ellos fueron los que nos ayudaron a evitar el

secuestro. Nos abordaron antes de subir al avión y nos avisaron de que tenían sospechas de que esto podía pasar. Por supuesto, nosotros les facilitamos el acceso para participar en el viaje y seguimos sus instrucciones en lo que se refiere al control de las armas de los dos escoltas en el vuelo. Gracias a eso los secuestradores no se hicieron con las pistolas.

—¿Le importaría darnos una descripción detallada de estas personas? —preguntó Arias.

Capítulo 30

La despedida

Trav y Adrián no habían encontrado muchos problemas para escabullirse y escapar entre todo el caos que se había formado en la pista de aterrizaje.

Por fin alcanzaron el coche que habían dejado en las inmediaciones del aeródromo. Allí estaban los dos frente a frente, por última vez.

—La próxima vez que nos encontremos tendré que detenerte —le advirtió Adrián al tiempo que tocaba su cuello en busca de sangre fluyendo—. No es nada personal, es mi trabajo.

—Ya te dije que no habrá próxima vez —aseguró Trav.

—¿Por qué? ¿Ya crees saldada tu deuda?

—No es eso. Es que estoy... enfermo.

—¿Enfermo? Pues pareces en plena forma —afirmó Adrián.

—El primer modelo de máquina temporal irradiaba demasiada energía que era absorbida por el organismo del viajero —le informó el viajero del tiempo—. Algo así como lo que sucede con los campos de alta tensión, pero a lo bestia.

—No está demostrado que los cables de alta tensión influyan en el desarrollo de tumores cancerígenos, si es a lo que te refieres.

—Pues en este caso las radiaciones sí que hacen que el sistema inmunológico del viajero se destruya casi por completo. Así que cualquier enfermedad que contraigamos se puede convertir en mortal para nosotros. Afortunadamente, los nuevos modelos implementados por los científicos de tu tiempo tienen resuelto el problema, pero ya es demasiado tarde para mí.

—¿Cuánto tiempo llevabas haciendo esto? —preguntó el agente.

—No mucho. Unos cinco años de mi vida, desde que empecé a saltar de año en año; un total de diez si contamos entrenamiento y pruebas iniciales durante la fabricación de los equipos.

—Así que ahora tienes mi edad más o menos.

—Sí, pero el «traveller» también sufre una ligera aceleración en sus ritmos vitales. Esto nos ayuda a mantenernos en forma, psíquica y físicamente, pero también nos envejece unos meses más por año que al resto de la gente.

—Si tú abandonas... —Adrián se mostraba apenado—, ¿quién continuará con tu trabajo?

—Espero que tú.

—¿Yo?

—Ése era el fin de todo esto, Adrián: tu reclutamiento para «*El hilo del péndulo*».

—Pero yo no seré capaz de hacer lo que tú haces —aseguró el guardia civil.

—Entrenamiento, el entrenamiento es la base de todo.

—No me refiero a eso. Me refiero a matar a sangre fría a gente que no sabe por

qué va a morir.

—¿Aún no lo has entendido? —Trav soltó un suspiro que a Adrián le sonó a desesperación—. Van morir porque es necesario para conseguir un bien mayor.

—Pero... ¿Por qué ha de ser una vida menos valiosa que las demás?

—Porque uno siempre es menos que dos.

Adrián no podía creer que Trav utilizara un razonamiento tan sencillo. Una vida era siempre una vida: detrás de ella había una infancia, una familia, amigos, unas ilusiones, las penas y alegrías vividas, lo que quedaba por venir... No podía asumir un pensamiento tan simplista.

—Eso es mucho resumir...

—Es que tienes que resumirlo si no te quieres volver loco. ¿Crees que yo no me he dejado a gente que me importa por el camino, que no he tenido que provocar la muerte de un ser querido? Tal vez al que más he querido en mi vida... Pero era uno a cambio de cientos y si, según tú, todas las vidas tienen su valor, una es sólo una comparada con más de una. ¿Qué hubieses hecho ahí arriba por salvar a toda esa gente? ¿Habrás apretado tú el gatillo en la cara del Lorenzo Gálvez si la ocasión lo hubiese requerido? Y ¿qué me dices de Hugo, el «perro-flauta»? En la cárcel te saltaste las normas con tal de conseguir la información que necesitabas. Yo te daré la respuesta: sí, sin dudarlo. Eres igual que yo, Adrián, por eso eres el elegido. Deshazte de la hipocresía en la que te ha envuelto el sistema y avanza. Haz lo que tienes que hacer...

—Pero eso es ser juez, jurado y verdugo.

—Simplemente es cumplir con tu deber.

—¿Cómo sabes lo que pasó en la cárcel? —preguntó confuso Adrián.

—Una empresa como la de «*El hilo del péndulo*» no se realiza sin el apoyo de cierta gente de las altas esferas.

—¿El Gobierno está al tanto de...?

Adrián no pudo terminar la frase al sonarle el teléfono móvil justo en ese instante. El agente de la Benemérita respondió a la llamada y sus ojos, perdidos en el vacío, se tornaron vidriosos. Trav notó que algo trágico había sucedido y por un momento sintió la misma pena que inundaba el corazón de su nuevo amigo. El joven se introdujo el celular en el bolsillo y se quedó cabizbajo. Una lágrima se desprendió de su rostro mojando el suelo a sus pies.

—Mi abuela... ha fallecido. Mi abuelo Jorge me dejó un mensaje para llegar hasta ti a través de ella. Cuando fui a visitarla, ella ya sabía que su final se acercaba.

Trav le puso la mano en el hombro tratando de demostrarle que compartía su sentimiento de pena y desolación.

—Una gran mujer, tu abuela —afirmó Trav.

—¿La conociste?

—Lo suficiente para llorar su muerte.

—¿Por qué no me lo dijo ella entonces?

—Porque ella no lo sabía. Ignoraba que yo era Trav.

Dichas estas palabras, Trav se montó en el coche, lo puso en marcha y se dispuso a alejarse de allí para siempre. Tenía la intención de volver a la época a la que pertenecía para cerrar el túnel temporal que le unía a dos mil quince. Tratar de ser feliz durante el poco tiempo que le restaba era su principal objetivo, junto con el de llevar una vida normal, sumida en la monotonía, y con ausencia de riesgos, aventuras y quehaceres extraordinarios.

—Espera. —Adrián se arrojó delante del coche y puso sus manos en el capó tratando de pararlo. Las ruedas chirriaron contra el asfalto debido al frenazo—. Sólo una cosa más.

—¿Qué?

—¿Por qué no pu...? —Adrián no acabó la pregunta al fijarse en el reloj en la muñeca de Trav. No se había percatado en todo ese tiempo, desde que huyeran de *Amnisorá*, en que esa esfera estaba dañada justo en el mismo sitio en que se estropeará la del reloj que le había dejado su abuelo en la caja del banco. Adrián, hipnotizado y aturdido, se apartó de la trayectoria del automóvil permitiéndole marchar.

—La paradoja del abuelo, Adrián.

—¿Cómo?

—Ibas a preguntarme que por qué no pudiste matarme y la respuesta es «*la paradoja del abuelo*» —le gritó mientras se alejaba.

El teléfono de Adrián volvió a vibrar. Miró la pantalla para ver reflejado en ella el nombre y apellido de su superior en *Ríos Verdes*: Sancho Arias.

—Mierda...

Capítulo 31

La paradoja del abuelo

Adrián estaba esperando a Carla en el café, sentado en el lugar favorito de ella, junto a la máquina de discos. Ansiaba verla de nuevo. Habían pasado unos meses desde su último día juntos y, aunque habían hablado por teléfono en múltiples ocasiones, nada se podría asemejar al hecho de volver a contemplar su esplendor. Podría de nuevo disfrutar del aroma de su piel, estrecharla entre sus brazos y besarla, besarla con pasión.

Dio un sorbo a su café y al levantar la mirada allí estaba ella, en pie frente a él. Se levantó con miedo a que fuera un fantasma de su imaginación y pudiera espantarlo con un movimiento brusco. Se acercó lentamente y sintió la energía que ella emanaba; no era ningún producto de su imaginación, Carla estaba allí y la tenía entre sus brazos. Por fin pudo besar sus labios con la pasión con la que Dios creó al hombre.

Poco después, ya sentados, hablaron sin soltarse las manos ni un segundo. Adrián le había contado toda la aventura vivida en la persecución de Trav.

—Entonces, ¿cuál era su verdadero nombre? —le preguntó Carla.

—Nunca me lo dijo, pero creo que puedo decir que lo conozco. Trav era una abreviatura: «*Traveller*» o «*Time Traveller*», viajero del tiempo en nuestra lengua.

—¿Encontraste la solución a la paradoja del abuelo?

—Por supuesto. Los científicos que han estudiado la posibilidad de los viajes en el tiempo han dado en llamar a un efecto cíclico o bucle temporal que se podría producir, «*la paradoja del abuelo*». Imagina que un individuo viaja al pasado y se encuentra con el padre de su padre o madre, o sea su abuelo, y le quita la vida antes de que su progenitor nazca. Al matarle impediría que el padre o madre del viajero viera la luz y por tanto su propia venida al mundo. Si evita que él mismo exista, entonces no podría viajar al pasado a matar a su abuelo. Con lo que se restablecerían las condiciones iniciales que permitirían al viajero volver al pasado y así indefinidamente. Entonces hay una teoría que dice que el tiempo mismo, para sortear esta paradoja, evitaría que el viajero pudiera matar a su abuelo. En el momento que esto fuera a suceder, algún tipo de hecho impediría que el viajero acabara con la vida de su antepasado.

—Eso quiere decir...

—Que Trav era en realidad, Jorge la Fuente... Mi abuelo. Por eso mi abuelo nunca hablaba del trabajo que tuvo antes de conocer a mi abuela, por eso estaba enfermo y murió joven, de ahí las marcas gemelas en el reloj de Trav y en el que me dejó mi abuelo —Adrián sacó el reloj del interior de su chaqueta y se lo puso en la muñeca—. Y lo que es más triste...

—Tuvo que sacrificar a su propio hijo para llegar hasta ti. Para que tú ingresaras

en «*El hilo del péndulo*» —confirmó Carla.

—Efectivamente, ése es uno de los motivos por los que la pena ahogaba su corazón.

—El pobre tuvo que ver morir a su hijo y después enterarse de que había fallecido su mujer mientras se despedía de ti...

—Lo encajó todo con entereza, la culpa que llevaba por lo ocurrido durante la guerra le hacía ver cada uno de estos sucesos como su purgatorio personal —sentenció Adrián.

—El karma —apuntilló Carla.

—El dichoso karma. Que no es un efecto energético ni espiritual, es el producto de los remordimientos que viven en nuestra conciencia.

—Al menos pudo cumplir con tu deseo de la infancia.

—¿Mi deseo? —Adrián no sabía a qué se refería Carla.

—Pudiste conocer a tu abuelo... Aunque se le olvidó la bolsa de chuches.

La mirada de Adrián se iluminó. Era cierto, no lo había visto así. Aunque de una manera un poco extraña, al final había podido pasar tiempo con su abuelo, aquello que tanto envidiaba de los otros niños.

—¿Vas a aceptar el trabajo? —preguntó ella con el disgusto que le producía pensar que de nuevo tuviera que separarse de él.

—Aún no lo sé...

Epílogo

Un tremendo dolor de cabeza sacó a Álvaro del sueño forzado en el que había pasado la última hora. Se sentía desorientado, aturdido, no podía recordar qué estaba haciendo justo antes de caer en ese letargo tan incómodo. Le costó enfocar la mirada en el fondo de color uniforme que encontró ante sus ojos. Finalmente se dio cuenta de que estaba en el suelo y lo que miraba era la pared, situada a tan sólo diez centímetros de su cara. Al tratar de incorporarse fue cuando se percató de que se encontraba inmobilizado. Sintió las manos amarradas tras su espalda y los pies, encintados con algún tipo de elemento adhesivo reforzado. Le costaba permanecer consciente y sus ojos insistían en cerrarse.

Instantes después lo que le despertó fue el ruido de una puerta al cerrarse. Su mente parecía ligeramente más lúcida. Recordaba haber estado en la torre de vigilancia haciendo un barrido visual del monte, su trabajo principal en las épocas de más calor en el pinar. Sabía de la vital importancia de detectar cualquier indicio de fuego en esos lares, no podía ignorar que se encontraba en la reserva natural más importante de la comarca de los *Valles* y, por extensión, de la *Península*.

Cuando estaba en la parte más alta de la torre de vigilancia había escuchado un ruido en el interior de la cabaña. No era extraño que algún jabalí se adentrara en el espacio destinado a los humanos en busca de restos de comida. Álvaro no quería hacerle daño a ningún animal, pero enfrentarse a un jabalí hambriento de doscientos cincuenta kilos no era una experiencia que quisiera vivir, así que cogió su carabina *destroyer* con mira telescópica, hacía tiempo que tenía ganas de que le cambiaran ese arma, y bajó la escalera con prudencia y apuntando con ella hacia el suelo, para evitar correr el riesgo de disparar a algo o a alguien a por error. Todo parecía en orden, dio un par de vueltas por todo el recinto, inspeccionado la habitación de descanso, el servicio e incluso la cocina. No encontró nada. Ya empezaba a pensar que su imaginación le había gastado una mala pasada cuando sintió un ruido sordo y un dolor inenarrable en la parte posterior de su cráneo que hizo que todo se volviera negro alrededor suyo.

Con toda la prudencia y el sigilo de los que fue capaz, se volvió para cambiar su ángulo de visión y tratar de averiguar qué estaba pasando. Se encontraba en la estancia principal del retén de seguridad de los guardias forestales del Valle Blanco. Él estaba justo al pie de la escalera vertical que daba acceso a la torre de observación. El resto de la estancia la completaban la puerta que daba acceso al pinar, un sofá, estratégicamente colocado frente a una televisión que amenizaba las guardias de invierno, un acceso a un pasillo de distribución hacia el resto de estancias, un armario —que hacía las veces de armero y también de ropero en el que colgaban los abrigos en las temporadas más frías— y un escritorio con múltiples trastos, entre ellos una radio que les servía de enlace allí arriba, ya que los móviles no solían tenían cobertura, era una zona reservada y no estaba permitida la instalación de antenas de

telefonía.

No logró ver a nadie próximo a su posición; quien quisiera que le hubiese dejado en esa situación ya no estaba allí así que, sin prudencia alguna, empezó a luchar contra las ligaduras que le inmovilizaban en posición fetal. El dolor de sus muñecas se tornó insoportable, el constante roce de lo que parecía varias vueltas de cinta americana, le estaba empezando a rasgar la piel. Haciendo un último esfuerzo, no exento de sacrificio, consiguió sacar una de las manos dejándose parte de la dermis de una de las muñecas contra el plástico opresor. Se tomó unos segundos para reprimir el dolor antes de incorporarse para despegar la cinta americana que también envolvía sus tobillos. Se abalanzó sobre la emisora para descubrir que había sido inutilizada. Quien quiera que lo hubiese hecho no se había andado con miramientos: la tapa posterior estaba desprendida y un amasijo de cables y componentes electrónicos yacían sobre la mesa. Se asomó al pie de la escalera vertical, no vio a nadie, empezó a ascender y cuándo iba por el tercer peldaño se acordó del golpe que había recibido en la cabeza recientemente. Si se encontraba con algún problema al final de la escalera no podría defenderse con garantías desde la escala de acceso. Descendió para buscar su arma de mano en el armario, una *Star* nueve milímetros *parabellum*. Ésta colgaba de su funda enganchada a una percha en la puerta del mueble. Extrajo la pistola y comprobó que el cargador estuviera repleto de munición. Se guardó otro cargador en el bolsillo de atrás y cerró el armario. Antes de girarse notó el frío contacto de un objeto metálico en su nuca.

—Si te mueves, impregno este armario con los trozos de tu cráneo.

Álvaro se dio cuenta de su error, no había inspeccionado el resto de la construcción de madera. Probablemente, el individuo que ahora le apuntaba amenazante estaba en una de las otras habitaciones cuando, estúpidamente, él había dado por hecho que se encontraría al final de la escalera.

—Coge el arma por el cañón, con la mano izquierda, y dámela por encima de tu hombro.

Álvaro pensó en hacer una locura. Ignoraba los planes que albergaba aquel tipo para él, ni lo que pretendía conseguir con sus acciones, pero algo malo debía de ser para llegar a aquellos límites. Por un momento creyó que la única salida era jugarse el todo por el todo.

—Yo de ti no lo haría —le dijo el individuo—. No merece la pena arriesgar tu vida. Si no me das más problemas, te doy mi palabra de que no te haré daño.

Álvaro le entregó el arma en la forma que le había sugerido, dándose por vencido.

—Sube.

Al principio se mostró confuso, no entendía lo que el hombre le estaba pidiendo.

—Por la escalera. No voy a volver a perderte de vista.

El guarda forestal comenzó a subir la escalera. Su captor le seguía a una distancia prudente, sin dejar de apuntarle en ningún momento. Los nueve metros de subida se le hicieron tan duros como a Dante su descenso a los infiernos. Al final del ascenso

encontró una sorpresa desagradable: en uno de los laterales del mirador había un trípode con un rifle de mira telescópica acoplado a él.

—No te pongas en pie al llegar arriba —oyó que le decía desde el hueco—, quédate de rodillas con las manos en la nuca y sin moverte.

Una vez estuvieron los dos arriba, el raptor cacheó a Álvaro para asegurarse de que no llevaba nada escondido que le pudiera causar más problemas. Le esposó las muñecas a la espalda y éstas las sujetó también a la parte alta de la escalera.

Adrián, una vez se aseguró de que el rehén no le daría más quebraderos de cabeza, se dirigió hasta el fusil que había preparado para llevar a cabo su misión. Consultó el Titus heredado de Jorge y vio que aún tenía algo de tiempo antes de acabar. Tranquilamente, consultó los niveles instalados en el fusil, comprobó con una brújula digital que la orientación era la correcta y ajustó un grado la posición horizontal de su arma. Midió la velocidad y dirección del viento: ligero, de dieciséis kilómetros por hora sur-suroeste, levemente superior al que soplaría cinco minutos doce segundos después, en el momento del disparo, y manifiestamente inferior al que horas después podría haber desatado un infierno en el valle.

Lo peor de toda aquella aventura fue el camino de remordimientos y las noches de intenso sentimiento de fracaso que sufrió mientras perseguía a “Trav”. Ahora todo había cambiado, por eso no quería que aquel tipo se quedara con el mismo amargor dentro de sí con el que había vivido él. Sacó un recorte de periódico que llevaba en el bolsillo, —ese truco se lo enseñó Jorge para no olvidar por qué estaba allí—, y lo leyó para sí mismo: *“Veinticinco muertos entre voluntarios y bomberos, y treinta y nueve mil hectáreas de bosque y monte calcinadas en el incendio del Valle Blanco.”*

—Escucha porque no voy a explicártelo de nuevo, ni tan siquiera te voy a dar una argumentación que puedas comprender —Álvaro le miraba con asombro y temor—. En menos de tres minutos voy a disparar esa arma y una persona va a morir... Créeme, es mejor que pase. No te mortifiques pensando en si podrías haber hecho algo; no podías. No te desvelas pensando que me van a detener con tu ayuda; no lo harán. Dedicar el resto de tu vida a seguir haciendo tu trabajo y a ser feliz.

Adrián se acercó a su puesto de vigía y volvió a comprobar los parámetros que iban a influir en su disparo. Miró por el visor, y vio parar un todoterreno. Un hombre bajó del vehículo, dirigiéndose a su parte trasera, lugar donde guardaba dos garrafas de gasolina. Volvió a consultar su reloj. Llevó la cuenta:

—Tres, dos, uno...

Apretó el gatillo sin dudarle un segundo. Acercó su ojo a la mira telescópica y una mueca de satisfacción se dibujó en sus labios...

Ocaña, Agosto de 2013 — San Francisco (USA), Febrero de 2014.